

ANT

XIX

86

LUDOMILIA DE RAVENSBERG.

1. *Biblioteca popular gaditana.*



16 cms.



LUDOMILIA DE RAVENSBERG,

Ó EL CASTILLO

DEL AGUILA NEGRA.

Novela original de

D. Gabriel Sanchez de Castilla.



CADIZ: 1847.

IMPRESA DE J. M. CANTELMÍ,
á cargo de Rainero Cantelmi,
PLAZUELA DE LAS VIUDAS, NÚMERO 92.



Es propiedad del editor

AL SEÑOR DON FELIX COLARTE, MAR-
QUES DEL PEDROSO.

Aceptad, señor, este débil recuerdo que os
consagra, el fino afecto que os profesa

Gabriel Sanchez de Castilla.

PRIMERA ÉPOCA.

Introduccion.

Dos hombres se paseaban por las márgenes del apacible y caudaloso Ems, hacia la parte occidental de Hannover, entre Osnabruck y el obispado de Munster. Ambos llevaban capas largas. El uno de ellos cubria su cabeza con una elegante gorra de terciopelo azul, guarnecida de un cintillo de piedras, donde iba prendida una hermosa pluma blanca con la punta roja, la

cual se inclinaba airesamente sobre el hombro del caballero. Su capa era de escarlata con cordones de oro, cubriendo el interior de su traje, que correspondia perfectamente con la esterioridad de él.

El otro llevaba un vestido mas humilde, pero decente tambien. Al parecer, segun la sumision y respeto con que le hablaba al caballero indicaba ser algun súbdito ó dependiente suyo.

El personaje no demostraba hallarse muy complacido con las respuestas de su compañero.

—Vuelve á repetir, le dijo con acritud, lo que me has dicho.

—Monseñor, contestó con humildad, siento que esta vez mis palabras no sean muy satisfactorias para vos.

—No malgastes el tiempo en disculpas y frivolidades.... No te pido mas, sino que repitas lo que has visto y oido.

—Entonces no he visto nada.

—Cómo nada! ¿Pues no me acabas de decir que el príncipe de Marck....

—Está siempre en repetidas y ocultas conferencias con el gran duque, el consejero Bi-

ling y el mariscal Otocaro....

—El mariscal Otocaro!! Esclamó colérico el personaje.... Ese molinero despreciable y soez de Lingen! Ensalzado á gefe militar del gran ducado por un premio mal concedido; por un galardón torpemente dispensado!... Mariscal!!..... Favoritos de pandilla, que no son otra cosa que polilla de la corte, mengua de la grandeza y vampiros que chupan la sangre del estado.... Oh! yo les aseguro...

—Monseñor, yo creo que os incomodáis sin razón. El mariscal Otocaro, según me han informado, no merece el desden con que lo tratáis. Ha hecho su carrera en Italia con el emperador Maximiliano primero. Es cierto que es hijo del pueblo, pero su valor y hazañas en el Milanesado, combatiendo contra la Francia en los ejércitos alemanes, le hicieron acreedor á la distinción del emperador, y á la honra que le dispensa ahora el gran duque.

—Basta.... no necesito que me hagáis su apología. Es un hombre que aborrezco en extremo, por su carácter brusco, su estilo insociable, su genio altanero y sus

maneras de bandido. Le detesto lo mismo que á todos los de su bando.... y á los que piensan como él. Su Dios es la guerra, su pasion favorita combatir, su remedio universal la espada. Hombre salido del cieno de la plebe; de esa canalla, digna solo de obedecer y humillarse ante la superioridad de la ilustre aristocracia, como se vé elevado á una altura para la que no nació, ni jamas puede comprender, aparece en el brillante círculo de la corte, como una mancha, un lunar de esa escogida y radiante nobleza, que, circundando la sublime y elegante belleza de nuestra incomparable duquesa, forma su mas hermoso ornato. El mariscal Otocaro con su antipática figura y su chavacano aspecto, escita la mofa, el escarnio, la irrisión; es en fin la mengua de la corte, y hay que acatarlo, respetarlo, asociarse con él, porque el gran duque y el príncipe de Marck le distinguen y se complacen en su amistad. Esto ha engreido la audacia del bestial molinero, en términos, que, como amante del pueblo de donde procede, es uno de sus principales abogados. Ha levan-

tado, dándole impulso y aumento, esa fracción nominada *los conservadores*, que naciendo en Ravensberg, se ha extendido por Wesfalia, empieza á reproducirse en Brunswick y Sajonia y acabará por dominar todo el imperio. Fanático y celoso propagador de ese partido que tiene por divisa la defensa de los derechos y prerrogativas del pueblo, es uno de sus mas decididos caudillos, presidiendo sus reuniones secretas, sus determinaciones y acuerdos. Y no es lo peor que el mariscal siga esa bandera, sino que el príncipe de Marck, el consejero Biling, el gran duque mismo, que al principio los combatia con tan fuerte encarnizamiento, no solo se incline á tolerarlos, sino que parece dispuesto á abrazar sus doctrinas. Los demas príncipes de Wesfalia á vista de esto, manifiestan secundar sus miras, y el mas infatigable es Ernesto de Zell, duque de Brunswick y Hannover. Concibes tú esto, Mastropetro?....

—Es muy fácil, monseñor. Ernesto se vá haciendo popular por sus miras particulares. La politica de ciertos príncipes parece incomprendible á primera vista.... y

sin embargo, no hay cosa mas clara para el que es algo perspicaz.

—Con que tú crees que el duque de Brunswick?....

—Obra por su interes?.... Está claro. Habeis visto muchos soberanos que lo hagan en contradiccion de sus principios? Solo por el bien de sus súbditos? Es un error imaginar lo contrario. Fingen separarse de su camino; aparentan que sus actos los impulsa un objeto laudable, pero en su dia aparecen el desengaño y el egoismo. Ernesto teme el poder de Federico de Sajonia, porque la proteccion disimulada que este príncipe concede á Lutero, lo colocará á los ojos del imperio y aun á los de Europa, en una elevacion que ha de dar cuidado á sus contemporáneos.... porque, creedme, monseñor, Lutero trastornará tanto con sus doctrinas los asuntos de Alemania, que alcanzarán aun mucho mas allá del imperio las chispas que despidan los escritos de ese atrevido fraile.

—Lo considero así.

—Esa es la razon de que Ernesto se arroje decidido en brazos de los conservado-

res , porque necesita un punto de apoyo, un puntal para sostener su trono.... porque Lutero arruinará quizá algun trono del imperio, monseñor. Pero si es cierto que los *conservadores* son suficientes á decidir hoy la suerte de un estado , siendo ya un partido poderoso, pronto á lidiar con ceguedad y buena fé, puede llegar tambien un tiempo en que á ese coloso se le dé en los pies, y derribándolo, se destroce él mismo en su caída, con la violenta fuerza de su propio poder.

—Mas entretanto, es mengua para un soberano reconocerlo por su protector. Ernesto, estoy seguro, que le odia en secreto y que tratará de combatirlo disimuladamente.

—Pero no ahora. Eso será en cuanto tenga ocasion. Ernesto es el príncipe mas político del imperio. Así como Federico de Sajonia es el mas sábio , enérgico y decisivo.

—Dejemos esto ya.

—Como gusteis, monseñor.

—La gran duquesa, la has visto? te ha preguntado por mí?

—Dos días hace que no la hablo.

—No sé en qué piensa esa muger... Bien que tengo un recelo.... Vienes de palacio?

—Sí, monseñor.

—Y el gran duque, estaba en él?

—No; habia salido á caballo, acompañado del mariscal Otocaro.

—Siempre con él. Cuanto mas lo reflexiono mas me admira la conducta del gran duque!.... Ver á Othon de Ravensberg acompañado de uno de los gefes mas fanáticos de ese partido, enemigo de su soberanía.

—Etais en un error. Los *conservadores* aman al gran duque, y eso está demostrado con que el príncipe de Marck se inclina tambien á favor de ellos. Este aprecia demasiado al mariscal y así lo ha introducido en la privanza del soberano.

—Ya haremos por derribarlo.

—Os hace sombra, monseñor?

—A mí?..... no..... Yo en esto llevo un interes muy diferente.... No es el mio propio.

—Lo creo!

—Volver por las prerrogativas de la corona.... el fuero de la nobleza.... Y más que todo, satisfacer las miras secretas de la gran duquesa hácia su esposo.... Porque tú sabes muy bien que está resentida de la indiferencia del duque. Se lamenta de su frialdad, de su despego.... Ha llegado á verter espresiones....

—Que vos habeis recogido, y que por ellas os apresurais á obrar en combinacion y utilidad recíproca ¿no es eso? Lo adivino, y aplaudo el objeto que os guia... En una palabra, imaginais que las quejas de la gran duquesa están basadas sobre negocios de la corte.... Bien!.... mas vale así.... Pensais que los *conservadores* son rivales de la hermosa Ludomilia de Ravensberg.... Perfectamente!.... Sois muy ladino y perspicaz, monseñor!.... A propósito para ministro de estado y consejero!.... Os vaticino desde luego que hareis progresos en palacio!

—Pues qué, me equivoco? Podré abrigar un error ridículo y perjudicial á mis miras?.... Habla.... tú sabes algo, Mastropetro.... Cuéntame lo que sepas.... Mi-

ra que no concibes lo que puede importarnos á todos tus informes.

—Es tarde, monseñor....

—Por qué?

—No veis un hombre á caballo que se dirige hácia aquí, desde el castillo del Aguila negra?

—Sin duda.... y en toda la orilla del rio se observa á ninguno mas que á él.

—Pues ese hombre nos conoce á los dos.... y si nos vé juntos puede sospechar.

—Entonces, retírate... Separémonos... Espérame entre aquellos árboles.... Si no nos volvemos á ver hasta la noche, Mastropetro, creo infructuoso encargarte nada.

—Descuidad, monseñor.... le contestó con una ligera sonrisa, y se marchò.

Demos una ligera idea del personage que ha quedado.

Este era el baron de Colemberg, pobre hidalgo de aldea, sin otros bienes ni patrimonio que un título triste, heredado, y de una importancia débil entre la alta y poderosa nobleza alemana. Dotado de un egoismo consumado, de una ambicion ilimitada, un orgullo necio ; sin méritos de

ninguna clase, ni aun virtudes que le pudiesen adquirir una reputacion, cual la que deseaba, exausto ademas de valor y antecedentes apreciables, todo lo que podia presentar por timbres que le favoreciesen, era haber llegado al grado de capitan, á fuerza de intrigas y amaños serviles.

Hacia algun tiempo que se habia fijado en Ravensberg, esperando una ocasion oportuna de medrar, estando en continuo acecho de accidentes politicos que le fuesen favorables. Confiaba mucho en las circunstancias que á cada paso ofrece la corte, y estaba decidido á servir de instrumento y venderse á aquel que lo necesitase, sin mirar el principio, la causa ni la esencia del negocio... sino satisfacer su deseo mezquino y degradante.

Pretendió pertenecer á la asociacion politica de los *conservadores*, pero estos lo repelieron ignominiosamente, en el momento que se enteraron de los antecedentes del nuevo asociado.

Por lo dicho se conocerá, que este hombre despreciable, no podia tener ni opinion, ni creencias, ni sentimiento, fuera de su interés particular. Asi era fuerza que detesta-

se, mirándolo como rival suyo, á todo el que hubiese adquirido una posicion honorífica por su verdadero mérito.

De estos era el mariscal Otocaro: uno de los blancos odiosos del recomendable palaciego.

.

La persona que habia salido del castillo se hallaba ya cerca del baron. El desconocido venia en un hermoso caballo de Mecklemburgo, raza privilegiada en Alemania y de los cuales se servia el gran duque de Ravensberg y toda su guardia de honor.

Este era un capitan de dicha guardia.

—Hola, baron! dijo el ginete, deteniendo el caballo y apeándose.... De paseo y de este modo á dos millas largas de Ravensberg? ¿Os han mandado los médicos estos jercicios campestres para la salud?

—No, capitan. Es que sin saber cómo me he alejado de la ciudad. Ya veis, añadió con marcada socarronería, este Ems es tan delicioso y encantador, que convida á gozar de sus riberas, y embelesa y distrae la imaginacion, sin que se eche de ver el

camino que se ha andado.

—Por mi vida, le contestó risueño el capitan, que podíais iros así hasta Emden, que ya es obra! Estareis enamorado por ventura, baron, ò habeis dado en la incurable manía de ser poeta tal vez?

—Hola! Bromitas así, caballero Luitzpoldo? Cuidado conmigo! Yo no estoy enfermo del cuerpo ni de la cabeza, pero veo como Argos.... y sé un poco mas que Satanás.

—Esa es una zancadilla, amigo baron; pero no, no me hareis caer.

—Jamás he acostumbrado á usarlas, y mucho menos en casos semejantes. Y sería un necio si pretendiese violentaros en cosas que nada tienen de particular.... y que ignorais quizá.

—Esplicaos.

—La otra noche en la tertulia de madama Sofia de Korvei, se habló de los oficiales buenos mozos de la guardia del gran duque. Pues bien, sabed que se puso en primera línea al caballero Luitzpoldo Vith.

—Yaya! vaya!

—Oh! habló con toda formalidad, So-

lo que hubo su poco de resentimiento en ciertas personas... no... resentimiento no. Cómo lo llamaré? Una leve muestra de desagrado en las nobles y bellas damas que se hallaban presentes , porque todas en general confesaron ignorar á quien podia dirigir sus obsequios tan bizarro oficial.

—Vaya una preferencia importante para que pudiesen ocuparse de ella!

—Y sin embargo es muy cierto. Ello fuera queja, deseo ò curiosidad, es seguro que hablaron de vos. Y no debeis extrañar, amigo mio. Las mugeres.... y mugeres de la corte, son tan egoistas, tan vanidosas, tan ecsigentes , que todo el que pise las losas de palacio ha de rendirlas adoracion.

—Es muy fundado ese egoismo. La cortesania debe ser prenda preferente en todo caballero.

—Sí, pero no me negareis que es fastidioso. Cuando menos , para cumplir con las enfadosas leyes de la etiqueta , necesita uno tener su ídolo.

—Tambien es justo.

—Para los jóvenes como vos , no lo

niego. En fin; madama Sofia reia de verlas, y animaba, impulsaba la conversacion con aquella natural y hechicera perspicacia que posee. No podeis imaginar lo que ella gozaba en el disgusto de sus amigas... Así es que para esta noche se puso á discusion el asunto.... que será chistoso por mi honor. Por supuesto, que la tal conversacion, sin omitir ni una sílaba, se la contaria madama Sofia á la gran duquesa.

—A la gran duquesa! preguntó Luitz-poldo con marcado interes.

—Hola.... hola!!.... Parece, capitan, que ese nombre mágico os ha animado. Peregrino descubrimiento, querido mio!.... Vale un tesoro!.... No sabeis el placer que me habeis causado! Mis sospechas no carecian de fundamento.

—Vuestras sospechas!....

—Sin duda.... Ese interes que, sin querer habeis dejado escapar, al enteraros que la gran duquesa sabria la conversacion de sus camaristas....

—No tiene nada de extraño....

—Vamos, sed franco, y abridme vuestro corazon. ¿Os parece que yo extraño na-

da de los afectos impetuosos de un jóven de veinte y dos años?

—Pero baron, este es un ataque en forma!....

—Y bien mirado, ¿es delito admirar lo hermoso? Amar lo bello? El amor es una pasion noble, y puede concebirse sin repugnancia ni rubor. Es un afecto que, no estando sometido á reglas ni precepto, impera con mas ó menos influencia en nuestra alma, segun la impresion del objeto que lo inspira.

—Es verdad.... mas....

—Bravo! Bravo! Ese asentimiento vale por una confesion.... y esa confesion revela lo que hay en vuestro corazon. Digo, para que yo me engañara!.... Acabad de decir francamente que la gran duquesa es la diosa de vuestro pensamiento, la creacion de vuestros dorados sueños.... el móvil de vuestros tiernos suspiros.

—Tanto como eso nó.... pero, me agrada.... Porque, decid, baron.... ¿no es digna de ser querida?.... Yo la.... amo.... como se ama.... á Dios.... con respeto y veneracion.

—Sublime!.... magnifico! exclamó gozoso el baron. Con que en resúmen, mi querido Luitzpoldo, la gran duquesa no os es indiferente?

—Como á cualquiera....

—Un poco mas, amiguito! No, no os pese, porque esa muestra de galanteria es un augurio feliz para vos. En una corte elegante..... quizá en la que luce mas la brillante aristocracia de los príncipes soberanos de Wesfalia, poseeis todo lo necesario para ocupar una posicion brillante algun dia.... Capitan de la guardia de honor! Sabeis caro Luitzpoldo que os vaticino una fortuna colosal? Jóven, de bello rostro, figura arrogante, un estilo no comun, modales escogidos.... Es verdad que vuestro nacimiento, y dicho sea sin ofenderos, no es de lo mas á propósito para el caso; pero sin embargo, donde hay compensacion mas visible y halagüeña... En fin, yo trocaria mi fortuna por la que podeis obtener.

—Oh! dejad esas bromas, baron. Yo no pienso, ni pensaré en otra cosa que en hacerme acreedor á la estimacion del duque obte-

niendo su proteccion. Otras pretensiones en mí, serian absurdas y necias. El que como vos decis, tiene que lamentar la severidad de la suerte al nacer, y ha de grangearse con su brazo y espada un porvenir decoroso y digno, no puede.... ni debe aspirar á mas.

—Ya, es vuestro sistema. Sistema que apesta de puro usado y que no adoptan mas que dos clases; ó los novicios, ó los ineptos. Se conoce que habeis visto poco, y que por lo tanto os asustan los fenómenos. No hay un terreno mejor para los jóvenes que poseen las bellas dotes personales que os adornan, que la corte. Es un manantial fecundo de esperanzas lisongeras, de bienes inmensos.... de fortunas inmejorables. Y si se encuentran.... que nunca faltan en ella, amigos que protejan y den la mano, que proporcionen ocasiones favorables.... de esas que se presentan como improvisadas y casuales, y son sin embargo anexas al sistema cortesano, á la práctica diplomática.... no digo nada! Y con una duquesa como la que poseemos! Hermosa, decidida, enérgica, seductora, orgullosa hasta lo sumo.

—Pues esta última cualidad me parece estremadamente fatal!....

—Al contrario, es una de las mejores que posee. En hiriendo su susceptibilidad, que sobraría ocasion de hacerlo, el orgullo es un recurso inmenso para el que sabe aprovecharse de él. Menos años, menos años, capitan, quisiera yo, y la experiencia adquirida!.... De seguro, como sepais manejaros, habeis dado con vuestra piedra filosofal.

—No os entiendo.

—Ya lo creo! ... no estais todavía en estado de comprenderme. Qué mas pudiérais desear!.... Abreviemos razones, y vamos á lo escencial. Vos, como jóven, tendreis indispensablemente ambicion, ansiareis elevaros... pero el cómo es el que ignorais y yo tambien. Si no, decidme: ¿qué giro pensais dar á vuestros negocios?... Esto es, si quereis fiaros de mí.... Si imaginais que puedo hacer algo en vuestro obsequio.

—Veo que estais esta tarde de broma, baron y que os mofais de mí completamente.

—Oh! no por cierto. Nunca he hablado

con mas formalidad. Puedo ser merecedor de lo que encerrais en vuestro corazon?

--Me parece que muy claro os lo he dicho ya. Anhelo ascender en mi carrera.... mejorar de clase.

--Ya!.... en la de las armas.... No os lo aconsejaré.... y tanto mas cuando advierto en vuestra fisionomia rasgos positivos, ciertos, que deben haceros mudar de plan. La vida militar es buena para el que no posee otros recursos.... otros elementos en su favor. Es fácil subir, llegar á ser, como el mariscal Otocaro, pero se necesita suerte, despues de correr mil riesgos y pasar por innumerables inconvenientes. En lugar que aquí en palacio, sabiendo conducirse.... y con una poca de audacia.... En una palabra, ¿quereis entregaros á mí?

--A vos?....

--Sí.

--Pero en qué términos?

--Como se entrega un hombre á otro en esos casos.... A vida ó á muerte.

--Es que.... si el honor puede resentirse....

--Señor Luitzpoldo, si sois escrupuloso

confesadlo sin rebozo, y que la suerte os ayude. Seguid entonces vuestras pretensiones por vos solo.... y de seguro muy pocos ó ningunos os darán favor. Cavilosidades, temores, recelos!.... Vive Dios que si continuais de ese modo, adelantareis mucho!

—Y qué quereis? Demasiado convencido estoy de mis cortas facultades para negociar nada, y todo lo preferiré á hacer un papel ridículo, no solo en la corte, pero en parte alguna. La menor idea del sarcasmo, me estremece!.... Seria lo suficiente para.... ¡qué sé yo!.... para que cometiera un disparate.

—Vaya, sois un niño, y como tal, es necesario conducirse con vos. Me intereso sobremanera por vuestra felicidad, y deseo guiaros, conduciros.... Pero esto no puedo hacerlo sin que me otorgueis plenos poderes. Es decir, que os sometais á mi dictámen sin titubear, ni oposicion.

—Veo que haceis un loco divertido, baron. Vamos á cuentas, y hablemos con juicio. Aquí advierto dos extremos: ó vuestro cérebro no está en su completo acuerdo, ó repito que tratais de divertir os conmigo.

—Sabeis que estais ya harto importuno, Luitzpoldo? Aseguro que no he conocido un jóven que os iguale. Yo seré un loco pero lo que es vos.... no me atreveré á calificaros. Solamente sospecho que de dos cosas, hay en vos una. O sois un tonto que no sabe lo que se pesca, ó muy ladino que pretendéis deslumbrarme con el disimulo y la hipocresía.

—No, por mi honor. Os hablo con el corazon. Sino que ese porvenir tan halagüeño y fácil de obtener, esa perspectiva pomposa que me augurais, ni la veo, ni la alcanza mi entendimiento.

—Esa no es culpa mia, caballero. Si anhelaís avanzar, y no advertís mas que una senda árida y estrecha, habiendo otra fácil y hermosa ¿á quién os quejais?....

—Pero quereis esplicaros, baron?

—No lo haré jamas, si no me dais un voto de confianza.

—Lo teneis.... y acabad.

—Entonces os aseguro mi proteccion... y sereis feliz con ella, sometiéndoos á mi dictámen.

—Bravo!.... Mas, permitidme que os

haga una pregunta.

—Hacedla.

—No os ofendereis?

—No.

—Ya que estais persuadido de alcanzarme una fortuna tan colosal, ¿cómo es que conociendo la corte y estando en ella antes que yo, no habeis podido obtener para vos lo que me asegurais á mí?

—Qué mentecato sois, Luitzpoldo!

—Ese es un sofisma que no admito. Vos sois un triste baron, sin otras rentas que un título vano y miserable. Digo vano, porque nada os produce, mas que denominaros tal. Pobre hidalgo de una aldea de Cleves, os fijásteis en Ravensberg, donde solo habeis llegado á capitan de arcabuceros, con pretensiones de cortesano, humos de palaciego, ínfulas de gran señor.... y nada por conclusion, fuera de capitan y baron. Ahora bien, cómo he de creer que podais hacer mi fortuna, si á pesar de tantos afanes, cruzar antesalas, cámaras y salones, conocer y hablar con todas las camaristas y grandes de palacio.... de ser admitido aun en la tertulia de la gran duque-

sa y madama Sofia, esta última, luz, norte, guía y fanal para conseguir lo que se desea, á pesar de todo, repito, os encontrais sin salvar esa valla insuperable donde quedásteis detenido? Vos sois elegante, comedido, teneis conversacion agradable, modales estudiados, despejo natural.... qué os falta pues?

—Una buena cara como vos..... una presencia airosa, un cuerpo gallardo, los años que teneis y pasar como vos, por el mejor mozo de la guardia del gran duque..... Pero basta de majaderias: dejémonos de frases inútiles y atengámonos á los hechos. Seguid vuestro camino hácia palacio. Esta noche nos veremos en la antecámara de reunion.

El baron tomó la direccion hácia donde Mastropetro, oculto, esperaba el fin de la conversacion.

Luitzpolo desapareció á los pocos momentos.

II.

¿Qué será?

UN tiro de cañon, que sonó en las murallas del Aguila negra, anunció á los habitantes de la fortaleza, la llegada del primer personage del gran ducado de Rayensberg.

No solamente lo hizo á los moradores mencionados, sino con los de las inmediaciones y de la parte opuesta del Ems, sobre cuya ribera estaba fundado aquel formidable fuerte.

Varios palafreneros esperaban en el patio del castillo la llegada de los reciénvenidos. Eran dos caballeros. Ambos demostraban en su fisonomía una melancolía profunda que causaba diferente sensación. En el que por su trage, á pesar de ser el de ambos bien sencillo, indicaba mas elevada categoría, su aspecto era triste pero interesante.... el del otro, sombrío y aterrador.

Los palafreneros cogieron los caballos de las bridas, para que se apearan los señores.

Los dos, sin proferir una palabra, se dirigieron en seguida á una especie de átrio, en cuyo fondo se advertia, en el centro, una ancha y magnífica escalera de jaspe, con pasamano y balaustrada. En la meseta del primer tramo, sobre un soberbio pedestal, se veia la estatua de Enrique de Walpot, primer gran maestro del orden Teutónico, perfectamente trabajada en mármol de Carrara, por el célebre escultor Florentino, *Angiolotto*.

Algunos empleados del castillo, que encontraron en la escalera, cumplian, al dejarlos pasar, con la cortesania que les prescribia su deber.

Llegaron á la primera antesala, y otros, de la servidumbre tambien, se inclinaban respetuosamente, en particular ante uno de los dos caballeros que iba vestido de negro.

Entran en otra sala, y este se dirige á una de las puertas que habia. El ugier colocado en ella, levanta prontamente el tapiz que la cubre, facilitándole paso.

El otro personage iba á seguir á su compañero, pero el ugier le dice, deteniéndolo:

—Perdonad, monseñor, no podeis pasar de aquí.

—Por qué causa?

—Solo al gran duque y dos personas mas, les está permitido entrar por esta puerta.

—Me parece que te equivocas, le contestó con tono algo áspero el personage. Sin duda ignoras quien soy.... cual es mi clase.

—No lo ignoro.... si considerais que conozco á quien acompañaís.

—Entonces, porqué me impides el paso?

—Yo cumplo con los deberes que me

están confiados.

—Pero esto no se entenderá conmigo, sino con esos palaciegos de oficio.... mezuquinos y torpes aduladores, que rodean al príncipe *como un enjambre de tábanos*..... zumbando á su alrededor. Pero yo.... yo que me honro con su aprecio, porque le amo de todo corazón.... y él lo sabe, eso sí.... yo, repito, no tengo que ver con esa prohibición.

El ugiar no contestó.

—Hola! parece, continuó el caballero, que *caes de tu asno*! Bien lo esperaba yo.

Y se adelantó hácia la puerta.

—Atrás, monseñor.... le repitió el ugiar, secamente.

—Con que te empeñas en ello, eh? Vamos... aseguro que no me conoces, por mas que aparentas lo contrario.... Quién soy? dímelo.

—El mariscal Otocaro. General muy estimado del emperador Maximiliano primero, y ahora amigo íntimo del gran duque, Othon de Ravensberg.

—Lo celebro, contestó con satisfacción

Otocaro. Y hizo otra demostracion para entrar.

—Atras, mariscal, le repuso el ugier, en el tono anterior.

—Es original! me conoces, me ves acompañando al príncipe, sabes que soy estimado de él, y no me dejas seguirle, cuando no me ha insinuado siquiera....

—Esa es obligacion mia ; y como no sois el gran duque, debeis reflexionar que hay sitios en palacio , sagrados.... y prohibidos para cierta clase de personas.

—Este lo es?....

—Sí, monseñor.

—Ah! entonces callo y me resigno.

El mariscal se puso á dar paseos por la sala , con la cabeza baja y los brazos cruzados, reflexionando sobre lo que acababa de oir. El gran duque tenia secretos!... Y en el castillo del Aguila negra, que gozaba en el pais de una fama poco lisonjera, pues se contaban de aquella fortaleza fábulas y anécdotas tradicionales, que hacian á los habitantes de las cercanias mirarla con horror.

Se acordó tambien, que la opinion que

el vulgo daba al castillo, habia sido mucho antes de que el gran duque reinante naciera. Ahora, si era aquel misterio hereditario en la familia de Ravensberg, eso el mariscal no lo podia adivinar.

Pero tal arcano no lo poseia solo el gran duque. El ugier le acababa de decir, que otras dos personas penetraban por aquella puerta.

El mariscal, desde que entró en la sala, ocupado primero con el ugier, y despues en sus confusas y varias conjeturas, no habia levantado los ojos para ecsaminar aun la estancia donde se hallaba.

Un impulso involuntario le movió á hacerlo. Mas su admiracion fué completa cuando se vió en una habitacion circular, toda de jaspe oscuro, y sobre la puerta por donde entró el duque, una gran águila de la misma piedra, que con sus formidables alas estendidas, y sus garras y pico abierto, parecia querer arrojarle sobre todo el que pretendiera entrar por donde ella se hallaba suspendida.

El mariscal clavó sus ojos sobre tan inponente escultura con cierta mezcla de

asombro y terror. Aunque su alma estaba dotada de un esfuerzo no comun, no pudo esta resistir á la vista de aquel objeto aterrador. Cuando su imaginacion estaba mas ocupada en analizar las frases del ugier, se presentó repentinamente á sus ojos el aguila terrible, como saliéndole al paso para distraerlo de sus meditaciones, y ratificando en parte el carácter misterioso que el vulgo ignorante daba á aquella fortaleza.

Todo se reunia para aumentar sus recelos é inquietudes. Con una rápida mirada recorrió el espacio que le rodeaba, y sobre ninguna puerta ni ventana se notaba aquel signo análogo, de sorpresa y admiracion.

El ugier mudo y silencioso seguia con la vista los movimientos de Otocaro, comprendiendo sobradamente lo que pasaba en el corazon de este.

Algo mas tranquilo el mariscal, y despues de reflexionar un momento, hizo al ugier estas preguntas:

—Con que dices que dos personas, ademas del gran duque, entran por esa puerta tambien?

—Sí, monseñor.

—Quiénes son?

—No las conozco.

—Truhan! ¿Con que los dejas entrar y no sabes quién son?

—Entran y no lo sé.

—Viven en este castillo?

—Lo ignoro.

—Y cuándo entran?

—Qué sé yo.

—Pero entran con frecuencia?

—Sí, monseñor.

—Y á qué?

—No me lo han dicho.

—No has oído hablar algo que indique?....

—Soy sordo.

—Habrás visto....

—Soy ciego.

—Pero habrás comprendido....

—Soy idiota.

—Pues tú sabes algo.

—Nada.

—Lo que tú eres es un bribon taimado.

—Monseñor, no soy ni lo uno ni lo otro.

—Pues qué eres?

—Fiel.

—A quién.

—A quien sirvo.

—Y quién es ese?

—El gran duque.

—Hola! con que esta reserva te la prescribe él.

—No sé.

—Cómo te llamas?

—Pedro.

—Pedro de qué?

—Pedro.

—De dónde eres natural?

—Basta, contestò el ughier con sequedad, y frunciendo las cejas.

—Pedro!.... Pedro!.... repetia el mariscal para sí, como si esperase encontrar en este nombre la aclaracion de alguna duda que le atormentaba.

Súbitamente palideció, en términos, que, retrocediendo hasta uno de los escaños que habia en el salon, tuvo que sentarse, porque sus piernas vacilaron.

Un sudor frio corria por la frente de aquel valiente y denodado guerrero. Sus

ojos, bien á su pesar , dejaron escapar algunas lágrimas que resbalaron por sus mejillas, en presencia de aquel hombre, que acababa de destrozar su alma con mencionarle simplemente su nombre.

Porque este nombre era un agudo puñal que habia herido su sensibilidad, recordándole la página mas amarga de su vida.

El ugieer no apartaba un punto sus ojos de Otocaro.

Este, mas sereno, se levantó y dirigiéndose á su interlocutor le dice de nuevo con dulzura:

—Respóndeme, amigo mio, donde has pasado los primeros años de tu vida?

Pedro miró con atencion al mariscal, como queriendo adivinar en su fisonomía el móvil de la pregunta.

Un silencio profundo fué la respuesta del ugieer.

—Te lo suplico, le repuso con mas afeblidad Otocaro. No es una curiosidad indiscretay vana lo que me hace preguntártelo: ¿dónde pasaste tu infancia?

—En las campiñas de Lingen, contestó el ugieer, despues de titubear un instante.

En las campiñas de Lingen! Y el nombre de tus padres?... dímelo... Dime el nombre de tus padres....

Nuevo y profundo silencio en el ugier.

—Habla.... habla.... añadió con ansiedad, el mariscal... Tu silencio me mata y tu voz puede darme la vida.... Tus padres!.... ¿cómo se llaman tus padres?....

—Mis padres!! no los he conocido.

Una lágrima de dolor que vertió el ugier, fué precursora de una melancolía mortal que cubrió su sombrío rostro.

—Conque no quieres satisfacerme á una pregunta tan importante para mí, le añadió con alguna impaciencia Otocaro. Sin duda te has propuesto esta tarde apurar mi sufrimiento.

Pero el ugier, sumergido en su tétrico abandono, se mostraba indiferente á todo lo que no fuese la idea devoradora que le laceraba el alma. Parecia un objeto inanimado... Una estatua sin accion, sin vida, sin movimiento.

—No me contestas? repuso el mariscal ya colérico, y sacudiéndolo por un brazo fuertemente.

—Considerad, monseñor, articuló apenas levantando la vista que volvió á inclinarse en el suelo al momento, que cuando no respondo á vuestra pregunta, es porque no podré hacerlo.

—No te comprendo.

—Mas claro lo quereis aun? Ignorais que hay arcanos respetables, así como existen sitios sagrados y reservados en palacio? Basta que os haya dicho mi nombre, que ese sí no lo oculto á nadie.

—Vamos á otra cosa. Y de dónde eres natural?

Aquí el ugiar dejó asomar en sus labios una sonrisa amarga.

—Veo mariscal, añadió, que de dos cosas, existe una en vos; ó una curiosidad poderosa, ó un interés incomprensible por saber quién soy. Este interrogatorio tiene todo el carácter de una completa información. Por vuestra vida!... ¿Me quereis enlistar en alguno de vuestros regimientos?

—Te advierto que no estoy de broma, le repuso Otocaro con severidad; y debiera bastarte á responderme con sinceridad, si no mi clase y categoría, al menos

el haber notado la profunda y dolorosa impresion que me ha hecho tu nombre. Bien has visto desaparecer ante tí, sin humillacion ni avergonzarse, al mariscal del imperio, al guerrero fuerte é imperturbable, para manifestarse el hombre sensible y conmovido. Pero he conocido que tienes mal corazon; que tu alma avezada á los padecimientos, tiene por nada la afliccion y quebranto de tus semejantes. En una palabra, que eres un ser empedernido y bárbaro que te deleitas y gozas en mi quebranto.

El ughier á estas espresiones pronunciadas con la energia y carácter que poseia el mariscal, volvió á clavar en este profundamente su vista. Otocaro advirtió, consentimiento, la injusticia con que lo habia calificado, pues notó en el semblante de aquel hombre impasible estampados, la ternura y el sentimiento mas profundo.

—Mariscal!! exclamó con violencia.... Tenia otra idea de vuestro corazon..... Me infamais injustamente.... pero os perdono.... porque no me conoceis!! Yo sí que puedo decir con razon que no sabeis con el

hombre que estais hablando!!

En seguida inclinó su cabeza sobre el pecho, y un silencio sepulcral reinó entre los dos.

El mariscal por un impulso involuntario, le tomó una mano y la estrechó con afecto. El ugiér la llevó hácia su corazón, como para demostrarle que las palabras de Otocaro no habian disminuido la estimación que le conservaba.

Esta escena no se sabe el fin que hubiera tenido, si el ruido que hizo una puerta interior, y el rumor de unos pasos que se aprocsimaban, no hiciesen al ugiér volver de su estado, preparándose á recibir al que se acercaba.

—El gran duque!

Fué lo único que dijo, mas para prevenir al mariscal de alguna frase imprudente que pudiera verter su ignorancia, que por despegar sus lábios.

Porque su faz conservó aquella severidad melancólica y dolorosa que poco antes manifestara.

—Ya nos entenderemos algun dia, le añadió el mariscal con voz baja y tornan-

do á apretarle la mano. Me debes estimacion é interes.... porque he conocido que eres un hombre infeliz y misterioso. Espero de tí mas de lo que puedes pensar... Volveré aquí á buscarte.

--Es que tal vez no podais llegar hasta mí, le respondió sin mirarle.

--Por qué?

--Porque eso depende de la persona que se acerca.

El gran duque se presentó, y el diálogo tocó su término.

El rostro del príncipe, risueño y placentero ya, habia abandonado el sombrío velo que lo cubria al entrar por aquella puerta.

El mariscal lo observó, y se convenció de que allí ecsistia un objeto harto interesante para Othon.

El ugier saludó al duque al pasar. Este le tendió la mano, que cogió y besó con respeto el súbdito.

--Por mi nombre, querido Otocaro, le dijo el duque con desembarazo y afabilidad, que ya habia mucho tiempo que no sufrías un planton semejante. .. Esta ha

sido una inadvertencia mia, que siento en el alma.

—Señor!

—Oh! no; yo no estoy autorizado por mi calidad de duque soberano, á ser descortés é imprudente con uno de mis súbditos mas dignos de aprecio. Ha estado una broma demasiado pesada para tí, mariscal.

—Jámas la calificaré de tal, monseñor. A mí no me toca mas que acatar vuestras mas leves disposiciones.

—No, nunca me lo perdonaré. Porque al menos debí escusarte, advirtiéndotelo, el disgusto que te habrá ocasionado el imprevisto desaire hecho por el hombre que acabamos de ver colocado en la puerta del águila.

—Efectivamente; y ya que V. A. R. me lo recuerda.... Pero es, que no creais que es ya resentimiento ni disgusto lo que me ocupa, monseñor. Es una admiracion, una curiosidad tan vehemente por ese desconocido que ya graduo empeño de honor el satisfacerlos.

El duque se sonrió, con amable ironia.

—No lo extraño en tí, mariscal; porque

conozco y aprecio, ese carácter enérgico y honrado que posees. Ahora siento doblemente la aventura que te acaba de pasar.

—Señor, si he incurrido tal vez en alguna imprudencia....

—Oh! no, amigo mio. Otro soberano te reprenderia con adustez y severidad, culpándote de una falta que en realidad he cometido por inadvertencia. Yo debí mirar que eres un caballero, un guerrero benemérito, que si bien tienes todas las virtudes esenciales, é inmejorables, como hombre y soldado, si eres un dechado de valor y bizarría; en la práctica cortesana estás muy atrasado. Y no creas que esto lo digo por ofenderte, ni porque me arrepienta de que seas tú el que me haya acompañado hasta esa puerta misteriosa... y á la que no debiste nunca llegar, no; que en la alternativa de ser otro, te prefiero por tu franqueza y honradez. Pero te repito, querido Otocaro, que hay en la corte arcanos incomprensibles, misterios impenetrables, *secretos que matan al que los sorprende....* y este es uno de esos secretos. Hé ahí la razón porque tus rivales te motejan y criti-

can en palacio. Censuran tu educacion diplomática, tus maneras bruscas... solo que yo al escucharlos no los atiendo, porque sé lo que vale en tí esa franca rustiquez que les choca, y que forma efectivamente un contraste extraordinario con su estilo elegante y afectado. En ellos, bajo aquel brillante y dorado exterior, ecsiste lo intriga, la falsedad y mala fé, en vez que aquí (tocando en el pecho del mariscal) hay heroismo, lealtad y pureza. Pero como estas virtudes que posees hacen resaltar mas los vicios y debilidades de tus enemigos. pretenden, denigrando las tuyas, encubrir los suyos..... mas yo, que observo con imparcialidad y sangre fria á unos y á otros, hago la justicia que se merece á cada cual.

—Gracias, Señor, contestó el mariscal con orgullo.

—Volviendo al acontecimiento de que nos ocupábamos antes, te repito que lejos de sentirlo, me alegro de que haya recaido en tí. Otro de mis cortesanos hubiera, como tú, llegado hasta ese hombre, y notando que lo desairaban, habria depositado en su pecho la ofensa, la curiosidad y el de-

seo, asomando la sonrisa de la indiferencia en sus lábios, mientras devoraban la impaciencia y el orgullo su corazón. Cubierto siempre con la máscara fascinadora de un falso disimulo, me hubiera manifestado, no queja, sino hallarse completamente satisfecho de mi comportamiento con él, y despues, en secreto, trataria con intrigas y amaños, valiéndose de sus prosélitos y agentes, sondear, profundizar el asunto hasta enterarse y esclarecerlo, procurando seducir á los súbditos que hay en este castillo, á la servidumbre, á todo el que creyese con alguna influencia, por leve que fuera, en el negocio, y llevaria á cabo su obra, haciéndolo la fábula de mi corte, sin que se pudiese justificar que fuese él el delator, porque se valdria de medios que asegurasen su impunidad y la culpabilidad de otro inocente. Pero tambien es fácil que se equivocase en su cálculo, porque yo, conociendo la importancia del secreto que guarda este castillo y decidido á toda costa á conservarlo, á otro que no fuese el mariscal Otocaro, enviaria ahora mismo á uno de los calabozos mas profundos de este castillo, haciéndolo

desaparecer en secreto de la corte; y cuando mas , tendria el consuelo de revelar lo que habia visto á su confesor, entre los densos y sordos muros de su prision pocos momentos antes de morir en ella.

—Señor!! Esclamó el mariscal, conmovido en estremo.

—No, no creas Otocaro que aludo á tí. Te juro por mi corona que me hallo muy distante de ello. Bien lo debes conocer en la preferencia justa que te dispenso. Recuerda las palabras con que he revelado la justicia que hago á tus virtudes. En tí veo otro ser diferente, de los que componen esa corte que me rodea. Fiel observador de las leyes del honor, sabes tambien por experiencia que en la vida del hombre hay sucesos que, inherentes á la naturaleza humana, son calificados injustamente de crímenes y que despues ya no puede uno despegarlos de sí y los tiene sobre el corazon continuamente como un ascua ardiendo que la avisa sin cesar, despierto, en sueños, en todas partes, que ecsiste aquella mortal memoria que le destroza y consume. La posicion y categoria que ocupamos, agrava con mas ó menos

importancia las consecuencias de aquel des-
lizque cometimos y de aquí los resultados que
produce una combinación mas exacta ó in-
discreta para sobrellevarlo á los ojos de esa
sociedad ecsigente y tiránica que nos oprime y
subyuga con sus leyes y caprichos.

—Es cierto, monseñor.

—Sí, Otocaro, el arcano que ecsiste den-
tro de estos muros, es de suma importancia
para que ninguno pueda ser tan osado que
pretenda penetrarlo, fuera de aquellos que
por necesidad están al alcance de él. Aun la
menor indiscrecion de estos, antes del tiem-
po oportuno para descubrirlo, le costaria la
vida. Mi distraccion y descuido de esta tar-
de no es disculpable, pues tú eres el primero
de los que me han acompañado que ha llega-
do hasta la sala negra... porque ese es un si-
tio tan sagrado, que aun yo mismo lo ve-
nero..... y tú mismo, si supieras la alta
importancia de su valor, lo venerarias tam-
bien.... por lo que despues de lo que me has
oido, juzgo que comprenderas harto lo que
he querido decirte.

—Señor, consideradme sordo y mudo
desde este momento.

—Gracias, mariscal ; gracias por tí....
y por mí tambien.

El principe le cojió la mano, y Otocaro llevó la de este á sus labios con espresion y respeto.

Efectivamente, el mariscal recordó que el gran Duque, aunque entró en la sala negra delante de él, se habia quitado el sombrero desde el punto que puso el pie en ella, con cierto respeto y dolor, dirijiendo sus miradas hácia una puerta cerrada que estaba á la izquierda de la del águila. Demostracion que no advirtió entonces en su distraccion.

—Algun dia... sí, no lo dudo; continuó el gran duque despues de un momento de reflexion, espero que seas participe de lo que ha escitado tanto tu curiosidad.

—No lo deseo, monseñor, sí no he de ser en ello útil á V. A. R.

—Veremos; contestó secamente el Duque.

En esta conversacion llegaron á la plaza de armas.

—Llevad los caballos por el puente, dijo el principe á los palafreneros. Nosotros atravesaremos el rio en la barca; sígueme, mariscal.

III.

El mariscal Otocaro.

LAS palabras del gran duque hicieron una sensacion extraordinaria en el ánimo del mariscal. No porque el temor de abusar de la leve confianza que había hecho de él el duque le intimidase, sino que la conducta estraña, y mas que todo las frases del ugie, despertaron en él recuerdos á cual mas desagradables.

Pero ese hombre al parecer incompre-

sible y enigmático se habia posesionado de su mente de un modo tal, que no podía deshecharlo. La fisonomía de Pedro disponía poco en su favor, pero para Otocaro tenía un poder, á un interés que no le era fácil contrastar. Además, sus palabras, su enternecimiento á la memoria de sus padres, revelaban claramente que el corazon del ugieir estaba destrozado por un recuerdo funesto, por un sentimiento de aquellos que llegando á dominarnos se hacen inherentes á nuestra existencia y siempre constantes á nuestro corazon nos acompañan al sepulcro.

Todo esto no podia menos de escitar en Otocaro una sensacion tal, cual la que hacia mucho tiempo no experimentaba.

Una causa poderosa y secreta tenia para ello.

Este tenia fundamento en su conducta pasada. Los primeros años de la vida del mariscal fueron borrascosos y terribles. Dotado de un genio fuerte é indómito; en su juventud no hubo freno que contuviese sus menores caprichos. Demasiado esclavo de aquéllas impresiones fuertes que los jóvenes conciben y que la inesperienza apoya y hace crecer

rápidamente, desarrollándose con mas ó menos fuerza segun el genio y la educacion del que las posee, Otocaro era pronto para concebir y mas enérgico y rápido para ejecutar. Así llegó el caso de atropellar hasta la autoridad paternal por satisfacer estas ecsigencias Su educacion, cual la de un hombre de la plebe, habia coadyuvado tambien á aumentar el fuego devorador de sus pasiones, y sus maneras rústicas, sus modales groseros, siendo otro poderoso aucsiliar á su favor, le arrastraron á estravios que despues lloró mas de una vez en secreto.

No por eso su corazón se prostituyó jamás, descendiendo á la bajeza y al crimen. En medio de sus violentos extremos, era guerrero y compasivo, á par que denodado é imperturbable en su propósito. Dotado de un fondo de honradez y probidad no comun, con la misma rigidez que complacia sus ideas particulares, practicaba las acciones recomendables que le dictaban su beneficencia y amor á sus semejantes. Los respetaba y amaba cuanto mas infelices los consideraba, porque decia que el desgraciado era una planta enjuta y abandonada en me-

dio del árido y seco campo de la vida, donde todos, en vez de concederle el riego necesario para volverle su lozania y su vida, no procuraban mas que agostarlo y marchitarlo á su placer. (1)

Cuando ejercia el oficio de molinero, jamás cometió ninguna accion que estuviese en contradiccion con los bellos sentimientos

(1) Estos bellos sentimientos del mariscal, lo confesamos con dolor, deploramos que sean tan comunes en los hijos del pueblo, en los descendientes de «la plebe» como le llaman los aristócratas, y que se note comunmente, el que por una anomalia fatal, y no incomprensible, sean tan raros en las clases mejor acomodadas de la sociedad, en aquellos que con mas facilidad pueden y deben socorrer los infortunios de sus hermanos. Pero por mas que cada cual de nosotros, segun sus mas ó menos fuerza y energia en expresarlo, nos desvivamos por recomendar y dar importancia á esta máxima tan filosófica como santa, nada por desgracia alcanzaremos, y nuestras voces son escuchadas como en eco monótono y cansado. Lo hemos dicho y lo repetimos siempre. La infelicidad para comprenderla es necesario haberla experimentado.... y aun en algunos no basta esto tampoco, pues se olvidan con facilidad de lo que fueron.

que abrigaba. Ya hombre maduro, militar acreditado y mariscal por sus altos servicios; era tan esacto en sus procederes, como fiel á su honor y su deber. A lo valiente y terrible en campaña, unia lo franco, generoso y compasivo. Su hermoso corazon se abria con facilidad á la sensibilidad y la ternura, así como se empedernia y cerraba á el aspecto de la maldad, la cobardía y la bajeza. Jamás transigia con ninguno de estos extremos detestables.

Desde que entró á servir en los ejércitos imperiales, se distinguió por su valor y arrojo. Poseyendo una estatura elevada, una complecsion robusta y vigorosa, estas, ayudadas del gran corazon que latia en su pecho, le hacia acometer con denuedo las empresas mas peligrosas y dificiles. De todas salió á salvo y con honor. Así su carrera militar fué tan rápida, como grandes los hechos con que la distinguiera. Desnudo de favor y proteccion denigrantes, y sin otro patrimonio ni recomendacion que su brazo y espada, sus ascensos los sostuvo en el campo mismo de batalla, salpicado con la sangre de los contrarios que acababa de com-

batir, y no vendadas aun sus nobles heridas. *Era lo que se llama un valiente y benemérito militar, sin mezcla de artificio ni desdoro.*

Muy jóven aun, se alistó en las tropas del imperio para hacer la campaña en Suiza. Sus primeros ensayos militares fueron tan terribles como desgraciada y funesta aquella expedicion para Maximiliano. La pérdida de ocho batallas seguidas hizo á este emperador desear la paz, y el mariscal con constancia y sufrimiento, arrostró los azares de semejante campaña. En ella obtuvo el grado de capitan, y el emperador mas de una vez, se dignó recibirlo en su tienda y mostrarlo á sus generales como un modelo de valor y heroismo. Concluida aquella guerra se estableció en Viena, hasta acompañar despues al emperador en el sitio de Terouana, alistándose tambien, como él, de soldado raso en los ejércitos ingleses. Por último, cuando el emperador invadió el milanesado, asistió constante á su lado, y en la fuga que este tuvo que hacer por haberle abandonado los suizos que tenia á sueldo, Otocaro sostuvo con muy pocas tropas la retirada, conteniendo á los franceses y salvando la vida al em-

perador, el que á su llegada á la corte premi6 su heroismo ascendiéndolo á mariscal.

Acaecida la muerte de Maximiliano en Wels, se fué á Ravensberg cubierto de honores y gloria. Su suelo natal le interesaba demasiado para que él pudiese estar mas tiempo sin visitar los lares de su infancia; y el molinero rústico y grosero, lo volvieron á ver transformado en uno de los mariscales mas estimados del imperio.

Mas Otocaro no hall6 en Ravensberg la recompensa ansiada á su carrera, á los afanes por crearse la posicion que ocupaba... lo que con mas estímulo le conducía al lugar de su nacimiento, era abrazar á sus padres y hermanos. Su familia habia desaparecido del pais, se ignoraba su paradero, y los iau-reles del mariscal, mústios y marchitos por esta noticia, no fueron sino un recuerdo mortal para atormentarlo sin cesar. Entonces se consideró en medio de su elevacion y honores, mas infeliz y miserable que cuando egercia su oficio de molinero... Entonces vió patentemente que para ser venturoso se necesitaba satisfacer las poderosas y dulces ecsigencias del corazon... aquellos afec-

tos reciprocos y entusiastas producidos por el amor, la fraternidad y la correspondencia del objeto que nos interesa.

El gran duque, informado de los antecedentes de Otocaro, de su carácter y los pormenores de su familia, deseó tenerlo á su lado, y para lo cual lo hizo acercarse á él. Othon se propuso observar y estudiar el carácter de aquel hijo de la nada, ensalzado á una distincion tan relevante, y con efecto advirtió en el mariscal dotes sobrados para tal merecimiento. Vió claramente que al través de aquella rústica corteza, no estinguida totalmente, habia en él rasgos sublimes y positivos, y mas que todo un corazon puro y sin mancilla. Admiró su carácter firme y decidido, aquel valor, franqueza y sinceridad, prendas tan escasas y caras en las cortes, y notó, en fin, en Otocaro, un mérito tan singular, que lo consideró una joya tan estimable, que se propuso apropiársela, no separándolo ya jamás de su lado.

Sin embargo, el gran duque queria antes de concederle su total confianza, experimentar lo de mil modos. El acontecimiento pasado en la sala de jaspe negro, ó mejor di-

cho, el descuido de Othon en dejar penetrar hasta allí al mariscal sin advertirle nada, fue ejecutado á intento, para despues, como lo hizo, ecsaminarlo, y ver cómo calificaba aquella ventura y las palabras de Pedro; pues estaba convencido que el ugier le impediria el paso, porque era cierto que solo tres personas podian entrar por la puerta del águila.

El duque conoció que la sensasion causada al mariscal por semejante lance habia escedido á su cálculo. Es decir, que le causó á este una impresion tan profunda, que ni él podia adivinar el motivo.... ni Othocaró confesaria su fundamento aunque se lo mandase el mismo Othon.

De modo, que el Duque empezó á entrar en cuidado á estas observaciones, solo que por entonces se limitó á disimular, dejando al tiempo la aclaracion de un recelo que era para él de mas importancia que lo que parecia á primera vista.

Dos eran entonces los cuidados de Othón, el primero saber si la impresion recibida por el mariscal á las palabras y la vista del ugier, tenia alguna conecion con el arcano de la

sala del águila y negra, y el segundo observar claramente atormentado al mariscal de un pesar, ocasionado por su causa, y bajo el sencillo carácter de una prueba.

El gran Duque poseía unos bellísimos sentimientos tambien, por lo cual era el principe mas estimado del círculo de Wesfalia, y acaso el mejor del imperio. Razon porque simpatizó tanto con el mariscal que llegó á cobrarle un afecto entrañable, viéndose constantemente en sus labios para con él, aun en las cosas mas arduas, despues de su mérito, esa hermosa y hechicera verdad, esa verdad pura, brillante y divina, que sin saber por qué (1) alejan casi siempre del oido de los soberanos, disfrazándola con matices y colores á cual mas perniciosos y repugnantes. Othon, que careciendo de este bien tan supremo como esencial para un príncipe, lo hallaba en la boca del mariscal siempre que lo buscaba, graduó con satisfaccion

(1) Yo lo sé y algunos conmigo tambien. Pero escribimos una novela nada mas. Basta con lo dicho.

á este de una de las columnas mas firmes de su trono, de un propugnáculo fuerte para sus planes en lo sucesivo.

Mas esta deferencia, esta privanza, hacerlo su compañero en los paseos diarios que daba todas las tardes por las orillas del Ems, si bien en Otocaro no engendraron orgullo ni presuncion, en la corte se hicieron el objeto preferente de las hablillas y sarcasmos. Los mas altos nobles del gran ducado no podian mirar con ojos indiferentes, que un *hombre del pueblo, un reptil de la plebe*, un simple molinero, les disputase tan de cerca y descaradamente la privanza del príncipe, su estimacion, y como decian, *su mas íntima confianza*, porque ya ni dudaban que Othon tenía en el castillo del Aguila Negra un objeto tan secreto como preferente, que llamaba continuamente su atencion; y que el mariscal habia llegado á obtener una distincional, cual era acompañarlo hasta allí, participando de un secreto que se lo ocultaba hasta á la gran duquesa, á la misma Ludomilia.

Solo tres personas de palacio aparentaban manifestarse estrañas á este fuego len-

to en que se abrasaba la corte de Ravensberg, y cuya voraz llama no podia tardar en levantarse, al soplo de la envidia y el resentimiento. Estas eran madama Sofia de Korvei, el consejero Biling, y el príncipe de Marck. De este último nos ocuparemos mas adelante y haremos ver que por engañar á todos aun se engañaba así mismo. En cuanto á Sofia y el consejero, estos, como partícipes del secreto del castillo del Aguila Negra, observaban y advertian al gran duque de los rumores que circulaban en la corte, solo que Othon demasiado confiado en su poder y rectos procederes, tenia en muy poco hasta las quejas de la gran duquesa su esposa.

Por lo cual se conocerá ya demasiado que las dos personas, que ademas del gran duque, dijo el uquier al mariscal que penetraban por la puerta del águila, eran madama sofia de Korvei y el anciano consejero Biling.

Poderosa era necesario que fuese la influencia de estos dos personajes, para obtener una preferencia que era negada á todo el mundo.... aun á la misma Ludomilia, duquesa soberana de Ravensberg.

Pero mas adelante aclararemos esto. Lo prometemos á nuestros lectores.... Tambien los haremos penetrar por aquella puerta misteriosa.



IV.

Recelos y dudas.

Los motivos de Othon para conducirse con tanta reserva y secreto en el castillo del águila negra, eran de la mas alta importancia para él. En cuanto á los escrúpulos, rumores y hablillas de palacio, hemos dicho que se cuidaba muy poco de ellos porque á su entender bastaba él por sí solo á desvanecerlos con una sola palabra. Mas el gran duque se engañaba, porque, demasiado confiado, no

preveía que los funestos efectos de la intriga y el resentimiento palaciego alcanzan aun hasta los mismos soberanos.

.

.

S. A. R. y el mariscal llegaron á la muralla del castillo, cuyo muro bañaba el caudaloso Ems. Un fuerte rastrillo abierto en el mismo muro les dejó paso, y bajando una rampa se encontraron en una especie de embarcadero. Una barca, cuyos remeros se distinguían con la librea del gran duque, los admitió á su bordo, y con una velocidad extraordinaria los trasladó á la parte opuesta del río.

El gefe de la tripulacion, despues que saltaron en tierra el duque y el mariscal, preguntó al primero:

—Esperamos aquí á V. A. R.

—No, volverse al castillo cuando lleguen los palafreneros. Yo pasaré el río por el puente, á caballo.

El gefe se inclinó y la barca desapareció segun la órden del duque, á los pocos momentos.

Los caballos y los palafreneros tardaban

aun, porque el puente estaba á tres millas del castillo.

—Me parece mariscal, dijo el duque, mirándolo atentamente, que estoy leyendo lo que pasa por ti en este momento.

—Ignoro el motivo, monseñor.

—Tú estarás diciendo; este Othon, es raro, caprichoso. Pasar el rio en una barca, dar que hacer á los pobres remeros, y mandar entretanto los caballos por el puente pudiendo por él pasar el rio, es mania singular.

—Sin duda..... á no ser que V. A. R. tenga motivos secretos para hacerlo así.

—Pues eso es..... no te engañas. Dos fundamentos imperiosos ecsisten en mí para ello. Uno es, que en esta barca pasaba el rio en época mas dichosa y donde me esperaba la ventura al desembarcar, cuya memoria, á par de dolorosa, quiero conservar; y el otro, que en ella llego mas pronto á esta orilla, la que desde aquí hasta Lingen tiene para mi alma recuerdos queridos y dificiles de poder desechar? Ves esos molinos sobre el rio, ese caserío, aquella quinta á la entrada del bosque de Roden?... Ah! Esa quinta!! ¿Si tú supieras, querido mariscal, lo que me re-

cuerda esa quinta?... En ese sitio hallé por primera vez en mi vida la felicidad..... la única que he gozado..... y que no volveré á disfrutar ya!...

—Y por qué? le interrumpió Otocaro con admiracion. Vos, el poderoso señor de Ravensberg!... príncipe tan querido de sus súbditos!... duque soberano! Reverenciado de sus pueblos por amor y no por temor.... Con una esposa bellísima y encantadora....

A estas últimas palabras Othon fijò en el mariscal una mirada triste y espresiva. Otocaro comprendió perfectamente que sus frases habian herido el corazon del duque.

Este, acudiendo á desvanecer prontamente la indiscrecion que habia cometido, dijo con marcado pesar.

—Duque soberano, es verdad; pero tambien hombre muy desgraciado! Todavia no has conocido, mariscal, que la grandeza y los honores no bastan para adquirir la felicidad en el mundo?

—Oh! sí, monseñor..... Demasiado experimento los efectos de esa amarga verdad!.

—Entonces estarás harto convencido que el fausto y la grandeza no son otra cosa

que un vano y despreciable adorno cuando el alma sufre y padece, y que lejos de adquirir con ellos la paz y los goces que necesita el corazon, nos abrumen con sus impertinentes é insufribles ecsigencias; porque.... ¿es verdad Otocaro? Al traves de ese deslumbrante esplendor, de ese exterior seductor y egoista, estan la amargura y el dolor para el desgraciado... un vacio mortal é insoportable que nada basta á cubrir ni llenar... para adquirir la ansiada felicidad..... aquel bien que le falta. ¿Ves este pecho, donde se ostenta este emblema supremo de distincion y grandeza? pues aqui tienen su morada los sentimientos mas acervos.... Un sufrir eterno y prolijo... los remordimientos en fin!

—Los remordimientos!! exclamó el mariscal, asombrado. ¿Vos remordimientos! Vos el soberano mas justo, mas amable y compasivo?.... Othon de Ravensberg remordimientos! Oh! no es posible, monseñor. Vos no podeis haber dado entrada en vuestro corazon al crimen.... Eso no es esactø.... Sois demasiado bueno para que hayais incurrido en una falta tan grave.... Ahora, un

error inocente.... un extravío de la razon.... un desliz de la inesperienza...

—Lo crees así, amigo mio! le dijo el duque con marcado pesar y cojiéndole una mano.... y sin embargo te engañas!

El príncipe calló en seguida, cubriendo su rostro de una melancolía profunda y apoyado en el brazo de su compañero, se dirigía insensiblemente hácia la quinta que le indicò antes á este.... Solo unos ahogados suspiros salian de su pecho. Othon sufría en aquel momento una pena atroz.

El mariscal no se atrevia á interrumpir un silencio que respetaba y sentía al mismo tiempo. Solo miraba al soslayo al duque que con la cabeza baja y aspecto reflexivo, seguia maquinalmente su paseo.

Al cabo de algunos momentos, Othon, con acento mas animado;

—Conozco que eres un verdadero amigo, mariscal, dijo. Sin poseer un estilo estudiado y cortesano, una elocuencia afectada y halagadora, sabes suavizar los dolores del corazon.... La pureza y la verdad tienen en estos casos una fuerza tan mágica y superior que bastan á consolar por sí solas, por-

que su persuacion es altamente apreciable. Espresar lo que se siente y no lo que creemos... lo que dictan los sentimientos del alma, y no la concepcion de la lisonjera adulacion!... Si, sí, eres un verdadero amigo mio... lo conozco con satisfaccion y placer.

El duque volvió á caer en el mismo silencio, como para meditar sobre lo que acababa de decir al mariscal.

—Ahora bien, añadió despues; te he elegido por mi compañero en estos paseos diarios, porque te considero digno de tal preferencia, y porque tú, mejor que otro podrás satisfacer las preguntas que se me ocurran hacerte sobre estos parajes. Y no vayas á creer que esto lleva la intencion sinistra de recordarte tu procedencia humilde, no..... que esa para mí encierra tambien su mérito y estimacion. Cuando llegue el día en que sepas la grato que me es visitar y hablar de estos sitios, comprenderas la sinceridad con que me espreso, y apreciaras en su verdadero valor mis palabras.

—Basta, señor : os vuelvo á decir que mi deber es acatar vuestros mas leves deseos sin calificarlos.

—No es tu sumision lo que anhele, mariscal, sino tu estimacion y el afecto que inspira una verdadera amistad. Desde hoy te llamarás, no el súbdito, sino el amigo de Othon de Ravensberg.

—Gracias, monseñor. Procuraré no desmentir tan honorífica como satisfactoria preferencia.

—Ahora bien, volviendo á mi anterior deseo, dime: en cuál de estos molinos que descubre vuestra vista en esta vasta campiña, bien sobre el Ems ó en sus afluentes, nacistes?

—Señor, al llegar á Ravensberg, mi alma impulsada de una sensacion imperiosa y lisongera para un hijo, me condujo á visitar, sin detenerme en nada, estos sitios donde se hallaba el hogar de mis abuelos, pero ví con dolor que este habia desaparecido.

—Y tu familia?

—Tambien.

Al oir esto el duque quedó un instante pensativo.

—Coincidencia estraña, prorrumpió al cabo!... ¿Y no has podido adquirir noticias de ella?...

—Sí, pero vagas y confusas... Es verdad que en tan dilatado tiempo como hace que falto de mi casa, mi familia debe haber sufrido muchas alteraciones.

—Es cierto. ¿Y cómo se llamaba tu padre?

—Pedro... tartamudeó el mariscal.

—Tu apellido?

—Rantz...

—Pedro Rantz!... repitió el duque como si tratase de recordar alguna circunstancia interesante. Y tenias algun otro hermano?

—Sí señor, uno con pocos años menos que yo, y dos hermanas, niñas aun.

—Y cuánto tiempo hace que faltas de tu casa?...

—Sobre veinte años.

—Veinte años!!... puede.... Esta última frase la vertió el duque como dejándola escapar inadvertidamente.

—Y dime, continuó, ¿oistes nombrar en tu juventud acaso, á cierta familia... llamada la de Martelo?... Una bien acomodada en el pais.

La fisonomia del mariscal sufrió una li-

gera variacion que , aunque pretendió disimularla prontamente, no se le ocultó al duque.

—Creo que el nombre de esa familia te ha hecho alguna sensacion, mariscal. ¿Por ventura influye algo en tu vida pasada?

—Y tanto, monseñor. Me recuerda acontecimientos harto infaustos para mí.

—Entonces siento habértela nombrado... Es fatalidad cruel que esta tarde no he de causarte mas que disgustos.

—Monseñor, olvidad eso.

—Oh! no, de ningun modo. Pero ya que este recuerdo te es gravoso, y la casualidad lo ha presentado á tu imaginacion mas profundamente por mi labio, ecsijo de tí, si no tienes alguna causa grave y secreta que lo impida, que me confies la relacion que tuvo esa familia con los sucesos funestos que me has insinuado.

—Considerad, señor, que un duelo que tuve con el hijo mayor de ella, ocasionó que yo abandonase la casa de mis padres.

—Con el hijo mayor de Martelo? Y en efecto... creo recordar que ese jóven daba serios disgustos á sus padres... No se llamaba?...

--Joaquin.

--Exactamente.... el mismo. Era un mancebo arrojado, é imprudente en demasia... A su padre le tengo una deferencia ilimitada. Cuando vivia este...

--Pues qué, ¿el padre de Joaquin ha muerto!!

--Se ignora; pero para el caso es igual porque no se sabe su destino... Pues como decia, cuando este anciano vivia aquí, frecuenté muchas veces su casa en mis paseos campestres; y en mis partidas de caza en el bosque de Roden, al regresar de ellas, siempre descansaba en su morada, porque era un labriego digno de suerte mas elevada y feliz... Y tengo muy presente que en sus conversaciones con la familia, se quejaba amargamente de su hijo Joaquin, acusándolo de todas sus desventuras.

--Lo creo... Es preciso que haya sido muy desgraciado el padre de ese jóven.

El mariscal, deseando dar otro giro á la conversacion, llamó la atencion del duque diciéndole:

--Ya tenemos cerca los caballos, señor. Así V. A. R. no andará mas á pié, porque

conceptuo que ya deberá estar cansado.

—No, no lo estoy aun...

—Pues el espacio que hemos transitado no es corto por cierto. Mirad donde nos hayamos ya.

—Sí, cerca de mi quinta del *Recuerdo*. Ves? Ahí era donde ese Martelo tenia su granja. Cuando la abandonó esa familia, no presentándose despues ningun propietario ni heredero de ella, la hice transformar en una magnifica quinta. Si algun dia apareciese alguno de sus lejitimos poseedores, se la devolveré con las tierras que la pertenecen, y la parte de rio que baña sus pies. Es todo el beneficio que puedo hacerles á unos súbditos apreciables y antiguos moradores de esta campiña, por haber dispuesto á mi placer del hogar de sus abuelos.

—Señor, sois justo y benéfico; le contestó conmovido el mariscal.

—Ademas, estoy practicando las diligencias mas activas por saber de Martelo....

—El cielo satisfaga vuestros deseos, monseñor.

—Sé que ese anciano vive y conjeturo que no debepasarlo bien. Es un tormento su

recuerdo que me atormenta sin cesar , mariscal. Saber que ecsiste un desventurado que me inspira interés y no poder socorrerlo y consolarle, es para mí insoportable. Y asi como tanta veneracion y respeto le tengo al padre, mayor es aun mi cólera contra su hijo Joaquin: pido al destino que jamas ese miserable se me ponga delante. Es la iniquidad mayor, el crimen mas inaudito haber abandonado á sus padres.... á su familia. El ha sido causa de la muerte de su desdichada madre.... y de otros infortunios que por la perdida de esta sobrevinieron á esos infortunados. Quizá no los hubieran experimentado si él, como debía, hubiese estado á su lado.

—Sin duda.... Pero Joaquin si vive.... si llega por ventura á saber la suerte de los suyos ¿no considerais que el pesar y los remordimientos amargarán constantemente su vida, monseñor? Qué no será desdichado tambien? Es imposible lo contrario. En medio de su carácter indómito y duro poseia un corazon sensible y amante de sus semejantes. Si no que en la juventud, bien lo sabrá V. A. R. monseñor, se co-

meten deslices, se perpetran errores de muy perdurable duelo y tardío é inutil arrepentimiento.

El duque á estas palabras arrugó el ceño y dejando caer la cabeza sobre el pecho, quedó mudo y reflexivo.

Otocaro, que conoció habian producido fruto sus palabras, continuó:

--Sí, monseñor, si en nuestros primeros años meditáramos, reflexionáramos y obráramos como en la edad mudura, si el conocimiento adquirido ya, nos pudiese suministrar sus sabios y saludables consejos, cuando jóvenes, sintino ni acierto, nos arrojamos á cometer infinitos desaciertos; si la venda del error no cegase entonces nuestros ojos, no ofuscasse nuestra imaginacion revistiéndonos la apariencia de una realidad seductora, y la verdad de un aspecto fastidioso é insufrible; si tuviéramos en fin ante nuestra vista esa luz vivificante, divina y esplendorosa de la esperiencia, que iluminando nuestra mente nos guia y conduce por el camino del acierto y la razon... entonces cuán diferente comprenderíamos el mundo, sus goces y sus penas, sus adversidades y prosperidades,

sus deleites y dolores!.. Entonces se llenarían y satisfarían con mas solidez y constancia, los impulsos del corazon, las sensaciones del alma, las ideas de nuestra imaginacion, y el placer seria mas permanente y estable, duraria mas su dulce estímulo, su hechicera embriaguez, porque ayudados del raciocinio podriamos profundizarlo y entregarnos mas á sus gratos efectos. El dolor y el pesar, no cebarian su desgarradora garra en nuestro pecho; y el remordimiento, ese triste , abrumador y último medio que nos queda, esa memoria inhumana.... ese recuerdo insufrible de lo que fué, por nuestro mal, no vendria á dominarnos, á enseñorearse de nuestro corazon... A emponzoñar eternamente una ecsistencia que debia haber sido feliz, y que entonces no ansia ya, no anela mas por único y consolador recurso , que la soledad y el abandono del sepulcro.

El duque alzó la cara para mirar al mariscal. Jamas le habia parecido este tan digno de su aprecio. Admiraba, estasiado, en aquel hombre rústico , el idioma de una verdad tan poderosa como cierta.

—Tienes razon.... le contestó con amargura, despues de un momento de estarlo contemplando atentamente. Tú hablas al corazon, Otocaro.... Tu language es sencillo, pero sobradamente inteligible. Eso no se aprende, amigo mio. Esa es una persuacion tan natural como sincera. ... tan poderosa, como merecedora de mi eterno aprecio.

—Monseñor, no sé adular ni mentir... Solo sé espresar lo que siento y guerrear con entusiasmo y valor.

—Lo sé.... me consta, y me colma de satisfaccion al mismo tiempo.

Aunque la educacion del mariscal, como hemos dicho, habia sido harto limitada, sin embargo, poseia aquel talento natural, casi siempre inseparable del genio; de esa segunda ecsistencia del hombre, que lo impele y arroja en medio de la sociedad, y las mas veces desde el oscuro rincon del olvido y el abandono, lo coloca en primer término de ella, y lo hace visible, con admiracion y respeto del que lo contempla. Otocaro habia adquirido con la edad y la esperiencia un profundo y esacto co-

nocimiento del corazon humano, y sus cam-
pañas, los trabajos y vicisitudes que espe-
rimentó en ellas, crearon en él una nueva
educacion, que aunque no bastaba á bor-
rar su primitiva procedencia, unida á las
buenas cualidades que poseia cuando jóven,
llegó á formarse un conjunto apreciable, y él
hombre digno por todos conceptos de la
veneracion y cariño, del que lo mirase sin
esa prevencion siniestra con que lo hace cierta
parte imprudente y necia de la sociedad,
con todo el que se eleva á un grado mas su-
perior del que nació, por su genio y noble
osadía.

Esta valla insuperable para ciertos hom-
bres, este derecho con que se creen para
denigrar y humillar al que no nació en la
alta esfera que ellos... esta ecsigencia estú-
pida y absurda, imprudente y hasta sacrí-
lega; debe tambien considerarse como un
crimen despreciable, que se rinde en ho-
menage al orgullo y la fatuidad. Se insulta
á la naturaleza descaradamente, y se ofende
á la divinidad con impunidad y osadia. Apre-
ciar al hombre por su procedencia y no por
lo que él se ha grangeado, estimarlo y aca-

tarlo por su nacimiento y no por sus méritos... por lo que debió ser y no por lo que verdaderamente es... es el colmo de la ignorancia y del error... Es dar á entender claramente, que Dios, y la naturaleza erraron su cálculo al darle el ser á aquella criatura, y que los dotes apreciables que le concedió, no son nada, nada valen... su importancia es súmamente débil, cuando no lo hizo nacer, para que halagase los necios caprichos de la sociedad, en una esfera mas alta.

Es en una palabra dar á entender que el Hacedor nosupo lo que se hizo con aquella creacion, y que debió consultar, pedir parecer á esos hombres menguados y necios que juzgan y califican asi los actos de la divinidad, antes de colocarla procedencia de un ser á quien le place adornar con las virtudes y méritos que negó tal vez á los que lo censuran y desprecian.

De modo que para ciertos hombres las leyes de la sociedad son mas respetables y sagradas que los preceptos del Omnipotente, y que los arcanos de su sabia providencia, depositados en esa admirable y poderosa natu-

raleza reina del universo... Muy bien! deben estar satisfechos y orgullosos con su dictamen, tan científicos censores de las decisiones de la divinidad.

El hombre para ser algun dia, debe haber nacido siendo... Si nació sin ser aun, aunque despues sea, nunca es nada.

Máxima religiosa, moral y filosófica, de fácil aplicacion para sus autores, pero que será calificada por el hombre sensato y pensador de un barbarismo craso.

.
.

—Por lo que respecta á Joaquin Martelo, monseñor, continuó el mariscal despues de un momento, no se le puede culpar del todo. La constante y tenaz rivalidad de mi familia con él, el querer su padre que transigiese con sus rivales hasta enlazarlo con mi hermana mayor cuando él amaba á otra... todo originó una encarnizada lucha doméstica, que no teniendo Joaquin la prudencia necesaria para sostenerla, le hizo en un rapto de desesperacion, abandonar la casa paterna... En esto casi hay una disculpa, monseñor... y Joaquin no es tan criminal

como aparece, en los infortunios ocurridos despues á los suyos.

—Siendo así... Es cierto que su padre jamas me refirió esos pormenores.

—Yo los sé demasiado... y en medio de ser Joaquín enemigo de mi familia no puedo menos de disculparlo. Harto lamento esta desgracia, pues por lo que veo, la enemistad de las dos casas siguió en aumento, hasta haberse estinguido del país las dos familias como lo han hecho.

A esta observacion Othon no respondió una palabra.

—Pero conozco, monseñor, que estos recuerdos os son molestos.... Teneis razon, porque á mí me abruman tambien. Hay males que mas vale olvidarlos que sentirlos, y aunque este es difícil desterrarlo de nuestra memoria, cuanto mas procuremos no ocuparnos de él, tanto mas grato nos será el paseo de esta tarde.

—Ciertamente... pensemos en otra cosa... aunque lo veo difícil, porque todos los objetos que se ofrezcan á nuestra vista, nos han de recordar lo que procuramos en vano olvidar. Pero seguiremos adelante nues-

tro paseo si te parece.

—Como gustéis, señor. Quizá hallemos en él quien nos distraiga de nuestros tristes recuerdos.

V.

La aldeanita de la selva de Roden.

 orillas del Ems, hácia la parte oriental de él, se elevaba un magnífico edificio de vasta estension y elegante fábrica. Desde luego la vista exterior que presentaba, denotaba demasiado que el gusto de aquella época, unido á la riqueza y la profusion, habian apurado todos sus recursos en semejante obra.

Por entre un soberbio enverjado, sobre

un muro de una altura regular, se dejaban ver los árboles y las flores de un hermoso jardín, el que, á pesar de la distancia que se hallaba el mariscal del edificio, le daba claro á entender que era uno de los mejores que habia visto, tanto en Alemania como en Italia.

Otocaro, aunque desde lejos, miraba con tanta atencion la posesion, que el duque le dijo:

—Hola! parece que te ocupas demasiado de mi bella quinta *del Recuerdo*. No te he dicho que es digna de visitarla. Otro dia lo haremos. Esta tarde no me complaceria, despues de la conversacion que hemos tenido, penetrar en ella. Ahora seguiremos nuestro paseo hácia la entrada de la selva de Roden, que es aquella que está á la derecha y se estiende hasta las cordilleras del Harz.... Bien, que soy un majadero. Te estoy esplicando parajes que habrás frecuentado mil veces.... y que conocerás mejor que yo.

—Es evidente, monseñor. Tengo cortada mucha leña en ese bosque, cuando era muchacho, para el molino donde tra-

bajaba. Lo confieso sin rubor. Lo mismo era entonces para mí empuñar la acera-da hacha, que ahora la espada de mariscal.... No, no era lo mismo. Conozco con sentimiento que entonces era mas feliz!

—Por qué?

—Porque tenia padres, familia.... y ahora me encuentro solo en el mundo.

—Desecha esas ideas lúgubres. El hombre de valor, el hombre de mérito nunca está solo.... Le acompañan sus virtudes, y la estimacion de sus amigos. Yo lo soy tuyo, Otocaro. El paseo de esta tarde ha engendrado en mi alma hácia tí, un interes incomprensible y poderoso.... un afecto que conozco no podrá extinguirse ya. ¿No te complace tener un amigo con quien depar-tir de tus penas, á quien demandar con-suelo y de quien recibir las sinceras mues-ras de una recíproca y dulce correspon-dencia?

—Monseñor! Monseñor! exclamó el ma-riscal, casi saltándosele las lágrimas... Mi sola familia, mis deberes, mis atenciones se encuentran solamente ya en V. A, R. El día que os sacrifique mi vida en prueba de

estas palabras, seré completamente feliz.

—No lo quiera Dios!.... le contestó Othon, conmovido tambien. Vive para mi amistad, para mi consuelo.... y quién sabe si algun dia.... Pero basta: no mas por ahora.

Algunas frases se ahogaron en la garganta del gran duque: Otocaro le cogió la mano y apretándola fuertemente, la estrechó contra su corazon besándola despues con entusiasmo.... El duque la sintió humedecida con las lágrimas de aquel guerrero feroz, que hacia temblar á sus contrarios en el campo de batalla.

—Toma, dijo Othon, quitándose un rico anillo que llevaba. Está cubierto con tus lágrimas.... Yo lo coloco en tu dedo y te pido que lo conserves como memoria de mi afecto y de lo que me has hecho experimentar esta tarde. Por esta señal de distincion podrás llegar hasta mí cuando quieras. Te concedo esta gracia, hombre singular y apreciable, porque te conceptúo bastante digno de ella.

El mariscal volvió á besar la mano del duque, sin poder proferir ni una palabra.

Los caballos llegaron, y el duque y el mariscal montaron en seguida. Los palafreneros se volvieron en la barca, y los dos personajes se dirigieron hácia la selva de Roden.

Los dos, mudos y sumergidos en sus reflexiones, dejaron libremente la direccion del camino á los caballos; así cuando el mariscal lo advirtió, se encontraron en medio del bosque, en un sitio todo poblado de arbustos y acacias, donde los árboles estaban tan espesos que con dificultad penetraban los rayos del sol.

—Por cierto, mariscal, que nos hemos descuidado demasiado, dijo el duque. Mira donde estamos... Sin embargo eso no impide que nos apeemos y descansemos al lado de ese hermoso arroyo.

El mariscal lo hizo primero y despues el duque. Otocaro ató las riendas de los caballos á un árbol, y los dos se sentaron en una roca que habia prócsima á el arroyo.

—¿Qué te parece este escaño, mariscal? le preguntò sonriéndose Othon. El que viera ahora al gran duque de Ravensberg sentado sobre esta tosca piedra y lo contempla-

se luego en el suntuoso salon donde recibe su corte, rodeado de sus magnates y consejeros, no podria menos de reirse ó creer que S. A. R. padecia algun acceso de locura. Oh!... pero yo me guardaré muy bien de egercitar estos actos tan sencillos é inocentes si fuese otro el que me acompañase. Porque en tí, como resplandece la naturalidad y la verdad, no las criticaras ni te mostraras de ellas. Tú eres un soldado ilustre, un héroe, y apesar de adornarte un valor no comun, ves al mortal, sin escandalizarte, como es ante Dios, no ante los hombres; y veneras la naturaleza, porque en sus preceptos existe esa realidad que practicas en tus menores actos... en sus obras acatas las muestras de su poder supremo, y en su curso la infabilidad maravillosa y exacta, que el hombre debiera estudiar, para reverenciarla mas, y tener mas presente tambien, midiendo por ellas sus acciones.

—Señor... os contemplo un soberano digno de una corona mayor.

—No la deseo querido Otocaro. La que la Providencia ha colocado sobre mis sienes, aunque pequeña, me pesa demasiado, ¡Rei-

nar! Sabes tú lo que es reinar, si elsoberano ha de llenar cumplidamente la sagrada y estrecha mision que Diosle confiára? Ah! Cuán pocos, por desgracia, se encuentran con los dones necesarios para tan alta dignidad. Regir un reino!... Ser el primer personage de él!... Tener en su mano la balanza fiel de la justicia, sin inclinarla por influjo del interes, la maledicencia ó la intriga. Tener, para apretarlo ó aflojarlo á su placer, el gran resorte del bien, la dicha y la prosperidad de millares de súbditos!... Contemplar desde el alto y elevado asiento del trono, aquel apiñado enjambre de criaturas puestas bajo la salvaguardia de un brazo paternal, ó bajo la garra de un tigre pronto á devorarlas con encarnizamiento y tirania. Abrir, ó cerrar las fuentes inagotables de la ventura, para sustituirlas con la desolacion, el llanto, la horfandad y hacer correr á torrentes la sangre del inocente pueblo! Ah!... Qué perspectiva, mariscal... Y todo esto se encuentra puesto al arbitrio de un hombre solo... de un miserable mortal, flaco y débil como el último de sus súbditos... que por lisonjear, por satisfacer la mas leve de sus pasiones, su

capricho mas mezquino, su necio antojo, puede destruir, envolver, aniquilar máquina tan interesante y apreciada... Reinar, ¡mariscal! Reinar!! Saben la mitad de los soberanos toda la estensa gravedad de este cargo, la importante responsabilidad que es para con Dios y los hombres?

—Es cierto, monseñor.

—Cuánto mas feliz seria yo sin ella, y pudiendo entregarme libremente á los gozes de la vida privada!... Sin arrastrar esta brillante y dorada cadena, que cada cual de sus eslabones es un diamante que ciega y deslumbra, pero al mismo tiempo no hay poder en el que la ciñe para romperla y separarla de su cuello, sin unas consecuencias de gravísima trascendencia para él.

—Y por que monseñor? Ese es un error en V. A. R... Un escrúpulo que no debeis abrigar. Vuestros súbditos son felices y cada dia rinden nuevas gracias á la mano protectora que os colocó en el solio de Ravensberg. Vuestras acciones son irreprehensibles, vuestro gobierno justo y benéfico. Que serias mas feliz decís en la vida privada! y por qué? No sois amado de todos, y reverenciado sin arti-

ficio ni dolo? Y estos pueblos que la providencia ha puesto á vuestro cuidado, no forman una gran familia cuyo gefe sois vos?... Y cuanta mas sea vuestra bondad y virtudes, no es mayor la felicidad que el cielo derrama sobre ellos? Un soberano cual vos es una muestra del favor que la Omnipotencia divina concede á los pueblos que rige... Uno despótico, tirano y egoista, en la cólera de Dios, simbolizada en aquel ser de reprobacion, hácia los infelices que tengan que sufrir su dominacion. Vos, señor, no teneis de qué quejaros á la providencia por habernacido para reinar.

—Ojalá fuera así!... El convencimiento en que estoy de la estimacion de mis vasallos, es lo que me hace resignarme y sacrificar á mi deber mis mas caros afectos.

El duque contuvo repentinamente la conversacion porque le pareció escuchar un rumor sordo á corta distancia.

Los dos estaban colocados próximos al arroyo y de espaldas é un corpulento abeto, cuyo grueso tronco bastaba á ocultarlos perfectamente, de modo que no era fácil notarlos sin aproximarse demasiado.

El duque se levantó, y volviendo el rostro vió un objeto que le sorprendió.

Este era una jóven, como de unos doce años, que se ocupaba en llenar un vaso del agua del arroyo.

Othon, sin atreverse á respirar por no asustarla, la miraba con atencion esperando el fin de aquella escena.

El mariscal, desde su asiento, seguia con la vista los movimientos del duque.

Pero la sorpresa de la niña fué inevitable, pues al levantarse para retirarse con el agua, vió al duque, y dando un grito, dejó caer el vaso sobre la arena.

La inocente palideció y tembló á la vista de aquellos dos hombres,

La fisonomia del duque era noble é interesante, pero la del mariscal, ya se ha insinuado, feroz y por lo tanto antipática en demasia.

—No os asustéis, hermosa, le dijo el duque con amabilidad estremada, dando algunos pasos y cogiéndola por la mano. Nada teneis que recelar de nosotros. Abandonad todo temor y estad segura y tranquila.

Othon la condujo cerca del mariscal, y este pudo contemplar las encantadoras facciones de tan preciosa criatura.

Vestia el traje de una de las aldeanas de aquella campiña. Un corpiño negro ceñía su delicado talle y su torneada cintura. La blancura de su tez, sus ojos rasgados y azules, sus rizos que salían por debajo de un sencillo y gracioso sombrerillo, sus largas y rubias trenzas que se dilataban por su espalda, todo la daba un aspecto inocente y candoroso, que interesó al duque y conmovió al mariscal.

—Hija mia, le dice Otocaro, ¿por qué temblais así? Somos vuestros amigos. Venid aquí.... mas cerca de nosotros.... á nuestro lado, y os convencereis de que no queremos haceros mal; todo lo contrario.

El mariscal la acercó, y arrimando su negro y poblado vigote al albo rostro de la niña, estampò en él un beso de ternura y amor.

Aquella muestra de caricia y afecto la infundió alguna confianza.

—Aprocsímate tambien á mí, niña hermosa, añadió el duque, colocándola entre

sus rodillas. Yo quiero ser tu amigo, y deseo que te convenzas de mi afecto hacia tí. ¿Cómo te llamas?

—Yo?... Gacela... respondió tímidamente.

—Gacela! Extraño nombre por cierto, prorrumpió el duque, sonriéndose y mirando al mariscal. Este no puede ser sino apodo... y verdaderamente es bonito y adecuado á su edad.... Será demasiado vivaracha y la denominarán así... Tienes madre?....

—No señor.

—Y padre?

—Sí.... pero muy viejecito,

—Y en qué se ocupa, hija mia?

—En qué?.... En llorar la mayor parte del día, contestó tristemente,

—En llorar?

—Sí señor.

—Y qué lo motiva?

—No sé.... solo veo que llora.

—Y donde vives?

—Oh! eso no lo puedo decir.

—Y quién te lo prohíbe?

—El.

—Tan severo es?

—Qué!.... no señor.... muy cariñoso.

—Entònces, por qué te priva decir tu casa?

—Lo ignoro.

—No le visita nadie?

—No señor.

—Y còmo se llama tu padre?

—Gerònimo.

—Y su apellido?

—Tampoco me lo ha dicho.

—Pero tu casa estará por estas inmediaciones cuanda tú te hallas aquí.

La niña calló á esto y bajó los ojos.

—Vamos, ya lo comprendo, dijo el duque al mariscal. El padre de esta jóven será alguno de los muchos misántropos que ecsisten en el mundo. La situacion en que esta niña dice se encuentra, es la de aquellos seres desgraciados, víctimas de algun infortunio grave, ó de haber experimentado una série de desventuras tales, que amargan el último periodo de la vida. Hé aquí amigo mio, uno de los deberes mas sagrados para un soberano, y ahora me alegro mas del paseo de esta tarde, porque quizá

me proporcionará llenar uno de los mas gratos deberes para mi corazon. Con que, hija, es fuerza que me digas donde está tu casa, ó que me guies á ella,

--Oh! nunca! exclamò la jóven affligida en extremo.... Mi pobrecito padre lo sentiria mucho, mucho!

--Escucha, y no te acongojes. Yo aprecio mucho á todos los que son así.... desgraciados como tu padre,... y viejecitos.... y estan continuamente llorando. Soy ademas muy rico, y poseo tesoros para poder hacer su felicidad. A tí te compraré muchos vestidos, sombreros preciosos.... sortijas.... pendientes.... y te pondré mas bonita que estás aun. A tu pobre padre lo consolaré y haré que deje de llorar.... porque yo, hermosa, puedo hacer cesar su llanto y tornar la alegría á su corazon. Tú tendrás todo lo que te guste y desees.... porque tú tambien desearás algo, ¿es verdad?....

--Sí, sí... dirigiendo al duque una mirada de confianza.... deseo....

--El qué? dímelo.

--El que mi padre no llore tanto... que se ria alguna vez.

—Esta niña es un ángel, mariscal. Estos sentimientos á tal edad, revelan una pureza y sensibilidad, esquisitas y admirables.

El mariscal, absorto y silencioso, se embriagaba en un éxtasis de ternura fraternal, contemplando en la jóven un conjunto tan admirable y precioso.

—Bueno, continuó el duque. Siendo ese tu mayor deseo, debes con mas motivo llevarme á tu casa. Si no conozco á tu padre ni sé donde vive, ¿cómo lo he de consolar?

La niña guardó silencio otra vez. Sus bellos ojos estaban fijos en la rica cadena que llevaba el duque al cuello, y de la cual pendia el escudo de la órden de san Jorge.

Othon, viendo que aquel objeto habia llamado su atencion, se propuso aprovecharse de tal circunstancia, y esperar en un momento de distraccion sorprenderla, arrancándola lo que con tanto cuidado ocultaba.

—Te gusta esta joya? la preguntó.

—Oh! sí.... es muy bonita.

—Pues esta y muchas mas podré yo darte.

—Si?

—Seguramente. ¡Y qué preciosa estarías tú con ellas!.... Tú que eres tan linda! Con esa cara tan bonita!.... Y cuando te pongas tu zagalejo de brocado matizado de colores... Tu justillo también de color... ¿De qué color será el justillo?

—Color de naranja con vivos y cordones negros, dijo ella sonriéndose.

—Bien; naranja con vivos y cordones negros.... Precioso! magnífico! Y tu sombrero fino y gracioso.... mejor que este que traes.... con lazos. .. ¿Cómo serán los lazos?

—Celestes.

—Muy bien.... ¿Y la guirnalda para adornarlo?

—De tulipanes carmesí con boton amarillo.

—Escelente pensamiento! Y los mezclaremos con algunas rositas pequeñas... Eh?

—No, no señor. Con trinitarias y siemprevivas de color de fuego.

—Algo monótono es eso... Tulipanes carmesí, trinitarias y siemprevivas de color de fuego, son dos colores que dicen casi

lo mismo..... Los salpicaremos..... ¿Con qué?

—Con jazmines blancos...

—Soberbio!... Qué galana y bella estará, mariscal!... Ya me parece quela veo triscar y correr por estas campiñas, con su saya de brocado, su justillo de naranja con cabos negros, y su sombrero de paja con lazos celestes, y tulipanes, trinitarias, siempre vivas y jazmines... Cómo vá á causar la envidia de todas las doncellas que la miren!... Qué pena les vá á dar á las otras de no tener un vestido así... como el que voy á regalarla!... Pues, señor, no hay remedio.... Mañana mismo le mandaremos todo esto á su casa; ò sino tú se lo llevarás ¿eh?... porque ella vive en...

El duque se detuvo repentinamente como esperando que la aldeanita concluyese la frase; pero esta, aunque se hallaba ocupada inocentemente de la perspectiva halagadora que la referia Othon, á sus últimas palabras clavó en él los ojos con una severidad estraña en su edad. y en seguida los volvió á bajar soltando la cadena y la joya que el duque llevaba al cuello, y con la que

habia seguido jugueteando hasta entonces.

Aquella mirada dió á entender demasiado al duque y al mariscal, que nada podian hacerle declarar sobre el lugar de su morada.

Otra mirada significativa de estos los convencio mutuamente de tal evidencia.

Apesar de todo, Othon, disimulando lo posible, continuó, dirigiéndose al mariscal:

—O si no mejor será que mañana, en este mismo sitio, se lo demos á ella ¿no es cierto, hija mia?

—No... no señor... no quiero ya nada...

—Y por qué, inocente? Tambien tu padre puede venir contigo.

—Mi padre!! Imposible! imposible!

—Sí, te puede acompañar, yo le hablaré y todo se arreglará felizmente.

—No señor, no vendrá... de seguro.

—No importa, puedes decírselo. Cuéntale todo lo que te he dicho.... mis deseos por consolarle... por hacer su felicidad.... y tal vez, tomando en cuenta la sinceridad de mis sentimientos, anhele conocerme y yo pueda cumplir lo que ansia mi alma....

ser útil á los desgraciados. Entretanto, para darte una prueba de mi verdadero afecto por tí y por él, toma, esto dará una idea á tu padre de quien puedo ser yo y cual es mi poder... ó al ménos, por esta prenda, no faltará quien se lo diga.

Y quitándose la cadena con el escudo de la órden de san Jorge, los colocó en el cuello de la niña.

—Oh! no señor... yo no puedo admitirlo... mi padre me regañaría.

—Hija mia, cuando tu padre sepa quien te dá esto, no te reñirá... pues sabe que mis determinaciones son leyes irrevocables... y que no estoy acostumbrado á ser desobedecido.

La aldeanita miró repentinamente al rostro de Othon, y la severidad que notó en él le hizo resignarse con la voluntad del duque.

Aun no habia acabado este de ponerle la cadena, cuando entre la maleza se escuchó una voz, algo lejana, que con acento desesperado exclamò:

—Brunon! Brunon! Esa niña!!

En seguida se presentó súbitamente por

entre los ábetos , un hombre de fisonomía tosca é imponente, de estatura elevada; vestido con el traje de uno de los campesinos de aquellas cercanías ; y llegándose mudamente hasta el duque, cogió con ímpetu de la mano á la aldeanita , y desapareció velozmente con ella por entre los árboles.

--Atrevido! prorrumpió el mariscal, levantándose, y en ademán de seguirle.

--Déjalo; contestò el duque con dignidad, y deteniendo á Otocaro.

--Tolerais, monseñor?...

--El qué?... ¿Que ese hombre haya obedecido á quien debe quizá? No; no es una ofensa á mi persona; por que él, de seguro, no sabe quien soy. Y aun cuando así fuera , mi autoridad no alcanza á tanto como querer arrancar á la fuerza un secreto á la desgracia. Como hombre y soberano debo respetarla , así como para aliviarla y socorrerla, debo tambien ser infatigable... Volvámonos á Ravensberg.

--Y qué ¿Vamos á dejar de este modo una aventura, que mas que curiosidad ofrece un interes digno de vuestra munificencia, monseñor?

--Otocaro. ¿Soy yo, ò eres tú el que desea saber la procedencia de esa niña? le preguntó sonriéndose.

--Señor, francamente; por vos y por mí... lo deseo... Sabeis que no oculto jamás lo que siente mi corazón. Esa aldeanita me ha interesado vivamente.

--Tranquilízate, que día llegará en que sepamos quien es.

En seguida montaron en los caballos y salieron de la selva.

VI.

La targeta. El incógnito.

s digo que mad. Sofia no está aun visible, señor baron de Ecbersten.. Está en conferencia secreta con un hombre... un desconocido que acaba de pasarle una targeta de aviso, tan estraña como su porte.... y al punto que la vió lo ha recibido en su cámara.

—Sola? preguntò admirado el baron.

—Sí, señor, contestò el page.

—Pero tú no sabes quién es ese hombre?

—No os he dicho ya que es un desconocido. Es la primera vez que le he visto.

—Ni leistes su nombre en la targeta?

—Leer! ¿Tenia esta acaso nombre alguno?

—Pues qué tenia?

—Unas letras, que ellos las entenderan, porque lo que es yo.... Y colocadas de una manera particular.

—En qué forma?

—Eso es lo que no me acuerdo.

—Confúndate el cielo, mastuerzo!.... Nada comprendéis... nada veis... nada escucháis.... Estos pages de antecámara, en esta corte, son idiotas.... tontos!... unas momias vestidas y engalanadas.... Parece que están traídos de encargo.... *Sutileza, perspicacia, malicia, comprension, memoria, curiosidad....* Estas son las cualidades que debéis tener.... la pauta que habeis de seguir ciegamente.

—Pero, monseñor, os acalorais sin motivo. Suponed que yo me acordase de las letras y su colocacion en la targeta.... ¿y qué sabriamos?

--Sabriamos... sabriamos algo...

--Pero no lo que deseais...

--Y qué es lo que yo deseo, hablador?

--Qué se yo!.... Pero vos deseais algo.

--Vete al infierno!

El baron se puso á pasear con precipitacion por la antecámara. El page le miraba y se sonreia maliciosamente.

--Singular es que la marquesa de Korvei, murmuraba Febersten, ande en inteligencias ocultas con tal gente!... Bien que no sabemos.... Vendria disfrazado regularmente... Dime, (dirigiéndose al page.) ¿El aspecto de ese hombre es....

--Así, así... Como venia embozado en una capa... el sombrero lo traia hasta las cejas!.... Por mas cierto que el muy záfio ni aun se lo quitó para entrar á hablar á la marquesa..... Silencio! siento pasos. Sí, creo que vuelve el desconocido....

El page levantó el tapiz que cubria la puerta, y....

--El es!.... dijo en voz baja.

Con efecto, un hombre embozado en una capa, con el embozo hasta los o-

jos, y el sombrero, como dijo el page, calado hasta las cejas, salió apresuradamente, no dejando ver de su fisonomía mas que dos ojos feroces por encima del embozo, los cuales, fijándolos rápidamente en el baron le impusieron respeto.

Su calzado éran unas botas, y las espuelas que llevaba en ellas, denotaban que había venido á caballo.

--Gracioso es esto! exclamó el baron. Si tratará la marquesa de inteligencias diplomáticas con algun príncipe del imperio? ¿O le pedirá acaso su favor Lutero, que es la cuestión de importancia hoy día?

--Esperad, monseñor, dijo el page, viéndole sobre la alfombra un objeto que escitó su atención... Ella es, no hay duda... Al incógnito se le ha caído la targeta que me dió para entrar á ver á mad. Sofia... Esta es.

--Sublime! Esclamó Echersten. Ya podremos adelantar algo, aunque el caballero misterioso suba el embozo hasta la cabeza.

Y aprocsimándose prontamente á uno de los candelabros que estaban sobre una mesa, en el extremo del salón, se propuso á la

luz de sus bugias ecsaminarla, prorrumpiendo gozoso:

--Ya tenemos materia para la tertulia de esta noche.

Pero al fijar su vista en la targeta, se quedó confuso, contemplándola.

--Diablo! dijo al cabo... Esto es incomprendible!

--Qué tal, monseñor? le preguntó el page .. ¿Sacais algo de provecho?

--Es raro!... dijo sin quitar los ojos de ella.

--Son caracteres griegos acaso? Aqui teneis á monseñor, el marques de Hasbourg, ó á monseñor conde de Bevern, que puede os saquen del atolladero.

Los nombrados, que iban entrando, se acercaron á Echersten, y enterados por este de lo ocurrido, soltaron una estrepitosa carcajada.

--Confieso señores, añadió Echersten, entre risueño y colérico, que estoy corrido

--Y por qué le preguntó Hasbourg? No seas necio... ¿Qué te importan á tí la targeta ni su dueño? Por cierto que es un empeño estravagante... y algo ridículo.

--Sin duda, continuó Bevern .. Y casi degenera en crueldad. Separar esos momentos de su imaginación á la reina de ella.... á la incomparable Carlota Rezat... para ocupar te de un desconocido... de un pobre diablo quizá... Es chistoso por mi vida!...

--Sí... sí... añadió Hasbourg...

--Confieso, señores, que os sobra la razón, dijo Echersten. Hé sido un necio... un loco... Toma, toma, page, y si vuelve ese hombre por su targeta, dásela no le hagamos tal vez mala obra.

--A quién? preguntó el baron de Colenberg, presentándose en el salon, acompañado de Erardo de Gotinga, condestable del gran ducado.

Al momento fué satisfecho Colemberg de lo ocurrido.

--Oh! pues no le falta razón á Echersten, señores, dijo el baron... Esta es una ocurrencia que, mirada así superficialmente, no presenta nada de extraño; pero analizándola con detención, ofrece materia para distraerse. Y Echersten apesar de su genio voluble y pronto, le ha sobrado motivo para dar alguna importancia al negocio.

--Mira no me fastidies, le contestó Echersten, y esplicanos si puedes esto.

Y le entregó la targeta, cogiéndola de las manos del page.

Colemberg la tomó, y vió que solamente contenía cinco letras y una cruz, colocadas de este modo.



--Chistoso es por mi vida! prorrumpió. Cinco letras y una cruz... Y quién descifra

esto? .. Nadie seguramente, mas que aquellas personas que tengan conocimiento de tan misteriosa señal!... Y decis que al sugeto que entregó esto no le habeis podido ver la cara? .. Bien!... Sin embargo, estos son lances que no deben tomarse con empeño porque nada se adelantaria, pero tampoco, en mi concepto, no se deben desatender.

Y sacando su libro de memorias, copió exactamente en una hoja de él, lo que contenia la targeta.

—Toma, dijo al page en seguida: si ese hombre vuelve, como es probable, cuando la eche de ménos, colócala en el suelo, en el mismo sitio donde se encontró, no sea una inteligencia el haberla dejado caer y no un descuido.

No se habrán olvidado los lectores de que el baron de Colemberg, andaba siempre á caza de aventuras en palacio, y que la presente ofrecia á su deseo un motivo justo para sus intrigas cortesanas.

Ademas, estaba mezclada en este acontecimiento mad. Sofia, persona á quien él observaba hacia tiempo, por su talento di-

plomático, por su conducta enigmática, y por el alto favor que disfrutaba tanto de Othon como de la gran duquesa.

Este descubrimiento de la targeta era un cabo que acababa de asir, y que se proponía no soltar tan fácilmente.

Aun no había acabado el baron de dar al page sus instrucciones, cuando el desconocido, sin reparar, ni ocuparse de las personas que estaban en la antecámara, entró en ella.

El page que le conoció al punto, arrojó al suelo con disimulo la targeta.

—Pagecillo, preguntó el incógnito con adustez. ¿Sabrás decirme si has visto una targeta que se me cayó al salir?...

—No... no la he visto...

—Bribon!... añadió el embozado. Esa respuesta me indica claramente que la habéis cogido y visto: (y echó una mirada feroz sobre los cortesanos.) Sin duda por ella esperais conocer quien soy!... Solemne chasco os llevais, señores. Sabeis mucho, pero yo sé mas que vosotros todos.

—Oid, buen hombre, le respondió Ecbersten. Aquí no se necesita saber quien

sois... aunque casi dais lugar á ello presentándoos en un lugar como este, con misterio y reserva tan estraños y sospechosos. Pero si se nos antojase lisongear una curiosidad caprichosa... porque otro nombre no debe dársele, nos sobran medios á lo que estamos aquí, para satisfacerla. Es por cierto singular, que dentro del palacio del gran duque, á los ojos de la nobleza de Ravensberg, se toleren abusos tan escandalosos.

—Faltando á la cortesania, continuó Bevern.

—Insultando á la nobleza, exclamó Hasbourg.

—Y tratándonos á la moda, señores, añadió el baron de Colemberg, con marcada socarroneria. ¿Qué quereis? En una corte donde las principales atenciones se las lleva un hombre salido de la nada... donde es el amigo, el privado, el confidente, el ídolo del gran duque, una oruga de la plebe, que con sus doradas alas de mariposa se ha atrevido á elevar su vuelo hasta acercarse tanto al solio de Ravensberg ¿qué estraño es que á nosotros, que formamos el esplendor, la brillantez, el mejor adorno de ese solio; á nos-

otros los nobles, repito, un desconocido, un extraño, un advenedizo, un hombre cualquiera, nos trate con desprecio y vilipendio? ¿Qué esperáis de una corte, donde el primer personage de ella, despues del soberano, es un despreciable molinero?

El desconocido apesar de llevar la mayor parte de su cara cubierta con el embozo, en sus miradas centelleantes hácia el baron, se advertia la impresion que le estaban causando sus palabras.

Al cabo, sin poder contenerse mas, prorumpió secamente:

— Ese molinero se ha colocado á la altura que vosotros, por sus relevantes prentos; se ha ennoblecido como vosotros por sus heróicos hechos... y su nobleza es mejor que la vuestra porque no la ha heredado por un capricho de la suerte, sino la ha adquirido con su brazo, y sellado con su sangre en el campo de batalla.

— Miserable! prorrumpieron todos ménos Colemberg.

— Dejadle, señores, dijo este con una sonrisa de desprecio... Ya está aclarado el enigma..... En su defensa hácia el maris-

cal, ¿no conocéis que es un agente, ó caudillo tal vez, de los *conservadores*? Ya veis; ante tan gran personage del pueblo, nosotros, cómo podemos aparecer mas que como pequeños insectos?... ¿Es verdad, amigo mio? (dirigiéndose al embozado) Sois zapatero, por ventura, querido, tendero... ó curtidor de pieles?

—Soy mas que vosotros... le contestó el incògnito con energia... Y sin embargo, no hago alarde de ello. Os ha ofendido lo que hé dicho... pues, señores mios, no hay sino tener paciencia. Jamás acostumbro á retractarme de lo que hablo.

—Pues yo os haré ver, interrumpió Erardo de Gotinga, el respeto que debéis á este lugar y á las personas que se encuentran en él. En nombre del gran duque mandó que os descubrais al punto. Sois un hombre sospechoso.

—En nombre del gran duque!... contestó el embozado con ironia... El gran duque no os tan necio como sus nobles. Demasiado conoceria Othon que el hombre, que cual yo, penetra de este modo hasta donde lo hé hecho, es porque podria efec-

tuarlo sin esposicion ni responsabilidad.... Pero basta de discusiones infructuosas y de satisfacciones inútiles por mi parte.

Y cogiendo prontamente del suelo la tarjeta, se disponia á salir.

—Esperad os digo, añadió Erardo, ocupando la puerta de salida y adelantándose al incógnito. Os mando que os deis á conocer.

—Eso no lo lograreis jamás. Contestó el embozado con decision.

—Entonces, no os respondo de las consecuencias, repuso Erardo. Hola! prosiguió desde la puerta y haciendo entrar dos guardias de las situadas en los tránsitos interiores de palacio. Yo, el condestable del gran ducado, os mando prender á ese hombre, ó que se descubra y diga quien es.

—Repito que es en valde, señor condestable, dijo con calma el incógnito, sacando la mano por debajo del embozo, la cual empuñaba una aguda daga. El primero de vosotros, (dirigiéndose á los guardias) que sea osado á tocarme, que demande favor al cielo.

Los nobles se sorprendieron al notar la

audacia de un hombre, que al parecer demostraba ser una persona comun.

El condestable irritado por el desacato de verlo hacer armas en el mismo palacio, iba á arrojarle sobre él, pero el baron de Co-lemberg, que miraba lo que estaba pasando con los brazos cruzados y ademan reflexivo:

--¿Qué haceis, Erardo?... dijo al condestable. No conocéis que ese hombre, para cometer accion tan grave, estará apoyado en un poder que vos ni ninguno de nosotros podremos contrastar?

--Sin embargo es mi deber...

Y reincidió en lanzarse hácia el embozado y arrancarle la daga.

Pero este poniéndose de espaldas á la pared;

--Atras, señor condestable, dijo imperiosamente... Atras, ó no respondo tampoco de vos.

--Infame! grito furioso Erardo... Guardias, acabad con ese hombre.

Aquello hubiera tenido un término desagradable, si el gran duque, seguido de Otocaró, no se hubiese presentado en la puer-

ta del salon, de vuelta de su paseo.

—¿Qué pasa aquí, caballeros? preguntó Othon.

—Ese hombre.... contestó el condestable....

No pudo acabar, porque el gran duque al mirar al embozado se fué hácia él prontamente, y cogiéndolo de la mano se lo llevó á un extremo de la antecámara, separándolo de los demas.

—Tú aquí?... Há ocurrido algo? le preguntó en voz baja.

—Nada, señor... (quitándose el sombrero.)

—¿Pues á qué has venido?

—A hablar á Sofia.

—Sobre qué?...

—Sobre una idea que he concebido.

—Acerca de quién?

—De una persona que está presente.

—De importancia.

—Y mucha.

—Necesito saberlo.

—Aquí, monseñor?

—Necesito saberlo... lo escijo.

—Y si os fuese desagradable?..

--No importa: sígueme!..

--Ved, señor, que...

--Basta: sígueme te digo.

Y sin saludar aun á los nobles, se entró el duque en la cámara de donde salió el embozado, seguido de este.

Los nobles quedaron estupefactos al notar esta escena tan rápida como sorprendente, entre un hombre tan misterioso y el gran duque.

El mariscal por su parte, apesar de que el embozo no le dejó conocer al que departió con Othon; sin embargo, su estatura y porte no le fueron enteramente desconocidos.

Mas ocupado en las ideas que le habian hecho concebir lo ocurrido aquella tarde, se puso á pasear á lo largo del salon pensativo y cabizbajo. Los demas nobles se agruparon en el hueco de una ventana á murmurar sordamente sobre lo que acababa de pasar.

El mariscal, como era mirado por los cortesanos, como se ha dicho, participaba hácia ellos del desden que estos le manifestaba. Solamente el príncipe de Mark y el con-

segero Biling eran los únicos que se dignaban asociarse con él, aunque ambos impulsados de distinto objeto. Entre las damas de palacio, mad. Sofia de Korvei era la sola que solia recibirlo en su cámara algunas veces, con distincion y aprecio.

Otocaro, que veía como era tratado por los nobles, les correspondia con un marcado desprecio. Solo que ninguno se le atrevia, porque si bien procuraban mudamente hacerle conocer su desagrado, le respetaban y temian como á un valiente.

Asi se puso á pasear, sin cuidarse de los que estaban presentes, porque harto tenia en que pensar que mereciese mas su atencion.

El ugier del castillo del águila negra, habia despertado en él recuerdos dolorosos, pero la aldeanita de Roden alarmó su sensibilidad de un modo estraño y prodigioso.

—Hechicera criatura! decia para sí.... Con qué placer la haria participar de los bienes que hé adquirido!.. Cuán dichoso seria pudiendo cuidar de su juventud, desvelarme en su felicidad, y que me amase como á un padre... ¡Es tan dulce el cariño y los cuidados de una inocente! Son tan puros sus

goces!... Ellos solamente me harian olvidar algo los amargos recuerdos de mi juventud... Siquiera no viviria solo, porque tendria un objeto á quien amar y por quien desvelarme... Oh! Es tan triste vivir como yo sumergido en esta soledad y abandono! ¿De qué me han servido mis afanes, los laureles, la gloria que he adquirido, sino tengo á quien amar ya en la tierra?

De este modo se entregaba aquel hermoso corazon á los recuerdos de un entusiasmo tan fraternal y recomendable.

—Gacela! continuaba enternecido! Qué peregrino nombre, y qué bien le cuadra á su vivacidad é inocencia. Pero en medio de todo será tan desgraciada!... Sin madre!... Su padre anciano y abatido por el dolor y el infortunio... y ella tan preciosa y recomendable, una joya de tanta estimacion, habitando en la sombría morada de un bosque sin otra proteccion que la de la Providencia. . Oh! no: yo la buscaré... yo encontraré su casa... hablaré á su padre... Sí, porque esa niña debe ser dichosa... y á mí me anuncia el corazon que voy á hacer su felicidad.

El ugier del castillo del águila negra, proseguía, es un hombre oscuro y reservado, mas deseo tener con él una esplicacion... No se qué motivo oculto y secreto, qué atraccion poderosa me arrastra hácia él, que apesar de su adustez y severidad, me inclino á amarle y no puedo apartarle un punto de mí. Sí, sí, le hablaré tambien... Esta duda atroz me lacera el alma, y es fuerza acabar de una vez.

Cuando mas ocupado estaba Otocaro en sus pensamientos, el desconocido salió de la cámara de mad. Sofia, donde entró con el duque.

El mariscal se encontró frente de él al salir, y lo reconoció, porque un descuido involuntario le bajó el embozo de la capa.

—El es!!... exclamó Otocaro para sí.

—No hay duda, señores, dijo Echberten al ver á el embozado. Esto es mas serio de lo que presumíamos. Es una aventura singular y la cual envuelve un arcano de importancia. Ya os convencereis algun dia. ¿Digo bien Hasbourg?

—Y tanto. Como que ese hombre es algun agente diplomático... Sugeto de alto

rango, contestó el marques. ¿Y vos, qué pensais condestable?

—Opino lo mismo, señores... pero voy mas léjos aun que vosotros. Este es algun propagador de la nueva reforma... Un secuaz de Lutero.

—Eh! no digais disparates, condestable, repuso el conde de Bevern. Demasiado saben los partidarios de la nueva reforma que sus doctrinas no pueden encontrar eco en la corte de Ravensberg.

—Y por qué? preguntó el condestable.

—Es muy sencillo, respondió el conde. Donde reina una Médicis sobrina de Leon X, ¿habían de atreverse hasta pisar las alfombras de su palacio esos fanáticos religiosos?

—Muy poco conoceis su audacia, añadió Echersten. Ademas de que Othon, gran duque de Ravensberg, no es Médicis, ni sobrino del papa mas que político .. y si al gran duque le conviene abrazar la reforma...

—Lo hará... está claro... prorrumpió Hasbourg.

—Por Dios, señores, por Dios; exclamó abrumado el baron de Colemborg. No di-

vaguemos tan tontamente. Tenemos el fuego en casa, y mirais el que está léjos sin advertir que nos abrasamos. Vive Dios, que pareceis unos páparos, no nobles cortesanos. ¿Con que os estais devanando la cabeza y no habeis adivinado quien es ese hombre?

—Vamos, dilo tú, prorrumpieron todos en tono mas alto, sin acordarse, con el interes de la conversacion, que estaba allí el mariscal.

—Ese hombre, estraño, soez y audaz, ha demostrado con sus modales y conducta lo que yo propio le digo antes. Es uno de los caudillos de los *conservadores*. Ningun otro hubiera sido osado á entrar aquí del modo que éllo ha hecho... niá insultarnos con tanto descaro y altanería.

—Sí, y por eso, dijo Echersten en tono irónico, habló antes con mad. Sofia de Korvei!... Seguramente la marquesa tendrá un interes grandísimo en recibir privadamente á un gefe de los *conservadores*... Esta vez, mi querido Colemberg, tu suprema inteligencia palaciega se la llevó la trampa!

—Cien florines te apuesto, dijo picado Colemberg, á que ese hombre es uno de los *conservadores*.

—Pues no os lo aconsejo , caro baron, respondió con calma el mariscal, que se hallaba por casualidad cerca del corro de los nobles.

—Por qué?

—Porque los perdereis indudablemente.

—Oh! Si vos me lo asegurais... añadió Colemberg sarcásticamente.

—Y tanto, le contestó lo mismo Otocaro. Porque el hombre que acababa de salir por esa puerta, es un ugier del castillo del Aguila Negra.

—Del Aguila negra!! esclamaron todos con admiracion, ménos Colemberg.

—¿Y qué, dijo este; un ugier, un subalterno del castillo goza de tanta intimidad con el gran duque, y posee ademas tan alto favor, que se atreva hasta á hacer armas en palacio contra el gran condestable y nosotros?

—Os he dicho que ese hombre es un ugier del castillo del Aguila negra, y no sé mas.

—Pues mariscal, añadió el condestable, con un hombre de esta clase no es posible que departiera el duque con tanta confianza y reserva

—Oh! por supuesto, afirmó Ebersten: eso no admite duda...

—Sí, sí..... añadieron Bevern y Hasbourg.

—En muy poco os parais, señores diplomáticos... Hay misterios y secretos que sin igualar ni hacer descender las clases, ponen al potentado en contacto con el hombre de la plebe... si es que el potentado, según vosotros, puede ni debe desdeñarse de alternar con un ciudadano honrado... con un virtuoso hijo del pueblo... Y cuando Othon de Ravensberg se aproxima así á uno de sus ugieres, tendrá motivos .. que no nos toca inquirir, ni tampoco procurar profundizar, antes al contrario, respetarlos como de quien provienen.

—Con mucho calor tomáis á vuestro cargo la defensa, querido mariscal, le dijo Colemanberg, con risa irónica.

—Con el mismo que vos formais empeño en otras cosas que os importan mucho ménos, mi sabio baron y os dais al diablo por escudriñarlas y saberlas.

La verdad, que con su acostumbrada franqueza acaba de decir Otocaro á Colemanberg, hizo reir á los demas.

—Con efecto, contestó este algo corrido y procurando disimular su enojo. Cuando vos me asegurais que ese hombre es un ugiel del castillo del Aguila negra...

—No solo lo aseguro, sino que le he hablado esta misma tarde.

—Ah! ignoraba esa circunstancia, añadió Colemberg. Y por esta vez he sido torpe en demasia, pues ha pasado desapercibida por mí la gran privanza que gozais, y por la cual estais al alcance de graves y profundos secretos de estado... Perdonad, mariscal... perdonad que haya incurrido en una falta tan imperdonable.

—Nada tengo de que perdonaros ni absolveros, querido, le contestó Otocaro, conociendo la doblez que encerraban las frases del baron. Solo he querido rectificar un error... de mala intencion; porque todo se lo colgais vosotros á los *conservadores*. No sé como no les atribuis tambien las revueltas ocasionadas per ese perverso fraile... ese Lutero. Los *conservadores*!! Los *conservadores* son buenos y fieles vasallos del gran duque, amantes de su patria y verdaderos hijos de ella, que no desean otra cosa que la

prosperidad y el bien de sus compatriotas. Detestan todo lo que es arbitrariedad y despotismo, porque de estos dos extremos perversos, nacen todos los males que abruma á un país, sea cual sea la denominacion del gobierno que lo rija. Aborrecen los fueros y privilegios, porque los bienes, las inmunidades del pueblo, se resienten de esa polilla destructora que lo corroee, mina y desploma. Odian los abusos, bajo la máscara ó disfraz que se encubran, porque son la decadencia, la muerte del estado. Se preparan, y estan prontos á combatir y desterrar estos males, porque estan animados de laudable fin, y son hombres decididos y valientes para defender la santa causa que proclaman: *Conservar los derechos del pueblo, que dá su sangre, sus bienes y su vida para tener un gefe ilustre que lo rija y defienda, no un amo tiránico y cruel, que lo oprima, veje y arruine.* Estos son los conservadores y esto proclaman. Esta es su divisa, y arde en sus pechos espíritu de nacionalidad pura, no el egoismo, el dolo, y el olvido de los mas santos deberes.

Los cortesanos no se atrevieron á con-

testar al mariscal.

—Así, mi estimado baron, continuó Otocaro, cuando pretendais apostar, ved como lo haceis, pues seria sumamente triste perder la apuesta... Pero basta de conversacion, que ya hé hablado con vosotros mas que debia.

El mariscal volvió la espalda y tornò á sus paseos.

Los demas aconsejaron á Colemberg no contestar mas á Otocaro, sino queria al cabo recibir, ademas de sus palabras, una estocada en el parque de Glustard.

Los cortesanos continuaron su conversacion, sobre los comentarios que todos hacian del castillo del Aguila negra, y cuyo recuerdo habia renovado el mariscal. Colemberg, bien por rivalidad hácia este, orgullo, ò curiosidad, se propuso no levantar mano hasta averiguar de cierto que misterio se encerraba en los muros de aquella fortaleza; misterio que en vano habian procurado penetrar los mas perspicaces y atrevidos. Mas para el efecto contaba él con la cooperacion de otra persona, alarmando su amor propio resentido, su dignidad, y po-

niendo en juego aquellos afectos imperiosos que no los contienen, cuando se desencadenan, la razón, el talento y las mayores consideraciones.

Esperaba sacar partido á su favor, de aquella circunstancia.

La murmuración de los nobles fué interrumpida por el page anterior, que mandó al mariscal, de orden de S. A. R. el gran duque, pasar á la presencia de este.

—Me rático en mi propósito, exclamó el baron de Colemberg, viendo entrar al mariscal en la cámara de mad. Sofia. ¿Qué tal? Se despide uno y entra otro. Ya vereis como al cabo me salgo con la mia.

—Con qué? preguntó el condestable.

—Conque aquí se prepara un golpe de estado ruidoso... colosal... y yo no quiero que me coja desprevenido. La gran duquesa lo ignora seguramente, aunque lo sospecha... El príncipe de Mark lo aguarda, si no sabe cual es, pero yo, que no soy ni el príncipe ni la duquesa, espero profundizar mas en el asunto.

—Cómo? le interrogaron todos.

—Señores, le respondió con una sonri-

sa de satisfaccion.... Eso es querer saber tanto como yo. Sometámonos al tiempo que él lo aclarará todo.

—Muy grande es tu esperanza, añadió Echersten. Tendras motivos fundados y poderosos para salir airoso en tu empeño.

—Contará con el alto favor de algun personage de la corte, repuso Hasbourg.

—Con el patrocinio de alguna dama hermosa.

—Caballeros, os cansais en vano, contestó Colemberg con calma. Es necesario que os convenzais que nada conseguireis ahora de mí. Mas adelante... mas adelante... Entretanto vámonos á la tertulia de mad. Sofia, y allí veremos.

Todos se dirigieron á la cámara de la marquesa de Korvei.

VII.

Leonelo.

En una magnífica cámara del palacio ducal de Ravensberg, adornada de esquisitos tapices orientales, ricos escaños y soberbios muebles de la época, se hallaba sentada una muger en un elegantesillon, colocado junto á una mesa. Sobre esta ardía una hermosa lámpara de oro, cincelada, obra del célebre Juan Faust. Una preciosa pantalla, imitando la cola abierta de un ave, apartaba los rayos de la luz del rostro de la beldad. So-

bre la mesa habia tambien un libro con broches de oro. Sino nos equivocamos eran, ó las poesias de Allighieri Dante, ó de Francisco Petrarca, sus autores favoritos: el primero por su sublime ingenio entusiasta y creador, y el segundo por sus tiernas y sentidísimas canciones á su imponderable Laura.

La dama á que nos referimos, no era de aquellas bellezas que arrebatan y hacen enloquecer al que las vé, pero si de las que agradan é interesan y se van posesionando del corazon, insensiblemente, cuanto mas se las trata y contempla, porque poseen una fisonomia revestida de una grata severidad, unos ojos espresivos que hablan á el alma, y se hacen entender cuando les conviene ó les place, con una sola y rápida ojeada, acompañándola las mas veces con una sonrisa hechicera y tan imperiosa, que el corazon mas insensible no puede ménos de conmoverse á tan seductores como espresivos estímulos.

La estatura de la bella era airosa, su conversacion apreciable, su voz conmovia, y su estilo complacia tanto, que se deseaba, al separarse de ella, el momento de volver á verla y á hablarla.

Esta era Ludomilia de Médicis, gran duquesa de Ravensberg.

La hermosa tenía el codo del brazo derecho colocado en la mesa, y su cabeza descansaba sobre el dorso de la mano, en ademán reflexivo y algo triste.

Uno de sus pages le anunció la llegada del señor Mastropetro.

A este nombre, la duquesa salió de aquella especie de éstasis, ordenando que entrase al punto el referido.

—Os saludo, señora, dijo risueño, Mastropetro desde la puerta, y sin pasar de ella.

—Acércate... acércate... añadió Ludomilia con afabilidad. Estoy sola... siéntate.

—De cuando acá, señora? le preguntó él sin dejar la sonrisa. Esta es una verdadera sorpresa... Desde que estoy en Ravensberg jamás os habeis dignado concederme una entrevista á solas... siempre con testigos... Y no sé por qué... *Nos conocemos hace tanto tiempo... y tan de cerca!*...

—¿Conque estrañas el que yo te llame, Leonelo?...

—Tambien me nombráis por mi verda-

dero nombre?... Estas son finezas duplicadas.. y que no esperaba yo merecer hoy... Bien dicen que los arcanos del destino son incomprensibles!... Estoy á vuestras órdenes señora.

—Te equivocas si crees que te he hecho venir á mi cámara para hablarte como duquesa soberana.

—Tampoco esperaba encontrarme con tal dicha. Esta noche todo es para mí, sorpresas y favores.

—Te voy á hablar como Ludomilia de Médicis.

—¿Pero Ludomilia de Médicis en Ravensberg ó en Ferrara?

—En Ferrara.

—Bien: entonces ya te escucho, Ludomilia.

Y tomando un escaño , se sentò á los pies de la duquesa, colocando el brazo sobre las rodillas de ella sin respeto ni ceremonia.

—Hola!... le dijo esta con rostro risueño... parece que no te has olvidado de Ferrara!...

— Hay momentos que no se borran ja-

mas de nuestra mente, Ludomilia... Y en este, aunque pasajero, quiero reproducir los que pasábamos entonces.

—Siendo así te trataré como á Leonelo.

—Pero ten cuidado no tengamos antes de concluir la conversacion, que olvidar-nos de lo que fuimos, para acordarnos de lo que somos.

—No... no lo espero.

—Difícil lo considero... Habla ya.

—Leonelo, tengo celos de Othon de Ravensberg.

—Y por qué no dices de tu marido?

—Ah! no me recuerdes esa palabra.... Solo te digo que tengo celos.

—Me alegro en el alma.

—Eso me contestas?

—Y qué otra cosa puedes esperar de mí?

—Es verdad, dijo con amargura. Soy demasiado necia en demandar consuelo de un hombre, cuya alma empedernida y feroz, se complace hace tiempo en mis penas, se deleita en mis padecimientos. Ajeno á todo sentimiento de sensibilidad y ternura, parece como que anhela verme atormenta-

da, para reir, y halagar sus ocultos é injustos resentimientos... Pero te engañas, si imaginas que pueda durarte mucho esa tiránica dominacion que egerces sobre mi suerte, y que engriendo cada dia mas tu altanería, te vá hasta haciendo descender á ser grosero con una dama de mi categoría, olvidando tus principios y las particularidades que median entre nosotros. ¿Y presumes tú que yo.... una muger agraviada, una muger que te tiene que tolerar sarcasmos indirectos delante de las personas que los profieres, pero que me llegan á el alma, porque los comprendo y sé su fundamento; que esta muger en fin, ha de olvidarse tanto como crees de su nacimiento, su posicion, y los tormentos que sufre?... ¿Que no ha de procurar combinar los medios de satisfacer su resentimiento, y hacerte ver que aun le quedan recursos para que no desatiendas así la clase en que se encuentra cuando ménos. Pues sí. Bien Ludomilia, bien duquesa soberana de Ravensberg, Leonelo, no olvides jamas que soy una muger injustamente ofendida por tí, y que si me ostigas podré hacerte sufrir los efectos de mi resentimiento.

—Ya hace tiempo que te estoy escuchando eso mismo... le contestò con calma... Desde que vine á Ravensberg.

—Ah! con que no crees que eso suceda? No esperas, segun eso, que llegue ese caso?

—Sí... pero tengo combinadas muy bien mis medidas.

—Para qué?...

—¿Quiéres que me tome el trabajo de referírtelo, Ludomilia? ¿O es que deseas informarte para prepararte contra mis determinaciones? En ese caso te desengañaré, porque todos tus esfuerzos serán vanos para conmigo.

—Por qué?

—Porque te conozco. Antes te insinué que ya hacia tiempo de esto... y no debes desatender tal circunstancia. Apesar de todo, tú te quejas de mí, y no sé porqué. Las palabras con que me has demostrado tu ofensa, carecen de un fundamento justo, y esa hiel de amargos sinsabores que está bebiendo tu corazon, antes la depositastes tú en el mio. Pero como muger, te vistes halagada, obsequiada, pretendida y no escuchastes otro acento que el del orgullo y la vanidad, aho-

gando los sentimientos mas dignos y respetables... los afectos mas hermosos para todo ser sensible... Dime que no es esto verdad, Ludomilia!...

—Ay! no es verdad, no: tú estas preocupado, Leonelo.

--Ludomilia, desapareció aquel tiempo en que el sencillo y tímido Leonelo se sometía á tus menores insinuaciones.... en que creía tus mas leves palabras, y se le figuraba oír el precepto de Dios en tus labios. Entonces, bien lo sabes; sacrificó á tus caprichos falaces todo lo que hay de mas respetable para un jóven noble y entusiasta,... sus esperanzas, su porvenir, su fortuna. El brillante esplendor de un merecimiento casi cierto, ese meteoro seductor que lisongea al mancebo, alienta al hombre pensador y estudioso, y fanatiza aun al anciano... Ser mas!... la gloria!... Ese *mas allá* que se divisa aun en la fortuna mas elevada, en la posicion mas brillante, cuando la suerte sonríe al hombre, mas benévola y decidida á su favor. Y apesar de todo, este hombre que la fatalidad puso en él su blanco... este hombre entregado por tí á Satanás, que se ha

olvidado de sí mismo, de su patria, de su familia, del mundo entero, errante; y borrado su nombre por el silencio y el abandono del blason de su ilustre clase, te está aun sometido, sino por deber y reconocimiento, porque te ha jurado ser fiel á una prenda sagrada... á una prenda que...

--Calla! calla!... No la nombres!..... no la nombres, por piedad! Me desgarrar el alma su recuerdo... y no la puedo apartar jamas de mi corazon...

--Bien! Estas últimas palabras me someten mas á tí, porque veo que conservas aun sentimientos de sensibilidad y ternura. Ludomilia, mientras des cabida en tu pecho á ese recuerdo laudable existirá Leonelo para tí; pero si no, veras á tu lado, en tu trono, en la soledad, en tus alegrías, en tus pesares, en tus sueños, á Mastropetro, iracundo, inecorable, vengativo y feroz, pronto á denunciarte, á denigrarte, á envilecerte, á los ojos de Ravensberg, de Ferrara, de Florencia, de Róma, del imperio.. del universo entero.

--Miserable! murmuró la duquesa para sí... ¿Y harías tú todo, eso conmigo, Leo-

nelo? le preguntó con tan seductor acento, que Leonelo sintió desarmarse su cólera.... ¿Con aquella Ludomilia que tanto amastes?... Qué te amó con loca ilusion... con un entusiasmo idòlatra y ciego?

—Pero no me ama aun...

—Eso es lo que tú no sabes, hombre cruel!... exclamó la duquesa con falsa ternura, conociendo que vacilaba la energia de Leonelo. Mas tus palabras me anonadan y estremecen, en términos que no me dejas lugar mas que para sentir y padecer la crueldad con que me tratas! Leonelo, sino por nuestro anterior cariño, al ménos por quien soy, compadece á una infeliz muger á quien su primer desliz la ha ido conduciendo, á su pesar, al borde de la sima espantosa donde se vé asomada, y á quien la mano del destino la impele hácia su fondo, por mas que ella con sus débiles fuerzas procura apartarse de él. ¡Si supieras cuántas lágrimas, cuántos dias de amargura me ha costado mi estancia en Ferrara! Ah! maldigo mil veces la suerte fatal que me condujo á allí!... Inocente y tranquila, mis dias pasaban en la calma de una pureza envidiable, y que no su-

pe apreciar en su verdadero valor, porque no lo conocia. Despues, ¿qué han sustituido á aquellas gratas y lisongeras horas de tranquilidad y placer?... Recuerdos sombríos y aterradores!... momentos azarosos!... lágrimas ocultas!... afliccion disimulada, teniendo que reir, con el alma destrozada; mostrar la faz leda, cuando se me despedazaba el corazon. Y aun en este momento... aquí, tengo que escucharte, sufrirte, tolerar tus palabras... ¿y por qué? Porque no sabes comprender mi situacion. ¿Y á quién tengo que oir agravarla? Al hombre inconsiderado, inseparable, compañero de mi infortunio... cómplice de mi debilidad!... Mas aun: al móvil, al autor de ella... Y se olvida ahora de mi sacrificio, hasta el extremo de negarme su compasion.

Ludomilia, al decir esto, dejó escapar algunas lágrimas de sus negros y seductores ojos... El llanto de la duquesa engañaba aun á Leonelo... Lloraba, no de ternura, si de resentimiento... de deseos de vengarse de él.

Leonelo comprendiéndolo de diverso modo, y esperando resucitar en el corazon de

Ludomilia sentimientos estinguidos ya, pretendia con sus razones apurarla y estrecharla mas.

—Compasion! la dijo. ¿Y la has tenido tú de mí, muger infiel y egoista? ¿Compasion de ti, despues que he quedado reducido por tu causa á un estado mísero y degradante... à ser poco ménos que un esclavo? . . ¿Qué ventura, qué galardón me ha proporcionado nuestro conocimiento en Ferrara? Reflexiónalo, y compara tu estado con el mío. Tú, rica, opulenta, soberana de un pueblo; yo, pobre, mísero, abatido y hasta humilde siervo del menor noble de tu corte; teniendo que someterme y desnudar mi cabeza ante unos palaciegos que en nada me esceden, transformado, por disimular, en agente y casi espia de esos necios que esperan subir y engrandecerse por el influjo y la intriga... Y todo lo tolero por tí... sí... porque... te amo aun Ludomilia.

—Calla!... calla!.... no profieras tan fuerte esa palabra en palacio! Ella seria tu muerte.... y mi eterna perdicion!

En el rostro de la duquesa brilló la siniestra satisfaccion que sentia, al oir que

Leonelo la amaba aun. No porque este amor lisongease su amor propio, sino porque así lo tenia mas á su disposicion.

—Pues bien, continuó Ludomilia; suponiendo que este amor no se ha estinguido en tí, y que yo te conservo aun la estimacion que los lazos que nos ligán deben engendrar; si bien por mi estado y posicion no puedo corresponder ostensiblemente á él, te elevaré á la altura que por tu nacimiento eres digno. Leonelo, ya es fuerza que no olvides que estoy unida á un hombre que es duque soberano de Ravensberg.

—Sí; pero ese duque soberano me ha arrebatado tu corazon.... ese corazon que era mio, y que quiero volver á recuperar.

—Bien sabes que eso no es esacto, Leonelo. Al darle mi mano á Othon, obró la razon de estado no el cariño. Yo no amo á mi marido.

—Y sin embargo tienes celos de él.

—Los tengo, por orgullo, por resentimiento, por vanidad. Muchas veces se disfrazan, en nuestra alta categoría, con las ecsigencias puras del corazon, los estímulos odiosos y reprobados del vicio, ú otros afec-

tos tan mezquinos y detestables; y á los ojos del mundo aparece una verdad recomendable y querida, que no ecsiste en nuestros lábios ni en nuestras acciones, porque la sociedad con sus imperiosas leyes, nos obliga á un disimulo criminal, á par que esas mismas leyes nos marcan la pauta de ese disimulo tambien, y el cual nos vemos obligados á ejercer tan continuamente.

—Y bien.... qué quieres decirme con eso?....

—Que el amor, la correspondencia que te concedí en Ferrara, no puedo ofrecértela en Ravensberg, pero sí darte títulos y honores que demuestren la preferencia con que deseo distinguirti

—Honores!.... Me sobran con los que heredé! Títulos! El conde de Polesino, illustre bástago de los duques de Ferrara, no tiene que envidiarlos á nadie. Cortesano del palacio de Ravensberg y preferido por tí, me haria sospechoso. Mastropetro, simple escudero agregado á tu servidumbre, pue- do á todas horas entrar en tu cámara á recibir tus órdenes... y á dictarte las mias tambien.... recordándote tu proceder con-

migo, y haciéndote verme injusto y resentimiento.. cuando no quieras escuchar las palabras de mi amor. Como noble, me creo ofendido y no me vengo aun.. Como hombre celoso, sabré hacerlo si me pones en semejante caso.

--No le esperes de mí. Yo sé respetar los deberes que un error hizo extensivos á nosotros dos. La mano de la providencia lo dispuso así.... lo mismo que ordenó hacerme soberana de Ravensberg.

--En eso se fundan para disculpar sus actos indebidos los que obran como tú. Acusan á la providencia, haciéndola cómplice y parte de sus malas acciones, como si la providencia pudiese coadyuvar al crimen, que la prostitucion de los sentimientos, ó los estímulos de la sangre nos hacen cometer. Tus acciones son tan marcadas y patentes, Ludomilia, que á mí no me puedes ocultar ni disfrazar su fundamento, ¡Acusas á la providencia!! Fué ella la que te dictó en Ravensberg olvidar los sagrados deberes que dejastes en Ferrara? Y aun si mañana cometes otro delito mayor á que te conduzcan el orgullo, el resentimiento ó la ven-

ganza, será la providencia la que impulse tus deseos y los medios de satisfacerlos quizá?.... Pues guárdate no sea la providencia la que te muestre alguna vez su ceño severo é incesorable tambien.

--Me conformaré con sus decretos. Pero terminemos la referencia de unos hechos tan desagradables para ambos. Bien deberás conocer que ya no podemos pensar como en aquella época de entusiasmo y de ilusiones. Aquellos afectos es indispensable que los sustituyamos con los de fraternidad y conveniencia mútua. Ser amantes indiscretos no es prudente ni acertado ya, pero amigos inseparables si. Yo, convencida, no de tu amor pues tal nombre no debe dársele, sino de tu aprecio, y tú de mi sincera correspondencia á esa voluntad, debemos unirnos y obrar de consuno, para contrastar las adversidades é infortunios con que el destino se empeñe aun en oprimirnos. A tí puede serte de mucho valor el poder de mi soberania, y del cual tienes casi un derecho á disponer; á mí, tus auxilios y consejos en esta penosa y árida carrera que estoy surcando. Ambos nos debemos sostener

ya en el mundo, supuesto que la suerte ó la fatalidad, ha dado otro giro á nuestro primer amor. Ah! te lo juro, Leonelo. Si no hubióra sido por complacer á un padre destronado y proscripto. ¡Con qué placer hubiera yo reservado para ti una mano que debió ser tuya, y viviría ahora para tu amor, libre de las importunas y odiosas ecsigencias de la corte, y al lado de un hombre que no puedo amar... porque conozco que él no me ama tampoco! Si, el himeneo hubiera puesto un término feliz á nuestro cariño. Pero ahora, ya sometida á unos deberes tan poderosos; nutrido el corazon con el esplendor mágico de una grandeza, que, aunque conozcamos su insufrible peso, lisongea y orgullece, parece como que lo pone árido y enjuto á otro sentimiento que no sea el que nos domina, y si el corazon destila alguna vez un afecto, es tan nocivo para el que lo concibe, como frio y desnudo de interes para el que experimenta sus efectos. En la corte todo es falso, supuesto y engañador. Aquí la verdad es infructuosa y la ficcion de una utilidad necesaria y recomendable. Aquí, en fin, se venden y enage-

nan los sentimientos mas puros , al egoismo, las combinaciones, el interes y la ambicion. Considera, Leonelo, si necesitaré de un hombre como tú , de una ayuda para defenderme.

--Y sin embargo, quisiste ser duquesa soberana... Esclavizar tu alvedrio y tus afectos á tan detestables tiranos... Para esto destrozastes el corazon del hombre que te amaba, y proscribistes de su pecho aquella dulce y plácida satisfaccion que engendra una correspondencia sincera y pura! Ludomilia, mucho mal me has hecho, pero te aseguro que no trocaria mi suerte por la tuya!

--Lo creo... Mi vida siempre sembrada de azares y peligros, participé, desde niña, de la infausta suerte de mi padre Pedro de Médicis. Ya sabes su destronamiento, su proscripcion y los infortunios que esta le acarreará. Incendiado, saqueado nuestro palacio de Florencia, se vió en la necesidad de mendigar para él y sus hijos un asilo en las cortes estrangeras. Aquí en Ravensberg, el padre de Othon le concedió una hospitalidad digna de aprecio, y el mio a-

gradecido á su generosidad, y por otro lado mirando el porvenir que podia dejar á sus hijos, aceptó el himeneo de Othon conmi-
go propuesto por el duque su padre... ¿Qué habia yo de hacer en aquellas circunstan-
cias? ¿Agravar con mi repulsa la fortuna tan adversa de un padre que adoraba? Revelar-
le mi flaqueza contigo para verlo morir de dolor y sentimiento? ¿Ser ingrata por él á los beneficios que el padre de Othon nos habia dispensado?... Ay, Leonelo! Cuán injustamente me culpas, y qué poco merezco los cargos odiosos que me haces.

--Bien. Conozco efectivamente que entonces te sacrificastes á un deber sagrado, y yo te lo perdonaria si despues no hubieses prostituido tu corazon;... pero, Ludomilia, este no es el mismo que cuando nos vimos por primera vez en Ferrara.

--Y cómo es posible, Leonelo? ¿Presenta este mundo ingrato y engañosador, mas que ejemplos de falsía y fingimiento? ¿dónde están la sinceridad, el candor y aquella fé hermosa y santa que engendrada por la rígida observancia de los puros afectos, es el ánco-
ra de la vida... el consuelo celestial que de-

biéramos tener?... ¿Quiéres que yo me abandone ciega é incáutamente, y en medio de una corte, guarecida solo, con la verdad y los sentimientos de un corazón inocente, para que este sea despreciado, zaherido y destrozado en fin por el dolo y el vicio?.... No es posible. Ya no me es fácil retroceder en la senda que la sociedad me ha dictado seguir, y para transitar por ella con mas seguridad y confianza, te he elegido á tí.. á tí, íntimo depositario de los secretos de mi vida, y á quien me unen los únicos lazos que deben ser respetados en la tierra.

—Esos mismos lazos me impiden no aceptar lo que me propones. Ese falso papel que tú quieres obligarme á hacer á los ojos de tu corte, me envilece y degrada... El que estoy representando ahora es mas digno y estimable para mí... porque esta unido á mis sentimientos... es casi inherente á mi inolvidable resentimiento. Alto dignatario en la corte de Ravensberg, colmado por tí y tu esposo de distinciones y honores que no necesito, porque las heredé en mi patria al nacer, tendria que ser para tí, como otros tantos, adulator, falso, impostor, ahogando las

quejas y la voz de mi corazón... Porque vendido al favor que me dispensaras no podría ni aun insinuártelas; en vez que así, cubierto con este humilde disfraz, soy mas, me conceptuo mas poderoso, porque conservo la independencia plena que sobre ti me dá, un derecho adquirido á costa de mis innumerables finezas y sacrificios... y jactarme con que con una sola palabra puedo poner á mis pies á la duquesa soberana de Ravensberg. Este poder, esta autoridad, esta fuerza, á que en vano resistiras, es lo único que he podido salvar de la pérdida que tu ingratitud conmigo me ocasionara; y bien tan inestimable para un hombre, joya de tanto valor para un corazón lacerado y herido por la ofensa, no la enagenaré ni venderé jamas por todos los tesoros y dignidades del mundo.

--¿Con que te decides á permanecer?...

--Siendo Mastropetro, el escudero.

--¿Y si yo publicara que eres Leonelo, conde de Polesino, para obligarte á recibir de mi esposo y de mi corte, los homenajes que á tal personage se le deben?

--Me obligarias tambien á manifestar la causa del incógnito que he guardado?

--Y harías tú eso, Leonelo?

--Y por qué no?...

--Pero qué pruebas podrias presentar?

--¿Pruebas dices? Muy olvidadiza eres, Ludomilia... La principal existe en mi poder.

--Dónde? (le preguntó asombrada.)

--Aquí... en Ravensberg...

--¡En Ravensberg!! (con igual sorpresa.)

--Sí...

--Es falso... me engañas... Mi hermano Lorenzo de Médicis que la poseía, no puede habértela entregado.

--Yo busqué medios de obligarle... y Lorenzo me la entregó gustoso... Hizo mas oprobó mi determinacion.

--Dios mio! Dios mio!... (cubriéndose el rostro con las manos.)

--Vamos, Ludomilia, no te acongojes pues ya ves que yo no puedo tratarte con mas claridad y confianza... y esto siempre vale algo. .

--Leonelo, por compasion! que yo sepa donde mora.

--Eso jamas!

--Y me privarás de verla?

--Conforme las circunstancias se presenten...

--Mañana... mañana mismo!...

--Mañana?... No... es muy pronto.

--Ten lástima de mí...

--No puedo...

--Por piedad!... mira mi llanto, Leonelo.

--Lo siento, pero no puedo enjugarlo.

--De rodillas te lo suplico.

--Qué haces, Ludomilia?-. La duquesa soberana á los pies de un humilde escudero!... Si te vieran... Levanta, y no llores mas...

--Pero accedes á mi súplica?

--No, me es imposible ahora...

--Descortes, mal caballero, corazón de fiera... que no se conmueve á las lágrimas de una muger... que no atiende á sus acervos dolores... Que es inflexible á sus padecimientos!...

--Ella ha endurecido mi corazón.

--Pues bien, no miraré nada... lo atropellaré todo... Te mandaré prender, dar tormento... te arrancaré tu secreto, y reve-

laré á mi esposo todo, todo, aunque arrostre su cólera y su rigor.

--Delirios de tu imaginacion!... Harto persuadido estoy que no lo haras... En fin dejemos esto, y ten esperanzas, Ludomilia... Yo te comprometo mi palabra de que quedaras satisfecha... pero no ahora.

La duquesa quedó un momento pensativa. Al cabo de algunos instantes prorrumpió, con un despejo y disimulo que sorprendió á Leonelo:

--Bien, si me empeñas tu palabra de caballero de que me complaceras, me conformo.

--La empeño, siempre que tú no uses de ningun extremo que me haga retractar de ella.

--Lo ofrezco... Y en pago te daré mi confianza.

--A medias?... porque yo sé que la has depositado en otra persona.

--En cuál?

--En mad. Sofia de Korvei... Parece que la amas con idolatria...

--No... la aprecio nada mas... Mi corazon ya no puede amar asi á ningun extraño.

—Por qué?

—Porque sus ilusiones mas gratas se han extinguido.

—No lo creo... El orgullo, la grandeza, el interes las engendran muy poderosas... Pero volvamos á mad. Sofia... decias que la apreciabas...

—Sí, de todo corazon. Es la única persona de la corte que me debe mas deferencia. Su alma no se ha emponzoñado aun con ninguna pasion mezquina.

—Lo creo... porque es quizá la sola que ha simpatizado tambien sinceramente conmigo. La considero generosa, compasiva, amable y franca. Conoce el fingimiento y no lo practica, advierte la adulacion y la desprecia; los vicios de la corte no han podido someterla á su yugo, y ella por el contrario, domina á todos conservando una independencia tan estimada como admirable.

—Ah! no sabes tú cuanto vale esa dulce amiga, que el cielo me ha deparado aquí. Sin ella, los momentos de mi aislamiento fueran mas insoportables... porque... en medio de esa turba servil que me rodea... estoy sola, Leonelo... no tengo sin ella un

corazon que me comprenda y consuele.

—Ojalá que nunca te falte su amistad... Dichosa tú si al estimarla así, no tienes algun dia que pasar por la amargura de que te sea infiel.

—No lo espero. Su corazon no se ha formado para abrigar la astucia ni el dolo.

—Tambien yo confiaba en tí, Ludomilha... y me he equivocado!....

La duquesa á estas palabras, solo contestó con un profundo y ahogado suspiro.

—Con que tienes celos de tu marido. añadió Leonelo, procurando con este recuerdo distraer á la duquesa de la anterior conversacion, y para ratificar una idea que concibió en aquel momento. Ya yo lo presumia. Y no es lo peor que los abrigues, sino que ya en palacio se hace referencia de ellos.

—Y quién?

—El baron de Colemberg.

—Ah! sí...

—Te has confiado á él?...

—No. Es un celoso defensor mio, y lamenta el olvido y abandono que me concede Othon, graduándolos de poco amor y cortesania.

—Sin duda... Colemberg es un cortesano muy apreciable por mil títulos... Puedes fiarte de él; y tiene dos defectos recomendables para ti; que es bastante orgulloso y sobradamente pobre. Lo primero te es útil; lo segundo, haciéndolo tú desaparecer con tus favores, lo convertirás en ciego instrumento de tus miras... Porque en palacio, y en semejantes casos, un hombre así de no muy aventajados antecedentes y escasa fortuna, es un tesoro; un autómeta utilísimo pronto á obrar á la menor indicacion de quien le favorezca, siempre que pueda sacar provecho de ello.

—Es verdad.

—Pero, en medio de todo... ¿quién ocasiona tus celos con el duque?

—No lo sé... Su despego, su indiferencia es lo que me abruma mas. El objeto de ellos creo ecsiste en el castillo del Aguila Negra.

—Esa fortaleza es fatal á todos! Ese es un receptáculo de terror, asombro y disgustos, para los habitantes de Ravensberg y sus cercanias... Hablan de ese castillo con espanto y horror, y todavia no ha habido uno

tan osado que se haya atrevido á aclarar ese misterio... ¡Por el alma de mi padre, que ecsisten en la corte de Ravensberg caballeros osados y valientes!

—Uno hay solo que pudiera acometer tal empresa... pero está sometido al gran duque.

—Si, el mariscal Otocaro... Hombre honrado; militar decido y valeroso... Me agrada su carácter... Othon ha sabido escoger amigo y confidente en él... No le será infiel al duque, yo lo aseguro.

—Y sin embargo yo deseo, ansio aclarar ese arcano. Es mi continua y perpetua pesadilla.

—Dificil es mientras viva tu esposo.

—Con harto pesar lo conozco...

—Si quieres valerte de lo que contiene aquel cofrecito que te regalò mi primo Alfonso 1.^o de Ferrara, y que yo poseo aun... Bien sabes que los Borgias tienen antidotos admirables para toda clase de males.

—Conservas aun ese cofrecito?...

—Sí, es una prenda utilísima, y por lo tanto no lo he abandonado. Precioso ade-

mas... de marfil y oro... Contiene dos objetos de mucho valor para que yo lo desprecie. Tus cartas á mí, y tres pomitos que forman una alegoria, incomprensible á todos, pero que yo comprendo.

—Puedo saberla?

—Sí... Que el que llegue algun dia á revelar, no siendo yo, lo que aquellas cartas contienen, tendrá que habérselas con uno de aquellos pomos... Te parece mal?..

—No.

—Conque si quieres obsequiar á Othon con una copa de vino de Chipre ó Siracusa...

—No estamos aun en ese caso.

—Cuidado que no es Leonelo el que te lo ofrece, es Mastropetro... pronto á obedecer á su señora.

—No, repito. Solo quiero saber lo que ecsiste en el castillo del Aguila Negra.... En esa fortaleza maravillosa y aterradora.

—En ese caso tú obraras como gustes... Me retiro ya...

—Con que.. ¿cómo hasta aquí Leonelo?

—Mastropetro siempre, mi señora duquesa.

—Sí?... le preguntò Ludomilia con marcada intencion.

—Si, mi señora...

—Entonces... A Dios, Mastropetro... adios!

—El cielo os guarde.

Leonelo se retiró, y Ludomilia le siguió con la vista hasta que desapareció.

—Dios mio!! exclamó, dirigiéndose hacia una habitacion interior. Qué ¿este hombre ha de dominar asi mi destino? Pero le juro que será por poco, por poco.

Y cerró la puerta tras si.

Un momento despues de apartarse de alli Ludomilia, se movió uno de los grandes cuadros que adornaban la estancia, dejando paso á una muger, la que sin duda habia escuchado la conversacion anterior.

—Es el Dante, dijo acercándose á la mesa y hojeando el libro que habia sobre ella. Su leyenda favorita. Tiene celos y temores!.. Esto vendrá á parar en lo mismo que me temo! . La conozco demasiado... y mi deber es inutilizar sus miras... Una venganza! Y venganza de una muger poderosa!... Me estremezco al recordarlo!... Dios mio! ¿porqué habran de ser asi las mugeres? ¿Por qué habran de sobreponer á sus deberes las ec-

sigencias de su orgullo ofendido! No es mas fácil llorar y sentir entre el silencio y la resignacion! Y sin embargo, ha engañado á Othon! A ese corazon magnánimo y generoso! Y le acusa y se queja de indiferencia y desvio! Todavía le ecsije amor, estímulo, vehemencia, cuando le vende vilmente, cuando confiesa aquí mismo á otro hombre que no ama á su marido... ¿Por qué la muger ha de rendir un culto ciego á la falsedad y al engaño, siendo tan bella y encantadora la verdad? Ah! sí; la que tiene el corazon corrompido miente y seduce... la que no lo ha prostituido aun, ama y padece, con resignacion y constancia... Acrisola su fé, y esta siempre aparecerá como una aureola brillante y hermosa... Ludomilia ha perdido ya todo lo que puede tener de mas recomendable y hermoso una muger... Un corazon puro y sincero... Solo vive para el fingimiento y la astucia .. Ella será infeliz!... Tarde llorará un arrepentimiento infructuoso quizá.

Se oyeron pasos en la habitacion de la duquesa, y la dama desapareció por el hueco del cuadro.

Como no la habrá conocido el lector, le

diremos que era mad. Sofia, marquesa de Korvei.

Ludomilia pensó decir á esta que no podia asistir á la tertulia de aquella noche, por hallarse con una ligera indisposicion, y que lo apoyase con las damas y caballeros que concurrían á ella, trasladándola para la noche siguiente, dando ese pesar del baron de Colemberg, que pensaba sacar partido del asunto de la targeta; y de Luitzpoldo Vith que esperaba ser por aquel presentado en la tertulia de la gran duquesa.

VIII.

La casa rúsitea.

La selva de Roden se extendía por la parte de Ravensberg hácia las fuentes de Ocker y tenía su término en la falda de la dilatada cordillera del Harz. La selva era espesísima, y casi impenetrable por el parage que vamos á referir. Pocos eran los que transitaban por él; primero, porque no habia allí objeto que mereciese el arrostrar las incomodidades de un camino tan penoso, y segundo, porque, como hemos dicho, al estre-

mo del bosque hallaba el caminante, por premio de un afán impropio, las ásperas rocas del Harz, que ofrecían mayores dificultades que las malezas del bosque.

Serían las seis de la tarde.

Dos hombres habían penetrado en esta selva, sin guía ni práctico que lo condujese, ni dirección cierta hacia lo que solicitaba uno de ellos. Este buscaba un objeto, que ansiaba encontrar con aquella vehemencia y deseo, que el corazón encierra, cuando no late ni respira sino para satisfacer uno de aquellos afectos irresistibles que por más que procuramos ahogar, fermentan y se dilatan con más fuerza, brotando al fin en nuestro pecho como el cráter de un volcán... Cual una llama activa y voraz que se inflama con ímpetu y velocidad.

Parece infructuoso decir, que no sabiendo donde dirigirse, los caballos caminaban á su placer según lo permitían los árboles y el follaje de la selva.

—Señor, le dice uno de ellos al que parecía su superior, y en mal pronunciado alemán... La noche se nos va á echar encima, y esta selva he oído decir que está muy poblada de animales feroces.

—No tienes espada y valor?... Y sobre todo, no vengo contigo?...

—Pero si las fieras nos acometiesen en número considerable....

—Y qué? Hay alguna diferencia en perecer por la mano de un hombre en el campo de batalla, á morir para satisfacer la necesidad de una fiera en un bosque? Todo es morir, Thuin. El hombre matalas mas veces, por halagar sus pasiones.... La fiera por satisfacer su hambre.

—Es cierto; pero...

—Dirás que aquí podremos morir sin venganza y sin gloria. Yo por mí, ni tengo motivos para desear la primera, y la segunda me es ya indiferente. Si temes, vuélvete.... Yo recorreré el bosque, acompañado solamente de mi esperanza y mi anhelo.

—Abandonaros?... Jamas... Con vos la vida ó la existencia. Os lo prometí en Basilea. Os debo mas que mi vida... y soy reconocido.

—No... no lo menciones mas.

—Eternamente, señor. Esa memoria forma la ilusion mas grata de mi ser.

—Bien... basta... Adelante.

Los dos guiaron los caballos hácia una senda que se les presentò, por entre unas hayas, y desaparecieran al punto.

Los desconocidos habian transitado la mayor parte de la selva, sin que se ofreciese á su vista, no solo nada que calmase el deseo del que mas interes mostraba en recorrerla, pero que ni aun le diese una leve señal de lo que buscaba.

Conduciremos al lector á otro parage del bosque, entre tanto que los dos viajeros mencionados se ocupaban en sus pesquisas.

En un sitio oculto, cerrado de espesos pinos; por entre el verde ramage de estos, se notaba con dificultad, á no apocarse mucho, las paredes exteriores de un edificio. Se apoyaba la parte posterior de él en unas altas y parduzcas rocas del Harz, como el pigmeo que se guarece de la corpulenta estatura de un gigante para que lo defienda, temeroso y poco confiado de sí mismo. La vista que presentaba la casa era salvaje y participaba del aspecto de su defensor; pues el muro exterior, fabricado de las mismas rocas de la sierra, parecia un abor-

to de esta mas bien que un objeto artificial.

Por consiguiente, presentando este edificio un carácter tal, se congeturaba que sus moradores, si los tenia, se contentaban con muy poco en el mundo, y que les era mas apreciable semejante aislamiento y abnegación, que las brillantes y seductoras comodidades de la sociedad.

Leñadores no podian ser, ni aldeanos, ni otra clase de personas cuyo destino fuese peculiar á aquellos sitios, ni les obligase á vivir desterrados de tal modo.

Al contrario, todo indicaba que la casa estaba inhabitada, pues las puertas y ventanas se hallaban cerradas; ó cuando menos los que vivian en ella se encontraban entonces ausentes.

Todo era soledad en aquel lugar. El silencio que reinaba lo interrumpia levemente el ruido de las hojas de los árboles agitadas por una suave brisa, el canto de las aves y el rumor lejano de una torrente que, precipitándose desde las altas rocas del Harz, pasaba á corta distancia de la casa, y seguia su curso hácia lo mas espeso de la selva.

La noche se aprocsimaba y los objetos de aquel sitio iban tomando un aspecto aterrador. El Harz era el que mas se manifestaba, á par que la luz del dia iba desapareciendo, imponente y grave. Semejante á un coloso silencioso y amenazante, parecia ostentarse como rey de aquel espacio, infundiendo pavor al que osase mirarlo, y pronto á desplomarse sobre todo lo que tenia ante él, alterando la calma respetable que se advertia en su contorno.

La vista de la casa iba desapareciendo entre el lóbrego aspecto del monte, igual á un niño que se acurruca y cobija en el regazo de su madre.

Los árboles y las ramas podrian graduarse como sumisos admiradores de la soberbia y altiva cerviz del monte, colocados humildes á sus pies, y reconociendo su poder.

La naturaleza comunicaba á estas creaciones, una resignacion muda, si bien digna de admiracion, respeto y veneracion.

Peró esta calma fué alterada prontamente por el ruido de varias personas que parecian dirigirse á la casa.

Los que eran se aprocsimaban cada vez mas.

El astro de la noche iba rompiendo el tupido velo que unas pardas nubes formaban á su alrededor, y su disco refulgente, dando de improviso sobre todos los objetos, parecia darles nueva animacion, tornando su triste oscuridad en plácida y rienn-te ecsistencia.

Asi fué como por entre unos arbustos, entrelazados con los pinos, hizo ver á los objetos que vamos á citar.

El primero era un anciano como de sesenta años. Su cabeza y barba eran blancas, como los carámbanos del Harz. La primera la cubria un sombrero de ala tendida. Vestia un gaban oscuro de paño burdo, ceñido con un cinto de correa, y unos botines iguales al gaban. Llevaba una muleta en la mano, la que le servia para apoyar sus pasos, cuando estos vacilaban á cada instante, ya por las ramas que encontraba en su tránsito, ó por la desigualdad del terreno que pisaba.

Detras de él, á corta distancia, caminaban otro hombre y una niña.

La niña la conocemos, y al hombre tambien, aunque de paso.

—Cuidado con Gacela, Brunon, decia el anciano á su compañero, sin volver la cabeza ni pararse. Es necesario ya tener con esa bribona mucho cuidado.... Ha pretendido escañarse ayer tarde!.... Ya... ya la ataré corto!....

Basta con lo dicho para adivinar quienes eran los tres.

La niña suspiraba ahogadamente, sin atreverse á dar á sus suspiros toda la estension que su corazon necesitaba.

Solo alguna que otra vez, se contentaba con apretar la mano que le llevaba asida su conductor, como en señal de afecto, y suplicándole intercesion por lo que le escuchaba al anciano.

Brunon, á quien nombraremos ya asi, le devolvía la señal como prueba de su asentimiento.

La niña fiada en esto le decia en voz baja:

—Si vieras.... Eran tan cariñosos!... tan compasivos!... Y uno sobre todo, qué galante y benéfico!

—Silencio, señorita, le contestaba Brunon, con acento bronco, pero amable.

Los tres llegaron á la casa y el anciano sacando una llave se la entregó á Brunon, diciéndole, secamente:

—Abre.

Y se sentò en seguida en un poyo ó banco de piedra que estaba al lado de la puerta.

—No entraís ahora, señor, le preguntó el criado?

—No: quiero gozar de esta dulce tranquilidad que me circunda. Enciende luz en mi cuarto y vuélvete. Dí á la pobre Catalina que estamos ya aquí, y que si quiere salga á respirar libre del encierro que ha sufrido mientras hemos estado fuera.

Brunon obedeció ciegamente, y sin proferir una palabra.

El anciano quedò un momento con sus manos apoyadas sobre la muleta y la vista fija en el suelo. La niña en pié, y sin atreverse á acercarse, lo miraba con temor y ternura, á alguna distancia.

—Dos caballeros!.... tartamudeaba el anciano, imperceptiblemente... Y uno de ellos de una órden distinguida... No conozco la importancia de ella, pero debe ser elevada... Tal vez la seducción! el engaño!...

Si, si!... Aunque es niña aun, pensarán ya arrebatármela, robármela!... Dejádme sumergido en la soledad y el abandono mas inaudito y mortal.... Oh! no, no.... Sabré guardarla, sabré defenderla á costa de toda mi sangre!... Vivir sin mi único consuelo!... Dios mio!... Vivir sin ella!... Gacela!... Gacela! .. Hija mia, acércate, acércate... No, no te arrancarán de mis brazos! ¡De mi corazón! Sabré morir primero!

Y estrechándola convulsivamente sollozaba en el seno de la jóven.

--Padre!... ¿Otra vez volveis á llorar?..

--Ah!... tú no comprendes este llanto, hija mia!... No puedes conocer su importancia ni su fundamento. ¡Ojalá nunca lo sepas tampoco; azucena pura y sin mancha, ángel inmaculado de inocencia y candor. Gacela encantadora!... Conservádmela, Dios mio, guárdala con tu soberano poder, y no me prives de este bien, el solo que me ha quedado en mis últimos dias.

El desconsolado anciano seguia estrechando á la niña, con un entusiasmo tan tierno y apasionado, que movia á compasion. Despues la hizo sentar sobre sus rodillas y

la cubria de puros y paternales besos.

Aquella escena interesante é inocente, fué interrumpida por dos hombres á caballo que se presentaron repentinamente delante del anciano, sin que este notase el paso de los caballos, hasta que los tuvo cerca.

Al momento se levantò y colocando á la jóven detras de él, hizo frente á los recién llegados.

--Espero, señores, les dijo, que os digneis participarme en qué puedo seros útil; al mismo tiempo que me causa estrañeza veros en este sitio.

--Buen anciano, le contestó el mariscal, apeándose; venimos buscando.... Pero calla, esta es la niña de ayer tarde... Gacella! La misma.... Bendigo á la suerte que despues de tres horas de afan me ha concedido al fin lo que deseaba.

--Cómo, caballero... le repuso sobresaltado el anciano.

--Sí, la buscaba, porque desde que la he visto no he podido borrarla un punto de mi imaginacion.. La buscaba, porque la considero como un ser sumamente interesante á mi existencia... La buscaba, en fin, porque

la creo un ángel consolador de mi vida.... porque sé que es desgraciada... y yo puedo hacer su felicidad.

El viejo al escuchar las palabras del mariscal, quedó suspenso sin acertar á hablar... La niña miraba atentamente á su padre, lo que interrumpia solamente para dirigir al soslayo sus ojos hácia Otocaro.

Al cabo de un momento, prorrumpió el anciano:

—Brunon? Brunon?...

Este se presentó en la puerta de la casa.

—Llévate esa niña adentro, continuó con severidad... Llévatela y no os presentéis aquí...

El criado iba á coger á Gacela de la mano para conducirla; pero interponiéndose el mariscal...

—Deteneos, dijo. ¿Así me quereis privar de su vista cuando por hallarla hubiera ido al cabo del mundo?...

—Caballero!... le contestó el anciano, con una energia que impuso respeto al mariscal á pesar de su carácter fuerte... Soy su padre!... Lo entendeis? Su padre.. y estoy en mi derecho.... Llévatela.... añadió al criado.

Brunon obedeció. La niña dirigió al mariscal una mirada de ternura al marchar.

El mariscal no acertaba á proferir una palabra.

Thuin, á corta distancia, con las bridas de los caballos en la mano, no podía comprender el fundamento de lo que estaba pasando.

--Tened la bondad, dijo el viejo á Otocaro, de sentaros y que vuestro criado, ó lo que sea, se retire á distancia que no pueda escuchar lo que vamos á hablar.

--Thuin, llévate los caballos y guárdalos al pié de aquellos álamos, añadió el mariscal.

Thuin hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y se marchó.

El viejo y el mariscal tomaron asiento en el banco de piedra ya dicho, y que estaba debajo de un emparrado, el cual daba sombra en la puerta de la casa; de modo que, á pesar de la luna, ni Otocaro ni el anciano, podían uno á otro distinguirse las facciones.

--Por cierto, caballero, prorrumpió el viejo despues que tomaron asiento, que desde ayer tarde acá han sucedido cosas estra-

ordinarias. No me he entrado en mi casa, y encerrado en ella sin escucharos, porque al oír el tono de vuestra voz, he sentido en mí renacer una sumisión ya estinguida por los infortunios y la desgracia. No os he brindado con que penetreis en mi morada, porque esa hace catorce años que está cerrada para todo el mundo, y me he violentado á hablaros aquí, porque deseo, necesito una esplicación de lo ocurrido... y mas que todo, de las palabras que acabais de proferir.

—Os la daré al punto. Nunca he ocultado lo que pasa en mi corazón. La verdad es mi ídolo, la franqueza mi divisa. Ageo á toda ficción, extraño á ese fingimiento falaz tan comun en los hombres para espresar lo que no sienten y engañar aun á aquellos que mas veneración y sinceridad le merecen, mis acciones y palabras las dictan y rigen los sentimientos de mi alma; y mi brazo y espada sustentan y defienden lo que profiere mi boca. Dios formó la verdad porque es todo verdad... los hombres practican el engaño y la impostura... porque efectivamente todo en ellos es impostura y engaños... Su creación es débil... misera!... Dioses todo... los hom-

bres nada... Yo tomo por norma y modelo á Dios, y desprecio al hombre porque no imita á Dios.

El anciano se quedó mirando de hito en hito al mariscal, como dudando hubiesen salido de su boca semejantes palabras.

—Así, continuó Otocaro, os explicaré, sin rodeos ni ficción, mi nombre y calidad. Me llaman Carlos Otocaro, y soy gran mariscal del imperio!... ¿Me conocéis ahora?

—No... no os conozco... Contestó el anciano, algo pensativo. Otocaro!... mariscal!... Es verdad que yo, habitante triste de esta soledad ha tantos años, no tengo ninguna idea del mundo ni de lo que pasa en él... No os conozco en efecto... no os he oído nombrar nunca.

—Lo siento... porque eso os convencería de la sinceridad con que os he hablado. Sin embargo, nos entenderemos mejor aun. Y vos cómo os llamais? Esto es, si quereis decirme vuestro nombre.

—Conrado...

—Tampoco sé quien sois... y cuenta que de vuestra edad hay pocos que yo no conozca en Ravensberg y sus contornos.

--Sois de aquí?

--Nacido en las campiñas de Lingen.

--¿En Lingen!!

--Sí... Parece que os ha conmovido ese nombre.

--Son recuerdos de la juventud... Pero nos distraemos del objeto principal de nuestra conversacion.

--Volvamos á ella.

--Ese estímulo que habeis manifestado por mi hija...

--Es tan hermoso y bello como el alma de esa inocente.

--Bien... pero cuál carácter es el que tiene?

--Una ternura filial, entrañable!... santa en su esencia, sincera en su origen... y pura en sus fines.

--Solo la amais filialmente?

--Y de qué otro modo pudiera yo mirar á esa paloma inmaculada?...

--Y decidme, mariscal, dijo el anciano conmovido, qué os ha interesado así?

--Su desgracia!

--Qué os ha impulsado?

--Su inocencia.

--Pero esa afición...

--Es nacida del corazon... Es aquella abstraccion simpática que nos arrastra, reduce y somete á un objeto... Es el afecto que la virtud, el infortunio y los mas santos deberes despiertan en un pecho compasivo... Es por último haber obedecido á una voz secreta é imperiosa que se alzó en mi alma á su vista, y la cual me decia.... «Amala, ámala... porque lo merece... y es un deber!... Esa niña hermosa te pertenece... su padre es anciano y desgraciado... le faltará algun día... y Dios te señala á tí para entonces por su padre y protector en la tierra.»

Obedecí ciegamente á tan divino precepto, y aquí me teneis...

No es un pueril capricho, una rareza, una locura.... Hacia vuestra hija me inclina una fuerza desconocida.... y esta no puede ser mas que el brazo de Dios, disfrazado en esa naturaleza sabia y omnipotente, á quien en vano el hombre quiere ahogar y desconocer las mas veces.

--Esos sentimientos son muy laudables: esas ideas dignas del mayor aprecio... Pe-

ro aun siendo así, mariscal, nadie siente hacia otro, por muy infeliz que lo considere, un interes tan vehemente, tan acendrado, como el que tan súbitamente os ha ocasionado una niña tierna, sin mas atractivo que su sencillez y sin otro mérito que su inocente ignorancia. Una esperiencia, por mi mal harto funesta, me ha enseñado á conocer que los estímulos del corazon nacen de causas graves, bien sean impulsadas por las pasiones, ó por las ecsigencias del vicio. Yo concedo á esa generosa y desinteresada sensacion todo el mérito de que es digna, pero no me negareis que ecsiste en vos una causa muy poderosa.... la cual me habeis ocultado.

—Sí, es cierto que ecsiste, pero en callarla no creais que me impulsa otro motivo que el convencimiento en que estoy de que no serán creidas por vos mis palabras. Yo he visto estampados en el rostro de esa inocente, rasgos que me han recordado personas muy estimadas para mí, y aunque esto sea un sueño, una ilusion.... un enagenamiento, yo quiero gozar de él, porque despues del árido y penoso camino que he

surcado en este mundo, se ha presentado esa imagen á mi, cual la de un ángel consolador que me brinda con sus halagos, con dar al corazon aquella paz tan perdida como estimable. Y cuando uno ha recorrido rápida y azarosamente este curso transitorio de la vida; con una agitacion perpétua en el alma, con el vacío que deja en el corazon la memoria acerva de acontecimientos, cuyo recuerdo pasa lenta y pausadamente sobre la conciencia, abrumándola sin cesar, decidme: ¿Podrá uno ser indiferente é impasible á un objeto que se considera cual un ser benéfico que puede endulzar la amarga copa cuyas heces estamos bebiendo sin cesar?

Porque no lo dudeis; el Omnipotente me mostró el camino para encontrar á vuestra hija.

Y mis pasos fueron guiados ayer tarde, por ese poder inefable que todo lo vé, prevee y alcanza.

Y mi obediencia tuvo su fundamento en ese principio, y se sometió resignada y ciega, ignorante del bien que se le iba á presentar.

Y es que la providencia mas sábia que el hombre, pone el bien al lado del mal, solo que el mortal ignorante lo trueca á su antojo y toma siempre lo peor.

En el mundo, todo tiene compensacion... asi detras del pesar está la alegria... y al traves de la ventura la fatalidad.

Luego si la fatalidad me ha perseguido por espacio de veinte años; en medio de un bosque, al cabo de ese tiempo, una niña bella y pura, me ha hecho ver que aun puedo, en la virtud y la inocencia, hallar consuelo en la tierra.

Esto me ha inducido á buscarla y á vos que sois su padre hacerle partícipe de mis sentimientos.

Y por lo cual no debereis desconocer que el hombre no ha de contrastar lo que Dios dispone, cuando su omnipotencia suma rige las causas y prepara los acontecimientos.

¿Os convencereis ahora de que yo obro por un impulso superior... si bien es cierto que el objeto que me guia es sincero? ...

--Sí, pero... ¿qué quereis que yo haga?

--Abrirme vuestro corazon, confiadme las penas que lo oprimen, y despues acep-

tar los consuelos que yo pueda daros por mi influencia y mis bienes, haciendo partícipe de ellos á esa criatura celestial.

--Mariscal... lo que pedis es imposible.

--Por qué, Conrado?

--Porque lo que deposito en mi alma, se encerrará conmigo en el sepulcro. Ni aun mi hija lo sabrá hasta despues de mi muerte... Y eso se opone poderosamente á vuestra fineza.

--Tan desgraciado habeis sido?..

--En extremo.

--Y tan poco confiais en Dios... En su infinita bondad, que no conocereis que él me dirige aquí para vuestro consuelo?

--Que si no confio en él decís?... Acaso ese firmamento sembrado de estrellas, ese espacio inmenso que corona nuestras cabezas y donde los astros giran; estos árboles, esas plantas, esas fuentes, ¿no son una prueba de la bondad que decís? Sin esta persuacion, sin tal convencimiento, cómo hubiera yo vivido tanto tiempo?... Cómo hubiera soportado una vida tan infeliz? Vivo y espero en Dios, si no el consuelo que debiera, porque no es fácil, al menos una muerte menos a-

marga en los brazos de esa hija desventurada.

—Ah! padre mio, le interrumpió Otcaro, cogiéndole una mano que besó con respeto, vuestras palabras penetran en mi pecho y llegan al corazon hasta herirlo mortalmente... Yo tambien, como os he dicho, he sido infeliz... debiendo ser dichoso. Tuve una familia que he perdido, y sino en medio de un bosque como vos, me encuentro en la sociedad, á pesar de la clase que ocupo, solo, aislado, sin tener á quien volver la vista, porque todo me falta. Lo mas esencial al hombre; un pecho donde depositar lo que siente, un corazon que comprenda lo que padece el mio, un regazo donde llorar... y un rostro en quien mirarme para reir... La vista de estos campos, de este bosque tantas veces transitados por mí; el Ems, sus riberas, sus molinos, todo, todo me abruma y destroza el alma, al considerar que se halla perdido para mí, y que hasta mi padre, si existe, me habrá lanzado su maldición, para agravar mi infelicidad.

—Còmo se llamaba vuestro padre?

—Permitidme que no lo nombre... os lo suplico.

—Qué ejercicio tenia?

—Molinero.

—Molinero!...

—Tampoco podeis decir la causa porque lo perdiérais?

—Tambieu es parte de mi secreto... Lo respeto... porque quiero que sea respetado el mio... Si ha sido morador de las campiñas de Lingen debo haberle conocido, y en tal caso pudiera quizas daros noticias de él.. Pero dejemos ya una conversacion importuna para ambos, porque los recuerdos que escita no son nada lisonjeros. No es á nosotros á quien pertenece adelantar ni violentar los acontecimientos... Eso está reservado á otro poder mas superior, asi como él pondrá término á nuestros padecimientos.

En cuanto á vuestra pretension, mariscal, yo os la agradezco por dos motivos. Primero por el interes generoso que os anima eu ella, y segundo porque yo nada puedo, ni quiero admitir de los hombres. Siendo que os hallais molestado para recibir un desengaño que... creedme, no está en mi mano evitar. Aqui en esta soledad, en tan oculto retiro, poseo lo suficiente para no carecer

de las cosas mas indispensables á la vida. Tengo un huerto cuyos árboles y plantas me brindan con sus frutos; un pequeño rebaño que me proporciona carne y leche para mí y mi familia... Una casa, que aunque rústica, nada le falta; y sobre todo esto, esta fé en Dios, padre universal y creador de esa hermosa y sábia naturaleza que proporciona al hombre todo lo necesario á la existencia, cuando este sabe beber en la fuente inagotable de sus inmensos dones.

Por lo demas, mi aislamiento es tan exacto y severo, que nada en este mundo lo podrá alterar. Yo sentiré en el alma que valiéndoos del poder y favor que gozais en la corte, bien ostigado por vuestro deseo, ó de un punto de temeridad infructuoso, os empeñeis en romperle... porque os aseguro que no conseguireis otra cosa que agravar mi estado y el de esa niña infeliz, que, es verdad participa de mi desgracia, pero es porque no hay otro remedio. En el momento que por vos sea sabida mi oculta morada, y pretendan incomodarme en ella, desapareceré de estos sitios, y os aseguro, que aunque errante, ninguno dará con el parage donde me oculte.

Bien debereis conocer en esto que el motivo que me asiste es de suma gravedad é importancia... Cuando hago partícipe de él á esa desgraciada, que en nada lo merece, y á quien adoro con mas vehemencia que el avaro á su tesoro. Mi casa ni mi corazon pueden abrirse á nadie... por eso os he recibido aquí... Solo de un modo penetrariais en ella.... Viniendo fugitivo, y para salvar vuestra vida... Entonces el deber sacrosanto de la hospitalidad borraría en mí todos los recuerdos que me hacen cerrárosela ahora... porque me acordaría solamente de que Dios me prescribe caridad y compasion con mis hermanos... porque él es todo bondad y misericordia tambien.

El anciano calló, mirando al mariscal en seguida. Este no sabia qué responderle.....

Al fin rompió el silencio, diciéndole:

—Me habeis afligido en extremo, señor. Habeis destruido, no solo mis esperanzas anteriores, sino la dulce satisfaccion que concebí al veros y hablaros... porque vuestra voz ha conmovido mi alma!... El contacto de esta descarnada mano que vuelvo á besar con ternura, el aspecto de esas venerables ca-

nas.... todo ha ocasionado en mi un afecto desconocido hasta ahora.... y me ha trocado en un ser, sumiso á vuestra decision. Yo me someto á ella, porque me parece escuchar el acento de un padre adorado, que tanto lloro, y que me prescribe resignacion y obediencia á sus mandatos... Y el mariscal del imperio cubierto de condecoraciones y honores, el militar feroz y aguerrido, el hombre avezado á la sangre, el horror y la matanza.... lo teneis aqui trémulo, abatido, anonadado... tímido como un niño inocente, al escuchar el acento de un mísero y pobre anciano, que le resiste y se opone á uno de sus mas vehementes deseos, aniquilando la esperanza mas lisongera de su vida.... su grato porvenir, el consuelo único que creyó encontrar despues de sus penas, sus campañas y trabajos. Y este poder, esta influencia, este temor, si quiere calificarse de tal la sumision que os demuestra el hombre que teneis delante, hombre acostumbrado mas á mandar que á obedecer, á ser atendido que contrariado; es debido á que la naturaleza ha tocado en su corazon el re-

sorte mas imperioso y fuerte para regir y sujetar la violencia de su carácter.... Es que el dedo de Dios, colocado en la llaga que á este desventurado le lacera el alma, ha variado su organizacion de un modo tal, que en vez de dar riendas á ese espíritu de energia, lo ha debilitado hasta reducirlo á la obediencia mas pasiva.... Y esto se lo debe á vos.... á vos, que le correspondeis con la ingratitud y el desvio... á vos, que le infundis tanto respeto y veneracion desde que os ha visto y oído. .

Otro punto de silencio reinò entre los dos interlocutores.

—Terminemos esta conversacion, mariscal, dijo Conrado.... Conozco que mi constancia vacila con vuestras palabras... y... creedme, el muro que ecsiste entre nosotros dos, es imposible penetrarlo... y plegue al cielo que jamas llegue el momento de hacerlo. Entretanto, tomad; devolved á vuestro amigo, pues considero que lo será, esta prenda que dió á mi hija ayer en el *arroyo del Abeto*, que fué donde la visteis. Esta tarde hemos estado en él á ver si volvíais; y para el efecto, mandé al criado que

colocase esta cadena sobre la piedra donde os sentásteis, para que la hallárais allí, mientras nosotros ocultos, observábamos si la tomábais ó no..... No habeis venido, y así hemos esperado inútilmente. Celebro esta ocasion, pues me proporciona devolveros un objeto que mi hija no puede ni debe admitir, ni por el valor de él, ni la importancia de la persona que se lo ha regalado; porque el escudo que está pendiente de esa cadena, debe pertenecer á una órden distinguida.

—Sin duda... á la de san Jorge.

—Tomadlo, tomadlo, y devolvédselo en mi nombre.

—Pero antes me habeis de otorgar una gracia.

—Decid.

—El permiso de volveros á ver á vos y á Gacela... Aunque sea de noche... secretamente... en este sitio... sin entrar en vuestra casa... Con sentarme en este banco rústico y que esteis á mi lado, me contento.

—Harto me pedis, mariscal!...

—Mucho menos de lo que necesito para ser feliz.

—Pero vendreis solo?

—Solo...

—Ocultamente?...

—Sin que nadie lo note...

—Pues todos los jueves al ponerse el sol os espero aquí.

—Y solo un dia en la semana!...

—Un solo dia... Mas dadme vuestra palabra de honor de que á nadie direis que me habeis visto.

—Os la doy solemnemente... y sabed de que nunca he faltado á ella.

—Lo creo... Pero ese hombre que ha venido con vos...

—Es sordo y mudo en estos casos... Es un suizo... un siervo que está á mi lado, no por interes, sino por deber y agradecimiento.

—Y al que os acompañaba ayer tarde?

—Menos... Ese manifiesta mas deseo que yo en conocer y saber vuestro destino... y teniendo vos tanto empeño en ocultarlo, si ese hombre llegase á descubrirlo no podriais burlar su poder.

—Pues quién es?...

—Othon, duque soberano de Ravensberg...

--Othon! ¿Era Othon!... Dios mio!... Dios mio!!

Antes de que acabase el mariscal de nombrar al gran duque, Conrado se levantó del asiento sin acertar á creer lo que escuchaba.

--¿Y vos sois su amigo!... continuó el viejo... Y esta cadena es suya!... Y ese hombre ha tenido á mi Gacela entre sus rodillas.... Ah!...

Y empezó á sollozar amargamente...

El mariscal no podia comprender la causa de aquel desconsuelo.

--Tomad!.. tomad!.. esta prenda me quema la mano, añadió arrojando la cadena á los pies del mariscal. Su fuego llega hasta mi corazon... Ya no dudo que vos venis de su parte á sorprenderme... á engañarme... porque sin duda ha sabido que estoy aquí y como yo le conoceria al momento... y huiria de él, os envia para confirmar sus dudas.... Pero mariscal, continuó con tono solemne y voz enérgica... me habeis dado vuestra palabra de caballero de no descubrirme, de no decir que me habeis hallado... y vos no queréis que os llame vil y bajo, en presencia de Othon y de toda su corte.

—Callad... callad por Dios... Yo descubriros cuando así afianzo el placer de veros, aun cuando sea en el prolijo término que me habeis fijado? . . Desde hoy vuestra causa es la mia... Othon al lado vuestro no es nada para mí... Él puede colmarme de honores y dignidades... pero no de aquella fraternal y dulce satisfaccion que experimenta el alma á la presencia de unos objetos queridos, cuya vista se ansia porque con ella la vida del infeliz es menos amarga y mas llevadera... Porque la suerte que á estos los aqueja, guarda una analogia esacta con la mia! Porque... lo repito, es una causa poderosa é irresistible la que me hace amaros desde el momento que os he conocido, y no habrá fuerzas humanas que os arranquen de mi corazon.

—Partid ya, mariscal...

—Pero sin ver, sin abrazar á mi hija adoptiva?...

El anciano se resignó, y acercándose á la puerta de la casa, llamó al criado, el que vino despues con la niña.

—Aquí la teneis, dijo Conrado cogiendo á Gacela de la mano y presentándosela.

Abrázale, hija mía.... Es un amigo tuyo... mio no, porque no puedo pagar como debo su virtuoso desinterés. Mi corazón está tan herido, que ha desaparecido de él todo sentimiento placido, fuera del que tú, por obligación, le inspiras. En su lugar, solo han quedado el tormento y el dolor. Pero tú corresponderas á este caballero por tí y por mí.... porque la ternura de un ángel vale mucho mas que la de los hombres.

El mariscal estrechó contra su corazón á la niña, é imprimió en su frente un ósculo ardiente de amor filial.

Gacela le correspondió con una mirada espresiva, y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos. Otocaro al verla, sintió correr tambien las suyas.

—Gracias, padre mio, dijo este á Conrado... gracias por tal momento. Me habeis permitido disfrutar de un placer..., el mayor quizá que he gozado en mi vida!... Gracias, os vuelvo á decir.

—Hasta el jueves, mariscal.

—Hasta el jueves.

Otocaro abrazó tambien al anciano, y cogiéndole la mano la llevó hácia su co-

razon apretándola contra él. Despues la besó, y se separó precipitadamente de aquel sitio, dirigiéndose á donde se hallaba Thuin con los caballos.

Gacela y su padre quedaron mirándolo hasta que lo perdieron de vista.

—Parece honrado y virtuoso! exclamó Conrado... Debe entonces ser desgraciado! Debe arrostrar muchos inconvenientes y azares en su vida!.... Cómo quisiera poderle abrir mi corazon!... Pero no... no! . Lejos de mí idea tan fatal... Amarlo.... tal vez, y eso... Veremos.... veremos su comportamiento y entonces....

Y se entró en la casa seguido de su hija.

IX.

Algo sobre lo pasado.

LA entrevista de Ludomilia con Leonele no fue tan satisfactoria para esta cual ella creyó. Pensó al citarlo, como hemos visto, atraerlo á su favor con astucia y fingidas promesas, pero Leonele era un noble, un caballero; habia amado á Ludomilia con pasion, y no podia olvidar la conducta que esta habia observado con ella; y mas que todo el que atropellase sus juramentos y los deberes mas respetables.

Pero en medio de todo la duquesa temia, porque, conociéndolo demasiado, conjeturaba hasta donde podia conducirle su venganza. La conversacion que acababa de tener la noche antes con él, y en la que habian sido inútiles los halagos, los fingimientos y las amenazas, le dió á conocer muy claro que su antiguo amante se negaba á toda idea de transacion.

Pero cuando Ludomilia se anonadó, fué asi que Leonelo la hizo saber que la prenda de sus amores estaba en su poder, y mas que todo en Ravensberg.

Ya no dudó un punto que este hombre inecorable trataba de reducirla á una dependencia terrible, y de estremada responsabilidad para ella. Comprendió mas; que Leonelo se proponia atormentarla continuamente, echándola en cara su anterior proceder, sin que ella pudiese levantar la voz para hacer callar la de su acusador; antes al contrario, tener que descender hasta la humillacion y el ridiculo de suplicarle disimulo, pedirle tolerancia y demandarle compasion.

Tales extremos para el orgullo de Lu-

domilia eran insoportables. Descendiente de una familia que estaba colocada en Italia en una altura tan elevada, hija y nieta de los príncipes que mas esplendor habian dado á Toscana; sobrina del pontífice que ocupaba el primer trono del universo.... del que en la actualidad regia casi el destino de la Europa entera; no podia, ni por antecedentes, conviccion, clase ni rango, someterse á esperar lo todo de un hombre á quien una ligereza de la juventud, habia colocado en su mano la llave de su destino, de su porvenir.... de su ecsistencia entera.

Para derrocar á este coloso tan temido, y levantado sobre tan odiosos cimientos, era para lo que Ludomilia consultó sus fuerzas la noche anterior, despues de la entrevista con Leonelo, y á lo que se decidió, sin permitirse un momento de tregua ni descanso.

Pero era fuerza convinar los medios, de modo que se previesen los resultados, ya prósperos ó adversos, que pudieran ocurrir antes de que llegase el momento. Era preciso, en fin, que ella uniese á su destino el del ducado de Ravensberg... Que á sus esperanzas, y á la feliz realizacion de ellas,

se anudase tambien la suerte de sus vasallos.

La gran duquesa de Ravensberg no era una muger cualquiera , á quien un contratiempo en su opinion puede pasar desapercibido , ó cuando mas , sirviendo de blanco á la maledicencia y la murmuracion. Ludomilia era soberana... Una princesa de elevada cuna , y habia engañado á Othon de Ravensberg , al padre de este.... y ademas al mismo Pedro de Médicis su padre. Solo su hermano Lorenzo era sabedor de aquel deslíz de su hermana , y aclarado este por Leonelo , podia envolver en el resentimiento de Othon á varias familias ilustres de Europa... y quien sabe si hasta á los mismos súbditos de Ravensberg.

En esto estaba el acierto; en saber desbaratar los nudos de esta trama, y para ello era indispensable arrancar de las manos de Leonelo el cabo principal, y el que tan fuertemente tenia asido.

Mas no podia hacerlo sola. Necesitaba, cuando menos, de la cooperacion y ayuda de una persona á quien consultar, de quién tomar consejos , concertar los medios.....

y para una confianza tal no habia mas de una que reuniese las cualidades indispensables.

Esta era madama Sofia de Korvei.

Asi decidiò revelarle secretos de tan alta importancia.

A la penetracion de Leonelo , no se le ocultaron los resultados que iban á producir su obstinada repulsa con Ludomilia. Cuando esta se separò de él en Ferrara para ir á Francia con su padre y despues á Ravensberg, juró amarle eternamente y no entregar su mano mas que al enamorado y tierno Leonelo, conde de Polesino. Efectivamente, estos amores y la proyectada union de ambos , los patrocinaban y favorecian los duques de Ferrara, y Leonelo, hubiera dado con su mano á Ludomilia, unos estados tan poderosos como los de Ravensberg, y en su misma patria, sin pasar, para poseerlos, á unirse con ningun príncipe extranjero. Pero Ludomilia en su permanencia en Francia y luego en Ravensberg, fue olvidando insensiblemente su primer amor, al hombre á quien entregó mucho mas que su corazon, á aquellos momentos plácidos , y casi celestiales, en que la pureza y sinceridad del objeto a-

mado , nos trasladan á una region tan encantadora y dulce , que casi nos olvidamos que dependemos de un mundo terrenal y engañador.... Y como muger de pocos años, en quien las ideas consentidas y halagadas por el orgullo y la vanidad , se sobreponen á los afectos del alma , ahogando los impulsos del corazon, y una liviandad detestable viene á sustituir los sentimientos de ternura, amor y fiel correspondencia.... á aquella constancia ciega y entusiasta que no nos hace ver, oír, respirar ni aun ecsistir , fuera del bien amado.... Ludomilia, en fin, destrozò y aniquilò aquella fé hermosa é inestimable , que pasó por su corazon como una luz fugaz.... como la llama veloz que alumbra y calienta apenas.

Leonelo al saber la infidelidad de su amada, su primer pensamiento fué dejar de vivir.... Pero era padre , y este recuerdo lo contuvo. Pensó en su venganza ; y quejándose á Lorenzo de Médicis de la inconstancia de su hermana, este príncipe desaprobó altamente semejante proceder, y se ofreció á Leonelo con toda sin-

ceridad. Este le pidió el fruto que ecsistia en su poder de un amor ya desgraciado; Lorenzo se resistió, pero Leonelo le amenaza con publicar, sino se lo entregaba, la flaqueza de su hermana, apoyada con el testimonio de los soberanos de Ferrara. Lorenzo accedió, y Leonelo partió, sin perder tiempo, á la corte de Ravensberg.

Su presencia en el gran ducado, fué para Ludomilia un golpe tan mortal como inesperado. Creida de que Leonelo habria, por el convencimiento de perderla, estinguido de su corazon la pasion que supo hacerle concebir y que el transcurso de los años habrian ayudado á desvanecer, no pudo menos de sorprenderse al ver delante de sí á su amante, no ya tímido, sencillo y enamorado como en Ferrara, sino audaz, decidido y suspicaz, que venia á presentarse á ella como un objeto de reconvenccion, sarcasmo y venganza. Su asombro creció, á par que Leonelo se iba manifestando mas extraño y equívoco, á su amor y á los vínculos que duraban entre ambos aun, no borrados por la ecsistencia de la prenda que los estrechaba. Vió

por último , no un ser afligido y pesaroso, por mirarla en brazos de un rival poderoso, que venia á demandar alivio para sus penas, y consuelo en sus cuitas amorosas, sino á un hombre imponente , erguido y orgulloso, que se proponia mandar, dictar y ser obedecido.

Esta errada persuacion la desconcertó en términos, que ni aun se atrevió á concederle una entrevista á solas , esperando que Leonelo, dándose á conocer por quien era, pudiera con los homenajes que recibiese del duque y su corte , con su trato con los nobles, y con las preeminencias y honores que ella pensaba hacerle dar , ir olvidando aquel resentimiento justo que lo condujo desde Ferrara á Ravensberg. Mas Ludomilia se engañó en eso como en todo. Leonelo se valió para su introduccion en la servidumbre de Othon , de un hombre á propósito, y á quien marcó desde luego por instrumento útil y satisfactorio á sus miras. Este fué el baron de Colemberg.

Ludomilia supo con asombro que Leonelo, desnudándose su trage de noble conde, olvidado de su rango, y deponiendo su dig-

nidad, trocó por un humilde vestido de escudero y por la ocupacion de tal, lo que hay de mas lisongero y estimable para el que nace en esa esfera: *la grandeza*. Entonces ya no dudó que Leonelo no perdía un punto de vista el objeto que se habia propuesto, y se limitó á observarlo y espiarlo con disimulo; y hora halagándole, ya mostrándole una deferencia que no sentia, preparar en secreto la entrevista que tuvo con él, y en la cual quedó firmemente persuadida que era fuerza hacerle una guerra encarnizada, bien con sutileza, constancia y disimulo, ó con descarro, energia, y decision, pero sin cejar un punto.

Sus esperanzas eran lisongeras porque contaba con dos poderosos auxiliares que la ayudarian, en diferente sentido, y para ella á un mismo objeto. Estos eran la marquesa de Korvei y el príncipe de Mark. Sofia era su amiga, la íntima depositaria de sus secretos y quien dominaba enteramente su corazon, apesar de que aparentó ante Leonelo lo contrario cuando este hizo referencia de ella. Estaba segura Ludomilia que la marquesa escucharia con atencion sus temores,

que los sentiria á par suyo y que se desvelaria con prudencia y disimulo en tranquilizarlos y procurarles remedio. Pero nada le habia dicho de este arcano que pesaba en su corazon, cual si una mano de hierro lo oprimiese cruelmente.

Ludomilia apesar del orgullo y altaneria que eran inherentes á su sangre y posicion, aunque bastaba por sí sola á luchar, no solo con Leonelo, sino con todos los que pudiesen oponersele, no daba un paso, tenia un pensamiento, practicaba la mas sencilla determinacion, sin tomar parecer á Sofia ni oir su dictámen. Tanta fé tenia en ella. Pero á esta ciega confianza habia saltado indignamente la gran duquesa, pues revelándole otros acontecimientos privados de su vida pasada, le ocultó las relaciones de Leonelo en Ferrara y los resultados funestos que estas le acarrearón. Calló tambien á Sofia, al presentarse este en Ravensberg, que lo conocia, y ni la mas remota indicacion le hizo sobre tal hombre llegado á la corte tan de improviso, siendo italiano, ferrares, y habiendo visto y hablado á Ludomilia, como él decia, en el palacio de los duques de Ferrara.

Sofia por su natural perspicacia y penetracion, sospecho en la venida del extranjero algun móvil oculto, que se propuso descubrir. Observaba sus menores acciones y movimientos, ya por sí, cuando podía, ó por personas de su mayor confianza. Las palabras del italiano, como llamaba á Leonelo, las escuchaba con una atencion estrordinaria, y procuraba profundizar, analizar el significado verdadero de ellas. Su conducta misteriosa y embozada, el sentido doble y socarron que Leonelo daba siempre á sus espresiones, todo la convenció al fin de que ese hombre habia venido á la corte de Ravensberg á asuntos de gran importancia, y los cuales no desconocia Ludomilia.

Entonces redobló su vigilancia. Puso á Leonelo un espia que siguiera sus pasos y lo advirtió en secretas conferencias, dentro y fuera de palacio, con el baron de Cölemborg, cortesano á quien la marquesa odiaba mortalmente en el fondo de su corazón, y con el cual se mostraba tambien mas atenta y risueña que con los demas.

Al cabo se realizaron sus recelos hácia Leonelo. Con la conversacion que este tuvo

con Ludomilia en su cámara, y que escuchó Sofia, como hemos visto, detras del cuadro, aclaró todas sus dudas y se convenció de que la gran duquesa era mas temible de lo que ella se imaginaba.

La marquesa se affligió estremadamente con tal descubrimiento. Infinitas y graves eran las causas para que su alma no sintiese una sensacion tal. De repente se agolparon á su imaginacion un tropel de ideas á cual mas funestas y sombrías. Aquella Ludomilia que ella amaba, y á quien, á pesar de que le constaba que se unió á Othon sin amor ni ilusion, la consideraba pura, se habia presentado de repente en su cámara, ante sus ojos, culpable y cubierta de un borron tan detestable, y con el mismo hombre cómplice de su delito. Ludomilia se habia enlazado á un principe noble, magnánimo y generoso que, aun sin amarla tambien, la trataba con la consideracion y respeto que la creia digna; y este principe admitió en su lecho á una hija de los Médicis, en la persuacion de que no habia en nada desmentido á su noble sangre... Y esta Ludomilia, por último, habia engañado, á su padre, á su marido, á ella,

al mundo.... y aun pretendia seguir engañándolos.

Por consiguiente, Ludomilia no era ya una duquesa soberana digna de aprecio, no era una princesa pura y respetable..... No era una muger que mereciese veneracion por sus antecedentes privados ; no era una buena amiga, porque habia faltado á la confianza de tal... era una muger manchada, solapada y falaz , que engañó á su marido torpemente antes de enlazarse á él.

En una palabra, el corazon de Ludomilia estaba corrompido ya... Una flaqueza producida por la fuerza de la pasion, ó por un error de la edad y de la inespereiencia; graduada de falta enorme , basta á disminuir su gravedad , si se confiesa al fin, conjeturando que puede ocasionar funestas consecuencias. El rubor, la verguenza, la cortedad, deben desaparecer ante consideraciones mas poderosas.... de mayor entidad. Un error, revelado con pesar y purificado con el arrepentimiento, deja de serlo... Un error, encubierto con el disimulo, con la salvaguardia de la ignorancia en que esten los demas de él, y guarecido con el engaño, la false

dad y la impostura... no es error... Es un delito grave, espantoso; un crimen inaudito..., y para el cual no puede ni debe haber perdón, disimulo, ni espiacion.

Ludomilia se habia colocado al nivel de estos extremos, segun Sofia: luego la duquesa tenia el primer paso dado hácia la prostitucion... De hija infiel á su deber habia pasado á ser esposa indigna... muy fácil es que degenerara en adúltera!...

Este último pensamiento estremeció á Sofia.

En tal caso ¿qué debia hacer ella? Callar ó hablar? Esperar á escuchar á Ludomilia, ó ir á revelárselo todo á Othon, á quien amaba como á su vida... con aquel amor fraterno que acontecimientos importantes habian engendrado en su corazon y los cuales no podia ella desatender? ¿Y el resultado de esta revelacion? Seria ruidoso, extraordinario, espantoso!... Y habia ella³ de destrozar el corazon del duque? Aquel corazon hermoso, bello y noble, digno de tanta estimacion y respeto... ¿Ocasionaria en su alma la negra tristeza, el profundo resentimiento que iba á posesionarse ella al sa-

ber engaño tan atroz y criminal? No... no era posible... Ella debia procurar à Othon, no disgustos ni pesares, sino la satisfaccion y el placer. Ella debia defenderlo en vez de ocasionarle el mas remoto mal... Ella era en fin, la que debia padecer y sentir por él... y hasta ofrecerle su vida en holocausto, porque un juramento sagrado, inviolable, infinito, le obligaba à ello.

Pero y callándolo ¿qué partido debia adoptar? Ser cómplice indiferente de Ludomilia; porque sabido ya por ella el secreto en no revelárselo à quien era su obligacion, casi constituia una complicidad marcada. ¿Y si la duquesa en confianza la hacia participe de él? Entonces seria cómplice efectiva y verdadera; pero una cómplice muda y pasiva, que no podria hablar ni obrar, porque el deber à Othon y el honor hácia Ludomilia sellaban sus labios.

¿Y las consecuencias de este silencio, noble y criminal á un tiempo? Estas eran mas crueles y terribles.

Leonelo habia solicitado de Ludomilia volver à entrar en la posesion de su corazon, y que anteriores derechos le habiais dado.

No se contentaba con el valor de la opulencia que le ofrecían y que entonces despreciaba en cambio de estos derechos... Es decir, que los afectos que sentía en su alma no los enagenaba ni vendía por un vil y mezquino interés. Hasta aquí el proceder de Leonelo es noble, y se traslucen en él rasgos de una grandeza laudable... de un desinterés propio de un corazón sublime.

Esta energía y decisión en el antiguo amante de la duquesa, no podían producir más que efectos desagradables. Ludomilia, ya que obrara como soberana resentida, ya como mujer pusilánime y vendida á Leonelo y á sus amenazas, de todos modos preveía Sofia un desenlace fatal á aquel drama. Las circunstancias es muy fácil que ecsigiesen una víctima.... y esto era espantoso... En este juego, en que el azar iba á tomar la mayor parte, debían caer ó la duquesa, ó Leonelo, ú Othon... Este último era, como hemos insinuado, sagrado, inviolable para Sofia.... y cuyo sacrificio impediría ella á costa de toda la sangre de sus venas.

El compromiso en que se veía era in-

concebible. A cualquiera parte que se inclinase no veia mas que resultados á cual mas funestos.

La victoria de la duquesa seria criminal é inicua.

El triunfo de Leonelo horroroso é inaudito.

Qué haria esta infeliz muger, cuyo corazon y cabeza los necesitaba para proyectos, ideas y sentimientos mas interesantes y dignos de su atencion?

Y acaso este nuevo asunto no tenia influencia en su mision, en el cargo que desempeñaba? No era anexo, no solo al propósito que se habia formado, sino á la obligacion austera que pesaba sobre ella?...

Eso es lo que desconocemos todavía, porque no es tiempo de que ocupe su lugar en esta historia.

Porque, efectivamente, la situacion de madama Sofia, su procedencia, su estabilidad en palacio, es un problema que está aun por resolver.

¿Cuándo llegará ese caso?....

Veremos: no podemos marcarlo ahora... pero será al fin porque es preciso que suceda.

Perpleja y anonadada se encontraba en su camarín la marquesa de Korvei, cuando entró su page de antecámara á decirle:

—Madama, S. A. R., la gran duquesa, os remite este billete.

—Dame, y vete.

Lo abrió en seguida, y su contenido era el siguiente:

«Amada Sofia: una ligera indisposicion me priva el asistir á la tertulia de esta noche. Lo siento en el alma, pues en ella gozo del placer inefable que tú me proporcionas, no solo con tenerte á mi lado sino con oir tus hechiceras palabras... Disculpame con los demas... porque me siento muy mala de la cabeza querida mia»

«Ven... te espero en mi cámara... Entra por la puerta del pasadizo que vá á tus habitaciones.»

«Estaremos solas... no recibo á nadie... ni aun al gran duque.»

TU LUDOMILIA.

—Ya lo creo, dijo tristemente Sofia, a-

compañando la frase con una ligera inclinación de cabeza!... Que no recibe á su marido!! Esto prueba que quiere confiarme lo que acabo de escuchar yo misma... Ludomilia, ¡como siento ponerme en tu presencia!... Mis ojos ya no pueden mirarte con aquel sincero interés que antes, apesar de que eras causa del luto y amargura que cubre eternamente mi corazón!... Y pretende que sea esta noche!... ahora mismo!... En el momento que estoy aun consternada con lo que acabo de oír!... Es imposible!... No tengo la serenidad, la fuerza, el disimulo necesario para ello. Necesito escusarme.

Y cogiendo la pluma escribió á la duquesa:

«Querida Ludomilia...

—*Querida!* repitió con sentimiento y dejando correr algunas lágrimas!... ¡*Querida!* Este nombre que con tanta sinceridad la he dado siempre, ya será en adelante una impostura en mis labios. ¡Tambien fingir los sentimientos mas tiernos, Dios mio!... dijo, alzando sus rasgados y azules ojos al cielo anegados en llanto. ¿No te basta la pena que devoro en secreto y el sacrificio de lo me-

jor de mi vida?... Mas tú lo quieres! Sea: Tu sabiduría es infinita... y mi resignación no tiene límites. Te obedeceré.

Y continuó el billete.

«Querida Ludomilia. Parece que en todo marchamos unidas. Comunes son nuestros gustos, nuestras alegrías y nuestros pesares. Hasta nuestra organización física parece que participa de esta especie de homogeneidad... También me siento mala, y tanto que me voy á recoger al lecho... Por ahora, amiga mía, tendrá paciencia ese ejambre de necias mariposas que agitan en vano sus alas alrededor de nuestra llama, renunciando á la tertulia de esta noche...»

«En medio de todo no te sobresaltes, que mi mal no presenta síntomas alarmantes.... Es también de la cabeza como tú...»

«Si acaso, mañana me quedaré en cama todo el día.»

TU SOFIA.

—Sí, finjamos, mintamos, pues no hay otro remedio, dijo plegando el billete. Ya entre ella y yo se ha extinguido, por mi parte, todo sentimiento recomendable. Ya de-

bo procurar ir desterrando de mi pecho el interes que me ha inspirado. Antes pensaba por medio del amor, de la union fraterna que reina entre dos almas, disponerla á la revelacion importante que Othon me tenia confiada... Pero ahora, ni él ni yo debemos humillarnos, descender hasta una muger que ha desconocido y atropellado su deber mas estimable... Ya es fuerza que yo obre con ella de otro modo... Con la astucia, con el dolo y la falsedad... Como ella lo ha hecho con nosotros... Ya no puedo ni debo desear ponerla á mi favor; ya es necesario combatirla y sujetarla á mí... Dios mio! Dios nio!... Qué mision tan insoportable y cuan repugnante para mi alma! He sido tan generosa para ella!! La he amado tanto apesar del recuerdo acerbo que me ocasionaba su presencia!.. Pero no hay remedio, mi deber es primero... y su fatal estrella lo ecsije. Sometámonos al destino.

Y haciendo entrar al page le entregó el billete.

En seguida llamando á sus doncellas se metió en el lecho.

—Esta noche no recibo á nadie, ni ma-

ñana tampoco... Si acaso á la gran duquesa. Decid á todos que ostoý mala... Que me pasen targeta para entrar á verme, y así sabré al que debo recibir.

Efectivamente, la desconsolada marquesa estaba enferma, pero era del corazón.

Tal sensacion le causó aquella noche la conversacion de Ludomilla y Leonelo, por el descubrimiento importante que acababa de hacer en ella.

FIN DE LA OBRA

X.

El príncipe de Mark.

EL personaje, cuyo nombre forma el título de este capítulo, era un hombre de unos cincuenta y cinco años. Alto, delgado; su modo de andar grave, su fisonomía adusta, pero variable.... es decir, tomaba el aspecto que requerían las circunstancias, ó las personas con quien trataba.

El príncipe de Mark era primo hermano de Gustavo de Ravensberg, padre de

Othon. Sus derechos á la soberanía del gran ducado fueron primitivos á los de Gustavo, pero él desde muy jóven, se inclinó al estado eclesiástico, renunciando todos los derechos á la sucesion de Ravensberg á favor de Gustavo. Pasó á Roma á practicar sus estudios religiosos, y despues tomó el hábito en los agustinos ilustres de Lomhardía.

Desde luego empezó á manifestar, á par que sus facultades intelectuales se iban desenvolviendo, que los estímulos de la sangre no se pueden sujetar ni desmentir aun en la soledad y austeridad del cláustro. Despues de haber obtenido por su clase las dignidades mas elevadas en la regla que abrazó, pasó otra vez á Roma de gefe de su órden, y allí desplegó su ambicion en términos de aspirar al capelo con miras de obtener algun dia la tiara. Pero dando á conocer demasiado pronto sus ideas, Inocencio VIII y sus cardenales vieron lo perjudicial que podria ser á la Italia colocar en la silla de san Pedro á un pontífice alemán. Asi procuraron inutilizar las miras del príncipe con pretestos y ardides disimula-

dos, y este jamas logró vestir la púrpura que era todo su afan, su perpetuo é inestinguible anelo.

A la muerte de Inocencio, renovó sus pretensiones, pero Alejandro VI que le sucedió, si bien español y de costumbres privadas no muy recomendables, no por eso desatendió los intereses de la santa sede obstruyendo los deseos del príncipe. Entonces convencido este de la inutilidad de conseguir su objeto y resentido altamente con la corte romana, pidió su secularizacion á Alejandro, y aunque hubo al principio sus dificultades por parte del pontífice, este consultando á los cardenales, hallaron por mas prudente y seguro separar de la cogulla á un hombre que algun dia podria conseguir su deseo, haciendo que volviese al mundo, donde sus ideas ambiciosas tomarian otro giro, y emprenderia una lucha distinta de la que sustentaba en su imaginacion hacia tantos años.

Alejandro accedió á la secularizacion del príncipe, y este se fué á Ravensberg, donde recobró sus honores y dignidades, pero sin opcion al trono, porque ya era imposible.

Gustavo en el momento que supo el retorno de su primo, lejos de recibirlo con desagrado, le manifestó una cordial acogida, y aun se congratuló de que hubiese dejado la clausura. Esta sábia política del gran duque, y el amor que poseía de sus súbditos, desconcertó al príncipe, que fundaba en el mal recibimiento de este un motivo ostensible para empezar á combatir su soberanía, hacerse prosélitos y reclamar sus antiguas prerrogativas al trono de sus abuelos.

Aunque el príncipe poseía toda la falsedad, cautela é hipocresía de un verdadero fraile, Gustavo estaba adornado de un talento en viso en sumo grado. Su prudencia y cordura para dirigir sus actos era tambien estremada, y tales máximas las iba introduciendo en el corazon de su hijo Othon, al que no apartaba un punto de su lado; y cuando las atenciones del gobierno le obligaban á separarlo de él, le sustituía el consejero Biling, ayo de Othon, tipo de honradez, fidelidad y amor á su soberano. Un anciano verdaderamente apreciable por estas cualidades, ademas de su talento y vastos conocimientos políticos y morales.

El príncipe de Mark notando que sus tentativas contra Gustavo eran infructuosas, pues se estrellaban en la suspicacia y prudencia de éste, aparentó indiferencia, pero sin perder de vista su objeto. Reservó para ocasión mas oportuna la realizacion de su proyecto; esto es, para cuando falleciese Gustavo y quedase reinando Othon, muy jóven á su entender para regir un cetro, y ademas que no lo conceptuaba con la capacidad y sutileza de su padre para combatir sus maquinaciones.

Para disuadir y engañar á Gustavo, le anunció un dia que trataba de visitar varias cortes del imperio y de Europa. Sobre lo que mas apoyó su marcha, fué sobre la enfermedad de su primo Roberto de la Mark, gran duque de Luxemburgo, niño y huérfano de padre, bajo la tutela de su madre, regente del ducado, y cuya circunstancia parecía que trataba de aprovechar Luis XII, para apoderarse de Luxemburgo, destronar al hijo y á la madre, teniendo ademas la puerta franca para los paises bajos: pensamiento que ocupaba á la Francia hacia tiempo, y que adelantó despues Francisco I en

su constante rivalidad con el emperador Carlos V.

Gustavo manifestó sentir la partida del príncipe, pero en su interior la aplaudia, porque se prometia á su vuelta tenerle cerradas aun mas las puertas á su ambicion.

El príncipe salió de Ravensberg, y despues de visitar las cortes de Hannover y Sajonia, á los demas soberanos del círculo de Wesfalia, de crear con ellos relaciones de fraternidad y correspondencia, arribó á Luxemburgo. Con efecto, su presencia en el gran ducado infundió valor á la regente y desconcertó las tentativas de Luis XII. Despues pasó á ver á este rey, y conferenció con Bonnivet, gran almirante de Francia y uno de sus mas finos cortesanos.... Luego fué á Inglaterra y trabó amistad con el cardenal Volsey.... En una palabra, en todas partes se puso en contacto y se grangeó la estimacion de los principales diplomáticos y personajes mas importantes de aquel tiempo, esperando que algun dia estos serian otros tantos escalones donde él se apoyaria para subir al trono de Ravensberg.

De este modo adquirió un profundo co-

nocimiento en la política cortesana; una sagacidad en estremos útil para manejarla, y una hipocresía falaz para encubrir sus intentos. Su educacion del cláustro le sirvió de la base mas sólida para ello; y en la corte romana acabó de perfeccionarse en el arte de disimular y disfrazar sus intentos, revisiéndolos de una indiferencia total, aparentando adorar á sus enemigos cuando los odiaba, de manifestarse complaciente, cortés y afable con los que aborrecia; en una palabra, saber emplear diestra y seguramente las armas vedadas que la ambicion, la intriga y la falsía usan para el logro de sus fines.

No por eso desatendió, aunque ausente de Ravensberg, el interes que allí promovian sus ocultas miras. Por medio de sus agentes secretos, secuaces viles, que atropellando las consideraciones mas sagradas y venerables, sucumben y se venden á un poder mezquino y degradante, olvidando su honor, y lo que es peor, faltando á su patria... (1) á esa patria que debe ser tan que-

[1] Desde luego se conocerá que nuestra a-

rida y venerada por todo el que sienta latir en su corazón la sangre que ella le diera; esos tigres sanguinarios, víboras mortales y dignas de haber sido ahogadas en su misma cuna al nacer, antes de que se prostituyeran indignamente.... por medio de esas hienas carnívoras, repetimos, el príncipe estaba al alcance de todo lo que ocurría en la corte de Ravensberg, de los pasos de Gustavo, atizando sin cesar la tea de la discordia para que no se amortiguase, hasta la muerte de su primo, que era cuando de-

lusion se dirige á los indignos patricios, á esos hombres venales y corrompidos, que mas que hijos de la patria que les dió el ser, que los abriga en su seno y los alimenta, se convierten en sus mas encarnizados enemigos, promueven la discordia, alientan la guerra civil, y arman su brazo en fin para aniquilar y destruir el suelo en que nacieran. Estos monstruos son dignos del odio y el anatema universal. Execracion sobre el traidor que se vende para ofender á su patria!! Sobre el inícuo y descastado hijo que destroza y aflige el seno de una madre tan querida!!! *Y nosotros añadimos aquí ¡Maldicion eterna sobre los malos españoles!!!*

bia, segun su opinion, brotar la llama activa y abrasadora que él ocultaba desde el principio en su corazon.

A la alta penetracion de Gustavo y del consejero Biling, no se escondieron los intentos del principe. En las frecuentes y secretas conversaciones que tuvieron los dos, su principal objeto era buscar, combinar un medio de burlar las esperanzas de este. Gustavo obraba en eso como padre y soberano. Como padre; porque queria legar á su hijo un trono, que, aunque lo habia heredado en segunda línea, lo regia con beneplácito, amor y bienandanza de sus pueblos; el amor que habia conquistado de sus vasallos con sus virtudes y acertada administracion, fundando un nuevo patrimonio para su hijo, con sus desvelos y continua vigilancia en bien de sus súbditos; y como soberano, porque amando tanto á su patria no podia convenir con el pensamiento de dejar colocado, á su muerte, en el trono de sus mayores, á un soberano despótico y ansioso de mandar.... á un ex-fraile ambicioso en demasía, que abandonando el claustro, fué lanzado de Roma, y caeria sobre

el solio de Ravensberg , con la atroz voracidad que desciende desde el firmamento el ave sanguinaria sobre su inocente y descuidada presa.

Pero por mas que Gustavo y el consejero discurrían un medio apropósito, no lo encontraban. Era fuerza fundar la estabilidad de Othon en el sòlio del gran ducado, de un modo seguro que el príncipe no pudiera derrocar. Othon tenía ya edad para contraer himeneo y regir el cetro acertadamente ; pero la dificultad era elegirle una princesa, cuya familia, poseyendo una influencia poderosa en la corte de Roma , pudiese ser un dique respetable para el príncipe de Mark, á quien odiaban en el Vaticano; y que además la proteccion y patrocinio del pontífice en aquella época era de gran valor en Europa y mucho mas á los soberanos de Alemania.

A la sazón apareció en la corte de Ravensberg, Pedro de Medicis. Este príncipe, como se ha insinuado ya, gefe de la república de Toscana, de resultas de haber hecho un tratado desventajoso para ella con Carlos VIII de Francia , mereció la des-

aprobación de los florentinos en términos que lo arrojaron no solo del trono ducal, sino hasta de la república. Pedro se vió en un momento, de duque soberano, transformado en un proscrito fugitivo y errante.... en un mendigo (1) ilustre, que tuvo que demandar favor en las cortes estrangeras, y en particular del frances su aliado.... Favor que de nada le sirvió, pues los florentinos sostuvieron cerca de veinte años la espulsion de los Médicis, hasta que el papa Julio II los restableció en el trono ducal, con su ascendiente, y ayudado de la fuerza armada tambien.

Pedro, en la época á que nos referimos, de su espulsion de Florencia, llegó á Ra-

(1) Lección que debieran tener en cuenta algunos reyes para regir y administrar mejor los intereses de sus pueblos. Si se persuadieran que son padres y gefes de una gran familia que la providencia ha puesto á su cargo, no amos y despóticos tiranos de una horda de sumisos y resignados esclavos, la balanza social estaria mas en el fiel y los infelices pueblos no sufririan víctimas de una mala administracion gubernativa.

vensberg, con Ludomilia, despues de haber estado en Francia. Gustavo los recibió con aquella benignidad propia de su alma, y conforme á lo que se merecia un príncipe como Pedro. A pesar de que el gran duque tenia noticias de las desgracias acaecidas á este, al escucharlas de su boca, sintió doble y profundo sentimiento. Por un lado la estimacion que cada dia le escitaba un príncipe tan desgraciado, y por otro los motivos que hemos manifestado, respectivos á la seguridad de Othon en el sόlio de Ravensberg, le decidieron, consultando con el consejero Biling, proponer á Pedro la union de su hija Ludomilia con Othon.

Pedro la aceptó gustoso, porque era un favor marcado para él en aquellas circunstancias.

Las razones en que se fundaba Gustavo para enlazar á su hijo con una Médicis, fueron, primero, que aunque era una familia destronada en Florencia, tambien poseia el aprecio y atencion de los primeros soberanos de Europa. Ademá, Julian de Médicis, hijo de Lorenzo I, habia seguido la carrera eclesiástica, era ya cardenal diácono,

y podía algun dia ceñir á sus sienes la corona de las coronas, como efectivamente sucedió, subiendo al solio Pontificio con el nombre de Leon X, y tambien despues lo hizo su primo Julio con el de Clemente VII.

El favor, la opulencia y el crédito de la casa de Médicis eran innegables en aquel tiempo. Pedro únicamente ecsigió de Gustavo, que siendo Ludomilia niña aun, quedasen estendidas las capitulaciones matrimoniales, y sin efectuar el casamiento hasta que él volviese de Francia, á donde tornaba llamado por Cárlos VIII, y de Ferrara, donde tenia que visitar á Alfonso su soberano.

Pedro y su hija partieron, y en ese tiempo acontecieron los amores ya mencionados de esta con Leonelo, y la debilidad que lamentaba, debida á sus pocos años, pues solo contaba catorce. Ludomilia entonces no tenia el conocimiento necesario para prever las consecuencias del paso que acababa de dar con su amante; y su inesperienza no miró otra cosa que sometersé á una exigencia indebida.... á un impulso tan irresistible como fatal para todos los que alcanzasen sus efectos.

Con el patrocinio de los duques de Ferrara, Ludomilia ocultó su deslíz y pudo retornar á Ravensberg, pura en la apariencia, á dar su mano á un hombre que no amaba, pero á quien tenia que entregarse por las razones espresadas.

Pedro abandonó á Ravensberg despues del enlace de su hija, y se fué á Nápoles; donde á pesar de renovar vanamente sus pretensiones de volver á Florencia, murió al servicio de la Francia.

Gustavo habiendo dado esposa á su hijo, bien á pesar de este, que ignoraba tal proyecto hasta pocos dias antes de efectuarlo, pensó en completar su obra. A este fin publicó un manifiesto á sus vasallos, en que les hacia ver que el estado de reposo que necesitaba su quebrantada salud no le permitia seguir ocupando el trono, y que para el efecto abdicaba la corona en su hijo Othon; prometiendo ademas que no por eso abandonaria al jòven duque, antes al contrario, que seria su Mentor y mejor consejero, en los momentos que se le permitiesen sus achaques.

Othon era un príncipe harto querido,

y su advenimiento al trono fue acogido con beneplácito y satisfaccion.

Este golpe, manejado con sutileza y secreto entre Gustavo y Biling, cogió de improviso á los prosélitos del príncipe de Mark, de tal modo, que cuando pensaron en avisárselo estaba ya ejecutado.

Contratiempo tan improvisado, si bien hizo en el príncipe una sensacion profunda, supo con disimulo aparentar, aun con sus mismos parciales, que nada tenia de importante. Antes al contrario, enterado de que su sobrino se habia casado sin amor á su esposa, y Ludomilia lo mismo, pensó sacar un partido favorable de tal circunstancia, y así sin perder tiempo pasó á Ravensberg. Visitó antes á los duques de Sajonia y de Brunswick, conferenciando secretamente con este último, enemigo oculto de Othon y su padre; y se presentó en la corte de su sobrino, con semblante placentero y apariencias de un pariente satisfecho de aquel enlace; aunque le manifestó al mismo tiempo, afable y cortesmente, su queja por no haberle participado con tiempo un himeneo que, segun él, colmaba su completa satis-

faccion y la ventura de los súbditos de Ravensberg.

Ausente de esta corte tantos años se encontró en ella á su vuelta con personajes para él desconocidos. Tales eran el mariscal Otocaro, la marquesa Sofia y el baron de Colemberg. Desde luego se propuso estudiar el carácter de ellos, y á cada cual colocó en su posicion para que fuesen útiles é su plan, manejándolos, á su entender, como otras tantas piezas de la máquina que él era inventor, para que produjesen resultados felices á favor de sus miras.

Pero sobre quien él fijó mas su atencion fué sobre Ludomilia. Con la sutileza y maña de un fraile sondeó su corazon; y ya aconsejándola con falsa aparieneia de sinceridad, ó bien halagando su orgullo ajado, destilando suave é insensiblemente en su alma gota á gota el veneno del resentimiento hácia su marido, fué conduciéndola hasta un hastio, que degeneró al fin en aborrecimiento hácia Othon.... De modo que cuando la duquesa abrió los ojos, en el caos tenebroso de la inicua seduccion del príncipe de Mark, lo que advirtió en torno de sí, fué el odio

mortal que profesaba á su esposo, y vió su corazón árido y seco á todo sentimiento de ternura y sinceridad... olvidando la sagrada obligación que pesaba sobre ella.

La conducta de Othon y sus visitas al castillo del Aguila Negra, favorecian las secretas miras del príncipe. Con solapada perfidia aparentaba ni aun reparar en el modo de conducirse su sobrino cuanto mas observarlo; y si la duquesa alguna vez en sus quejas repetidas, le mencionaba algo del misterioso secreto que ocupaba á la corte toda, procuraba disuadirla fingidamente, pero dejando escapar alguna frase que no desterase enteramente del corazón de ella los temores y recelos que la ocupaban incesantemente.

Sus asuntos diplomáticos marchaban intimamente unidos á los negocios domésticos de palacio. El partido de los conservadores debía al príncipe su creación, su existencia y su aumento. Aunque los odiaba mortalmente en secreto, porque las doctrinas políticas de estos estaban en total contradicción con sus ideas de ambiciosa dominación, fingia ser el mas celoso y decidido

defensor de ellos, mucho mas desde el punto que, por dictámen del consejero Billing, notó que se inclinada Othon á tolerarlos, cuando antes se manifestó su mayor contrario.

Para no presentarse el príncipe personalmente al principio para la fundacion y propagacion de ese partido, se valió del mariscal Otocaro, cuyo carácter franco y noble era apropiado para el caso. Fingiendo tambien amar á Otocaro lo aborrecia igualmente que á los conservadores.... Lo ocupaba cuando le convenia hacerlo, pero era con la detestable intencion de asegurarle una amistad y aprecio que no existia, y tenerlo siempre dispuesto para en su dia sacrificarlo á su aborrecimiento y elevacion.

El baron de Colemberg tenia celos de Otocaro, por la deferencia que el príncipe le manifestaba, y jamás supo ninguno de la boca del príncipe, qué personas eran odiadas ni queridas de él, porque á todos los trataba con una amabilidad y atencion ilimitadas.

La indiferencia, el desinterés y la cordialidad eran las tres cualidades que le distinguian, tanto en los asuntos mas arduos, como en los mas insignificantes.

Incansable en obsequio de todos, no tenía un instante de reposo.

En su cámara siempre se le veía ocupado, aun en aquellas horas marcadas para la tranquilidad y el descanso corporal.

En palacio solícito y vigilante en demasia.

Fuera de él, activo y sociable en sumo grado.

En una palabra, su apariencia era la de un tipo perfecto de franqueza, celo y fraternidad.

Pero apesar de su máscara falaz, con engañar de esta manera á todos se engañaba á sí mismo.

Era una verdadera zorra palaciega, con los sentimientos del cocodrilo, el corazón de un tigre... y el exterior de un cordero...

—Tan de mañana por aquí, mi apreciable baron, decía el príncipe de Mark á Collemberg, al encontrarlo en uno de los corredores del palacio... Solícito andais por mi vida!... Es amor, cita ò sorpresa... Porque vos sois en extremo temible!... Oh! si os co-

nocieran como yo las damas de la corte, os aseguro que andarian con mucho mas cuidado y reserva... Os voy á denominar en adelante el espectro del palacio de Ravensberg.

—Por qué, monseñor?... preguntó sonriéndose el baron.

—Porque es mucha vuestra actividad y celo, querido mio! Otro los graduaria de curiosidad, de deseos de saberlo todo, pero yo no os haré tal ofensa... Convencido de que os anima en ello un sentimiento tan noble como laudable, solo veré siempre un afan generoso y recomendable.

—Favor con que me honrais.

—Oh! no, es justicia... Y tanto mas me convence la opinion que tengo formada de vuestro desinterés, que apesar de que os veo á menudo aquí... que gozais de favor, que os contactais con las primeras notabilidades de la corte, siempre estais fijo en un punto... jamas adelantais... Porque no hay remedio, ó vuestra fortuna es en extremo severa, ó sois desinteresado en demasia... Y lo que es yo... podré equivocarme, pero me inclino mas á lo último.

—Y no os engañais, monseñor.

El baron mentia en esto completamente, pero al príncipe le convenia aparentar el creerlo.

—Demasiado se que mi cálculo es exacto. Pero en ello. . perdonad que os lo diga, si bien se advierte un desprendimiento apreciable, tambien ocasionais un grave pesar á vuestros amigos... á los que pueden hacer algo por vos... Y no se atreven, porque al notaros tan indiferente y *poco palaciego*, (recargando esta última frase) se les figura que los habeis de desairar si se interesan en vuestro obsequio.

—Oh! tanto como eso... Siempre me hepreciado de cortos, monseñor.

—Sí?... le preguntó con una sonrisa ligera. Mealegro... Ya esto es algo... Os aseguro que no lo dejaré pasar desapercibido.

—Me honra ese interes.

—Bagatela!... Mucho mas merecen los nobles de un mérito no comun... Sino que á veces la suerte... el cálculo... la combinacion... En fin veremos... ¿Y qué se ha dicho en palacio anoche? porque yo no vengo á él desde ayer... y cuando estoy aquí... pongo

tan poca atencion á las cosas... ¿Ocurre alguna novedad que merezca ocuparse de ella?

—Hay tantas! contestó el baron con cierto aire de importancia; el cual hizo como que no lo advertia el príncipe... ¡Tantas! que la imaginacion vacila en cual se ha de fijar para responderos, señor!...

—Eh! Tambien vosotros dais un valor tan grande á las cosas mas sencillas... Siempre seran frivolidades, revestidas con el caracter grave y austero de la diplomacia... Algun asunto de poca entidad... Vamos, quedad con Dios, y juzgad con menos prevencion, querido baron.

El príncipe hizo ademan de marcharse, mostrando tal indiferencia á las palabras del baron, porque estaba cierto que asi escitaba mas en él el deseo de contarle, á par que no abandonaba su constante disimulo.

—Ah! Continuó, deteniéndose de repente... Parece que lo de Lutero se enreda!... Bueno!... Eso enseñará á mi querido pariente el pontífice á no descuidarse tanto. Leon X se ha fiado demasiado en el alto ascendiente que disfruta su gobierno en Europa, y en que desconcertaria con solo una pala-

bra suya las doctrinas de ese travieso fraile. Bien!... No me parece mal... El papa es Médico, y por lo tanto muy satisfecho de sí mismo... ¡Corriente! Corriente! Cada cual con su tema... Voy á hablar á mi sobrino... Temprano es... pero veré si me recibe.... Sin que sea indiscrecion la pregunta. ¿De donde venis vos?... Lo digo para fijar mi opinion sobre pedir audiencia á Othon ó marcharme.

—Monseñor, para vos no guarda el gran duque esas etiquetas.

—Desde la muerte de su padre, mi querido primo Gustavo, yo quiero guardarlas porque no crean que abuso del aprecio que me dispensa su hijo. Yo sé que él tiene sus secretos, y yo los respeto por dos causas.... Porque son de mi soberano, y porque, amigo mio, donde no me llaman...

—Ya! estareis resentido de él con razon...

—Yo? Qué disparate!... No me ofendo por cosas que no me importan... Y aun esas han de ser muy graves para que ocupen mi imaginacion. Estoy convencido de que en este mundo cuanto menos cuidados gratui-

tos, mas dulce es la vida,... y yo en el cláustro aprendí á desentenderme de lo ageno para pensar en mí solamente... Es mácsima tan filosófica, como de verdadera conveniencia... Es un egoismo, si se quiere, pero noble al mismo tiempo, porque no queriendo nada de nadie, me contento con lo que es mio sin pensar en otra cosa.

—Es verdad...

—Os importuno ya... lo conozco... No es mi sistema y me he escedido... Disimulad: y volvió á querer irse.

—Perdonad, monseñor, pero mi deber es deteneros. Podeis pensar que no sea una satisfaccion honrosa para mí, departir ahora y siempre con vos? Al contrario; deseaba esta ocasion que me proporciona poder ofrecerme humilde siervo de V. A.

—Gracias! Gracias!! Le contestó con faz placentera y sorbiendo un enorme polvo, costumbre que practicaba muy á menudo el príncipe.. Sois muy amable, querido Colemberg.... No me habian engañado los informes que tenia de vos.... y lo celebró á lé.

—Me confundis, monseñor....

—Modesto tambien? mejor. Todo lo que descubro en vos me agrada infinito... Con que me digisteis que mi sobrino Othon estaba levantado ya, eh?

—Monseñor, no he dicho tal porque no lo sé... De la señora duquesa si he sabido que se halla enferma.

—¿Cómo? exclamó el príncipe con fingido asombro.... Es cierta esa nueva?

—Y tanto; como que anoche, por ese motivo, no hubo tertulia en el cuarto de la marquesa de Korvei.

—Es posible!!

—Pues mas os admirareis cuando os diga, que la marquesa está en cama tambien de casi igual dolencia.

—¿Qué me contaís!!! (con mayor sorpresa.)

—Al menos así se nos dió anoche por muy positivo.

—¿Si será un contagio!... añadió el príncipe festivamente.... Pero á mí que me importa la causa?... Veré luego á mi querida sobrina.... Con que, amable baron, (dándole la mano,) pasadlo bien, y contad en todo con mi afecto.

—Soy vuestro, monseñor.

Y se separaron por opuestos lados.

—Algo grave ha ocurrido; decia el príncipe para sí... Esta enfermedad de las dos... En el mismo día!... No hay remedio... Haremos todo lo posible por averiguarlo.... Es tan necesaria la curiosidad en mí!... Tanto como el disimulo!... Entretanto vamos á ver á Othon.

.....

.....

Por esta leve reseña se adivinará lo que puede esperarse del príncipe de Mark.

El baron de Colemberg se separó de él muy satisfecho, porque nunca el príncipe se le habia mostrado tan amable y familiar como este día.

Y era porque el triste hidalgo de Cleves, no conocia que el príncipe iba á necesitar de él muy pronto para hacerlo jugar en su máquina.

Ofuscacion perniciosa!... Poder del orgullo!... Estímulo de la ambicion!... Ceguedad inaudita y detestable por brillar!... Sueño dorado de un porvenir espléndido y lisongero! Cuál seducen y fascinan al hom-

bre debil estos fantasmas odiosos, hasta conducirlo al ridículo, la irrisión y á la mengua mas baja y denigrante!

Y sin embargo, en medio de ese letargo letal y horroroso, de esa enagenacion febril, el hombre se cree algo.

¿Y qué será?... No lo adivina aun?

Un ser miserable y mezquino!...

Un autómata sin accion propia!

Un maniquì ruin y necio!

Nada en fin... porque solo es comparable así consigo mismo!!!

XI.

Ya era tarde.

—**N**o levantes la voz, Margarita que aun duerme la señora marquesa. Ha pasado una noche bien fatal... Yo me la he llevado toda á su cabecera, porque aunque me mandó poner mi lecho junto al suyo, la he visto tan desvelada que no me ha parecido prudente acostarme.

—Y que habrá sucedido Richsa?... preguntó á esta, Margarita. Tú que eres la que

asistes constantemente á su lado, no has podido saber?...

—Nada absolutamente. Anoche, antes de la tertulia, entró en su alcoba por la puerta que está junto á su cama... Traia el semblante adusto... Yo conocí que venia consternada, y algo llorosa... Quiso quedarse sola, y sin duda fué para escribir, porque en seguida, llamando á Guarco, le entregó un billete, y despues me mandó desnudarla y se acostó.

—Cuidado que ya hace dias que pasan en palacio unas cosas!... No sabes lo que ocurrió con el hombre embozado que viene á ver á la señora todos los dias?

—Si, con Pedro... algo he oido.. Pero eso no importa nada. Todo lo han levantado los majaderos de Erardo de Gottinga y el marques de Hasbourg, ayudados de eso fátuo de Colemberg que es el hombre mas empachoso é insufrible!... No lo puedo ver!... Oh! y lo peor es, que hablan, no muy favorablemente, de la señora marquesa... Fortuna, que yo no los oigo!.... Censurarla á ella! Tan buena!... Tan amable!... Tan digna de estimacion!... Sino que

estos palaciegos todo lo ven de un color!... Haya imbéciles!... Mucho mas vale madama de Korvei que todos ellos juntos, sino...

—Calla!... que me parece oír suspirar á la señora.

Las dos pusieron atencion, porque esta conversacion de las damas de honor de Sofia, pasaba junto á la puerta de su alcoba, donde estaban sentadas, vigilantes y solícitas en obsequio de su señora.

Richsa abrió la puerta y se dejó ver un elegante camarín adornado con sobrado gusto. Los vidrios de las ventanas estaban pintados de mil colores, que representaban flores, pájaros y otras preciosidades, dirigidas por la misma Sofia... Unas cortinas de damasco verde, recamadas de águilas de oro, cubrían las ventanas. En un extremo de la alcoba habia un lecho cuyas colgaduras de color de guinda y salpicadas de águilas de oro tambien, llamaban la atencion de todo el que no comprendia la preferencia que la marquesa daba á semejante ave, y mucho mas si, alzando la vista, se observaba que el remate de la colgadura de la cama lo formaba una hermosa águila negra con pico y garras dorados.

A los pies del lecho, habia un reclinatorio con cubierta y cogines de terciopelo negro, con cabos de oro tambien. En él un libro de devociones, y enfrente, sobre un dosel negro, un crucifijo tosco, de metal, pequeño, y sobre una cruz de ébano.

Allí rezaba sus oraciones Sofia; y se dejaba entender que el crucifijo era una prenda que conservaba en memoria de alguna persona, porque su valor material no correspondia à aquel lugar, ni á la calidad de quien entonces lo poseia.

Y era indudable. El precio que aquel crucifijo tenia para ella, era muy alto. El de su vida. Solo así podrian arrancarlo de su poder.

Richia abrió con tiento, y aun comprimiendo su aliento, la colgadura del lecho. Sofia dormia: su rostro pálido denotaba la noche que habia pasado y los afectos con que luchaba su corazon. Sus mejillas estaban mojadas, y sus lágrimas, tan puras y preciosas como su alma, habian detenido su curso sobre aquella peregrina faz.. Sus largos y rubios rizos cayendo sobre el almohadón donde reclinaba la cabeza, se dilataban

hasta aquel alabastrino y sensible seno. Sus labios entreabiertos daban paso á una respiracion ahogada, que cualquiera se hubiese conceptuado feliz en aspirar... y que daba claro á entender que el corazon de la mar quesa habia sufrido... y sufria aun fuertemente.

En aquel momento se puede decir que estaba interesantísima.

Richsa, contemplándola atentamente, exclamó:

—Qué hermosa está!! Y sin embargo, no ha querido aun esclavizar su alvedrio á el amor... Ha hecho bien!... Pocos hay que supieran estimar su bello corazon!... Bendita sea!!

—Y la dió un beso tiernísimo en la frente el cual la hizo despertar.

La pobre doncella quedó cortada.

—Ah! Eres tú, Richsa, querida dijo la marquesa con dulzura... Mealegro que me hayas despertado... Qué hora es?

—Cerca de las once, madama; contéstó con trabajo la muchacha.

—Qué tienes? la preguntó Sofia sin abandonar su estilo cariñoso... Estás mala?..

Ya lo creo! Habras pasado una noche fatal por mi causa!... A ver... Descorre la cortina de aquella ventana.

La jóven obedeció.

—Con efecto, continuó la marquesa... estas descolorida..... y aunque agradezco que por mi te desvelas tanto, debo reñirte tambien por tu abandono... Tus compañeras pudieran haberte ayudado en esa celosa vigilancia que has mostrado por mi.... Ea, en castigo, retírate á tu cuarto á descansar y no te presentes aquí hasta la tarde... Margarita te reemplazará...

—Qué... no señora... Si no es necesario... Yo he dormido esta noche aquí, á vuestro lado... Estaré pálida... porque.... porque vos lo estais...

La marquesa se sonrió al ver la inocente disculpa de la doncella; pero Richsa amaba á Sofia entrañablemente.... Con aquel afecto sincero, que no es muy comun se abrigue entre las paredes de un palacio.

—Me engañas Richsa, le dijo Sofia. Tu disimulo es infructuoso, porque conozco demasiado que me encubres la verdad. Pero en fin, sea ó no lo que tú dices, te preven-

go que ese estímulo toca en demasia, y que no permitiré otra vez, te abandones tan resueltamente en mi obsequio, con menoscabo de tu salud, y sentimiento del cariño que te profeso.

Richsa cogió una mano á la marquesa y la llevó á sus labios.

—Quede esto así, añadió Sofia... Y creo que tendras en cuenta mis palabras sin que esta reconvencion llegue á ofenderte. Doncellas suficientes tengo en mi servidumbre para que me asistan en un caso semejante, sin que tú te molestes mas que debieras.

—Oh! no señora... Si yo no me he molestado... Ya os lo he dicho... Además que... perdonad que os lo refiera... siempre que esteis enferma, á nadie, á nadie le cederé el cuidado de asistiros constantemente... de estar fija á vuestra cabecera... de no separarme de ella un punto. Y esto lo haré, si, lo haré... aunque despues me riñais... y os enojeis... y hasta me despidais... Que esto último seria el sentimiento mas grande para mí, porque os amo con todo mi corazon, y no quiero que nadie me impida manifestaros el cariño que os profeso.

Lágrimas de ternura y espresion, ahogaron las últimas palabras de la sensible Richsa.

La marquesa se quedó mirándola atentamente, y cogiéndola, la atrajo á sí y la estrechó contra su seno.

Las dos permanecieron de este modo unos momentos.

—Basta ya; dijo Sofia, interrumpiendo aquella escena... Enjuga esas lágrimas que hacen correr las mias... Tranquilízate, querida Richsa... Yo correspondo á tu sincero afecto, y jamas lo olvidaré.

—Gracias, señora... gracias.

—Dime, ¿ha venido alguno á verme?

—Si señora... Esta mañana temprano el señor Pedro el del castillo del Aguila Negra... Mostró la targeta de siempre...

—¿Y por qué no entró?

—Cómo habiais pasado tan mala noche y acababais de quedaros dormida...

—No importa... debisteis despertarme... ¿Y mostró mucho empeño en verme?

—No tuve lugar de advertirlo, porque al notificarle vuestro estado? solo preguntó. «Es enfermedad de cuidado.» Yo le satisface lo que pude, y entonces se despidió a-

segurando que volveria á veros mas tarde.

--Dios mio! ¿Si habrá ocurrido algo!...
murmuró la marquesa sentándose repentinamente en el lecho, con marcada agitacion.

--Señora, si yo hubiera sabido que en no dejarlo entrar hacia mal...

--Tu celo escesivo te ha estraviado, Richsa mia. Pero en fin, sirvate él mismo de disculpa: y has de saber que la presencia de ese hombre nos es tan interesante al gran duque y á mí, que á el anunciarse á cualquiera de los dos, no podemos negarle la entrevista que nos pida, aun en la hora y en el sitio que sea.

--Ahora lo comprendo, señora.

--Y ha venido algun otro?

--El señor Baron de Colemberg.

--Cuidadoso ha estado por demas.

--Conceis su costumbre...

--Demasiado... La de saberlo é investigar todo por sí.

--Como tiene poco que hacer...

--Yale buscaremos ocupacion... Si vuelve, y estoy sola, le haras entrar... pero á él solamente.

--Bien...



Sonaron tres golpes suaves en la puerta que estaba junto al lecho.

--Han llamado, señora, dijo Richsa.

--Es ella!! (añadió Sofia para sí.) Si... ya se quien es... algun recado de la gran duquesa... Retirate á la puerta exterior de la antecámara, cierra esta del camarín y cuando vayas á entrar, porque sea preciso, avisame antes tocando la campanilla.

--Está bien.

Richsa se retiró, cerrando las puertas como la marquesa le ordenó.

En seguida, tocando esta un resorte que estaba prócsimo al lecho, cedió la puerta secreta y se presentó Ludomilia.

Sofia continuó recostada como se encontraba antes.

La faz de la gran duquesa manifestaba claramente lo que habia padecido la noche pasada.

Un corto momento se mantuvo de pie mirando á Sofia.

--¿No te sientas, Ludomilia? le preguntó esta con amabilidad.

--Estaba observando con dolor lo pálida que estas, querida Sofia. Tú padeces

mucho... ¿es verdad? Tu semblante lo revela muy claro... ¿No has mandado llamar al médico?

—No es necesario... La noche no ha sido muy buena... pero he dormido un poco esta mañana, y ya me creo casi buena. ¿Y tú?... También tienes el rostro algo macilento... ¿cómo te sientes?

—Mal... porque mi enfermedad está en el ánimo... en el corazón.

Sofía la comprendió sobradamente.

—Vamos, siéntate; y si soy digna aun de tu confianza hazme partícipe de tus padecimientos.

La duquesa ocupó un magnífico sillón que estaba al lado de la cama.

—Sí... sí... porque lo deseo... Me es indispensable descargarme de este peso cruel que tengo en el alma... y solo á tí... á tí, mi amiga verdadera, mi tierna y sincera amiga, es á la que puedo y tengo que confiar por necesidad y deber.

—Y hace mucho que padeces esa pena? le interrogó Sofía con disimulada intención.

—Ah! exclamó la duquesa, bajando la vista.

—Esa exclamacion me indica que tal pesar ha morado en tu corazon antes de ahora.

—Es cierto, marquesa mia.

—Y no temes que para su revelacion sea ya tarde?

Estas últimas palabras recargadas por Sofia, dieron á conocer á la duquesa toda la gravedad de los resultados que pudiesen ocurrir, como de su indebido silencio á Sofia.

—Tarde!... prorrumpió anonadada.

—Sí, porque hay males cuya importancia requieren un pronto remedio, ya por las consecuencias que suelen producir, como para procurar mas aprisa consuelo al corazon... paz á el alma, Ludomilia... Y esta paz.. bien adorado, y por la cual debe desvelarse toda criatura, si llega á perderse una vez, si tal tesoro se abandona y olvida por el descuido, la ignorancia ó la fatuidad, creyendo que nuestra elevada posicion basta á someterlo todo... á allanar el camino que hace escabroso en nuestra vida, un desliz imprudente, una flaqueza, cuya gravedad no advertimos, cuyo peso no conocemos hasta que la esperiencia ó los resultados nos lo

hacen ver... si esa paz, te digo, la dejamos desterrar de nuestro pecho, es muy difícil volverla á recuperar, amiga mia. Entonces no bastan á su adquisicion, la razcn, la prudencia, ni el poder... Nos afanamos en vano sin conseguir nada... Corremos con los brazos abiertos tras un fantasma tan vago y sutil, á quien no podemos asir por mas que lo procuramos.... Y todo esto es, porque las circunstancias, los accidentes que han seguido á aquella flaqueza que cometimos, y que han tomado una posesion dominante sobre nosotros, nos salen continuamente al paso, por donde quiera que pretendamos transitar para llegar al término que anhelamos.... Hasta esa paz querida á quien divisamos en lontananza cual una luz hermosa y brillante, pero á la que nunca llegamos, por mas que hacemos lo posible por acercarnos á participar de la fuerza de su vivificadora llama.

La duquesa miró otra vez á Sofia con cierta mezcla de entusiasmo y asombro. Apenas podia creer lo que escuchaba... [La marquesa habia adivinado lo que pasaba en su alma, y esta comprension maravillosa

la realzaba tanto á sus ojos , que el afecto que la tenia, se convirtió en entusiasmo, veneracion y confianza. Jamas le habia parecido tan digna de su aprecio esta muger admirable.

Sofia que sabia ya perfectamente lo que sentia en aquel momento Ludomilia, continuó, al notar su silencio.

—Hé ahí porqué te he preguntado antes, si no temes que sea *demasiado tarde*.

—No... porque cuento con tu ayuda .. Te tengo á tí, hada benéfica y bienhechora! Amiga incomparable!... Muger sin igual, en quien están reunidos los dotes mas hermosos que naturaleza concede á sus criaturas... Porque confio en que tú , así como has adivinado todo lo que pasa en mi corazon, sabrás con esa perspicacia hechicera, buscar alivio á mis penas... algun recurso para disminuir su gravedad... Porque espero, aguardo en tí, como en un ángel de consuelo, paz y ventura... Como en Dios, padre de misericordia, bondad y perdon!

La duquesa sollozaba, al decir esto, en el regazo de Sofia. Aquellas lágrimas abrazaban el casto seno de la triste marquesa;

porque, despues de ser una ponzoña para ella, conocia demasiado que Ludomilia no las derramaba á efectos de un arrepentimiento puro y tierno, sino por un impulso de vengativo rencor hácia Leonelo... y aun hácia ella misma, por haberse entregado en manos de un hombre á quien odiaba y á quien deseaba esterminar con solo mirarlo.

Porque hay en la vida del hombre estos casos. Cuantas veces, el capricho, la necesidad ó la ceguedad, nos impele á hacer partícipe á una persona á quien apreciamos de un secreto importante... y despues la gravedad é importancia de este secreto, es un cáncer continuo y fijo que tenemos en el corazon, cuya influencia se estiende hasta nuestra razon, conduciéndonos á aborrecer mortalmente á aquel á quien nos confiamos.... al que nos sirvió tal vez de ayuda en nuestra flaqueza... al que es quizás hasta cómplice nuestro. Y deseamos esterminarlo, pulverizarlo, hacerlo desaparecer de entre los mortales, porque es un testigo para nosotros tan irrecusable, aterrador é insoportable, que no solo su vista, sino hasta su recuerdo nos asesina, y á quien ve-

mos continuamente pegado á nuestra existencia como la sombra de nuestro cuerpo.

En esto se prueba clara y evidentemente, que el hombre todo es flaqueza y error. Cualidad inherente á nuestro ser, y que no debieran olvidar los necios presuntuosos, y preocupados por su mérito.

La cabeza se estravia á veces cuando mas confiamos en ella... porque el estímulo de las pasiones fermenta en el corazon al menor descuido; nos ciega, nos ofusca, nos enajena de un modo inaudito, y nos reduce á ser un verdadero autómatas de ellas... Y el hombre altivo, fuerte, orgulloso... el hombre temible y cuyo nombre resuena en el espacio del mundo con admiracion y asombro, queda reducido á poco menos que nada, y á nada las mas veces... porque él mismo se aniquila y destruye á la influencia de aquel poder que en vano pretendiera contrastar.

Y qué, tan desprovisto está el hombre de recursos contra ese enemigo comun de sus bienes mas preciosos?... contra esa fuerza tan imperiosa y terrible?... Esta sabia é incomprendible naturaleza, cuyas obras son tan

admirables, ¿no ha colocado en el hombre un escudo, una égida para preservarse?... Será posible que procediendo las pasiones de la misma naturaleza del hombre, esta naturaleza sea tan avara, egoista y tiránica?... Tan poco generosa que no le haya concedido ni el mas pequeño arbitrio de defensa?

Si: se lo ha dado sublime, escelso, grande, como ella misma: le ha dado un bien fecundo, inmenso... sin limites, coto ni término... Un tesoro inapreciable y de un valor incomprensible... Le ha dado, en fin el **ENTENDIMIENTO**. (1)

Véase ahora si la naturaleza ha procedido, sabia, generosa y benéfica con el hombre... Como una verdadera madre.

(1) Desde luego se comprenderá que no hablamos con aquellos, con quien, severa naturaleza, ha negado á sus facultades intelectuales el valor y la fuerza necesaria. Estos deben considerarse como un capricho de su sabiduría, porque es indudable que la naturaleza tiene tambien sus caprichos y rarezas. Los fenómenos deben considerarse como tal, y una persona sin el entendimiento necesario lo es á mi entender.

Ademas, le ha dado otros auxiliares tan poderosos como dignos de ella. Uno de estos es la esperiencia... Esa fuente inagotable donde el hombre puede beber el nectar salutifero del convencimiento para regir sus actos. Ese libro divino y de perenne ventura donde leer el corazon de sus semejantes, aprender á precaverse del mal, y apreciar y luscara el bien.

No se diga que cuando el hombre comete un estravio es porque el entendimiento le abandona... Este es un pretesto tan frivolo como supuesto. Es el error del hombre en no consultar á su entendimiento y regirse por él. Es que el hombre lo desprecia, que no se acuerda de él... Que no raciocina, no medita, y se arroja frenético y desalentado hácia donde le conducen sus pasiones, como un rio que rompiendo los diques de su cauce, se precipita y estiende, destruyendo y arrollando cuanto se le pone por delante.

Sofia, comprendiendo demasiado el llanto de Ludomilia, al ver que esta tenia el rostro oculto en su seno, nada le decia, espe-

rando la continuacion de semejante escena.

La duquesa rompió el silencio al cabo.

—Cuánta repugnancia, me vá á costar lo que voy á revelarte, Sofia amada! Pero no hay remedio. Hay males que se alivian, depositándolos en el pecho de la persona que amamos... y de quien creemos ser amados. Pero tú me disculparas, porque estoy convencida de la bondad de tu corazon.

En seguida la duquesa hizo la narracion de lo que le habia pasado con Leonelo, sin ocultar á Sofia la menor circunstancia.

Un nuevo silencio fue la respuesta de la marquesa de Korvei... La lengua se anudó en su garganta... No sabia que responder á Ludomilia, y sus ojos, sin atreverse á alzarlos para mirarla, parecia un objeto inanimado y sin accion.

—Y eso es todo lo que me contestas? añadió la duquesa, con cierto resentimiento interior. ¿Es este el consuelo que debia esperar de tí?

—Y qué quieres que te diga, Ludomilia?... le repuso con frialdad.

—Conque entonces, de nada me ha servido la confesion que acabo de hacer y que

tanta violencia me ha costado!... En nada tienes este rubor y vergüenza que delante de tí he tenido que vencer?... Yo, duquesa soberana de Ravensberg, ya que no me consideres una amiga afligida y consternada, que ha llegado hasta tí, porque buscaba un pecho digno donde depositar el peso de este arcano... un corazón compasivo y generoso, que se penetrase y condoliese de su estado! Y creyendo hallar todo eso aquí, ve turbada su mas lisonjera y plácida esperanza, su ilusión mas halagueña, notando que esta amiga, á quien demanda indulgencia y de la que aguarda ternura, se le muestra fría, impasible... y quizás es un juez severo que la juzga con crueldad y la condena interiormente! Dios mío! Es tal mi desventura que todos han de ser para mí tan crueles! ¿Aun aquellos que mas amor y deferencia me deben? No habrá uno solo que me tenga compasión?

—Y quién ha dicho que yo no la tengo de tí.

—Si? Me compadeces, Sofía?... Ah! Esa palabra basta para mi consuelo!... Tu compasión sola es suficiente para calmar las angus-

tias amargas que la memoria de mi debilidad me ocasiona.

—Y qué otra cosa pudieras esperar de mí? El silencio en que me sumergió tu relato fué producido por la sorpresa... por el sentimiento que me ha causado. Hay revelaciones, Ludomilia, cuya gravedad y valor es bastante suficiente para entorpecer y paralizar nuestra organizacion.... Hay palabras que hieren de muerte... secretos que el saberlos matan, porque es tal su poder y fuerza que solo pueden compararse con el tósigo mas activo... Y este tósigo entrando por los oídos, llega inmediatamente al corazon, comunica su maléfica influencia á los demas órganos, y nuestro ser resentido de tan poderosa impresion, nos transforma en poco menos que un cadáver... hasta que despues la reflexion y el raciocinio, si tienen sobre nosotros su dominio pleno y absoluto, acuden á despertarnos de aquel estupor fatal, y haciéndonos superiores á la fatalidad que pretendió subyugarnos un momento, levantamos la cabeza, cual el triste moribundo que, hallándose casi en la agonía, un cordial benéfico le ocasiona una reaccion saludable. He

aquí mi estado al escucharte , y el que te manifiesto para tranquilizarte.

Sofia echó en seguida una mirada expresiva hácia el crucifijo de metal, volviendo á bajar sus ojos al instante. Ludomilia no lo notó.

La excusa de la marquesa no podia combinarse con mas tacto y discrecion. La verdadera sensacion que le causaron las palabras de Ludomilia , es la que produce la confirmacion de un crimen odioso, por la boca de su mismo perpetrador. Sofia menta ahora por precision y conveniencia agena... Era tan franca y sincera, que si no hubiese mediado una segunda causa, y no suya, hubiera manifestado con lisura su opinion á la gran duquesa

Pero la marquesa de Korvey se vé ya obligada á mentir y fingir en el discurso de esta historia ; lo que prueba que en los palacios hasta hay que ser falso y engañador por necesidad.

De manera , que los sentimientos mas apreciables, tienen que sucumbir y someterse, á las exigentes y poderosas leyes de la diplomacia.

—Me convence y complace al mismo tiempo lo que dices, Sofia. Y ahora me resta hacerte una pregunta. Mi revelacion á ti, ha sido *demasiado tarde* como me insinuas-tes antes?

La marquesa enmudeció de nuevo, mirando al crucifijo otra vez como si quisiese consultarlo.

--Vamos... habla...

--Y yo que sé?... contestó con violencia... Eso depende tí, amiga mia.

--De mí?

--Sí...

--Por qué causa?...

--Es muy sencilla... Me has dicho acaso cuales son tus pensamientos para lo sucesivo, en un asunto tan espinoso y delicado de manejar?

--Es verdad!! repuso Ludomilia con embarazo.

--Puedo yo adivinar lo que sobre ello siente tu corazon?

Otro punto de silencio guardaron las dos.

—Qué harías tú en mi lugar? Preguntò la duquesa clavando en Sofia una mirada penetrante.

—Yo? le contestó con una ligera y amarga sonrisa... ¿Cómo quieres que te lo diga aquí?... Eso hubiera dependido de los accidentes pasados... ahora de las circunstancias presentes, y de las que arroje de sí el porvenir... Nadie, á no ser el mismo interesado, debe calcular, pensar, ni determinar en esa cuestión con mas acierto... Yo en la actualidad no puedo ser mas que un simple oidor... pero sin voluntad y sin decision... Solo un sencillo parecer, una leve opinion es la que podré darte, y eso sin responsabilidad ni esposicion para en adelante.

—Conozco en tí dos cosas, marquesa.

—Cuáles?

—O mucho temor en este asunto... ó mucha indiferencia hácia mí.

—Sea lo primero, Ludomilia... sea lo primero, por favor, le contestó con tan hechicero gracejo, que la duquesa no pudo menos de sonreirse.

—No creía hallarte ahora tan cobarde, Sofia.

—Es que tampoco me he visto nunca en igual caso, Ludomilia.

--Para los casos árdulos son las grandes almas.

--V sabes tú si la mia lo es? Además que no te has explicado lo bastante. Solo me has pedido consuelo... ignoro de qué modo puedo dártelo. Indulgencia, desde luego debiste contar con ella... Qué mas quieres de mí?...

--Tu ayuda, tu cooperacion para salir del compromiso en que me ha puesto ese hombre... ese Leonelo.

--No... en el que te has puesto tú.

--Bien, sea lo que quieras.

--Lo que es... y nada mas.

--Necesito tus consejos.

--Mis consejos!... ¿y si fuesen errados? ¿Sabes, Ludomilia, *que un mal consejo es frecuentemente mas fatal al que lo dá?*

--En esta ocasion no lo veo de ese modo.

--Yo si, porque un mal es fácilmente sofocado en sus principios, pero si se abandona y toma incremento y fuerza, quien carga sobre si la responsabilidad de corregirlo ya.

--Sofia, «La mano del justo es tan preciosa como el bálsamo.»

—Es cierto. «Pero mejor es estar siempre sobre sí, que el sufrir una sola vez por negligencia ó descuido.»

Estas palabras desconcertaron á la duquesa.

—Bueno: aun sometiéndome á tu opinion, añadió, despues de un momento; ya conoceras que no me es fácil retroceder en el camino en que estoy. Si pudiera conseguirlo lo haria á precio de toda mi sangre. Pero bien ves, amiga querida, que la mano de la fatalidad es mas poderosa que la voluntad de los hombres. Es cierto que yo, niña inocente y enamorada, me rendí á los halagos y sugeriones de un amante, cuyo amor formaba entonces la delicia de mi vida, y si esta es mi culpa de entonces, culpa que basta á disminuir su gravedad la inesperienza y los pocos años, tambien la he purgado bastante en el sacrificio que hice de este amor, á mi padre, á la razon de estado... al hombre á quien di mi mano... y el cual se unió á mí sin amor ni deseo. Ah! Si este hombre indiferente y apático me hubiese amado, yo me habria declarado á él, porque la confianza de su amor me hubiera

tambien animado á obtener su indulgencia y su perdon... Y llorando en su seno, arrastrandome á sus pies, no me hubiera levantado de ellos hasta que un olvido generoso por su parte hubiera cicatrizado la úlcera viva y aguda que yo tenia en mi corazon. Entonces, orgullosa con su amor, estimulada con su generosidad, impulsada por mi agradecimiento, yo le hubiera amado... sí... hubiera llegado hasta adorarle como á un Dios de bondad y dulzura para mí; y guarecida con tan inestimable muro, hubiera desafiado á Leonelo y sus acechanzas, á la opinion de los hombres, á su mordacidad. . al mundo entero que se hubiese desencadenado contra mi opinion. Este fué mi deseo, mi áncora, mi esperanza. Yo aguardaba en Othon ver un ser de salvacion y ventura, pero ví un destructor cruel de esta esperanza, cuando sin antecedentes, sin motivo ostensible por mi parte, noté su desvio, esperimenté su indiferencia. Esta ha ido creciendo en él por momentos, y en mí el temor, el disimulo y la desconfianza... afirmando un silencio que no rompí con mi desventurado padre, por no desgarrar su alma, y porque esperaba destier-

rarlo con mi marido... con el hombre que iba á ser compañero y árbitro de mi vida. Ni ha sido negligencia, ni engaño ni descuido, Sofia; ha sido el rigor de la estrella que me persigue.

Ya despues, viéndome sola, abandonada... sin la mas leve esperanza, sin una persona que supiese comprender mis sentimientos, que me consolase, ni á quien volver los ojos.... mi corazon se fué insensiblemente cerrando á todo sentimiento tierno, y á los afectos dulces que yo pensaba entregarme, y que esperaba formasen la delicia de mi vida, sustituyeron el hastio, el resentimiento y hasta la desesperacion. En vano pretendia apartar de mi mente el pesar de no verme amada de mi marido. En vano quise borrar este recuerdo, con entregarme á la efímera satisfaccion que ocasionan la adulacion y la lisonja cortesana. Me he visto respetada, obsequiada, rodeada de una corte, pendiente del menor de mis deseos para cumplirlos, ¿pero de qué me servia todo eso si habia un vacio terrible en mi corazon? Al retirarme á mi cámara, al encontrarme sola... ¡sola!... porque me faltaba lo mas esencial á la vida;

el amor, el cariño fiel y entrañable de una persona; mi espíritu caía en una mortal angustia, y empezaba á llorar de desesperacion y sentimiento. Asi es como mi infeliz suerte, me ha ido poco á poco enervando el aprecio que debia á la sociedad, á quien ya considero mi enemiga mortal porque en ella no he disfrutado, desde que nací, mas que un crepúsculo, una sombra de ventura; y este favor pasajero me lo concedió, cuando la candidez é inesperienza de mis pocos años no me dejaron ver la enormidad del porvenir que él me preparaba!... Cuando las delicias que me presentó, no podia disfrutarlas con aquel convencimiento íntimo que el conocimiento del mundo nos proporciona, y con el cual se goza doble, tanto de los afectos sensuales, como de las imágenes hechiceras que nuestra facultad intelectual nos presenta... En una palabra, transformaron mi ser... trastornaron mi organizacion de tal modo, que me volví recalcitante á todo sentimiento de sensibilidad y deber, llegando hasta á aborrecer á mi marido.

Aqui la marquesa hizo un ligero movimiento, fijando sus ojos en el crucifijo con mas vehemencia que antes.

—Te conmueven mis palabras, pobre Sofia, continuó Ludemilia que advirtió la sensacion de esta. No lo extraño! Tú no has experimentado lo que yo!... Tú no sufres, como he padecido y padezco, la herida insordable de la indiferencia y los celos. Tú estas cesa de sufrimientos acervos, que no se comprenden hasta experimentar sus efectos... Tú tienes libre y puro tu corazon, y puedes levantar tu erguida frente immaculada sin temer que nadie imprima en ella el sello de la reprobacion... Tú, en fin, puedes volver tus ojos hácia aquel Salvador enclavado como lo acabas de hacer, sin tener ninguna culpa de que acusarte ante él, ni verte obligada á demandarle perdon y misericordia.

En medio de mis padecimientos fijé la vista en tí, y procuré ir despertando en mi corazon sentimientos no del todo estinguidos. Pero para poder disfrutar de la estension de mi cariño, necesitaba hacerte partícipe de mis infortunios... revelarte un secreto, que antes de aparecer en mis labios deseaba espirar. Como no habia un motivo poderoso que me obligase, retardaba cuanto

podia confesion tan dura y repugnante. Apareció Leonelo y temblé. Procuré ganar su silencio, al mismo tiempo que exploraba sus intentos, y he visto en él un hombre como te lo he pintado ya. Entonces no me quedó mas arbitrio que confiarme á tí, para que me consueles, ayudes y nos armemos contra ese hombre vengativo y atroz... porque, Sofia, tú no conoces á Leonelo. En esta contienda, que estoy decidida á emprender y á llevar á cabo con toda la constancia que la necesidad y mi posicion me dictan, no miraré nada, no guardaré consideracion de ninguna clase, no habrá afecto, deber, ni respeto que me contenga. Todo lo arrostraré y emprenderé por conseguir mi objeto; porque ya es empeño de honor, de orgullo y resentimiento en una muger... y muger de mi clase y de mi cuna. Soy Médicis y no quiero desmerecer del alto concepto que disfruta mi ilustre apellido.

La duquesa calló y Sofia se quedó mirándola con atencion.

Lo que en aquel momento sentia interiormente la marquesa, es difícil de describir.

—Qué me dices, Sofia?.... le preguntó

Ludomilia con altanería: Qué deberé esperar de tí.. ?

—De mí...?

Sofía no apartaba la vista del rostro de la duquesa, queriendo adivinar lo que pasaba entonces en su interior.

—Si, de tí... del afecto que dices me profesas, añadió Ludomilia... Me habras engañado tú también? Habla.

—Estaba reflexionando, dijo Sofía prontamente, que eres una muger temible, Ludomilia.

—Por qué?

—Porque posees un poder secreto para dominar los corazones... y ahora extraño mas que el de Othon se halla escapado de tus lazos.

—No me nombres á ese hombre.... no me lo nombres!

—Tanto le odias?

—Entre él y yo no puede haber ya avenimiento posible.

—Ya lo veo...

—Y Leonelo...?

—Lo detesto también. A Othon por su indiferencia y desprecio hácia mí... á Leo-

nelo porque pretende someterme y esclavizarme á él, abusando del secreto que posee.

--Siendo así...

--No lo dudes... Pero te decides ó no á mi favor...? Hasta ahora no me has contestado nada.

--Te ayudaré en lo que pueda...

--Te lo agradezco.

--Pero con una condicion... porque esta alianza las tiene tambien.

--Cuál?

--La de que no guardes ningun secreto para mi... estas? ninguno... Al mismo tiempo que no te separes en nada de mi dictámen.

--Lo haré así.

La duquesa no era sincera en esto, pues se proponia de que Sofia no tuviese otro carácter en el asunto, mas que el de una confidente á medias, porque cierta de su perspicacia, sabia que ella le proporcionaria recursos mas seguros que los demas; pero estaba decidida á callarle lo que le acomodase, y revelarle lo que no pudiese ocultarle absolutamente.

Mas la marquesa, demasiado ladina y ma-

liciosa, no cayó no en el lazo; antes Ludomilia fué prendida en el que ella le preparó para lo venidero.

--Conforme con tu promesa, repuso Sofia, dime lo que quieres hacer con Leonelo... Porque presumo que á él te dirigirás primero, como fundamento y causa de todos tus males.

--Sí. Lo primero es arrancarle las prendas que tiene en su poder.

--Cuáles?

--Mis cartas y el fruto de nuestro amor.

--Por qué no dices tu hijo?

--Se yo acaso á qué seco pertenece?

--Es posible!!

--Si... Hasta en eso obró Leonelo con sagacidad y doblez. Cuando se me acercó el fatal momento de ser madre, los duques de Ferrara y él fueron los únicos testigos. Un secreto misterio acompañó al nacimiento de aquel ser desgraciado..... Lo arrancaron de mi lado antes que siquiera tuviera lugar de verlo... Pedí informes sobre él, y un silencio eterno y profundo selló el labio de mis cómplices. Lo único que supe fué que vivía. Cuando me fui sabedora de que exis-

tia en poder de mi hermano Lorenzo, escribí à este suplicándole que me enterase del tierno objeto que era mi solo afán, pero mi hermano, incesorable tambien, me dió estas terribles palabras por respuesta:

«Jamás suene en tus labios la palabra *madre* hácia el fruto desgraciado de tu criminal flaqueza. Vive... y nunca sabrás otra cosa mas de él.»

—Y amas à ese infortunado objeto?

—¿Que si le amo! ¿Soy su madre y me lo preguntas?

—Un corazón árido y seco como el tuyo, ¿qué raro es que se mostrase extraño hacia un ser que no conoces siquiera?

—Es cierto: pero la voz de la naturaleza resuena en mi pecho.... Aun me acuerdo que le tuve nueve meses en mis entrañas.

—Baja la voz!...

—¿Ves como soy digna de compasión, Sofía?...

—Lo eres...

—Ves como todos en el mundo son mis contrarios? Cómo se empeñan en agravar el influjo de mi maléfica estrella?

--Es cierto.

--Como tengo razon en odiar á todos... en aborrecerlos?... Y cuál será la necesidad, el ansia, el deseo de encontrar un corazón que me ame... y á quien yo pueda amar con fraternal y sincero cariño?

--Sí, sí!

--Ah! Nunca el cielo permita que tú esperimientes en tu alma tan mortal vacio... tan amargos sinsabores! La grandeza que me circunda, la abruma, el poder, la oprime... el fausto, le es insoportable... Verme amada solo por este exterior brillante, por este oropel supuesto y fascinador, y no por el convencimiento íntimo del merecimiento y el mérito... Oh! Eso es lo mas odioso y triste que podemos sufrir. Y sin embargo, esta inicua grandeza tan seductora como falsa, tiene sus atractivos, sus encantos... y al mismo tiempo que pervierte nuestro corazón y prostituye sus mas hermosos sentimientos, nos agrada y deleita tanto, que es como el beño dulce que produce un narcótico, y del cual se vá á despertar en la tumba. Yo conozco que el esplendor del sόlio me mata y devora el corazón, que ha sido su mayor ene-

migo, y sin embargo, acostumbrada, halagada ya por él, deseo, sí, la felicidad que me falta, pero no quiero trocarla por sus favores... abandonar sus goces... y descender á la humillacion de súbdita habiendo sido soberana

—Y sin embargo deseas ser feliz!...

—Y por qué no? Acaso porque sea duquesa soberana no puedo serlo?

—Sí... pero acuérdate que esa misma grandeza es la que ha destruido tus ilusiones mas hermosas... Las que engendrastes en una edad de inocencia, de placer y de amor... En la primavera de tu vida... Tiempo lleno de encantos y sueños celestiales... y que perdido una vez, no se vuelve mas á recobrar.

—Es verdad.

—Se puede ser dichoso en la opulencia, pero rara vez los estímulos del corazon estan en armonia, con las severas leyes de las altas clases... La grandeza muy pocas veces se humilla á los sentimientos tiernos del amor, á sus dulzuras... y el amor sí ha sido muchas veces sacrificado por la grandeza. A esas leyes sociales, tan despóticas y tiranas, como acatadas y veneradas por el hombre, todo su-

cumbe en el mundo; y el que quiera reconocerlas, someterse á ellas, ó les guarde una ciega idolatria como tú, debe desentenderse de todo afecto imperioso y desinteresado que se rija y nazca del corazon, para pensar en su idolo... Considera ahora cuán lejos está la felicidad de ti, Ludomilia... Lo difícil que te será alcanzarla ya.

--Lo crees así?...

--Lo opino por lo menos.

--Me haces estremecer, Sofia!...

--Lo siento... mas debo decirte mi parecer... Tú podrás gozar, pero siempre... acuérdate de mi prediccion... *te saltará una cosa esencial y cuyo recuerdo acibarará tus mas plácidos momentos.*

--Oh! por piedad... no me lo digas!... Tu voz resuena en mi corazon, terrible y aterradora, como la del ángel de la eternidad.

--Dejemos ya esto, y pensemos en lo que urge mas... Con que ignoras, dices el sécsio de tu hijo?

--Si...

--Es un entorpecimiento fatal para arrancárselo á ese hombre, porque se puede

proceder errado ... Sin embargo, veremos. Retírate ya.... porque conviene.... y haz por enviarme, con cualquiera excusa, al baron de Colemberg.

Ludomilia abrazò y besò á Sofia, y en seguida desapareció por la misma puerta donde habia venido.

La marquesa volvió á mirar el crucifijo, y cruzando sus manos, dijo con acento vehemente y doloroso:

--Perdon, Dios mio! perdon, si voy á engañarla! Tú sabes que no es mia la culpa... y que debo obedecer á precepto mas superior.

En seguida llamando á Richsa se vistió.

A poco se corria la voz en palacio, de que la marquesa de Korvei estaba tan aliviada, que habia abandonado el lecho y que aquella noche admitiria tertulia en su cámara.

Esta noticia fué generalmente acogida con regocijo.

Sofia, desde aquel momentó, se consideró ya libre de los vínculos fraternales que la habian hasta allí unido á Ludomilia, porque ya no podia esperar de esta mas que

estremos á cual mas violentos, y de los que se proponia sacar partido á favor de la causa que ella manejaba , porque le interesaba mucho mas que la de la duquesa.

Es decir, que se ofreció á servir á Ludomilia, para servirse mejor á si misma, porque para corresponder dignamente á la revelacion que acababa de hacerle la duquesa, ya era tarde.

XII.

Una conferencia.

El príncipe de Mark desde que se separó del baron de Colemberg en palacio, no fué á visitar á su sobrino Othon, como dijo. Otro era el intento que le conducia allí á aquella hora y el cual vamos á manifestar á nuestros lectores.

Siguió con la vista disimuladamente el camino que tomaba Colemberg, y ya cierto de que se marchaba de palacio, como era

temprano aun, los corredores y galerias de este estaban libres de cortesanos que pudiesen verle, y solo alguno de la servidumbre ó los centinelas interiores, era lo que se encontraba al paso y esos no le infundian cuidado.

El príncipe se dirigió hácia las habitaciones de la gran duquesa.

Los ugières le dejaron paso hasta aproximarse á una puerta, la cual á un toque extraño que dió en ella cedió, sin que se advirtiese la persona que la abria, porque quedó cubierta con la mampara por la parte de adentro.

Esta era una muger como de unos veinte y dos años... de una belleza regular, y vestida de negro.

—Eres tú?... le preguntó el príncipe desde fuera, á média voz.

—Yo soy, monseñor.

—Puedo entrar.

—Estoy sola, como siempre, esperando las órdenes de V. A.

El príncipe penetró en una habitacion pequeña y sombría donde apenas se percibian los objetos.

La jóven estaba verdaderamente sola.

--Qué ha hecho esta noche pasada? la preguntó.

--Suspirar mucho, monseñor, como si algun pesar grave la ocupara.

--Y con nadie mas habló que con Mastropetro?

--Con ninguno mas.

--Y fué efectivamente la conversacion larga?

--Bastante.

--Y tú no pudiste coger ninguna palabra de ella?

--Ninguna, porque la duquesa cerró con llave la puerta interior de su antecámara, de modo que entre ella y yo mediaba una habitacion y una puerta.

--Si me engañas!...

--No os engaño, monseñor ..

--Al menor indicio que tenga de tu infidelidad, mira que parece tu padre...

--Monseñor, tened piedad de nosotros!

--Te he dicho que la tendré si me sirves bien.

--No os he dado pruebas sobradas de mi celo?... sino que cuando hay obstáculos que no se pueden vencer...

—Se procura adivinar en el rostro de las personas lo que pasa en su corazón.

—Monseñor, no tengo el conocimiento necesario para ello.

—Basta... Con que dices que parecía tener algun gran pesar?

—Sí, porque se recogió al punto que vino de hablar con Mastropetro, escribiendo antes á mad. Sofia que no iba á la tertulia.

El príncipe quedó un momento pensativo.

—Y ahora donde está?

—Ha ido á ver á la marquesa de Korvey por el camino que vá desde estas habitaciones á las de la marquesa.

—Y por qué no la has seguido?

—Por dos causas poderosas. Porque ese pasadizo tiene una puerta al principio del callejon, la cual cierra la duquesa por dentro despues de entrar, porque sin duda se lo ha encargado así mad. Sofia, de modo que es imposible oír lo que hablan las dos; y segundo porque os esperaba, monseñor, á esta hora.

—Es decir, que nada supimos anoche, y

menos hoy por la mañana. Esta ignorancia me desespera y me abruma... Será necesario poner en juego otros medios mas activos: si... es fuerza... Yo mismo veré á las dos... Adios, Inmegarda.

—Id con Dios, monseñor

—No necesito encargarte nada.

El principe salió de allí poco satisfecho de los informes que acababa de recibir, y por lo tanto de un humor insoportable.

Tomó la direccion hacia la cámara de Othon.

Preguntó al primer ugier, y este le dijo que el gran duque ya hacia rato que estaba hablando con el consejero Biling.

Sin detenerse un punto se separó de allí, y tocando en otra puerta, no muy distante de las habitaciones del duque, se le presentó uno de los escuderos de este, el cual estaba tambien vestido de negro.

El escudero en el momento que vió al principe se inclinó con respeto, y lo hizo entrar en un cuarto pequeño, y el cual tenia unaventana que caia enfrente de la puerta de la cámara del gran duque, y por donde se podia ver todo el que penetrase en ella, sin ser notado.

—¿Qué tenemos? le preguntó el príncipe.

—Lo que había: conferencias secretas con el consejero y el mariscal.

—Anoche, ¿qué hizo?..

—Al punto que le dijeron que la duquesa estaba indispuesta, pasó á verla.

—¿Le seguistes?

—Sí, monseñor.

—¿La visita que le hizo, fué larga?

—No, muy corta.

—¿Y despues?

—Fué á ver á mad. Sofia, con quien estuvo mas de una hora en conversacion.

—¿Y luego?

—Se metió en su cámara; á poco entró Biling, y este salió á las once menos cuarto de la noche.

—¿Y qué se dice entre la servidumbre de palacio... entre los nobles?

—Lo de siempre. Se habla con calor del misterio del castillo del Aguila Negra... de la conducta que observa el gran duque, de la privanza del mariscal Otocaro... De este se dice que le vá el duque á dar un alto é importante destino en la corte.

—¿Sí?...

—Como lo ois.... No se ha designado cual, pero se asegura como hecho ya.

—Y de la marquesa de Korvey?

—Lo mismo que antes. Esa muger dicen que está mezclada en asuntos graves y secretos... Solo que la conducta que observa la hace poseer el aprecio de todos los de palacio.

—Es verdad... por eso la temo mas que á ninguno. Es el muro sobre que se fijan y paralizan mis ideas... donde se estravian mis cálculos... No sé si debo tenerla por amiga ó enemiga... Veremos.

El escudero no contestó á estas palabras.

—Redobla tu actividad y sigilo con todos... En particular no pierdas de vista á mi sobrino. Por ese te he colocado cerca de él y hecho que te nombre uno de sus pages de honor. Sobre todo acuérdate de que tu padre se halla á mi disposicion en una de las prisiones de mi castillo de Coimberk, y que su vida la tengo en mis manos.

—Continuamente pienso en ello, monseñor.

—Yo no exijo de ti grandes sacrificios...

Que veas, escuches y me lo participes... Es decir la vida de tu padre por tu silencio y celo... Silencio con todo el mundo... celo para complacerme.

Así lo liago, monseñor...

En esto se abrió la puerta de la antecámara del gran duque.

--El consejero Biling se retira, monseñor, dijo el escudero.

--Ahora entraré yo; contestó el príncipe... Hasta otra vez, Ulrico.

--El cielo os guarde.

El príncipe se dirigió á ver al gran duque.

Después de haberse hecho anunciar entró en el retrete de Othon.

Este estaba sentado junto á su bufete, examinando varias comunicaciones que acababa de recibir.

--Venis muy á propósito, querido tío, con eso podremos hablar sobre las noticias que acabo de tener.

--Y qué es ello? preguntó el príncipe con indiferencia, y sorbiendo un polvo,

--La cuestión del día... Me hablan de Lutero...

--Es extraño... porque no se dice otra cosa... Es verdad que es ruidoso el negocio, pero hay otros de tanta ó mas gravedad.

--Sí, pero no nos tocan tan de cerca.

--Friolera!... la rivalidad de Francisco I con Cárlos V no nos toca de cerca?... El cálculo y desacertada medida de Leon X en la venta de las indulgencias? (1) La suspicaz y doble política de Enrique VIII de Inglaterra?... La desmedida y orgullosa ambicion de su ministro Velsey? El arrojo y valentía de Soliman el Magnífico, sentado hace poco en el trono de Constantinopla?... Si todas estas no son circunstancias de alta influencia sobre el imperio, no sé cuales podamos temer.

--La proteccion que Federico de Sajonia concede á Lutero es peor aun.

--Porque lo vemos mas inmediato. De

(1) El asunto que indicamos aquí es sumamente delicado para que nos metamos á hacer comentarios de él, apesar que lo hemos leído de un autor respetable, y cuya obra se ha publicado en nuestra península con bastante aceptacion.

eso puedes darle las gracias á tu pariente el pontífice. Federico está resentido de este con razon. Alberto arzobispo de Magdebourg y elector de Maguncia, encargado por el papa de publicar las indulgencias en Alemania, debió escoger para Sajonia otro comisionado que no fuese el dominico Tetzel. Es cierto que posee elocuencia popular, pero sus costumbres dicen que no son muy edificantes, y que en su mision actual ha traspasado los límites de la discrecion y la decencia... Lutero es sajón, mereció la preferencia de Federico para dirigir la universidad de Vitemberg fundada por él mismo, y así no es extraño que el elector siga patrocinándole ahora.

--Es verdad.

--Cuando los soberanos lamentan los resultados de una medida desacertada, es porque tocando sus efectos, conocen lo árduo é imposible de corregirlos ya. La semilla del luteranismo va cundiendo prodigiosamente. Vuélvase la vista á Suiza y veáanse los progresos que hace Zwingli, que en nada cede á Lutero en actividad y energia; y con mas favorables elementos, pues manio-

bra en un terreno mas ventajoso.... en una república. De modo que cuan Lutero y su su reforma sufren un contratiempo en Colonia y Lovaina, en Zurich se eleva una nueva pirámide á su triunfo, y se estiende con rapidez por los demas cantones Helvéticos, y sin las trabas y contratiempos que sufre en Alemania... Esta es una partida que no estaba en la cuenta de Leon ni de sus ministros. La fundacion de la iglesia de san Pedro en Roma principiada por Julio II, hizo á este papa prodigar las indulgencias al que contribuia con alguna cantidad para ella; Leon X ha seguido la fábrica del templo... pero se ha escedido en lo de las indulgencias... Y al mismo tiempo que los católicos verán en Roma levantado un magnífico y suntuoso edificio, advertiran disminuido el número de sus hermanos porque desertaran de sus filas para pasar á las de la reforma. Esto se llama no preveer los resultados.... no mirar adelante... En una palabra, no saber lo que se tiene entre manos.

--Con afecto, lo considero así...

--Por consiguiente las consecuencias, de las cuales vamos todos á participar, se nece-

sita precaverlas y prevenirse con el tiempo oportuno... Yo supongo que tú habrás pensado ya en ellas.

--Decididamente no... porque esperaba oír vuestro dictámen.

--Mi dictámen! Ya sabes, sobrino mio, que no estoy al corriente en los achaques de la política. Esto que he espresado aquí ha sido porque lo he oído decir... por un cálculo mio aventurado... Yo no puedo hablar con certidumbre ni acierto... Opino si, que la Alemania va à sufrir grandes trastornos; que esta reforma religiosa va á hacer derramar sangre... que producirá una guerra civil... que el emperador en el momento que se corone en Aix-La-Chapelle, procurará con mano fuerte atajar los pasos de Lutero y sus partidarios; que Francisco I, Enrique VIII y Soliman, se prevaldrán de esta circunstancia para fastidiarnos, en particular el primero por el desaire que la dieta de Francfort le ha hecho en dar la corona imperial á Carlos... que vosotros los príncipes del imperio, os vais á romper la cabeza unos y otros, y que el emperador caerá formidable sobre el que no se adhiera á su o-

pinion... Y el que de vosotros tenga enemigos... y cerca... que no duerma, porque la tormenta ruge ya... los materiales para el incendio estan aglomerados y la Alemania va á arder... He dicho mas que pensaba... Conque adios, hijo mio, que ya te he molestado bastante.

—No, esperad, señor. En estas circunstancias necesito oir vuestro parecer privadamente, ya que nunca asistis al consejo de que sois miembro.

—Y para qué he de violentarme. ¿? Qué falta hago yo en él...? ¿Para calcular sin acierto? Para divagar sin tino? Te repito que para eso es necesario estar metido en los arcanos de la politica, y yo no puedo pensar en ella. Mis achaques, mis años me lo prohíben.

—Pues ahora deseo que me deis vuestro parecer.

—Eso es otra cosa... Si tú lo exiges... Si lo mandas... Bien... pero sin responsabilidad por mi parte... Y una vez que lo quieres, empezaré por preguntarte como estan tus relaciones con Ernesto de Brunswick...

—Su conducta es oscura y enigmática.

El príncipe dejó ver en sus labios una sonrisa maliciosa,

—Ya lo creo, añadió... Ernesto tiene un sentido en Brunswick y cuatro en Ravensberg... De eso me acuerdo bien. Y con Federico de Sajonia ¿cómo te hallas?

—Indiferente...

—No me complace... Y con el obispo de Munster?

—En perfecta armonia.

--Malo!

--Por qué, siendo el príncipe mas próximo á mis estados?

--Yo me entiendo. Y las arcas de tu tesoro?

--En bastante decadencia.

—Peor!... Fatal!...

—Sabeis que no me gusta agravar á mis pueblos con impuestos ni subsidios.

—Máxima necia!... Sistema inconecso con la soberanía! El pueblo ha nacido para pagar y sufrir... cuando es preciso.

—Y cuando no haya otro remedio.

—Cuando su gefe lo necesite. Para eso la providencia los puso en distinta esfera. A uno para mandar... á los otros para obedecer.

—Pero dictar medios tiránicos... violentos é indebidos...

—Escrúpulos menguados que no te producirán de todos modos mas que un solo resultado... la desaprobacion. Ni el pueblo sabe lo que le conviene ni agradece lo que le favorece. Es como un niño que deseando un juguete, llora y se afana porque no se lo den; le satisfacen aquel deseo, y pasados algunos momentos, sino destroza y destruye el objeto que ansió, al menos lo arroja y olvida en un rincon... No te cances: *el despotismo se alimenta en la inconsecuencia de los pueblos, así como ha elevado su trono en la tolerancia de ellos.* La voluntad del soberano debe ser exclusiva... y su conveniencia exclusiva tambien.

—No lo creo así.

—Tú te desengañarás, cuando las circunstancias te lo hagan ver. Pregunta á Ernesto de Brunswick si piensa así.

—¿Con que vuestro deseo es...

—Ninguno... mi opinion querrás decir. Esta es, pedir á tus pueblos inmediatamente, una contribucion de sangre y dinero, y con apremios ejecutivos. La lenidad en esos

casos es fatal. En seguida guarnecer con tus tropas las fronteras de Sajonia, Hannover, Munster y hasta Osnabruk. Confiar á un general fiel el mando universal de los ejércitos del ducado; hombre que sea activo, de valor y energia... Comunicarle órdenes terminantes y severas; darle un poder omnimodo, estensivo y que ponga su punto de estabilidad en la frontera de Brunswick... Este es mi dictámen y el que propondré al consejo si me obligan á comparecer en él.

—¿Y qué general pensais...

—Uno que no lo es aun... pero que posee cualidades para ello, y que ensalzando á esa dignidad *dará mucho que hacer y que decir*.

El principe recargó estas frases, no para dar importancia á su proposicion, sino con sentido doble y siniestro.

—Y cuál es...? preguntó Othon.

—Cuando llegue el caso que adoptes mi parecer, y prometas adherirte á él... con acuerdo del consejo, entonces lo nombraré. Antes no quiero, porque si se sabe mi proposicion y no es admitida, á él lo espongo á ser la irrisión de la corte... y de mí se burlaran tambien. Debe ser un golpe de estado.

—Eso no... Basta que sea de vuestra aprobacion para que yo lo admita.

—Bien... Bien!.. Ya he dicho que en llegando el caso... Todavia ha de haber dificultades por tu parte... Yo conozco tu carácter... Es bondadoso con esceso, y ese amor que tienes á tus vasallos, degenera las mas veces en apático abandono... *El que bien te quiera te hará llorar...* y eso debe hacerse con el pueblo...» Demostrarle mucho amor, haciéndole derramar muchas lágrimas.» (1) A lo menos todas las medidas que se dictan son en prò de él aun cuando aparezcan injustas y severas.... Siempre hé oido decir lo mismo al que nos gobierna... Yo como no he mandado nunca, no sé si es cierto... pero cuando tantos lo propalan...

—Mienten en la mitad ò mas... Estoy conforme en todo lo que me aconsejais, menos en la contribucion que indicais.

—Bien... no lo hagas... Seguro está que yo te ostigue..... Gobierna á tu modo y no preguntes á nadie. Deja en des—

(1) El sofisma no puede ser mas cierto.

cubierto la frontera de Brunswick, y que Ernesto al menor pretesto te invada el principado de Hesse-Delmot, que es su objeto privilegiado hace tiempo... Que los reformistas de Sajonia, pasen por los ocultos desfiladeros del Harz y que introduzcan en tu reino la semilla mortífera que estan derramando en Alemania... y que el obispo de Munster te pida cuenta de ese descuido y te dé que hacer tambien... Eso sin contar con otro enemigo interior, y no poco poderoso, que podrá darte que sentir por esa generosa indecision.

—Cuál?

—Los conservadores... Ese partido furibundo y entusiasta... que protege en la apariencia Ernesto de Hannover, que sostiene y anima el mariscal Otocaro..., y yo halago porque le temo por ti. Crees tú que yo amo á los conservadores? Que tú debes quererlos tampoco? Qué proclaman ellos? Restablecer en su fuerza los derechos del pueblo, abatir la nobleza, y cuando no estinguirla, humillar sus fueros. Y yo, uno de los primeros nobles ¿puedo querer eso? A ti, gefe de esa misma nobleza, debe serte

honroso tampoco?... Ningun soberano puede nunca amar un partido político que propenda á mirar por las prerrogativas del pueblo; porque entre el pueblo y la aristocracia écsiste una balanza que jamas estará en el fiel... Siempre han de procurar unos ú otros tenerla inclinada.... y la victoria será del que posea mas recursos; ó mejor dicho, del que sepa aprovecharse mejor de ellos y de las circunstancias.

—¿Y creéis que los conservadores puedan...

—Armarse contra tí? Al menor motivo, á la mas leve ocurrencia que les haga creer que los ultrajas... que las inmunidades del pueblo sufren algun perjuicio... Es necesario lisongearlos, y no perderlos de vista. Que el trono, crean está unido á ellos, y tenerlos á raya á la distancia competente para que no se acerquen á él. Consentirlos y engañarlos al mismo tiempo, como yo hago... que estoy entre ellos para observarlos solamente y estar en guardia... así como ellos han colocado cerca de tí, para que te siga todos los pasos, á uno de sus gefes principales... á uno de sus caudillos mas ciegos y decididos.

—¿Quién es?

—No lo adivinas? El mariscal Otocaro.

—Oh! no penseis así del mariscal!...

—Bueno! bien! Mira que yo no tengo idea ni pretensiones de ninguna clase... Que yo á nada aspiro... á nada... Que no quieromezclarme en ningunasunto... Pero me has preguntado, me has obligado á que hable. . y mi deber como tío y noble, es darte mi pobre opinion... Por lo demas tú tomarás en cuenta ó no mis palabras.... porque á mí ¿quién me manda empeñarme en que tú me creas?... Nadie... Yo no lo quiero tampoco aunque sentiré que mis temores se realicen... Me será doloroso verte ostigado, estrechado, abrumado cuando no tengas remedio... ó te cueste mucho mas poder volver por tu trono y tus derechos... Porque no seas el juguete de tus enemigos y hagas un papel triste á los ojos de los demas principes de la confederacion... Yo me retiro á mi palacio, ahora á temer... y luego á uno de mis castillos á sentir... Adios, sobrino mio.

—Con que os vais ya?

—Si... Tu piensa... piensa entre tanto lo que mas te convenga... No hay mucho

lugar... pero... quien sabe... puede que encuentres algun arbitrio... Cuando menos se piensa!... No olvides sin embargo que debes partir á Aix-La-Chapelle á asistir á la coronacion del emperador, y que entretanto faltaras del gran ducado... Ea, adios... adios, querido sobrino.

--Volved esta noche...

--Veremos... no respondo... no te lo doy de cierto... Si acaso mañana... ó sino pasado... ello será... adios, adios...

Y salió á pasos precipitados de la habitación.

Othon quedó con las palabras del príncipe, sin saber que partido adoptar. Las observaciones que el astuto ex-fraile acababa hacerle, eran ciertas y razonables. El estado de su erario estaba en decadencia, los enemigos exteriores amagándole, los interiores deseando romper y sus recursos pecuniarios escasos en demasia.

De repente se le presentó á su imaginacion un cuadro harto desagradable. Efectivamente; el mucho amor á sus súbditos le habia hecho descuidarse hasta tal punto, y ahora necesitaba dar un paso aventurado é

inesperado para sus vasallos, y el cual iban á estrañar sobremanera.

Pero no habia remedio; la seguridad y el bien del estado lo exigian, y era preciso arrostrarlo todo.

Otro motivo poderoso, ademas de su obligacion de duque soberano, le obligaba á velar y conservar sus estados con la paz inalterable que hasta allí. Este motivo que solo tres personas sabian, y desconocia toda la corte, lo afligia y ocupaba tanto ó mas que la situacion embarazosa en que se hallaba.

Asi mandó llamar con premura al conserjero Biling, sugeto que como digimos, tanto por ayo suyo, como por sus cualidades interesantes, poseia su total y entera confianza.

XIII.

Dos hermanos.

Ya se ha dicho que la marquesa de Korvei abandonó el lecho, á poco de haberse retirado de ella la gran duquesa.

Aun no habia acabado de vestirse y se presentó Margarita con la targeta de Pedro.

Que entre al punto... dijo Sofia, y vosotras ya sabeis lo que os tengo encargado.

Pedro fué introducido en la cámara, y Richsa y Margarita se retiraron, cerrando las puertas.

Entretanto que Sofia cerraba tambien las interiores de la cámara, Pedro arrojó la capa y el sombrero sobre un escaño.

En seguida tomando un taburete, se sentó enfrente de la marquesa.

--Me has tenido con mucho cuidado desde anoche acá, Sofia... Y este se aumentó esta mañana temprano cuando esa muchacha me anunció que te hallabas enferma.

--Ya te he dicho, que cuando estemos solos me llames por mi verdadero nombre.

--Perdòname... pero tengo tan poca confianza en las paredes de los palacios! Sospecho que hasta estos tapices oyen... No, no: nada perdemos en seguir guardando un incógnito, que ya pronto debe desaparecer... Los quince años de plazo estan para espirar... Sí... sí... sigamos llamàndonos, tú Sofia y yo Pedro... nada aventuramos así, ni perdemos tampoco,

--Es verdad... pero me es tan dulce pronunciar los nombres de nuestra infancia!

--Aquello desapareció, y en su lugar ha quedado un presente sombrío y fatal!.. Ojalá el porvenir se manifieste mas risueño!....

Esos momentos de gratos recuerdos, de satisfaccion filial que tanto te complacen, déjalos para el castillo del Águila Negra... Allí al traves de la puerta que yo guardo, y en la que penetraran solo por encima de mi cadáver aquellos que no deban hacerlo, babitan la pureza, la sinceridad y la verdad. Allí, Sofia, es donde puedes entregarte con libertad y sin temores, á las sensaciones plácidas y dulces que experimenta tu alma á la vista de los únicos objetos que ya ecsisten para tí en el mundo.

—Los únicos!! exclamò la duquesa enternecida.

—Sí, los únicos, los solos, y los que debes procurar conservar porque los demas han desaparecido.

—Y qué. ¿Será posible que no vivan?...

—Sí, porque cuando la ira del destino persigue à un mortal desgraciado, es incesorable, y no cesa hasta abrirle la sepultura y lanzarlo en ella.

—Ah!!....

—Sin esta mision que yo tengo en el castillo... deber sagrado y que no puede confiarse á nadie mas que á mí, yo hubiera re-

corrido la Alemania, la Francia, la Suiza... la Italia... los mas remotos climas... el mundo entero por buscarlos. Y quizá mis esfuerzos hubieran recibido su galardón. Si, porque el santo afán que animaba mis pasos, no podia menos de ser patrocinado por ese Ser de misericordia!... El me hubiera guiado... conducido en tan incierta jornada, y al fin coronado mi obra... porque este tambien hubiera sido mi talisman... Talisman que sabes tú no puede engañarnos nunca.

Pedro, á estas últimas palabras, sacó de bajo de su almillá una cruz de oro que llevaba al cuello, con un cordon de pelo.

—Ah, madre querida!! prorrumpió Sofia anegada en llanto y mostrando una cruz igual, pendiente de otro cordon de pelo, y besándola con entusiasmo. Hé aquí sus cabellos!... míralos, Pedro!... Cabellos queridos que beso y adoro con veneracion.

Pedro imitó la accion, arrojándose en seguida en brazos de la marquesa. Esta lo estrechò con ternura, y los dos permanecieron abrazados unos momentos mezclando sus zollos y sus lágrimas.

—Asi, hermano mio, así!... añadió Sofia... con espresion...

—Calla!... Calla!... dijo temeroso el u-gier, cogiendo la cabeza de la marquesa, y queriendo con ahinco ocultarla en su seno como para ahogar sus palabras... Calla, por Dios!... Esos acentos podrian ser muy perjudiciales para todos!... Calla, Sofia, calla!

Pedro volvía el rostro como temeroso de que pudiese alguno oír sus frases...

—Si era imposible! continuaba Sofia sin hacer caso de lo que decia su hermano... ¿Ves como no podiamos separarnos con esa fria indiferencia que los hombres nos obligan á guardar delante de ellos?

—Si... si... pero calla... cállate ya!... Todo nos obliga á terminar esta escena... Tú, apesar de decir lo contrario, conozco que estas enferma... que padeces, y estos afectos violentos y tristes no pueden serte nada útiles... Por lo demas, te repito que poco nos queda que sufrir ya asi. Bien en la corte de Ravensberg, ó en un oscuro y humilde rincon del universo, podré llamarte lo que para mí eres... y si ahora eres marquesa obsequiada y adulada, entonces viviras para mi amor y yo para ser un esclavo tuyo.

Trabajaré para tí, y la fraternal y dulce union de dos almas, que se han querido tanto desde la infancia, porque habitaron el seno de una misma madre, mamaron su leche, y se nutrieron de sus puros sentimientos, valen mas que las seducciones y comodidades de una corte... Si, Sofia; pronto podremos amarnos sin embarazo, y sin tener que ocultar este cariño de los ojos de nadie

—Te engañas, Pedro... Dios sabe cuando tendran término nuestras penas....

—Por que? ¿Acaso el tiempo prefijado por Othon...

—Se aprocsima... pero no se podrá cumplir su deseo, ni el nuestro tampoco.

—Esplicate...

—Ocurren para ello nuevas circunstancias, mas graves y poderosas que la primera.

—Cuales?

—El saberlas es lo que ha conturbado mi espíritu, debilitado mi ánimo... y causado esta indisposicion fisica... que, plegue al cielo no vaya en aumento.

—Sofia!!... Y en efecto, tu bello semblante está mortal. Habla... Habla, por Dios... No sabes la energia y el valor que me

acompaña? Cuánto es el cariño que os tengo... y á tí en particular? Lo que soy capaz de hacer?... Hasta donde me arrojara por vosotros?

—Ay! no me lo recuerdes... Esa audacia te perderia... y á mí tu perdicion me encerraria á la tumba. No es arrojarme lo que mas se necesita aquí, Pedro; es... Espera...

La marquesa se levantó prontamente. Examinó las puertas, tocó todos los tapices de la habitacion, y cierta de que ninguno podria estar escuchando, volvió á ocupar su asiento.

—Toda precaucion es poca, comparada con la importancia de lo que voy á decirte... Escucha... El obstáculo grande, terrible... y que se necesita superar con todas nuestras fuerzas, es la gran duquesa.

—Eso ya lo temia yo... pero cederá...

—Oh! es que no creas que su oposicion tiene un carácter sencillo y natural... es de mas valor que imaginas.

—Si?...

—Lo que oyes... La duquesa aborrece irreconciliablemente á Othon.

—Tambien lo sospechaba.

—Pero tú sabes la estension de este odio? su procedencia?

—¿Atentará á su vida!! (casi trémulo.)

—Oh! no lo pronuncies siquiera! Mi corazon desfallece al recordarlo!... Mi cabeza se estravía y creo que me vuelvo loca... La vida de Othon!... ¿Sabes tú, Pedro, lo que vale para nosotros la vida de ese hombre! De ese hombre, causa de todas nuestras desventuras? Instrumento de nuestros infortunios y padecimientos!

Pedro se puso mortalmente pálido á este recuerdo de su hermana.

--Y sin embargo, nosotros que debíamos ser sus mayores enemigos, los que deseáramos su esterminio, los que procurásemos inmolarlo á nuestro justo resentimiento, somos los primeros guardianes de su vida, los que anhelamos mas conservarla.... Los que no omitiremos medio ni sacrificios para su defensa... los que debemos esponer hasta las nuestras por la suya... Y esta contradiccion, esta anomalia maravillosa é incomprensible, está consignada en sucesos infaustos para nosotros. Es verdad, Pedro? ¿No es cierto que tú tiemblas y te

estremeces como yo, al recordar siquiera que Othon pueda perecer?

--Oh! sí! sí!

--Pues hé ahí mis temores con las ocurrencias que he sabido, ratificadas con el secreto que me ha rebelado la misma Ludomila. Sin su confianza, sin su intimidad, yo hubiera ignorado todo esto... Ah! bendigo mi disimulo y reserva!... Bendigo al cielo que me dictó amar á esa muger, cuando tenia tantos motivos de aborrecerla!... Y esto prueba que la omnipotencia de Dios es sabia... sus arcanos infinitos... su misericordia inagotable! Y creen los hombres que las causas, los accidentes y los efectos se sujetan á su mísera y pobre determinacion! Al curso ordinario de los acontecimientos!... Que no hay una mano poderosa é invisible que nos guia y conduce!.... Necios! Quién, sino ese poder inescrutable, me animó á querer á esa muger, enemiga de nuestra ventura? A la que debí odiar por convencimiento, para que ella fiando en este amor me hiciese depositaria de un secreto, grande, peligroso y mortal, que tanto influye en él... y me abriese su alma tan

completamente? En una palabra, que me revelase una flaqueza tan criminal como vergonzosa? .. Que me confesase ruborizada y cubierta de vergüenza que engañó á su esposo antes de casarse.... porque ya era madre.

--Madre!! exclamó Pedro con una admiracion estraordinaria... Repítelo, Sofia... ¡Madre has dicho!... La gran duquesa!

--Si, madre, Pedro; madre por un crimen... por una seducccion! Pero esta seducccion no estaba apoyada en el engaño, el disimulo y el error... Este crimen fue perpetrado con persuacion y sin dolo... Cediendo á los impulsos de una pasion, no á sugeriones falsas y palabras falaces?... No hubo violencia en el ánimo ni en la voluntad. Es un delito atroz, porque la voluntad de Ludomilia no era libre. Estaba sujeta á su clase, á su distincion... A esa poderosa razon de estado á quien tenia que someterse al fin.. y ser por lo tanto falsa, perjura y engañadora.

--Es verdad.

--Este simil no debe en parte sernos tan repugnante, Pedro, porque se prueba

harto mas la justicia y razon de nuestra causa... Justicia cuyo recuerdo nos mata. Razon cuya memoria nos abruma sin cesar. Pero aun cuando la providencia haya combinado las causas así para animarnos y consolarnos, aunque tú, yo no, crea que esto puede reportarnos alguna ventaja, debo decirte que es un error tan inocente como amargo. La gran duquesa es una muger que, á par de su honor, ha ido perdiendo aquellos afectos sensitivos y puros que nacen del corazon. Es una muger que ya no puede amar, porque su alma está mas avezada al odio que á la fraternidad.... se halla mas empedernida que tier-na... Si acaso, todo lo mas que hará ya esta muger verdaderamente infeliz, es dar impulso y satisfacer esos placeres sensuales que no nacen del corazon, sino de un estímulo harto comun, y que despues todo el recuerdo que dejan es una memoria triste, y á veces el hastio y el arrepentimiento.

—Me admira lo que me dices, Sofia.

—Pedro, mis años no son muchos, pero mi experiencia es dilatada, y la corte ha contribuido á darme una educacion, cual sa-

bes que no hemos podido obtener. Y no es lo peor que la gran duquesa mire sus obligaciones conyugales como una carga pesada é insoportable; que odie á su marido, que aborrezca á todos, que se odie á sí misma por la falta que ha cometido, sino que su cómplice, su testigo irrefragable, y quizá su acusador, ha venido desde Ferrara, y se encuentra hoy en el palacio de Ravensberg.

—Es posible!

—Si, se le ha presentado delante, fiero, amenazante, audaz é impávido. Ese hombre arrojado lo conocen solo por el seudónimo que ha escogido... Tú tambien lo has visto y sabes quien es... Se llama en Ravensberg, Mastropetro.

—Còmo! ¿un escudero!

—No es un escudero, no: no es un hombre de la clase media ni de la baja tampoco. Es un caballero de la primera nobleza de Ferrara. Aun si su procedencia fuera humilde y sus ideas menos elevadas; si la sangre que le alienta no diese impulso y vigor á su resentimiento, Ludomilia hubiera podido seducirlo, ganarlo, convencerlo...

y quizá comprarlo... Pero ha resistido á todo... A dádivas, amenazas, promesas y súplicas. Nada ha bastado á disuadirlo de su propósito... Le ha presentado á Ludomilia dos caminos .. pero fatales, terribles!.... cubiertos de abrojos y precipicios!... Dos sendas de un término horrible. O su venganza, ó corresponder á su antiguo amor.

—Sofia!

—Lo que oyes. Calcula si en esta alternativa, amenazada, estrechada, oprimida, obligada Ludomilia, qué partido podrá abrazar... Amenazada, se acuerda que es duquesa soberana... Obligada tiene presente que es muger y poderosa... Sin embargo, sola con él en su cámara, hasta se ha humillado á la súplica... Ha puesto en juego los grandes resortes que una muger de su clase posee... todo en valde: Mastropetro, cuyo nombre verdadero es Leonelo conde de Polesino, ha contestado como conde, como Leonelo y como amante.

—Ha hecho bien.

—Si... era su deber... ¿Pero tú no calculas las consecuencias de esta entrevista? No prevees los resultados de la lucha que se va

á emprender entre estos dos poderes?..

—No... pero...

—Pedro... ¿Con qué ojos ves esta grave cuestion?... Olvidas lo que te he dicho ya de la gran duquesa... ¿Que esa muger no tiene ya corazon, y por consiguiente no puede haber ya en ella ningun sentimiento de ternura ni sensibilidad? ¿Que odia á su marido?... Que este está colocado entre ella y Leonelo, y al lado de Othon al destino de...

—Calla... Calla, Sofia! Ah! ya lo comprendo todo...

—No, todo no... porque ignoras una circunstancia esencial. Ludomilia me ha confiado su secreto, me ha pedido mi cooperacion contra Leonelo, y yo... yo se la he prometido.

—Qué has hecho?

—Lo que debia .. lo único que me restaba. Mostrarme indiferente en asunto tan importante, hubiera sido hacerle dudar de mi cariño.. Afecto que sino lo posee ya... no puede convenirme que crea se ha extinguido en mí.. Negarme, hubiera sido despertar sus sospechas y hacerla mi enemiga mas terrible... Enemiga con quien no tenia armas

para luchar, para sostener la contienda, y en la que indudablemente seria yo vencida.

--Pero tenias el amor, el poder de Othon... y revelándole el tráfico de su esposa con Leonelo, su anterior falta...

--No lo pronuncies siquiera. Los resultados serian fatales para mi honor... y tal vez funestos al mismo Othon... Entonces ella se uniria quizas á Leonelo contra su marido, sino por amor por venganza hácia nosotros dos, y este que ve en Othon hasta ahora un rival inocente, preferido solamente, y á quien no culpa de nada, entonces tal vez lo miraria con prevencion é ideas siniestras. Leonelo es un extranjero, un alto dignatario de la primera nobleza de Ferrara, deudo de sus soberanos, la causa que defiende es justa para él, y despues del escándalo, la justicia de Othon seria inútil, pero no las acechanzas de Ludomilia y Leonelo contra Othon y contra mí. Seriamos los cuatro la fábula, el escarnio de Ravensberg y aun de la Alemania entera. A mí se me miraria como á una delatora infame; á Ludomilia como una princesa impura; á Othon como un esposo cubierto del ridículo mas

denigrante, y á Leonelo como un amante necio y vengativo, no como un hombre resentido de que hayan destruido su fé y sus creencias amorosas.

—Me confundes!... No puedo comprender el desenlace que tú preparas á esto.

—Yo misma lo ignoro, pero mi intencion está formada. Reasumido todo á un objeto, á un fin, si lo consigo afianzo mi victoria. Estos son, envolver á Ludomilia tan completamente en sus lazos, que cuando pretenda desasirse de ellos, ya no le sea posible.

—Y como es facil conseguirlo.

—Trabajando á su favor.

—No lo entiendo.

—Mas tarde lo comprenderas. La astucia, el secreto y la perspicacia son los tres agentes principales que voy á ocupar... En la corte hay recursos inmensos para realizar un plan de esta naturaleza... La habilidad y el acierto está en convinar bien estos recursos... en saber aplicarlos á tiempo.... y eso es en lo que yo fundo mi esperanza.

—Cuanto siento no estar á tu lado.

—No me eres tan útil aquí, como fuera... El tema constante de Ludomilia con-

tra Othon, es el misterio que encierra el castillo del Aguila Negra; y aunque mis trabajos diplomáticos se basan en pro y conservacion de ese arcano, él mismo ha de servir á mi intento... Es decir, que de todo espero sacar partido... Te tengo á tí, con el valor, la prudencia y el interes necesario por mi triunfo... ó mejor dicho el nuestro, y me basta.

—Ya deseo que me ordenes algo.

—Escucha con atencion.

Pedro se puso á mirar á Sofia sin pestañear siquiera.

—Tú conoces sobradamente á Leonelo.

—Demasiado.

—Pues bien. El ha dicho á la duquesa que el niño, ó niña, pues su madre ignora su sexo por motivos que te contaré, está aquí.

—En Ravensberg?

—Sí... Es indudable que lo tiene depositado con secreto en alguna parte... y que él lo vé, sino todos los días, no muy tarde tampoco... Ese sitio es el que es necesario descubrir, y ese es el primer encargo que te doy.

—Arduo es en verdad.

--Yo no pretendo que precisamente llegues hasta donde esté su hijo, sino que sigas sus pasos, y siempre con diferente disfraz, hasta que des con la guarida.

—Lo haré así...

--El no se mueve de palacio por lo regular de día... De noche es cuando creo que sale... y entonces irá á visitarlo...

--Le seguiré de día y de noche.

--Para que puedas hacerlo sin que notes tu falta en el castillo del Aguila Negra, por lo menos Othon que es el que va á él diariamente, yo hablaré hoy al duque. Le diré que la duquesa está recelosa de sus paseos á la fortaleza, que se propone espiarlo y sorprenderlo dentro, y hasta hacer un examen de ella, y que este escándalo debe evitarse por las consecuencias. Que eso se palia, y aun se desvanece en cierto modo, privándose él de ir allá por algunos dias... y para que pueda estar tranquilo en su ausencia... que nombre al mariscal Otocaro, gobernador del castillo del Aguila Negra, con órdenes secretas y terminantes, para que bajo su responsabilidad no deje pe-

netrar á nadie en la fortaleza, y en particular desde la antecala negra hasta las habitaciones cuya puerta es la del águila... encargándole especialmente al mariscal no moverse del castillo. Othon es docil á mis consejos y te aseguro que hoy mismo quedará efectuado.

—Bien.

—Tú podras entrar y salir en el castillo cuandó te acomode, pues seras esceptuado de la prohibicion indicada... y yo haré en él tambien mis visitas nocturnas como hasta aquí con asombro del mariscal, que verá todas las noches á deshoras entrar y salir en la fortaleza una dama velada, sin saber quien es.

—Sea asi.

—A propósito del mariscal... Sabes que entre Othon y yo, no hemos podido sacarle nada del interes que mostró en la conversacion que tuvo contigo, la tarde que llegó con el duque hasta la puerta del águila?

—El mariscal es una persona muy apreciable, solo que tiene penas crueles que corroen su corazon...

Sofia, refirió á Pedro el suceso de la aldeanita de la selva de Roden que Othon le

habia contado á la marquesa.

--Ya ves, continuó esta, que el mariscal no engendraría un cariño tan pronto por una niña desconocida, si alguna circunstancia no le recordase, así como tu fingido nombre de Pedro, algo que alarmase su sensibilidad. En fin, veremos si se descubre mas con el tiempo.

--Lo dudo... porque el mariscal es muy reservado.

El ruido de una campanilla los interrumpió.

--Es Richsa, dijo Sofia. Me avisa que alguno quiere verme..... Vete ya, y vuelve cerca del anocheecer te informaré si Leonelo ha salido de palacio ó no.

--Oh! yo lo sabré antes que tú... descuida.

--Adios, hermano mio, añadió la marquesa en voz baja y abrazándolo... Ventura y acierto te dé el cielo.

--Y á ti la felicidad que mereces, Sofia amada.

Pedro dió un beso á su hermana en la frente, y tomando la capa y el sombrero se embozó hasta los ojos.

Sofia abrió las dos puertas interiores, y sonando la campanilla de su bufete se presentó Richza.

—Quién es? la preguntó.

—El señor baron de Colemberg.

—Que entre. Conque adios, Pedro, continuó Sofia en voz alta, y que el baron oyó perfectamente desde la puerta al entrar... Agradezco tu celo, amigo mio... Ya ves que mi enfermedad ha sido pasagera... Dilo á tus compañeros del castillo, y que nunca olvidaré las muestras de atencion que acaban de darme por tí.

Pedro se inclinó y salió al tiempo que el baron estaba dentro de la cámara ya.

—Lo que es el reconocimiento, prosiguió la marquesa. Ese pobre mozo no puede borrar de su corazon la gratitud que siente por haberlo yo colocado en el castillo del Aguila Negra... Es agradecido, y me complace tanto que le he dado una targeta con unas iniciales, para que le sirva de contraseña y entre á verme en las horas permitidas, sin oposicion ni embarazo.

—Con efecto... contestó el baron frunciendo el ceño y mirando con aire de impor-

tancia hacia la puerta por donde salió Pedro... La otra noche dejó caer la targeta mencionada en esa antesala... y por cierto que estuvo descortes ó insolente en demasia, cuando volvió á reclamarla á vuestro page Guarco.

—No es extraño... Es demasiado natural y franco, desconoce los usos de la corte... y es fácil que incurra en algun error...

Pero dejando esto ya, pues ninguna importancia debe dársele á tal ocurrencia, decidme, amable Colemberg, á qué feliz casualidad debo la ventura de verme tan favorecida en este momento?

—Favor, señora? Es deber, obligacion... Es un homenaje debido á la gracia, la belleza y el respeto.

—Lisongero venis en demasia.

—Justiciero, direis mejor.

—Gracias, baron.

—Lo mereceis, marquesa.

—Ya veo que en vos compiten lo cortes y lo galan...

—Por lo menos me precio de conocedor y admirador del verdadero mérito... y lo que es ahora no me equivoco.

—Gracias otra vez... contestó Sofia con una sonrisa fascinadora...

—Basta veros, para adoraros, marquesa, para ansiar permanecer eternamente á vuestro lado... pero en escuchándoos se cree uno transportado á la mansion de una hada hermosa... de una hechicera divina, que nos trastorna y adormece con encantos celestiales... Pero al traves de tan plácido y dulce gozar, se descubre en vos esa apática y fria indiferencia con que recibis las muestras de amor de vuestros ciegos admiradores... Porque efectivamente, no se comprende, no se concibe como una jóven bella y llena de atractivos, en la edad de las impresiones, pueda manifestarse como vos tan libre y cesa de todo sentimiento amoroso.

—Verdaderamente que soy un fenómeno, Colemberg. No es eso lo que quereis decir?...

—Si tal! Pero un fenómeno bello... lleno de hermosura y dones que harian enloquecer al mas apático y helado de nuestros cortesanos... Jamas habeis amado marquesa?

—Nunca...

—Dichoso é infeliz corazón...

—Infeliz y dichoso!!... no os comprendo... En que se funda esa contradicción? Explicádmela, por vuestra vida.

—Dichoso, porque no ha conocido dueño aun, y es libre... Infeliz, porque no ha experimentado las gratas sensaciones del amor.

—Discreto sois á fé...

—Pero... muy desgraciado, Sofia!..

—De veras? Ja! ja! ja!... (prorrumpiendo en una ruidosa carcajada.)

—Os reis de mi infelicidad? Sois bien cruel.

—Al contrario!... No tengo mal corazón... Lo que me hace reir es el modo que teneis de espresarlo.

—Tan extraño es?

—A lo menos intempestivo.

—No lo veo así...

—Cada uno tiene su modo de mirar.

—Es indudable.

—Vos con los ojos de... de qué diremos, baron?

—Con los del amor...

—Perfectamente. Y yo...

—Con los del desden y la indiferencia mas despiadada...

—Etais equivocado... Ignorais que me precio de compasiva y sensible?...

—De veras... de veras, marquesa?..

—Sí, con los pobres... Con los necesitados...

—Sofia!!

—Y como vos no sois lo uno, ni estais lo otro, os miro, aunque creais lo contrario... como... como...

—Como qué?...

—Como á un buen amigo...

—Os burlais ademas?...

—Dios me libre de hacerlo.

—Pues si ahora no os mofais de mí, no creo... que...

—Etais en un error... Pero ya es tiempo que hablemos con formalidad... si es que os place.

—A mí?... todo lo que sea de vuestro gusto.

—Sois caballero... y esa cualidad la aprecio mucho vos... Yo no soy capaz de burlarme de nadie... y de vos mucho ménos;

sugeto que distingo y aprecio sobre los demás. No amo á nadie por dos cosas... Porque dudo encontrar un hombre que me quiera como yo pueda querer... y porque en la corte de Ravensberg, amigo mio, hay muy pocos modelos puros que copiar en este punto.

—Y qué, ¿se necesita para amar, imitar á nadie?

—No, pero cuando se junta á la poca inclinacion, menos estímulos, no es muy fácil caer en la tentacion.

—Sin embargo, no faltan modelos.... y de alguna consideracion.

—Sí? pues no lo he visto en verdad.

—Y de un amor tan grande y elevado...que casi toca en imposible la correspondencia.

—Baron!! Mirad que me meteis en cuidado! Amor de imposible correspondencia!.. Y en el palacio de Ravensberg!... Acaso el que lo abriga se dirige á algun objeto de singular valor?

—Si...

—Es hombre ó muger?

—Hombre.

—Ah! con que el que ama es hombre

y la muger es el objeto imposible! .. Y qué clase ocupa ella?

—La mas alta.

—Hola! con que es la gran duquesa?

—Qué! no...

—Y el condolido doncel?...

—Es un secreto...perdonad...

—Bien... lo respeto... pero que no se queje si yo lo adivino algun dia.

—Entonces , claro es que no deberá fundar agravio.

—Y vos lo sabeis!... Qué casualidad!!... No os estrecho á una revelacion, porque entre caballeros hay secretos sagrados. Pero no podré menos de deciros que ese amante ó es muy tímido, ó muy tonto.... ó que no conoce como debe á las mugeres.

—Es indudable que teneis razon.

—Verdaderamente que no se en que se piensa en esta corte.

—En murmurar de todos.

—Soberbio y útil entretenimiento! Pasatiempo que producirá resultados felices para los que se ejerciten en él.

—Es verdad, pero considerad, bella marquesa, que no falta razon para ello.

—Por qué?...

—Vos misma os convencereis ahora.

Sofia habia traido la conversacion al punto que deseaba. Queria explorar al baron, para ver lo que debia temerse de él.

—Ya os escucho.

—Sin que esto pase por critica ni murmuracion, añadió el baron, y solamente por una referencia sencilla de las observaciones hechas por mí y otros, empezaremos por los que mejor ejemplo debian dar de aprecio mutuo, tanto por obligacion como por deber.

—Ya sé donde os dirigís y os ahorraré el trabajo de la explicacion, concediéndoo antes que teneis razon sobradísima. Los primeros que debían presentar la pauta mas recomendable de cariño y union, eran Othon y Ludomilia.

—Cabal...me habeis comprendido.

—Respetando nosotros las causas secretas que pueda haber para esa indiferencia tan marcada, y sin profundizarlas, porque no es nuestra obligacion, nos concretaremos únicamente á lo que en la actualidad vemos. Yo amo á los dos... y no puedo menos de la-

mentar la conducta que observan.

--Y que tanto dá que decir.

--En particular ese misterio del castillo del Aguila Negra... Misterio que me tiene hasta resentida, Colemberg. Secreto que me ha ocupado horas enteras de reflexion, sin poder no solo adivinarlo, pero ni alcanzar la mas pequeña luz sobre él...

--Veo que en todo caminamos íntimamente unidos, marquesa...menos en una cosa...

--En todo, Colemberg, en todo; le centestó Sofia con una mirada picarezca y seductora.

--Oh! no...Me lisonjeais...y perdonad si os digo que me engañais tambien... No a-
mais á nadie... y por lo tanto nuestras ideas no son enteramente iguales.

--Mucho decir es!...

--Señora, lo que he oido no admite interpretacion... aunque esté basado en un error inocente por vuestra parte.

--Lugar queda de desvanecerlo...volvamos á la conversacion anterior. Quereis?

--No os he dicho que todo lo que os plazca me agrada á mí?

--Gracias por la galanteria.

--Repito que no lo es.

--Cuál es vuestra opinion con respecto á lo que ocupa á toda la corte? A esas visitas del gran duque al castillo del Aguila.

--Divago sobre ello, Sofia... No puedo menos de confesarlo. Unas veces creo que serán negocios de alta política los que llevan á Othon á él... y otras inteligencias amorosas...

--Puede ser.

--Pero vos, cuya perspicacia y talento son apreciados en la corte; la verdad marquesa... ¿no habeis penetrado nada?...

--Nada...

--Y que conjeturais?...

--Que son asuntos diplomáticos y no amorosos los que conducen allí al gran duque...

--Respeto esa opinion por ser vuestra...

--Tampoco quiero que se le dé todo el valor que yo guardo á mi creencia.

--Siendo de vos, no hay remedio.

--Yo fundo mi acerto, en que el mariscal Othocaró y el consejero Biling entran con Othon en el castillo, y si fuera un trá-

fico amoroso, el duque no necesitaria del consejero de estado, ni de la primera espada del gran ducado... Iria solo y sin testigos.

--Tambien es cierto

--Por lo demas, el despego que muestra á Ludomilia puede nacer de causas secretas que desconocemos todos... y que ninguno está en derecho de pretender investigar.

--Es así... pero no negareis que este es un mal trascendental á la corte. Ver á sus soberanos tratarse poco menos que dos extraños... Pasar dias enteros sin verse y hablarse... Los asuntos de estado, los domésticos no consultarlos, analizarlos, ni resolverlos entre sí con aquel acuerdo y fraternidad que debe reinar entre dos esposos, dos soberanos... Este desvío, marquesa, esta desunion no puede producir buen resultado... os lo aseguro con dolor.

--Tambien lo creo.

--La corte está dividida en opiniones... Unos defienden y se interesan por Ludomilia... otros por Othon... Se habla de una esposicion de la gran duquesa á su tio el pontifice... Se dice por muy cierto que va

á solicitar de él su divorcio.

--El divorcio!!! exclamò asombrada Sofia.... Oh! eso no es posible!.... no puede ser!... Ludomilia en medio de todo, no llevará su resentimiento á un extremo tan ruidoso y repugnante. Como muger agraviada, no dudo que adopte otros medios para satisfacer algun tanto su amor propio ofendido... Pero dar un escándalo semejante!... No, no.... Esa es una invencion torpe y menguada, Colemberg... Un chisme cortesano, pero en todos conceptos digno del mayor desprecio.

—Plegue al cielo que sea así.... Yo aprecio al gran duque, amo á la duquesa... y me intereso sinceramente por el bien de Ravensberg... Considerad si podré querer una cosa tal.

—Y quién es el que os ha contado semejante absurdo?

—Una persona, cuyo crédito debe ser un verdadero problema.... y el cual no se sabe si adoptar ó desechar.... El escudero Mastropetro.

—¿Leo. . digo, Mastropetro?

—El mismo... Dice que lo ha escucha-

do en la cámara de las damas de honor de la gran duquesa... Que circulaba entre estas.

—Mentira, mentira infame! Baron, os suplico que, si ha sido á vos solo á quien lo ha dicho ese hombre, no deis circulacion á tal patraña, y si la ois á algun otro procureis contrarrestarla y desvanecerla.

—Os daré gusto.

—Mastropetro! Ese hombre no me gusta!... Qué se yo!... Se me figura que no es bueno.

—Lo mismo opino de él.

—Y cuidado que yo no tengo prevenicion contra nadie... Sin embargo, me consta que debe á vos su colocacion en palacio... y que teneis con él frecuentes y largas conversaciones.

—Sí... sí... es cierto. Pero sin intereses... sin objeto.

—Baron!... baron!... Veis como tengo razon en no amar á ningun hombre?... En no entregar mi puro y sincero corazon á nadie? Dónde están la franqueza y la verdad? ¿dónde?... Si en una cosa tan sencilla mienten los hombres, como vos ahora,

qué será cuando hagan una ofensa grave á nuestro cariño?

--Sofia, por Dios, no me acuseis así... No compareis vuestro corazon... joya inestimable,.. tesoro inmenso... don divino... con un mero pasatiempo palaciego.... un capricho de la curiosidad... un culto necio que se rinde en la corte al deseo de saber, de enterarse de lo mas leve. Abuso tan mezquino, como inherente á todo el que sienta la planta en un regio pavimento, no puede servir de simil al precepto tan sagrado como halagador, de tener que hablar la verdad á un ser privilegiado, cuyo afecto y amor solo pueden ser comparados con los goces celestes... Ser querido por vos, hermosa marquesa... poseer vuestro corazon!... Eso bastaria á delirar... á enloquecer de placer y ventura!

Una sonrisa, tan hechicera como maliciosa, fué la respuesta de Sofia. Conocia que el baron hablaba entusiasmado, no por los atractivos que hallase en ella, sino por su insaciable ambicion, la cual podia tener esperanzas de satisfacer si le correspondiese; pero habia hasta allí rechazados con a-

cierto y sutileza las repetidas tentativas de Colemberg, dejándolo al mismo tiempo sujeto á su dependencia.

Dos motivos graves la impulsaban. Primero, que conocia lo poco que el baron valia para amante, y segundo que ella necesitaba el tiempo que podia emplear en halagar la inclinacion interesada de Colemberg.

--Veo, le dijo sin dejar su humor festivo, que sois peligroso con las damas, baron, y que se necesita estar muy prevenida con vos. A no ser asi, os aseguro que ahora conseguiais el que os creyese... Pero volvamos á Mastrepetro.

--Me atormentais, Sofia.

--Volvamos, volvamos á Mastrepetro.

--Sea, pues lo quereis.

--Ya se ve, si vos fuérais franco conmigo... si yo pudiese esperar.... que me habláseis con sinceridad.

--Y por qué no? puedo yo negaros nada? Si os quejais de que no he usado aqui de franqueza, es un error que me ofende... y que compromete el afecto que quiero á toda costa conquistar de vos.

--Ese lo teneis siempre... Siempre....

--Sofia!!...

--Sí... Solo que vos no lo comprendeis., y no es culpa mia en verdad... Os he dicho ya que lo poseeis como un buen amigo.

--Y nada mas? Soy tan ambicioso!...

--Eso dependerá mas adelante de las pruebas que me deis...

--Decid cuales... dictad... No deseo otra cosa sino ganar vuestra voluntad.

--Baron la muger que enseña á un hombre la senda para llegar hasta su corazon, no dá una una idea muy favorable de sí misma.

--Por qué?...

--Porque al amor aunque ciego, es perspicaz y entendido demasiado... y en siendo verdadero, no necesita lazarillo ni guia para caminar derecho, que lo sabe hacer con rapidez... Considerad ahora si el hombre que dice ama, deberá esperar que le indiquen cómo... ó lo debe adivinar y preveer.

--Sois tan hermosa, como entendida!

--Volvamos si os parece á Mastropetro.

--Volvamos... pero á mi pesar.

--Por qué?...

--Porque mejor que hablar de ese hom-

bre estaría toda mi vida escuchándoos divina preceptora.

—Baron... volvamos á Mastropetro.

—Vaya pues...

—Las mugeres somos muy curiosas.... y este, si es defecto en nuestro secso, merece alguna disculpa. ¿Creereis, Colemberg, lo que voy á deciros? Pues ese hombre ha interesado de un modo mi curiosidad, que deseo saber quién es?...

—Pero no es lo que vemos?... Es decir, un ferrarés... un escudero?

—Ahí está el punto sobre que se fija mi deseo... Yo he llegado á concebir el capricho de que no es lo que aparenta.

—Pues tendria que ver!!

—Qué quereis? Será una aprension, pero, ¿quién me la quita de la cabeza?

—Posible es, Sofia?

—Y tanto... Ya se vé, yo por mi calidad y sécso no puedo averiguarlo, y ved ahí mi mayor disgusto.

—Con que es decir que deseais con todas veras saber si es cierto ó no?...

—Lo deseo.... pero no tengo persona de mi confianza que lo haga en secreto...

porque, de quién se fia una en palacio?

--De mi... que os amo como á mi vida... *y que deseo ya conducir mi amor sin guia ni lazarillo.*

--Magnífico!... Solo tengo que advertiros una cosa.

--Cuál?...

--Mirad que Mastropetro es muy ladino... y si sospecha lo mas leve...

--No importa.

--Puede que descubramos mas que pensamos, baron... y os alegréis quizá de mis recelos que han dado lugar á tales pesquisas.

--Lo sentiré... porque yo lo recomen-
dé á monseñor Nobourg-Packteim, mayor-
domo mayor de palacio, y si resulta que
Mastropetro es algun hombre peligroso, com-
prometo mi posicion y me espongo á una
reconvencion desagradable.

--Pues doble motivo teneis ahora para
procurar en secreto saber quien es, y que
yo os dé el favor que mereceis...

--Y el cual quiero obtener á todo
trance.

--Veremos... repito que consistirá en
vos.

—Pronto os convencereis de ello , mi querida protectora.

—Cuántos títulos me habeis dado hoy, barón?...

—Todos son pocos para los que merecis. Ademas que tanto me ha trastornado esta visita que venia á saber como os hallábais desde anoche acá... y hasta ahora no lo he hecho, siendo descortes en demasia... Y aunque la culpa ha estado en vuestros atractivos... yo demando humildemente el perdon de mi distraccion.

—Me dais una disculpa, la cual no puedo desatender.

—Con que hasta cuando, marquesa?

—Hasta que me traigais noticias de Mastropetro.

—Dilatado es el plazo.

—No puedo prescindir de él.

—Me conformaré , pues no hay otro remedio.

—Escuso deciros que ni una palabra á nadie... eh?...

—Solo á mi corazon...

—Bien. . partid ya.

Una mirada amorosa que lanzó Sofia so-

bre el baron al tiempo de salir de la cámara, le hizo creer al infeliz hidalgo, que la marquesa de Korvei, la envidia de Ravensberg, la primera dama de la corte, despues de Ludomilia, acogia su afecto cortesano y especulador, revestido de una apariencia franca, sincera y legal.

Mas Sofia no fiaba solo en Pedro las averiguaciones que pretendia hacer de Leonelo. Pedro era fiel y seguro, activo é incansable, pero no le seria tan fácil como al baron, hombre curioso y ocioso ademas, alcanzar tanto y en menos tiempo, bien por sus ocupaciones en el castillo del Aguila Negra, y las que no podía abandonar del todo, como porque no se asociaba, cual Colemberg, con personas que pudiesen informarlo de lo que pretendia, en siendo interrogadas con sagacidad.

El baron vió abierta una gran puerta á su esperanza. Dias hacia ya que habia fijado su pensamiento en la encantadora marquesa. Muchos se habian acercado á ofrecer incienso ante su altar, y todos habian sufrido desengaños, adornados con una gracia tan natural como seductora. Colemberg

habia tambien hecho sus tentativas , pero aunque fueron rechazadas con amabilidad y chiste , siempre entrevió un escrúpulo risueño , que quedaba oculto al través de la nube del desengaño que la marquesa le presentaba.

En esto llevaba Sofia su intencion , porque conociendo la sed de grandeza que devoraba al baron , esperaba en su dia , teniéndolo algo propicio , sacar partido de él.

Explicar la satisfaccion de Colemberg despues de la anterior conversacion seria difícil.

Mucha era su fatuidad , pero no tanta que se encontrase con merecimientos para espirar á tan alta hermosura . Aunque la procedencia de Sofia era ignorada , sin embargo el favor y la distincion que gozaba del gran duque , de Ludomilia y de todos , era una garantia segura de su elevada importancia , fuera de lo que ella merecia por sus dotes personales.

Por lo tanto , el baron se decidió abiertamente por la marquesa , y se propuso darla gusto en lo mas leve que ella le insinuase.

Sofia , en cuanto el baron salió de su

cuarto, escribió á Othon un billete solicitando un destino que estaba vacante, y con el cual queria ella agraciarse á un noble de la corte.

Othon, que nada le negaba, la remitió el nombramiento sellado y firmado en blanco, para que la marquesa lo mandase estender á su placer.

Aquella tarde se decia en el palacio de Ravensberg, con admiracion y sorpresa, que el baron de Colemberg habia obtenido el cargo de montero mayor de S. A. R. el granduque.

En el supuesto, que todos ignoraban por donde habia venido á las manos del baron este improvisado destino, sin favor, sin mayor prestigio, y desde simple capitán.

Othon, al presentársele Colemberg á darle las gracias por orden de Sofia, no lo extrañó, porque conociendo á esta demasiado, calculó desde luego que era un golpe de inteligencia y necesidad.

La marquesa pasó á ver al gran duque, y despues de ocultarle la verdadera causa que habia motivado el ascenso de Colemberg, y sí atribuirle á otras diferentes y de mas

consideracion, le pidió que realizase lo que habia ella tratado con **Pedro**, respecto al mariscal **Othocaró**, pretestando que ella necesitaba á su hermano por unos dias fuera del castillo, para ciertas averiguaciones de la mayor importancia.

El gran duque, que en todo pensaba y ejecutaba por boca de **Sofia**, se sometió sin replicar á su dictámen. Tanto la amaba, y tan justa confianza tenia en aquella muger, verdaderamente incomparable.

De modo, que si aquella tarde se divulgó por el palacio la novedad del cargo de **Colemberg**, aquella noche misma se supo tambien que el mariscal **Othocaró**, gran mariscal del imperio, habia sido nombrado gobernador del castillo del **Aguila Negra**, con órden espresa de fijar su residencia en él.

Al admitir el mariscal un destino, que en sí era muy inferior á su clase, ya no dudaron que lo engrandecia el secreto que se depositaba en la citada fortaleza y cuya responsabilidad, pesando ocultamente sobre el mariscal, habia sido escogido para ello, por su carácter recto, su energia y las demas bellas cualidades que le adornaban.

No por eso cesaron las hablillas y rumores, tanto sobre la procedencia de tan benemérito soldado, como por haberle conferido un cargo tan importante al parecer, y que escitaba la emulacion de todos.



XIV.

La tertulia.

Las palabras con que Colemberg indicó á Sofia que habia en palacio un hombre enamorado de la gran duquesa, fué tanta la impresion que le causaron, que no podia olvidarlas por mas que lo pretendia.

Al temor y recelo de los resultados, se unió el deseo de saber quién seria el audaz ó el necio que hubiese puesto su pensamiento en la esposa de Othon de Ravensberg.

Pero lo que mas sobresalto le causaba era la duda de si este hombre habria sacado partido de la indiferencia y frialdad del gran duque hácia su esposa, y esta en medio de su resentimiento, habria acogido su declaracion amorosa con beneplácito. De si el amador tendria mérito personal para escitar el cariño y entusiasmo de Ludomilia, muger tan ofendida de su marido, y la cual desearia vengarse de él por cualquiera medio, siendo este tan á propósito y análogo á su agravio... á el abandono y despego conyugal que experimentaba.

Mas de este sugeto, á quien creeran que hemos olvidado, y que no siendo asi volveremos á presentarlo aqui, no tenia ni la mas remota sospecha la marquesa de Korvei. Y no porque él hubiese ni un punto entibiado su ardorosa llama, ni porque no hubiera procurado hacerse entender á pesar que el rubor y el respeto se lo impidiesen; antes al contrario, la duquesa habia mas de una vez sorprendido sus miradas, y como muger sagaz y experimentada en eso, conoció desde luego su inclinacion, la que acogió interiormente, esperando algun dia ampliar mas la

esperanza del que, cuando su esposo la despreciaba, habia puesto en ella los ojos y la amaba con pasion, siendo jóven y de un mérito personal tan relevante.

Ludomilia era muger... y una muger herida mortalmente en la parte mas sensible; su amor propio. Aunque no se hallase dotada de prendas sobradas para llamar la atencion de su marido, aunque no fuese una duquesa soberana, dignidad que solo por ella debia ser estimada; su orgullo de muger era bastante para desear hallar un hombre que se fijase en ella, y dar á entender que aun podia rendir un corazon, cuando el de su marido se mostraba insensible á los atractivos de su secso... y lo que es mas, á la belleza que naturaleza le habia concedido.

A Sofia, como muger, no se le ocultaban estas ideas, que era indispensable tuviese Ludomilia en sus momentos de abandono y desesperacion. Verse despreciada, casi abatida, y no escitar siquiera el deseo sensual de un hombre que la veia continuamente; era motivo no solo para sospechar de su conducta, pero hasta ponerla en el caso de ansiar hallar uno que sino consiguiera hor-

rar aquella ofensa, al menos la vengara del ingrato y tiránico dueño que hacia del dominio conyugal, la ley dura y severa de la esclavitud.

Nada habia dicho á Sofia, y disimulaba las observaciones que hacia continuamente del hombre que la adoraba.

Es decir que insensiblemente iba la duquesa tragado la cicuta mortífera que algun dia la habia de aniquilar.

De aqui fundó su opinion la marquesa para dar algun valor á lo de divorcio, presumiendo que Ludomilia desearia quedar enteramente libre para entregarse resuelta y rendida á su nuevo amante, que Leonelo lo habria descubierto, y que Othon lo iba á saber por su boca.

Sofia deploró anticipadamente los resultados que conjeturó sucederian.

La cámara de la marquesa de Korvei se encontraba alumbrada completamente. Primeros candelabros ardian sobre ricas mesas colocadas en los extremos del salon. Infinitos taburetes se notaban en torno de él, y en uno de sus lados un elegante y se-

rio escaño, forrado de terciopelo azul con franjas de oro, y en el frente del espaldar recamadas del mismo metal las armas de la marquesa que eran, un águila, y sobre la cabeza del ave una cruz pequeña.

Al pié del escaño habia tres escabeles cubiertos de la misma tela.

Aquel escaño lo ocupaban en la tertulia solo tres personas. El gran duque, rara vez, Ludomilia y la marquesa de Korvei.

Era el sitio preferente, ó mejor dicho, el de la presidencia.

Antes de la hora acostumbrada para la reunion, ya paseaban en el local de la tertulia, el conde de Bevern, el marques de Hasbourg, el baron de Ebersten y otros cortesanos.

Guarco, el page de Sofia, estaba en la puerta para recibir y anunciar.

El pagecillo era algo ladino y no poco chusco; así en estos actos gozaba en la fatuidad y murmuracion de los cortesanos.

—Aun no viene Gotinga, añadía Bevern... El condestable siempre quiere presentarse cuando todos están, para darse mas importancia y superioridad.

—Oh! no hables de eso ahora, conde, contestó el baron de Ebersten... ¿Quién sufre esta noche á Colemberg?... Ese sí!... Montero mayor!... No vá á tener el salon espacio suficiente para contener al miembro de la real servidumbre... Cuándo tendremos una partida de caza para que demuestre su inteligencia el nuevo montero?...

—Ya la propondremos en la tertulia, repuso el marques de Hasbourg... Vean ustedes... montero mayor!... Qué absurdo!... A un capitan!... Así se dan casi todos los empleos!... Pero á quién deberemos esa ganga?.... porque se ignora hasta el presente...

—Quién sabe! prosiguió Ebersten. Esta es la corte de los misterios y de los arcanos.

—Todo se sabrá... añadieron algunos.

—Monseñor, Erardo de Gotinga, condestable del gran ducado, anunció Guarco.

—Es extraño verte aquí tan temprano, querido, dijo Hasbourg.

—Qué quereis, amigos míos?.... Hay cosas que harían saltar y correr á las piedras... y la noticia que he sabido es de

aquellas que tienen ese mágico poder.

—Ya! tú haras alusion al nuevo mon-
tero mayor... le repuso Bevern.

—Sin duda , añadió el condestable...
Aun me parece un sueño el nombramiento.

—Pues no lo es, contestaron varios.

—El salon se fué llenando insensible-
mente de la concurrencia que componia la
tertulia.

Por una puerta que se hallaba al lado
del escaño, se presentó un ugier de la cá-
mara real.

—Su alteza real la gran duquesa , dijo;
y su esclencia mad. Sofia , marquesa de
Korvei.

—Un murmullo sordo se oyó en el sa-
lon.

Todos los que en él habia se colocaron
en dos filas para recibir á las ilustres anun-
ciadas.

Por la mencionada puerta entraron va-
rios pages y escuderos; en seguida las da-
mas de honor, y detrás, cogidas por las ma-
nos, Sofia y Ludomilia.

El traje de ambas era negro é igual,
el cual lo usaban generalmente, á no ser

en las grandes ceremonias.

El salon tomó una animacion estraordinaria con la belleza de ambas,

Un saludo unánime y general recibieron á su presentacion.... Ellas contestaron con una ligera inclinacion de cabeza.

A continuacion tomaron asiento en el escaño : las damas lo hicieron en taburetes á los lados de este , y los escuderos se colocaron detras de sus señoras , á distancia correspondiente.

A una señal de la marquesa, autorizada siempre por Ludomilia para ser la reina de la reunion, ocuparon sus asientos los convidados.

—Vamos, señores, dijo Sofia, con un donaire y desenvoltura hechiceros, rompiendo el silencio que habia; ya sabeis que no me placen las severas y rígidas leyes de la etiqueta. El decoro y cortesania no lo confundamos con la fria austeridad que suele presidir estos actos. Nos reunimos aqui para solazarnos, distraernos un poco, y concuerdan muy mal con tal objeto, esos rostros serios y taciturnos... Por mi vida!... Vos Bevern... lo estais mas que todos. . Tendré

que reprender á mi querida Dorotea Labrung por demasiado severa con vos?...

Todos dirigieron sus miradas hácia el conde y la dama de honor que nombró la marquesa.

Ludomilia sonrió ligeramente. Su gravedad tenia un cierto aire de amargura y disgusto que no se le escapò á Sofia.

—Madama, contestó el marqués, no soy tan feliz que merezca ni aun la severidad de la señorita Labrung.

Sofia esperaba en vano la respuesta de Dorotea.

—Vive Dios que es chistoso! exclamó esta. ¿Te mantienes callada, Dorotea?... ¿No merece el marques que le respondas?

—Y qué he de decir, señora marquesa? le repuso la jóven, ruborizada...

—Esa timidez, lo dice todo marques... contestó Sofia... Sois amantes y los dos habeis pretendido aqui hacer ver lo contrario... No se por qué! Un amor honesto y fundado en recomendables fines, no puede ni debe ruborizar á nadie... Y si no, volved el rostro hácia Carlota Rezat y Echbers-ten... vereis como esos no ocultan sus amo-

res... Es verdad, Baron?

—Sin duda. Yo no se que sea crimen... (y perdonad madamas) amar lo que nos inspira interes, y es digno de ser amado.

—Es cierto, respondió Sofia.

—Si... pero cuando *verdaderamente se ama*... añadió Carlota Rezat, resentida.

—Ay Dios mio!... interrumpió Sofia... Qué es esto, Carlota?... Recelos! ¿Temores?... Si no hay celos, pronto incurriras en ese error tan horrible como ridículo. ¿Celos una muger por sospechas y conjeturas? ¿Còmo comunmente se dice, *del aire*?... Eso es tener muy triste idea de sí misma.... Es descender demasiado, despues de acreditar-se de necia y majadera. Es rebajar claramente su mérito hasta un extremo despreciable. Aun cuando los celos sean justos, cuanto mas sea el amor, mas debe ser el orgullo y el disimulo en esos casos... Quitar al hombre todo envanecimiento, todo galardón de una gloria de que no es digno, porque si es inconsecuente é ingrato á nuestro cariño, si le demostramos celos, es una corona que le ponemos tan injusta, como inmerecida... Es un triunfo doble que le damos sobre un

triste corazon que él mismo destroza sin piedad ni consideracion.

Toda la reunion aprobó el parecer de la marquesa.

Ludomilia solo suspiró profundamente

—Pobre corazon!... La dijo Sofia sin que lo oyera ninguno... Sé que te he puesto el dedo en la herida... pero ha sido sin querer .. perdóname.

La duquesa le contestó únicamente con otro suspiro y apretándole la mano.

—Con que considera, mi querida Carlota, prosiguió la marquesa; si cuando hay celos fundados debe una conducirse asi, ¿qué será cuando estos se conciben solamente por recelos?

—Eso no está en nuestra mano, madama , contestó Erardo. Cada cual tiene sus ideas y sus afectos distintos. Su modo particular de amar... ó de comprender el amor... Los celos dimanen siempre cuando son infundados...

—De mucho amor, ó de sobrado orgullo, interrumpió Sofia... Si es eso lo que ibais á decir, lo tenemos olvidado... Asi como en el modo de demostrarlos, aunque obran es-

tos dos poderes, se manifiestan con mas ó menos cordura y acierto, segun es el talento de la persona que siente, del corazon que sufre, y de la cabeza que gobierna... Está entendido, mi apreciable Gotinga...

—Ya veo, señora, que con vos es necesario andar algo de prisa.

—Es porque no me gusta quedarme nunca atrás, y hago lo posible por llegar antes que otros.

—Se conoce!... se conoce!...

—Variad ya la conversacion, dijo la duquesa, ocultando su desagrado... Siempre hablando de amor, de celos... ¡Qué fastidio! Parece que no sabeis otra cancion!....

—No lo estrañe V. A. R. señora, contestó la marquesa... Entre jóvenes de ambos sexos es la cuestión que se dilucida con mas frecuencia.

Debemos advertir que delante de alguno, Sofia desterraba la franqueza que le dispensaba Ludomilia.

Lotario de Marck, anunció Guarco desde la puerta.

—Qué es eso page?... preguntó la duquesa algo incómoda... A quién has anunciado?

—Señora, respondió Guarco inclinándose... á Lotario de Marck...

—Desconoces sus títulos y clase?... añadió Ludomilia.

—No, querida sobrina, interrumpió el príncipe de Marck, presentándose en el salón y haciendo un saludo general con la cabeza... El pobre muchacho no ha hecho mas que cumplir con lo que le he mandado.

Siendo así... dijo Ludomilia.

—Retírate, pagecito, retírate... continuó el príncipe. . Cuida de tu puerta, y tranquilízate.

El page se marchó!... Todos permanecían de pié, lo mismo que la duquesa y Sofia.

—Señores, sentarse, exclamó el príncipe con una dulzura estremada... Ois el modo que tengo de anunciarme y aun rendis culto á la etiqueta?... Nada de eso... Venga un taburete y yo lo haré para que me imiteis lo mas pronto posible.

—Aquí... á nuestro lado... dijo Ludomilia.

—Si es tu gusto...

El príncipe se colocó á la izquierda de la duquesa.

Sofia, en el momento que oyó anunciarlo, le causó estrañeza la presentacion del principe en la tertulia, cosa que él no acostumbraba; así se propuso escuchar con detencion sus palabras, para ver si podia adivinar el intento que le conducia allí.

—En cuanto á la sorpresa que te ha causado, dijo el principe dirigiéndose á Ludomilia, el tenor de mi anuncio, lo he hecho, porque sabes lo poco que me agrada apellidarme por mis títulos, y que además como sé que en esta reunion presiden la franqueza y la marcialidad, cualidades que tanto me agradan, no quise interrumpirlas.

—Esa determinacion la respeto por ser vuestra, añadió Ludomilia.

—Vds. dirán, continuó el principe; qué novedad es esta, haberse presentado Lotario de Marck esta noche en la tertulia de madama Sofia? El ya, pobre anciano, para estar entre lo mas bello y galante de Ravensberg. El, hombre ya cansado del mundo y sus caprichos, para venir á alternar en una sociedad escogida donde todo en ella respira placer, regocijo y grato solaz... El, un viejo, tan ageno á todo, que hasta peca en in-

diferente y abandonado á veces, en aconsejar á su sobrino en los asuntos árduos del estado, y los que es una obligacion en él no desatender como pariente y miembro del consejo supremo.... Pues bien, sobrinita; he venido aqui porque supe esta mañana que estabas indispuesta, y cuando llegué á tu cámara habias pasado á visitar á la marquesa. No quise interrumpiros porque dije: «ellas tendrán sus secretos...» porque, ¿quién no los tiene en la corte... Despues me marché y no he vuelto á palacio hasta ahora... porque no he podido. Me dijeron que te encontrabas en la tertulia, y á trueque de ser importuno y molesto á estos señores, no he podido resistir al placer de verte... (porque tengo que hablarte esta noche.)

Estas últimas frases las dijo con disimulo á la duquesa, al tiempo de sacar el pañuelo para limpiarse la nariz de un polvo que acababa de tomar.

A Sofia no se le ocultò el aparte del príncipe.

—Mi satisfaccion es completa en este momento, tio mio.

—Pero no la de estas bellas damas y no—

bles caballeros... Una persona estraña entre ellos... ó mejor dicho, indebida á esta reunion, molesta siempre... embaraza á los circunstantes... y yo tengo por sistema preferente no estorbar á nadie... Te he visto ya, sobrina mía, y así me retiro.

—Oh! Eso no lo permitiré de ningún modo, exclamó Sofia, con una cortesanía soblapada y doble. La única noche que os habeis dignado favorecer mi reunion ¿la abandonais tan pronto? Ese disfavor no os lo perdonaria yo jamás ni mis convidados tampoco. No es cierto, señores?

Todos hicieron con la cabeza una señal de asentimiento.

—Por lo demas, continuó la marquesa, aquí se habla de todo... Toda conversacion es lícita en no traspasando los límites del decoro... Los caprichos é inconsecuencias del amor; los graves y circunspectos achaques de la diplomacia... la crítica razonable, la censura comedida, la sátira chistosa y embozada. . Porque el objeto es distraerse un tanto y hacer mas grata y llevadera una ecsistencia, que si no la ayudamos así, mi apreciable príncipe, ¿qué nos dá al cabo,

Un pedazo de tierra donde sepultarnos por toda una eternidad.

—Me encantais, oyéndoos, marquesa!... Por la sombra de mi padre, que quisiera tornarme á la edad de veinte años, para ser vuestro mas apasionado y rendido amante... Esto es un tesoro, querida sobrina... La corte de Ravensberg posee un diamante, que no en vano ha llegado á mis oídos su celebridad!...

—Oh! mi Sofia, añadió Ludomilia, es el orgullo de nuestro secso...

—Y tanto, prosiguió el príncipe... Y hay corazon, aun de bronce, que resista á esto?

Escusado será advertir, que aunque la marquesa era digna de elogio, el príncipe ecsajeraba la pintura, porque en ello, como en todo, llevaba su intencion.

—Me vais á ruborizar, exclamó la marquesa... Fortuna que estos señores me conocen y saben que yo no soy orgullosa ni preocupada... Ademas que me tengo en muy poco, para aspirar á tales favores.

—Doble mérito, dijo el príncipe... La modestia es un adorno tan hermoso, que

resalta mas su brillantez cuando las cualidades del que la posee son en grado mas eminente.

El page anunció, á monseñor el baron de Colemberg, montero mayor de S. A. R. y al capitan Luitzpoldo Vith.

Un movimiento y murmullo general se manifestó en el salon... Se hablaban unos á otros en voz baja... Varios procuraban ocultar su risa... todos, en fin, espresaban una conmocion nueva al nombre de aquellos personajes.

El principe disimulando lo posible, aunque comprendia la causa, espiaba con los ojos bajos el movimiento de todos.

Solo Sofia reia sin rebozo, burlándose verdaderamente de aquella reunion de falsos y necios que sabia podian muy pronto cambiar de careta con solo pronunciar ella una palabra.

La gran duquesa fijó los ojos en la puerta de la entrada, con una mirada ávida y penetrante, que la marquesa notó... y que no pudo menos de desazonarla, porque creyó comprenderla.

El príncipe con su ojo investigador y

perspicaz seguía todos los objetos.

Los anunciados se presentaron en el salon.

Colemberg vestia un elegante traje. La cualidad de airoso no se le podia negar: su fisonomia tampoco era de las mas ingratas, y si no habia conquistado algunos corazones en palacio, lo debia á su carácter orgulloso, y los demas defectos que hemos espresado anteriormente.

Los cortesanos, en el instante de verlo en la tertulia, esperaron que sacara el partido que acostumbraba de todo, refiriendo el lance ocurrido pocas noches antes, de la targeta, la cruz y el incógnito. Pero Colemberg, si no quedó satisfecho con lo que Sofia le refirió de Pedro en su cámara, pues vió su modo de conducirse con los nobles, y que Othon le habia hablado en secreto al verlo, aparentó creerlo todo, y ahora ya queria hasta olvidarlo, porque era asunto en que advertia mezclada á la marquesa, su amada protectora.

Saludó con su desembarazo natural, y aquella noche, casi con audacia, porque su nuevo destino y el creerse amado de Sofia,

acrecentaban su orgullo.

Ludomilia y Sofia se dirigieron una mirada maliciosa y repentina, acompañándola tambien de una sonrisa de inteligencia, despues de haber observado ligeramente á Colemberg.

—Tomad asiento, señor montero mayor, le dijo la marquesa con una gracia estremada. Señores, saludad como tal al baron de Colemberg. Despues de haber corrido tanto tras la fortuna en la corte, esta le ha otorgado al fin un destino tal, para que no pierda la costumbre, y no cese de correr aun.

La frase aguda de la marquesa fué celebrada generalmente.

—La fortuna no ha sido obtener el destino, señora, siño merecerlo de...

—De la gran duquesa, amigo mio; contestó prontamente Sofia... A su alteza real... y solo á *su alteza* debeis este favor... Por lo tanto le sois deudor del agradecimiento que merece.

—Y el cual yo le ofrezco con toda mi alma.

—Gracias, baron, le respondió Ludomi-

lia... A los leales servidores jamás los olvidó.

En seguida la duquesa fijó otra mirada en Luitzpoldo, que también dirigía su vista hacia ella con bastante frecuencia.

—Este es!! dijo Sofia para sí, pues no quitaba los ojos de ambos.

La marquesa se propuso no concluir la tertulia sin aclarar sus sospechas.

—El caballero Colemberg, dijo el príncipe, merecía ya ha tiempo ser agraciado con alguna distinción. Siento, sobrina, que te hayas adelantado á mi pensamiento... Yo iba á interesarme por él con Othon, pero á bien que no faltará ocasión de hacerle ver cuanto es el aprecio que le conservo.

—Os lo agradezco, monseñor; respondió el baron inclinándose.

—Y el caballero Luitzpoldo, interrumpió la marquesa, no desea obtener también algo?...

—Yo... señora...

—No esteis tímido... que esa cualidad en un joven militar parece extraña. Vuestra recepción, por primera vez aquí, y en esta noche, no es un motivo para que no os es-

preseis con la franqueza que se merece este lugar... Hablad, y que no tengamos que convenir á Colemberg, por habernos estado anunciando ha tantos dias, vuestra venida, y en lugar de un jóven vivo, animado y expresivo que esperábamos, nos presenta un fraile novicio... ó mejor dicho, una momia vestida con el uniforme de la guardia de S. A. R.

—Esta marquesa es terrible exclamó el príncipe, sonriéndose y sorbiendo otro polvo... Me suscribo á pasar aqui la mayor parte de las noches... que por cierto no me aburriré, como me sucede, jugando á el ajedrez con mi mayordomo.

—Decidme, Colemberg, ó vosotros, señores, continuó Sofia; padece el caballero Luizpoldo alguna enfermedad oculta?

—Lo ignoramos, exclamó Ebersteu.

Luitzpoldo estaba avergonzado y Ludomilia padeciendo de ver mortificado á el hombre que sufría solo por ella.

—Vamos, seguia la marquesa, sin cejar, y mirando siempre á la duquesa y Luitzpoldo... Ya he adivinado lo que es... El capitán está enamorado... Sí... sin duda... Ese aspecto, esa seriedad... ese ensimismamien-

to, no lo producen mas que un amor de dos clases... O amor despreciado... ó amor imposible...,

—Imposible!!... prorrumpió Luitzpoldo sin poder contenerse.

—Torpe!. Le dijo en voz baja Colemberg.

—Hola!... Hola!... añadió Sofia!... Imposible!!... Parece que la frase ha sido un cauterio que os ha hecho volver en sí... Ya os habeis entregado á discrecion... Lo celebro!.. Yo no lo he deseado, pero vos pudisteis ahorrarame el trabajo de hacéroslo confesar tan visiblemente.

—Señora, yo no he confesado nada.... nada... Perdonad... pero la espresion me ha sorprendido, porque la he tenido por capciosa... aunque inocente... Por un ardid de vuestro ingenio...

—Está entendido, Luitzpoldo... El paliativo llega tarde... puede que algun dia os toque yo en el hombro y os diga, como ahora «No me engañeis, porque conozco á vuestra amada.»

—¿La conoceis!...

—Qué tal, eh!... añadió la marquesa

riéndose de un modo tal, que tuvo muchos que la acompañasen... Habeis ratificado lo que pretendisteis negar antes... Sois demasiado inocente, amiguito, y ya que ha llegado el caso voy á daros las señas de la que quereis.

Estas frases alarmaron á Ludomilia, á Colemberg y Luitzpoldo de un modo tan marcado, que algunos, ademas de la marquesa, lo notaron

Sofia estaba operando en su terreno y á satisfaccion.

—Déjalo, y no lo mortifiques mas: le dijo con disimulo la duquesa.

—Que aprenda á estar en sociedad, le contestó la marquesa con desenvoltura.... Señores, atencion, à ver si conoceis por las señas á la amante del capitan Luitzpoldo.

—Pero reparad, señora, dijo Colemberg, que siendo un amor imposible, puede recaer vuestra sospecha sobre alguna dama á quien no deba señalarse aqui.

Ludomilia se tranquilizó al recordar el que, aun cuando Sofia hubiese adivinado que era ella, no seria tan imprudente que la fuese á marcar delante de todos.

—Yo tengo demasiada confianza en el talento de la marquesa, dijo el príncipe, para pueda suceder lo que decís, Colesberg.

—Señores, hago una advertencia, repuso Sofia... Yo puedo conocer á alguna á quien ame Luitzpoldo, y no ser la dama del amor imposible.

—Es verdad tambien... añadió Ludomilia, mirándolo de nuevo.

—Es una jóven, prosiguió la marquesa... rubia, ojos azules y hermosos, boca pequeña, nariz afilada... fisionomia espresiva é interesante... baja de cuerpo... en una palabra, una verdadera belleza de Ravensberg.

—Señora... contestó Luitzpoldo riéndose... Estais en un error completo... Ni aun conozco á ninguna de esas señas...

—Sí... sí... volved á negar... ¿No es la misma á quien la otra tarde acompañásteis á caballo en las llanuras de Lingen?... Iba en su coche con una señora anciana... Ella quiso apearse, vos lo hicísteis tambien, le ofrecísteis el brazo, la señora permaneció en el coche y vosotros dos lo seguísteis á pié tan rendidos.... tan amorosos!.... Hacedos cargo, señora, dijo dirigiéndose á Ludomi-

lia, que el lacayo llevaba de la brida el caballo del capitán... No me mireis, caballero, os he visto y conocido perfectamente.

Luitzpoldo, sin atreverse á contradecir á la marquesa un error que tanto sentia en aquel momento, estaba cortado sin acertar á hablar.

Colemberg contestó, saliendo al paso...

—Estoy por asegurar que os habeis equivocado, señora.

—Ya, si vos quereis apoyar el fingimiento de vuestro amigo tal vez para desairarme, entonces.....

—Si... si... será cierto... dijo Ludomila con indiferencia, pero sin poder ocultar á la marquesa su conmocion... Y á nosotros qué nos importa tampoco que el señor Luitzpoldo niegue ó no?... El tendrá sus motivos para proceder con tanta reserva, que se lleve á su amada en un coche cerrado por las campiñas de Lingen... Me retiro, añadió levantándose... Basta ya de reunion por mi parte... Vosotros podeis continuar.... Me voy á mi cuarto que tengo que hablar con el príncipe... Vámonos tio... Señores hasta mañana la noche.

La duquesa, sin mirar á Luitzpoldo, salió con el príncipe por la puerta que habia entrado, seguida de los de su servidumbre.

Sofia, al punto, para no dar lugar á que notasen la marcha repentina de Ludomilia, despidió á la tertulia.

Colemberg al partir le dijo en voz baja:

—Marquesa; no sabeis el daño inocente que habeis causado esta noche!

—De veras?... Já, já, já! Si acaso, continuó riéndose, no será toda la culpa mia...

—Pues de quién?

—Que se yo! adivinadlo vos....

—Sois cruel!...

—Y vos un taimado.

--Hermosa y despiadada!...

—Gracias,

—Hechicera y empedernida!.

—Repito.

—Encantadora y sin compasion!.

—Aun mas flores?.... Mirad que vais á dejar agotado el jardin de vuestras lisonjas.

—He de perecer ó he de conquistar ese corazon.

—No lo digais dos veces.

—Por qué?

—Porque puede suceder.

—El qué?

—Una de las dos cosas.

—Cuál?

—Qué se yo... una...

—Me matais...

—Basta, que nos observan...

Todos salieron del salou.

Sofia en seguida se fué, sin perder tiempo, donde ella sabia que urgia su presencia.



XV.

La calle de Ratz-Bogen.

Varios dias habian pasado sin que Pedro ni el baron de Colemberg hubiesen podido averiguar, el uno donde estaba depositado el fruto de los amores de Ludomilia y Leonelo, y el otro qué clase de hombre era este último, por mas que preguntaba con sutileza á todo el mundo.

Leonelo seguia impávido y sereno su permanencia en palacio y no habia vuelto á ha-

blar á Ludomilia desde la entrevista que tuvo con ella en su cámara. Aquella serenidad é indiferencia de la duquesa no dejó de ocasionarle recelo, pues conociendo su carácter, conjeturó que aquel letargo aparente seria para despertar mas terrible y vengativa.

Pero á pesar de su sospecha y cuidado, no pudo conocer que le acechaban los pasos; tanta era la destreza de Pedro y la reserva que usaba... Habia mudado diferentes disfraces y permanente frente á la puerta de palacio, tenia momentos de desesperacion, pues Leonelo no se movia de él ni de dia ni de noche, y si lo hacia alguna vez, era acompañado del baron de Colemborg, su protector.

Leonelo tambien estaba impaciente pues no podia separarse del baron, que bajo pretexto de amistad lo tenia pegado á sí como á su sombra. Colemborg esperaba aprovechar un descuido para en sus continuadas y repentinas preguntas poderle sacar lo que Pedro tenia ya olvidado, porque Sofia lo habia informado de todos los pormenores que oyó y le dijo Ludomilia, por lo que Pedro

estaba mas avanzado que el baron en el asunto.

Un relox lejano dió las doce en la iglesia de San-Matias, en el arrabal de los Saboyanos.

La noche era una de aquellas del principio del otoño, en que esta estacion empieza á manifestarse lluviosa y fatal en algunas partes. Las calles estaban oscurísimas y todo indicaba que la lluvia iba á ser fuerte y prolongada.

Un hombre cubierto con una capa negra, media con sus veloces pasos la calle de Ratz-Bogen que era la menos frecuentada, por ser la mala del arrabal.

Se para, va á llamar á una puerta cuando un objeto le impide la entrada.

El desconocido toca con la punta del pié un bulto, que casi inmóvil no ofrece la menor señal de sentimiento.

Al reconocer que es un hombre, dá un puntillon mas fuerte, exclamando:

—Levántate, bribon... y no des lugar á que te lo diga otra vez.

Unos quejidos ahogados y débiles fué lo que le dieron por respuesta.

—Estás herido? le preguntó.

Pero los mismos quejidos recibió por contestacion.

Entonces no le quedó duda de que aquel infeliz estaba mal parado . . y llamendo fuertemente á la puerta esta fué abierta al punto.

Frugoni, gritó con fuerza... baja una luz y avisa á la señora Faledro que baje.

—Voy al punto, monseñor.

—Confúndate el cielo, exclamó el desconocido algo colérico... Sabes si este hombre podrá oírte?...

—En tal caso no he dicho nada que...

—Vete, vete ya...

A poco volvieron con luz Frugoni y la señora Faledro.

—Acercad esa luz, dijo el incógnito, sin bajar el embozo que llevaba hasta los ojos.

—Vamos á ver añadió la Faledro..... Santa Madona!... Es un pobrecito viejo!.... Y mirad... Trae el traje de los Saboyanos de Chablais... Aquellos que habitan en las orillas del lago de Ginebra. Van mucho á nuestra patria á vender algunas mercancías....

Este será sin duda un infeliz buhonero..... Nos os acordais como yo de haberlos visto en Ferrara?...

—Tambien tú? Ea calla, y hagamos por que vuelva este desgraciado.

—Eh! Buen hombre... dijo Frugoni con acento bronco y mal pronunciado genovés... Despertad... arriba... vamos pronto...

Repararon que á alguna distancia habia un cajon de buhonero, pero estaba vacio.

—Vamos, ya sé lo que es. A este infeliz, dijo el embozado, lo han robado y maltratado tambien, cuando se halla de este modo... Traed algo para volverlo en sí... y tú Frugoni ayúdame á meterlo en el portal.

La señora Faledro desapareció, y entre los dos lo introdujeron en el zaguan.

A poco volvió la Faledro con un pomo de esencias, una botella y un vaso.

—Le daremos á oler y á beber, dijo la vieja... y entre estos dos ayudantes saldrá el pobrete á puerto de salvamento.

Y aplicando el pomo á la nariz del Saboyano, esperaba con ansia ver el resultado de su determinacion.

A poco abrió el viejo los ojos y dió un

suspiro. . Miró en torno de si y parecia asombrado de ver lo que tenia á su alrededor.

—Vaya, padre mio, decia la vieja..... ánimo... Estais entre amigos que os darán ayuda y os defenderan... Ya nos hacemos cargo de lo que os habrá sucedido... En buena parte habeis dado!.. La calle y el barrio son á propósito... Yo por mi tengo un miedo de vivir en esta casa...

—Ah! me han perdido!... Fueron las únicas palabras, que entre sollozos, y un alman champurrado, pudo proferir el viejo.

—Còmo ha de ser!... contestó la Faleddro: mientras se haya escapado con el pellejo todo lo demas es menos... En este mundo es menester tomar las cosas segun vienen, y despues, como suele decirse, barajar.

—Andar tantas leguas á pié!... Pasar tantas fatigas y miserias... y sufrir al cabo el ser robado, y apaleado... dejándome perdido... perdido para siempre!...

El viejo no podia continuar, porque no se lo permitia su acongojado espiritu.

—Con que habeis sido robado?

—Si señor, por unos gitanos... *Zingaris*, como los llaman en mi patria.

—Y en la nuestra! contestó prontamente la señora Faledro.

—Todavía? replicó con severidad el embozado... ¿Teneis mucho empeño en hablar esta noche!...

—Perdonad... mon...

Una mirada furibunda del mismo, detuvo la frase de la vieja.

Esta continuó entre balbucientes acen-
tos.

—Ya se ve... cuando una conoce así... infelices... gentes que parecen honradas... se cobra una satisfaccion... Y como siempre estames entre estas cuatro paredes...

—Señora Faledro!!... exclamó el embozado con una voz de trueno.

La vieja bajó los ojos y no volvió á hablar mas palabra.

Frugoni no quitaba entretanto los ojos del saboyano, que parecia no ocuparse del diálogo que estaba pasando, pues ni aun miraba á los presentes.

—Continuad vos, le dijo el embozado... Necesito saber de donde venis y quién sois.

—Yo soy saboyano, natural de Thonon y criado á orillas del lago de Ginebra....

Mis padres, pobres y honrados labriegos, tenían una pequeña alqueria, que despues tuvieron que vender con las pocas tierras que poseian. Cuando fui adulto ya no conocí en mi casa mas que miseria, y aunque yo era el único hijo que habia, no tenia nada á que dedicarme, porque como no sabia mas que cultivar la tierra y mi pais es tan pobre... Asi cuando murió mi padre tuve que irme por el mundo á buscar fortuna. He estado en Francia, Alemania, Suiza, en España... He recorrido la Italia con mi cajon de buhcnegro.. y ahora por último vengo de ella, donde he tenido mas suerte pues entré á servir en el palacio de los duques de Ferrara.

—En muy humilde dependencia seria...

—No tanto... Me distinguia monseñor Rovigo por mi fidelidad y celo...

—Y quién es ese Rovigo?... Nombráis las personas sin decir su clase.

—El mayordomo mayor de su alteza, Alfonso I de Este.

—Ya... Y cómo habeis perdido esa colocacion y os encontrais ahora aqui?...

—Por ser agradecido y fiel á mi bienhechor... Y no me pesa en verdad. Solo siento

no haberle servido completamente... pero sabe Dios que la culpa no ha sido mia.

—Explicaos.

—Un dia me llamó con mucho misterio monseñor Rovigo, y encerrándose conmigo en un cuarto me dijo: «Te atreverás á hacer lo que voy á decirte?...» «Señor, le contesté, soy agradecido y mi voluntad es la vuestra.» Ya sé, añadió, que eres honrado, y por eso he pensado darte esta comision. Toma estos escudos de oro, compra mercancías y tu cajon de buhonero. Partiras para Alemania y llegaras al ducado de Ravensberg... Allí te informas de un tal Mastropetro que está empleado como tú en palacio, y á quien va dirigida esta carta, se la entregas, esperas su respuesta y te vuelves al punto.»

—De parte de monseñor Rovigo?

—Si señor... Empecé mi viaje y llegué felizmente hasta aqui. Pero era ya de noche, y aun me faltaba media legua para entrar en la ciudad... No queria quedarme en despoblado, y ya entrando por esta calle, que es la que sale al camino, me acometieron los *Zingaris*, me robaron los efectos de mi

cajon, el dinero que me quedaba, y dándome de palos me dejaron por muerto en vuestra puerta como me habeis encontrado.

—Y la carta? La carta?...

—Felizmente no me la han quitado, porque aunque me registraron, como la traia en el pecho metida en una bolsa que llevo colgada... Y suponed si seria importante el contenido, cuando he venido en persona desde Ferrara á traerla.

—Es indudable.

—Lo que siento es, no encontrar al señor Mastropetro en palacio y verme aquí, en un pais extraño, sin dinero para volver á Ferrara, y perdido enteramente.

—Tranquilizaos, que Mastropetro está en palacio y él os socorrerá.

—Si? le conoceis?

—Le conozco.

—Loado sea Dios! Ya no siento tanto la desgracia que me ha pasado, pues á ello debo el haberos conocido, señor.

—Esta noche os quedareis aqui. Se os dará cama y cena, y por la mañana marcharemos juntos á palacio á ver á Mastropetro.

—Os doy gracias... Además que me ha-

ceis un triplicado servicio. Yo no le conozco y así me ahorrais el trabajo de preguntar.

—Pero sin conocerle, ¿cómo vais á entregarle la carta? Y si no es él quien la recibe y sí otro que se finja ser Mastropetro?

—Esa cuenta es mia, señor... Al que se me presente como tal, traigo tres preguntas reservadas que hacerle, las cuales en no contestando á ellas, no le daré la carta, porque no será Mastropetro.

—Muy bien. Eso está perfectamente combinado. Mañana evacuaremos el negocio á vuestra satisfaccion.

El embozado se apartó un poco y llamando á parte á Frugoni le habló algunas palabras en voz baja; despues se separó de él, y despidiéndose del viejo subió á las habitaciones altas de la casa.

—Vamos, padre, dijo el genoves, porque Frugoni lo era: esta noche vais á dormir y cenar como un príncipe. Os aseguro que los paños que os han dado les *Zingarís*, vais á olvidarlos muy pronto entre limpias y perfumadas sábanas... porque eso si... la cualidad de pulcra y aseada nadie se la puede quitar á la señora Faledro... El amo es un buen señor, y

su ama de gobierno, aunque algo habladora, excelente muger!...

--Dios se lo pague á todos vosotros.

--Ea, voy á dar órden de que os den de cenar. Entrad en este cuarto, y descansad mientras vuelvo.

El genovés salió, cerrando la puerta y echando la llave.

--Esto es malo! exclamó Pedro; el cual, por si el lector no lo ha conocido, les diremos que había tomado aquel disfraz para introducirse en casa de Leonelo del modo que ha pasado. Me cortan la retirada y por la mañana me descubren; porque con la luz del dia es muy difícil que no conozcan que traigo disfrazado el rostro. Pero no desconfiemos... Leonelo debe salir para palacio, y entonces yo me las compondré con el genoves, que creo es el único hombre que hay en la casa.

En seguida cogió una mala lámpara que había sobre una mesa, y se puso á ecsaminar la habitacion.

Esta era una sala baja del edificio sin hueca ni ventana alguna á la calle. Una tarima que contenia la cama de Frugoni, tres taburetes viejos y una especie de pápelera era

todo el ajuar de la habitacion. Al lado de la cama se veian colgados un arcabuz, dos pistolas y una espada.

Pedro no dudó ya que el genoves era el guardian de la casa, y de la prenda que, en su concepto, ocultaba dentro Leonelo. Allí la astucia y el cuidado, unido al valor, eran los que podian sacarlo adelante, en la árdua empresa en que se habia metido.

Fácil se dejará entender que noches antes, Pedro, habia seguido á Leonelo, y lo vió entrar en esa casa; que dió parte á Sofia y entre los dos combinaron que él se introdujese en ella.

El modo de hacerlo se ha visto que fue invencion del hermano de Sofia.

Pedro no dudó ya al ver el aspecto de la habitacion, la fisionomia de Frugoni, y las precauciones que tomaba, de que este era un desalmado; de los muchos hombres que, avezados á toda clase de crímenes, se venden al que mejor los paga para su servicio. Leonelo necesitaba un instrumento mercenario que no careciese de valor, y estuviese pronto para disputar á puñaladas la entrada de aquella casa á cualquiera que, como él, fuese osado

á penetrar en ella.

Pedro tenia corazon sobrado para acometer y proseguir la empresa que habia pensado... Su temor se cifraba solamente en que no se malograra por algun incidente imprevisto el plan que se propuso.

Oye pasos, y se coloca en la silla al lado de la mesa, y sin hacer ruido echa la cabeza sobre esta y finge estar dormido.

El genoves tuerce la llave y entra en la habitacion.

--Calla! pues se ha dormido? exclamó... Vaya un modo de aguardar!... Eh!... buen viejo!... arriba... que ya está aqui lo bueno.. ¡Voto á brios! Asi os dormís sin cenar? Vamos á dar ocupacion á las quijadas.

Y puso sobre la mesa dos platos, pan, una botella y dos vasos.

--Como tardábais, contestó Pedro... Y luego el cansancio... los palos que me dieron .. Estoy molido...

--No importa... Aqui teneis vino del Rhin, que es lo único para dar vigor y fuerzas... Un pedazo de ternera asada... queso y otras frioleras que desperdiciar... Ea, manos á la obra.

—No creais que tengo mucho apetito, dijo Pedro... La fatiga me lo ha disminuido en términos, que necesito veros comer para escitar la gana.

—Si no es mas que eso... Yo jamás me niego á casos como el pretente. He cenado, antes que vos y el amo viniérais, con la señora Faledro, pero os acompañaré... No tengais cuidado.

Y trinchando un pedazo de carne, empezó á comer.

Pedro lo imitó en seguida, observando al soslayo la cara del genoves.

La fisonomía de Frugoni era verdaderamente espantosa. Su tez era morena, sus ojos grandes, negros y casi hundidos en el cráneo.... Su ceja poblada... pelo negro, la barba y el vigote largos, y luego desde la frente hasta cerca de la boca, una enorme cicatriz, la cual desfiguraba su rostro de una manera horrorosa.

Unase á esto un acento bronco y destemplado... y un estilo soez y brutal.

Era la verdadera facha de un bandido.

Otro que no fuera Pedro, dotado de un alma tan superior, y estimulado por el

poder oculto que le impulsaba, se hubiera arrepentido al mirar á la cara á Frugoni; pero el hermano de la marquesa, aunque no perdía el menor de sus movimientos, manifestaba la mayor sangre fría.

Aun no habian empezado á comer, y se oyen pasos en la escalera, como de alguno que bajaba.

—Es el amo, dice Frugoni. Todas las noches sale á esta hora... Qué quereis?... Amores.... Aunque él es todo un hombre, eso sí... una noche le tengo anunciado que le va á suceder un percance.

—Y por qué no le acompañais?

—Porque no quiere; claro es.

El genoves se levantó y fué á recibir á Leonelo que se presentó embozado, como estaba antes, en el dintel de la puerta.

Habló varias palabras en secreto con Frugoni. Este le abrió la puerta de la calle con una llave que sacó del bolsillo, y en cuanto Leonelo salió volvió á cerrarla guardándosela otra vez.

—Ea; ya estamos libres por esta noche de quien nos mande... El amo no vendrá hasta por la mañana para acompañarte á palacio,

pues así me le acaba de decir... Con que un trago, y sigamos nuestra faena.

El genoves echó vino, y Pedro dudaba si lo bebería ó no.

—Bríndame, dijo Pedro á Frugoni, á estilo de Alemania.

—Aunque no hace mucho que estoy en ella, por darte gusto lo haré.

El genoves brindó y despues de beber dió la mitad de lo que contenia el vaso á Pedro, el cual ya no tuvo dificultad en probarlo.

—Y cómo estamos de sueño, camarada?... preguntó Frugoni.

—Ya se me ha quitado...

—Lo creo... Dicen que con esto da.... y yo digo que ahora lo quita. Otro trago.

—Venga.

Pedro siempre procuraba que el genoves bebiese primero.

—A todo esto, prosiguió Frugoni, no me has dicho tu nombre... ¿Cómo te llamas?

—Gabriel Senaréga...

—Senaréga!... Senaréga... Ese apellido no es saboyano.

—Ya lo creo!... Si es genoves.

—Cabal... ¿Cònque somos paisanos?...

—Yo no... mis padres sí.

—Lo mismo dá.. Tú serás saboyano porque nacistes en Saboya, pero lo que es tu sangre es genovesa... y no de la mas despreciable segun el apellido.

—Sin duda...

—Bebamos á la salud de nuestros padres, y á la gloria y prosperidad de Génova.

—Vaya pues!...

--Yo querido Senaréga, he querido mucho á mi patria, pero me han desterrado de ella las calaveradas de la juventud, halagadas con las revueltas políticas. Yo siempre he tenido un alma hecha á prueba de golpes grandes. En las contiendas que originaron en Génova los Adornos y los Fregosos, mi padre se inclinó á los primeros. En una de las muchas veces que vinieron á las manos, mi padre recibió una estocada mortal de Tomas Fregoso hermano del Dux Octavio. Yo, que ya era adulto, vi morir á mi padre en mis brazos, con aquel íntimo dolor que un hijo vé desaparecer de la tierra una de las únicas, de las solas personas cuya falta no hay quien la reemplace... Juré vengar su muerte... y lo cumplí. La suerte me deparò en una conmo-

cion popular, que yo mismo tuve maña para promover, á Tomas Fregoso; y tantas como fueron las congojas de mi padre para morir, tantas puñaladas dí á su matador. Su hermano quiso prenderme, pero yo ayudado de los Adornos arrojamós á Octavio del trono ducal... pusimos á un Adorno, y para quitar toda esperanza á los Fregosos entregamos la república en manos de Luis XII de Francia para que protegiera al nuevo Dux.

—Sí... Ya tengo noticias de las ocurrencias que han sucedido en la patria de mis abuelos... Pero no hallas tú una cosa muy mal hecha entregar su patria á un extraño por satisfacer una venganza?...

—Es cierto... pero....

—Pero es un crimen imperdonable. Un estrangero aunque nos manifieste mucho amor y fraternidad, aunque se afane por aparentar interes y amor, no puede pasar nunca de ser un huésped interesado y siniestro, que con el disfraz de la amistad, con la máscara de nuestro bien, no viene á otra cosa que destruir y saquear nuestra casa, porque lejos de interesarle nuestra conservacion, su utilidad le dicta destrozarnos y envol-

vernos, para prosperar él... Es un error sumamente estúpido y fatal, imaginar que un enemigo solapado pueda tender una mano benéfica al contrario que ve metido en una sima espantosa... Si lo saca de ella al pronto, será á muy caro precio, y para despues de satisfacer su usura, arrojarlo de nuevo en un abismo mayor... Abismo que lo abre y prepara, la ignorancia, la ingratitud y bastarda traicion de los compatricios.

Frugoni se quedó mirando atentamente á Pedro, sin proferir una palabra.

—Sabes lo que estoy pensando, le dijo alcabo... Que tú, Senaréga, tienes una instruccion superior á tu clase... Tú has sido pez antes de se ser rana, camarada.

—Os equivocais... Estas mácsimas las dicta la esperiencia adquirida por la edad. Para pensar así no se necesita mas que haber recorrido la serie de los tiempos que alcanzamos de revueltas y sediciones. Yo como he andado tanto, cual os he dicho ya, he visto y aun experimentado algo de eso. El Milanesado es un ejemplo patente... La Toscana un libro cierto donde leer... Esa Génova misma, sin ir mas lejos, desde tiempos remotos no ha

sido mas que un teatro de violencias y horrores civiles. Los Dorias y Spínolas... los Grimaldis y Fiescos... La lucha de la nobleza contra el pueblo. Esos Güelfos y Gibelinos que tanto han dado que hacer... La invasion en ella de los alemanes... La posesion que tomó el rey de Nápoles de la república... La entrega de ellos mismos al arzobispo de Milan. El patrocínio pedido á Carlos VI de Francia, para despues en una hora asesinar á todos los franceses, incluso el gobernador... ¿Hay historia cuyas páginas esten mas enrojecidas con sangre humana que la de Génova?... Difícil será...

Mis abuelos viendo que no podian vivir en ella con tranquilidad la abandonaron con aquel pesar que ocasiona la pérdida del suelo natal, y se establecieron en Saboya.

—Y dónde has aprendido tú todo lo que sabes de Génova? Yo con haber nacido en ella no sé ni la cuarta parte.

—No lo extraño, porque hay hombres que mueren de una edad avanzada y ni aun han oido leer la historia de su patria, cuanto mas estudiarla como es su deber. Esa es la fuente de la ignorancia, en la que bebe

todo compatricio descuidado y negligente; y con cuyas aguas se adormece en la esclavitud... porque el que no procura aprender en la historia de su nacion, los acontecimientos pasados para calcular los presentes, jamás podrá saber lo que esta vale, y cual es el deber del que nace en ella... Esa es la causa de arrojarse la multitud ciega, la plebe inocente, en brazos de un intrigante, ó de un bribon egoista, que la seduce y fascina con sus teorías siniestras, y á la voz de un ambicioso corre el pueblo á defender á su mismo opresor... al que negocia con sus tesoros y su sangre. Mi abuelo poseia un manuscrito, que luego fué aumentado por él, de la historia de su patria, y me lo hizo aprender de memoria... tiempo que después supe la importancia y valor de haberlo ocupado con tanto acierto y utilidad mia.

—Está bien... Pues, señor, bebamos á la memoria de tu abuelo y á la felicidad de mi patria.

Pedro observó que Frugoni menudeaba mucho los tragos pero no perdía la cabeza, lo que le hizo ver que el genoves era un

bacanal mas que regular.

Asi se consumia de impaciencia, por no poder efectuar su plan como tenia proyectado.

—Variando la conversacion, dijo: ¿Sabéis, amigo Frugoni que nos vamos á quedar á oscuras á lo mejor?

—¿Cómo á oscuras?

—Sí, la botella está para espirar, cuando necesitaba tener mas vida.

—Pues es verdad, camarada Senaréga... Y lo siento porque este vino del Rhin es soberbio...

—Pero demasiado fuerte para mí que no estoy acostumbrado á él...

—Todo puede remediarse... La señora Faledro tiene en su aparador otros mas suaves... Ahora vereis.

—Y qué, la vais á incomodar que estará ya recogida?

—Que tenga paciencia! Además que ella está aquí bajo mi dependencia... En ausencia del señor no hay mas amo que yo en esta casa.

—Es que por mí no pretendo... Dejadlo ya.

—Si os digo que no quiero... He reparado que habeis bebido poco, y ahora conozco que es porque el vino no os agrada... Ya presumo lo que estareis acostumbrado à beber.

Diciendo esto salió velozmente de la habitacion.

Pedro lo siguió, y ya seguro que habia subido la escalera, sacó un pomo del bolsillo, y echó en el resto del vino que quedaba en la botella unas gotas del licor que contenia el pomo.

—Perfectamente!... Y se volvió à sentar.

Un altercado horroroso intermediado de unos fuertes golpes que daban en una puerta, se oia en lo alto de la casa entre Frugoni y la Fálredo.

A poco volvió el genoves, furioso y con dos botellas en la mano.

—El demonio de la bruja... no querer abirme... Amí!... Y decir que el señorito se despertaria... Que se despierte hasta Lnzbel... Pues cuenta, que en subiéndoseme la mostaza á las narices, no hay amo, ni ama, ni mil rayos que me vayan á la mano.

Frugoni puso sobre la mesa las botellas que traía, con tanta furia, que los objetos que había en ella estuvieron próximos á derribarse.

—Aquí teneis vino de Francia, paísano... Este os sabrá mejor .. porque es el que se beberá en Saboya regularmente. Yo concluiré el poco que queda en esta otra botella.

Y echando un vaso de una de las dos que había traído, se lo ofreció á Pedro.

—Esperad... no sea que esa lechuza me haya engañado... Vive Dios que como sea así...

Y probó del vino que escanció á Pedro.

—El mismo... bebed... porque es excelente.

—Es verdad, contestó Pedro despues de probarlo.

—Bebeis poco... Se conoce que no sois de la cuerda tirante.

—Qué disparate! Hablemos y vereis lo que dejo de una botella... Capaz soy de acabar con ella, antes que vos con el resto de esa primera.

Frugoni soltó una destemplada y estúpida carcajada.

—No os riais... que soy hombre que nunca retrocede ante lo que digo.

—Hola! con que me desafias! pues mira, Senaréga... antes que tú bebas una de las dos que acabo de traer, yo he de dar fin de la otra y del resto de la anterior. Ea, manos á la obra: toma la tuya... Estas dos son mias.... Por cada vaso que tú bebas, yo dos... ó tres... Esto último es lo mas probable... Arriba.

Y llenando su vaso tres veces de las dos botellas ejecutò lo que acababa de decir, mientras Pedro apuró uno de la suya.

—Hablemos ahora.

—Hablemos, añadió Pedro.

—Te contaré parte de mí vida, porque toda es materia harto larga.

—Sí... y el sueño vendrá á ocuparnos pronto porque ya es tarde.

—Ya te he dicho lo que me pasó con Tomas Fregoso y su hermano Octavio.... Pues bien; en seguida empezamos á saquear y á incendiar las casas de los Fregosos y los de su partido... porque la guerra que nos ha-

cíamos era á mnerte... guerra de estermínio!

—Qué horror! todos compatriotas!.... ciudadanos!... hijos de la patria!... de una misma madre!...

—Eh! déjate de filosofías... y bebamos bebamos.

Lo hicieron lo mismo que antes. El genoves sentia ya el peso del vino, aunque se esforzaba para no demostrarlo.

—Una misma madre!... Pues me gusta!... Una misma madre... tiene... hijos buenos... pero tambien muy malos...

—Es verdad.

—Lo que es yo soy un hombre... que, aquí donde me ves, nunca he tenido miedo é nadie. Nos indicaron la casa de uno de nuestros contrarios y nos dirigimos allá!... El tal era un marques que habia hecho su fortuna jugando al *gana-pierde*... No sabes tú lo que es jugar al *gana-pierde*?

—No...

—Eso es muy fácil. Favorecia secretamente con empréstitos y otras negociaciones, al partido dominante... es decir al que estaba en el poder, y cuando ya le habia pillado lo que él se proponia, ayudaba á los contrarios

para que derribasen á los otros... Derribados pues, gritaba, esclamaba y decia que eran unos bribones, que le debian... tanto... y mas cuanto... que lo habian engañado... que lo dejaban arruinado... y como él ya tenia cobrado por otro lado triple de lo que le adeudaban los caidos, perdía al parecer por un lado pero habia ganado mucho mas por el otro... En seguida se pasaba á las filas del vencedor y se preparaba á hacer con él lo mismo que habia hecho con los vencidos.

—Buen sugeto seria!

—Oh! pero le sentamos bien la mano. Fuimos allá... La casa estaba cerrada y los criados, armados... dentro. No habia medio de que nos abriesen las puertas... Yo empuñaba una buena hacha y me era muy fácil derribarlas todas... Pero dije á los míos, «Nada... las zorras están dentro?... humazo en ellas»... Le pegamos fuego á la casa, y ardió el marques, con su familia, y los tesoros que habia robado á la patria.

—Pero una inhumanidad así...

—Se comete cuando se debe. En el instante que empezó á arder la casa se abrió la puerta. «Hola, dije; el cubil está ya

franco? pues salid»... Me planté en el dintel... y el primero que asomó fué el marques... Le tiro un hachazo y le hago la cabeza dos pedazos... Luego su hijo.....hachazo... Otro hijo... otro hachazo... Otro hijo... otro... y otro... y...

Frugoni de repente detuvo la conversacion, pasándose la mano por la frente, y frotándose los ojos.

—Diablo! Este vino... se sube á la cabeza de una manera... espantosa!... Oyes Sena... negra... No sientes tú... así... como plomo... mucho plomo... aqui sobre los ojos?

Pedro, para disimular, colocó los brazos cruzados sobre la mesa, apoyó en ellos la cabeza y fingió quedarse dormido...

—Hola!... tambien... tú... Cifra... negra?... Esa bruja... de la Fá... lero ha querido vengarse... de nosotros... pero yo le aseguro...

Pedro miraba disimuladamente á Frugoni observando sus menores movimientos.

El genoves balbuciente, ni acertaba á hablar, ni por mas que se esforzaba podia sostener la cabeza.

—Bruja!... Hechicera!... Bribona!.....
Del primer puñetazo... A tí... y al amo....
y al señorito... y al... mismo sol... que se
ponga por.....

Y dejando caer la cabeza sobre la mesa
quedó hecho un tronco.

Los efectos del narcótico que Pedro le
había echado en el vino, no podían ser mas
prontos ni seguros...

Pedro se incorporó al punto y levantándose
empezó á llamarlo, y á moverlo fuertemente,
mas el genoves había perdido enteramente
el conocimiento, y el sopor era completo y
permanente entonces.

Le registró los bolsillos y le sacó dos llaves.
Una era la de la puerta de la calle y otra
mas pequeña conjeturó que sería la de la
papelera que allí había.

Coge la luz, y efectivamente abre con la
llave el mueble indicado.

Regístralo prontamente, y nada se ofrecía
á sus ojos de particular.

—No es posible, dice estimulado por un
impulsos sobrenatural... Esta papelera debe
contener algun objeto interesante... me lo
anuncia el corazon.

Y vuelve á ecsaminarla... pero nada encontraba.

Ya casi desanimado, y resuelto á abandonarla advierte un agujerito pequeño junto á una juntura disimulada... Saca la daga que llevaba oculta en el gaban, introduce la punta de ella por el agujero, y en seguida cae una tablita dejando ver un secreto... Pero este no contenia otra cosa que un papel doblado y una llave tambien pequeña.

Desdobra el papel y ve que está escrito en italiano.

Pedro no entendia correctamente aquel idioma, pero pudo comprender algunas palabras sueltas, como *cofrecito... armario de nogal... mi muerte... me prenden... tú Frugoni...* etc.

Al momento atrajo á su memoria lo del cofrecito de marfil y oro que le habia contado Sofia, como muy importante, y que ecsistia en poder de Leonelo.

En seguida coge la lámpara, sale de la habitacion y se dirige á la escalera.

Llega á la puerta que daba entrada al piso alto y estaba cerrada... Llamar á aquella hora podia in fundir sospechas en la vieja, inu-

tificar su plan y perder la obra hasta allí conducida con tanto acierto y felicidad.

Pero por donde introducirse allí?... El no conocia la situacion de la casa, é ignoraba por precision en qué habitacion dormia la Faledro ni á dónde debia dirigirse.

Vuelve al patio, levanta la lámpara y todas las ventanas se hallaban cerradas.

Esperar al dia era esponerse sin fruto. Leonelo volveria, conoceria el estado de Frugoni, sospecharia, no viendo á Pedro ya que este se habia introducido con fin siniestro, mudaria de domicilio, y todo lo practicado hasta allí para descubrir la morada del hijo de Ludomilia quedaba de nuevo inutilizado.

Perplejo y confuso, su situacion ya rayaba en desesperacion.

Retroceder y abandonar la empresa era aventurado.. permanecer en la casa espuesto, perjudicial tambien.

Un solo remedio queda; llamar y ver si la Faledro abre... Si no, un punto de arrojo decisivo.... Serian las dos de la noche....

Esta estaba tenebrosa: la lluvia y el viento arreciaban... Hasta la naturaleza parecia interesarse en una accion como la que resol-

vió Pedro emprender. Esta fué pegarle fuego á las habitaciones bajas y tomar la determinacion que Frugoni con el marques de Génova.

Para los graves apuros con los remedios grandes. Pedro era un instrumento fiel de su hermana. «Apodérate á toda costa, le dijo, del hijo de Leonelo y Ludomilia, del cofrecito de marfil y oro!...» y Pedro obedecia ciegamente... sin ecsaminar el modo de lograrlo.

Frugoni no podia volver en sí hasta por la mañana: el fuego empezaria por su cuarto, se incendiaran la cama la papelera y el techo arderia prontamente. El fuego se comunicaria á las habitaciones altas, el genoves, como no podia apagarlo moriria aficsiado y quemado... un bribon menos. En cuanto la Faledros intiese el fuego abriria las puertas, Pedro libre ya de su disfraz se presentaria á dar socorro, de los primeros, ponía á buen recado el muchácho buscando antes el armario de nogal y sacando el cofre de él.

Se decide por último á hacer arder el edificio mejor que llamar á la Faledro... Es mas seguro y menos sospechoso.

Pero dudó un momento si empezar por el cuarto de Frugoni. La idea de un homicidio le estremece... Mejor es abandonar al genoves en su cuarto y que el fuego empiece por otra parte si hay probabilidad. Pedro tenia sentimientos nobles y recomendables, y antes de sacrificar á un semejante suyo, veia de combinar los medios para evitarlo.

Se encamina á una habitacion del patio que se hallaba abierta. Entra en ella y oye un pequeño ruido á su derecha: alza el pestillo de una puerta que se encontraba hacia el lado donde sonaba el rumor, y se encuentra una cuadra donde estaba un caballo atado á su pesebre. Aquel debia ser el de Frugoni. Entonces ya no duda que ha de haber un pajar allí inmediato...Efectivamente, al extremo de la cuadra divisa una escalerilla estrecha y empinada.

—Aquí hay mas de lo que podia esperar. Diciendo esto, sube por ella...

Entra en un local bajo de techo, que apenas habia una persona. Supiso era de tablas, y se hallaba entre la cuadra y las habitaciones de arriba. Por fortuna estaba recién lleno de paja.

Baja velozmente, ensilla el caballo, lo saca al portal, cierra la puerta del cuarto de Frugoni, vuelve al pajar, lo incendia, se quita el disfraz, lo arroja al fuego, y sube la escalera del piso alto.

Unos golpes en la puerta, fuertísimos y repetidos, despertaron á la Faledro.

—Este es el bribonazo de Frugoni que ya estará calomocano como acostumbra todas las noches... dice la vieja. No, pues ahora no me incomodo como antes.

Pero los golpes sonaban con mas frecuencia, y una voz lejana tambien que ella no podia entender.

Se decide á levantarse: abre la puerta de la habitacion donde estaba, y al salir el corredor un vivo resplandor hiere su vista.

Era la llama que por una ventana del pajar comunicaba su reflejo al corredor alto donde se encontraba la vieja.

Se sobresalta en extremo, y mucho mas al oir en la escalera las voces de...

—Fuego! Fuego!...

Se precipita á la puerta de la escalera; la abre y un hombre se arroja, desconocido para ella, que le dice en correcto aleman...

En qué pensais señora?... La casa está ardiendo... ¿Y el amo?... ¿Y los vecinos... Vámonos pronto, poneos en salvo...

La vieja no articulaba á hablar, y mucho eho menos viendo que aquel hombre, de quien apenas pudo tomar idea de su fisonomía, le dice, entrándose en lo interior de la casa:

—Despertad á todos, mientras yo hago por aquí lo mismo.

La Frugoni no sabia qué partido tomar...

—Escuchad... le dice... atribulada... por allí... en aquel cuarto... hay un niño... Salvadlo... Salvadlo, por Dios... Es el hijo del amo de la casa... Pero ese Frugoni, qué hace? ¿Dónde está... Por qué no sube?...

—Yo no sé de quién hablais... Soy uno de los celadores de noche que tiene el arrabal... Pasé y noté la puerta de la calle abierta. Entré y vi un caballo en el portal... Me interno en las habitaciones bajas y veo ardiendo el pajar... Conque no deteneos... pronto, acabad de vestiros mientras yo saco al chico que decís.

Pedro, veloz como el rayo, entra en la alcoba que la Faledro le indicó.

En una cama adornada con sencillez, dor-

mia profundamente un jóven como de unos doce años.

Pedro coge una lámpara de alabastro que estaba sobre una mesa, y se la aplica al rostro.

—Qué bello es! dice... Una copia ec-sacta á su madre.

Junto al lecho divisa un armario de nogal, embutido en la pared.

Saca la llave, la introduce en la cerradura y no abre á la primera vuelta... Dá otra y tampoco logra su objeto... A la tercera la puerta cedió.

El armario tenia varios cajones... Los abre... En unos habia papeles... no se detiene á ecsaminarlos... y en un cajon pequeño divisa el cofrecito mencionado

Era pequeño, y asi pudo esconderlo en el pecho debajo de su colete.

—Eh! señorito, despertad... Dice al jóven. Vestios pronto...

La Faledro llegó á este tiempo... ayudó á vestir al mancebo y entretanto le participó el peligro en que se hallaban.

El jóven los oia con admiracion...

—Y el señor Mastropetro? preguntó.

—Cómo quieres que esté ahora... Son las dos de la noche le respondió la Faledro.

—Y á dónde vamos entonces?...

—Conmigo... dijo Pedro... Despachaos pronto... Que el pajar está prócsimo á la escalera, no tengamos ya interceptada la bajada y perezamos aqui... lo urgente es salvar la vida...

—Ay! si... si... por Dios... Vámonos, dijo la Faledro cuanto antes... Vámonos con este buen señor, que sin él seríamos almas del purgatorio. Es uno de los celadores del arrabal.

Pedro cogió al jóven de la mano, y bajaron prontamente.

Toda la parte del pajar y las habitaciones de ancima, ardian completamente... El incendio era horroso, tanto que atemorizó á la Faledro, al hijo de Leonelo y consternó á Pedro.

Pero no habia remedio, tuvo que hacerlo asi... De otro modo él quizás pereceria si lo hubiesen descubierto.

Colocó sobre el caballo á la vieja y al mancebo, cogió la brida para dirigirlo á pié, y saliendo al campo, siguió la ribera del rio

en direccion al castillo del Aguila Negra.

Las campanas de San-Matias tocaban á fuego... pero Pedro estaba ya á salvo con su presa...

Espectáculo horroroso é incomprensible... Al rayar el dia un hombre embozado se sorprende al torcer la esquina para entrar en la calle de Ratz-Bogen... Una muchedumbre numerosa del pueblo estaba enfrente de una casa, arruinada y humeante aun... Todavia se ocupaban en apagar el fuego..... Las autoridades del arrabal presenciaban el acto.

Un hombre se hallaba tendido, á corta distancia de la casa, rodeado de curiosos, compasivos y charlatanes noveleros.

El uno decia.

—Pobrecillo!... se ha aficsiado...

—Otro: Si no lo hubiesen sacado entre Ambrosio y Marcelo, á esta hora está hecho un chicharron.

—Qué! si lo que tiene esque está desmayado con el susto.

—Y los demas de la casa?

—Han perecido todos entre las llamas...

Estaban en las habitaciones altas donde no ha quedado señal de nada, y este se ha librado porque dormía en una sala baja al lado de la puerta.

El embozado no acabó de escuchar estas palabras... Se lanza entre las cenizas... y al ver el estado de destrucción en que estaba la parte alta de la casa... dá un grito pronunciando:

—Ah! hijo mio!!!...

Y cae desplomado sobre los escombros. Todos acudieron á él.

Los espectadores no podían comprender mas que por las palabras que le oyeron pronunciar al caer, el fundamento de aquel enagenamiento repentino. El incógnito era desconocido en el arrabal lo mismo que los que habitaban en la casa.

El embozado era Leonelo: el hombre tendido en el suelo su servidor Frugoni.

XVI.

La caza el primer jueves.

Retrocedamos un poco.

La conversacion que tuvo Ludomilia con el príncipe de Marek en su cámara la noche de la tertulia, no tuvo otro fundamento, por parte del príncipe, que enterarse de la duquesa si Othon proseguia en su indiferencia, y aumentar en el corazon de esta el dardo de la ofensa y el resentimiento, disimulándolo con la compasion que le inspiraba su belleza y su desgracia.

El príncipe aventuró algunas espresiones indirectas, culpando á los esposos que procedían así con sus mugeres, y que las autorizaban para entregar su corazón á otro que pudiese, estimar en su verdadero valor la distincion y aprecio que se debe á los atractivos de una muger hermosa.

Cada palabra del príncipe era una gota de veneno que iba destilándose sobre el corazón de Ludomilia. La memoria de Luitzpoldo se grabó profundamente en su alma, y la modesta resignacion con que habia sufrido la sátira de la marquesa, fué un estímulo mas para grangerle su estimacion.

La anécdota de Sofia, sobre el descubrimiento de la amada de Luitzpoldo, no mereció entero crédito de la duquesa. Sin embargo, tuvo interiormente su punta de celos... y esto avivó mas el deseo de que Luitzpoldo tuviese una ocasion de declararse á ella.

Esperando este momento, pasaron los dias transcurridos hasta la noche de Pedro en la calle de Ratz-Bogen, y en los cuales el príncipe de Marck no se descuidó de estimular á Othon, por medio de los miembros del consejo, á que adoptasen las medidas alarmantes

sobre la contribucion que habia indicado á su sobrino.

El príncipe entretanto habia escrito una carta reservada á Ernesto de Brunswick, anunciándole el estado de decadencia en que se hallaban el erario y ejércitos de su sobrino. Que era la ocasion de renovar sus pretensiones al principado de Hesse-Delmot, y que para el efecto Ernesto lo invadiese con sus tropas, y á fin de que cuando Othon quisiese acudir ya no pudiese recuperarlo. Que él haria que los ejércitos de su sobrino los mandase un general novel é inepto, y á su advenimiento al trono, pues estaba procurando los medios de que su sobrino muriese sin herederos, reconoceria como inherentes á la corona de Hannover y Brunswick los pueblos pertenecientes al principado de Hesse-Delmot.

Ernesto no despreció el parecer del príncipe, y se propuso efectuarlo al pié de la letra.

Otra circunstancia poderosa favorecian las miras de Ernesto. Othon tenia que marchar á la coronacion del emperador y dejar los asuntos de la guerra en manos estrañas, en ocasion tan crítica.

Las miras siniestras del príncipe se comprenderán fácilmente. Poner en mal estado los asuntos de Othon, y como esposo y soberano, abrumarlo, anonadarlo... perderlo en fin.

Las circunstancias domésticas favorecían sus miras sobradamente. Por Inmegarda sabía todas los pasos de la duquesa, y sino sus secretos, por los primeros, conjeturaba los segundos. Ulrico también le informaba de los de Othon, y así tenía dos veces al día noticia de las ocurrencias que pasaban en palacio y de lo que practicaban los dos primeros personajes de la corte.

Con la marquesa de Karvei era con quien él no adelantaba paso. No sabía bajo que carácter mirarla, ni como entenderla. Noticioso de su talento se había introducido en su tertulia para observarla, y vió ser esactos los informes y la fama que tenía de ella. Pero para explorar su opinion se necesitaba superarla en sutileza y la marquesa perspicaz en demasia, y muger además, iba á comprender á las primeras palabras del príncipe la intencion que le animaba, y cual era su objeto.

Por lo cual se decidió á esperar que algun

acontecimiento le pusiese en la mano la ocasion de satisfacer su deseo.

El sol iba caminando á ocultarse detrás de los corpulentos y poblados árboles de la selva de Roden. Un dia hermoso y templado del otoño iba tocando su término.

Las trompas de la caza habian interrumpido desde muy temprano el silencio que reinaba en el bosque. Esta señal indicaba que sus moradores iban á ser perseguidos aquel dia por los monteros, cazadores y sus perros.

A par que el dia habia ido declinando el ruido de la trompa iba siendo mas tardio y lejano del paraje que indicaremos... la casa rústica de Conrado.

Este se adelantaba acompañado solamente de Brunon.

—No vendrá hoy ya... decia el anciano á su criado... Es el primer jueves de la citay es seguro que no habrá podido.!. Esa batida que recorre el bosque y que segun los que van en ella son todos señores de la corte, le habrá ocupado... Los has visto bien?...

—Si señor .. Oculto como os dicho entre la espesura de la selva han pasado cerca

de mí los monteros... Preguntaban por la gran duquesa y la marquesa de Korvei... He procurado retener bien en la memoria los nombres.

—La suerte nos ha favorecido Brunon... No se han dirigido por esta parte, y por lo tanto nuestra morada no ha sido por ellos descubierta. Si dan en menudear estas partidas de caza tendremos que mudar de domicilio.

—Y por qué, señor? Nadie nos conoce y así aunque nos vean...

—No importa... El contacto con los hombres podría otra vez serme funesto.

Llegaron á el poyo de piedra que estaba á la puerta de la casa y el anciano se sentó.

Brunon entró en ella.

—Virtud!... honradez!... integridad!... decia el anciano reflexionando... He aquí lo que nos ecsigen los hombres ¿Y para qué? Para vendernos vilmente y hacernos misero y triste juguete de sus caprichos... Respetan acaso algunos de estos sentimientos? Al contrario, nos infaman y fian en la bondad que nos caracteriza para obrar á su antojo!... *Virtud!*... atropellada... *Honradez!*... escarne-

cida... *Integridad!* .. burlada... Nada es la práctica de tan sublimes dones... La maldad es el todo en el mundo...

Y sin embargo los que no podemos ser malos, nos limitamos solo á conocer al malvado y sufrir sus consecuencias.

Si... Sí... huir del hombre es el partido mejor... el mas prudente ¿No me han privado de todo en el mundo? Qué me han dejado? Lágrimas y amargos recuerdos!...

Un hombre á caballo interrumpió estas reflexiones.

Se detiene delante de Conrado, se apea y sin decirle palabra le entrega un billete que decia:

«Padre mio: Considerad mi sentimiento cuando esperaba este dia con vehemente deseo para abrazaros, y á mi querida Gacela tambien... Pero un cargo importante del gran duque mi soberano, me priva de ello... No puedo separarme un punto de lo que me prescriben sus órdenes, que acato y venero como súbdito y soldado. Os envio á mi criado con este aviso, y con el amor que os profesa vuestro hijo»

OTOCARO.

«Mil besos á mi Gacela y espero que pronto podré daros un abrazo porque, segun informes, mi comision termina ya.»

—Bien: decidle á vuestro amo que aprecia su atencion, y le doy las gracias.

Thuin hizo una señal de aprobacion con la cabeza, y montando á caballo desapareció.

Pocos pasos habria andado el suizo, cuando por la izquierda de la casa se oyó un ruido extraordinario entre los arbustos que estaban enlazados con los pinos.

Este era un enorme y fogoso jabalí, que rompiendo con sus afilados cormillos el follaje de la selva huia herido de los venablos de sus perseguidores.

La fiera se dirigió hácia las ocultas asperezas del monte y desapareció con la velocidad del rayo.

El rumor de la trompa se oye mas próximo.

Un grupo de cazadores seguia con la misma ligereza las huellas del animal... que perdieron al momento.

Un silencio momentáneo sucedió á la desaparicion de aquellos objetos, pero fué interrumpido por otros que pusieron mas en cuidado á Conrado.

Esta era un muger, que por la parte del monte, precisamente donde el javali se habia ocultado, venia sobre un caballo, el cual, espantado sin duda con la fiera, iba á precipitar al ginete.

Detras, á corta distancia, la seguia un hombre á caballo tambien.

El corcel de la dama se metió entre los pinos, sitio peligroso por su espesura, y al pasar junto á uno de ellos, el vestido de terciopelo negro que llevaba ella se enredó con una rama saliente, la cual con la violencia de la carrera del caballo la arrancó de la silla. La dama dió un grito de horror, pero antes de caer al suelo ya se hallaba en los brazos del caballero que la seguia, el cual la recibió en ellos montado aun en su caballo.

Los árboles ocultaron de la vista de Conrado el resto de la escena.

El caballero era Luitzpoldo y la beldad desmayada la gran duquesa.

Luitzpoldo se apeó, no sin gran trabajo, por temor de no molestar carga para él tan preciosa y tan bella.

El enamorado doncel puesta una rodilla en tierra, tenia sobre la otra la cabeza de la

muger que adoraba mas que á su ecsistencia. Su brazo izquierdo ceñia aquel hechicero cuello, y su contacto comunicaba á su alma un fuego magnético y abrasador.

El astro del dia habia ya ocultado su faz plácida y hermosa... Un silencio profundo, sólo interrumpido por el rumor sordo que hacian las hojas de los árboles, agitadas blandamente por la suave y balsámica brisa del anochecer, el canto de las aves, que parecian murmurar de la situacion de Luitzpoldo y Ludomilia... era lo único que presenciaba aquellos transportes de amor y entusiasmo.

Luitzpoldo contemplaba estasiado á su querida, sintiendo al mismo tiempo que la oscuridad estendiese su sombrío manto y le privase de ver su rostro... Sus ojos fijos en la muger que entonces tenia en sus brazos, en aquella que á pesar de su grandeza y orgullo, estaba allí por un efecto de la suerte entregada á su arbitrio, devoraban con sus miradas aquellas formas interesantes y divinas. El mancebo sentia correr por sus venas un fuego germinador que le abrasaba y deleitaba á un tiempo... Un impulso eléctrico se habia apoderado de todos sus miembros... Experimenta-

ba, en fin, una sensacion para él desconocida hasta entonces,

Ludomilia abrió los ojos, dando un suspiro... Echó una mirada á su libertador... y los volvió á cerrar, ruborizada y sin atreverse á darle é entender que estaba ya en su acuerdo.

Luitzpoldo no comprendió el estado de la duquesa y creyó que se habia vuelto á desmayar. Estrechó arrebatado contra su corazon aquella cabeza querida, y sin poder ya contenerse imprimió en sus mejillas hechiceras besos de ternura y amor.

Aquellos besos estremecieron interiormente á Ludomilia, como si todos sus miembros hubiesen experimentado los efectos de un veneno agradable, pero de una mortal rapidez. El contacto de los labios del jóven capitán llevó súbitamente su poder hasta el fondo del corazon de la duquesa... El impulso de aquellos besos cegó á Ludomilia... decidió del porvenir de Othon, del de ella... de todo Ravensberg... Fué un golpe de fortuna en que se jugó el destino de infinitas personas .. la ventura de un reino entero... su paz... su dicha... sus mas caros intereses.

Besos halagadores y hechiceros llenos de ternura y ardor... Besos precursores de ventura... Simbolo de un grato esperar entre dulzuras y plácidos deleites... pero estos besos ocultaban en su centro la hiel mas amarga... El amor los habia adornado y revestido con sus encantos y sus goces.. La fatalidad los engendró antes con sus lágrimas, dolores y padecimientos.

Esta era su esencia, su ser, su vida.. El dulce atractivo que presentaban era falso, supuesto... engañador... La aparicion de un fantasma... El errante y vago curso de una sombra.. El pasajero consuelo de una ilusion febril... de una enagenacion mental.

—La felicidad me ha sonreido, amor mio, decia Luitzpoldo á Ludomilia; la ventura me ha presentado sus goces... El eden de la dicha me ha abierto sus puertas y me convida á gozar para ecsistir... Sí, hasta aqui he vivido con la esperanza de gozar... No somos nosotros... es una fuerza desconocida que manda, conduce y arrastra á veces... Esa nos ha reunido aqui... Los medios de que se ha valido no los quiero recordar. Ella ha ordenado que yo te estreche contra mi pecho, pa-

ra que el ardor de tantos suspiros, ahogados y comprimidos por tu causa, puedan llegar hasta tí... Para que tocando de cerca al idolo que venero, él me infunda valor y audacia para espresarle mis sentimientos, para poder en una palabra decirte... yo te amo Ludomilia... Te adoro... como á mí vida!!.

Y volvió á besar como anteriormente el rostro de la duquesa.

—Basta Luitzpoldo, basta ya... dijo Ludomilia sonriéndose, tierna y amorosa. ¡No estáis satisfecho aun?... Bien habeis aprovechado el tiempo... No os quejareis por cierto de la caza de hoy, ni de vuestra feliz audacia.

El tono dulce y apacible de la duquesa dieron á atender á Luitzpoldo, aun en su turbacion, que era amado

La juventud y el amor son dos poderes superiores, dos fuerzas que, cuando obran unidas, es muy difícil atajar su curso... Luitzpoldo poseía uno y otro con vigor y energia: la ocasion se le presentaba, y tuvo audacia y destreza para aprovecharse de ella.

Ludomilia era una muger jóven tambien... resentida, enamorada del hombre que tenia delante, su marido un ingrato, un tirano de

su vida y los estímulos voluptuosos y sensuales obraban en ella con impetuosidad.

La oscuridad y el silencio se habían estendido por el bosque.

La soledad es el mejor y mas grato aliado para el amor. El campo incita, provoca á los amantes... Dichosos los que poseen la virtud en un grado que no admite duda ni recelo!!!...

Luitzpoldo, fuera de sí, volvió á estrechar contra su seno á Ludomilia... Sus besos eran mas repetidos y ardorosos... La duquesa entregada á aquel letargo incomprensible ni aun calculaba los resultados de semejante abandono... Se olvidó que era duquesa soberana... muger de Othon de Ravensberg.... Solo existia la muger amante, vengativa é inconsiderada!!!... Se olvidó de sí misma, en fin.

Un grito agudo que dió una muger, cayendo en tierra en seguida, fue el que hizo volver á los amantes de su enagenamiento. El rubor y la vergüenza cubria las frentes de Ludomilia y Luitzpoldo... La marquesa de Korvei habia recibido una impresion tan ter-

rible y dolorosa al verlos, que su razón y fuerzas la abandonaron al momento.

—Detras llegó otro hombre, el que por suerte al presentarse vió á la duquesa y al capitán allado de Sofia.

—Mirad, Colemberg, dijo Ludomilia, disimulando, y sin acertar á hablar... Mirad á mi querida Sofia... Se asustó al vernos: sin duda como ya es de noche, y esta selva tan peligrosa...

—Yo la acompañaba, pero los caballos han quedado cerca de una casa que hay aquí inmediata, porque la maleza nos impedía llegar hasta aquí con ellos, donde un hombre, á quien preguntamos, nos informó de nuestro peligro, y nos dijo el sitio donde os hallábais, señora.

La marquesa no daba señales de volver de su desmayo y Ludomilia y Colemberg empezaron á entrar en cuidado.

—Será necesario conducirla á esa casa, donde mejor se la podrá socorrer que aquí en medio de un bosque... dijo la duquesa.

Colemberg y Luitzpoldo lo hicieron porque habia poco que andar desde allí á la casa de Conrado.

Mas al llegar notaron los caballos de Sofia y Colembergatados á un árbol, la casa cerrada y nadie se divisaba en sus contornos.

A ninguno causó mas admiracion ver esto que el baron, cuando pocos momentos antes le habia contestado, un anciano que estaba sentado en el poyo, con tanta afabilidad á sus preguntas.

Llama repetidas veces á la puerta de la casa, pero un silencio profundo recibe por respuesta.

Redobra sus golpes, demandando á gritos socorro para una señora desmayada. Invoca la hospitalidad, la compasion, y á estos nombres una ventana alta se abre y á poco la puerta, por la que se presenta Conrado y detras Brunon con una linterna en la mano.

—Señores, dice el anciano; no estrañeis mi resistencia en abrir... Estoy en el centro de una selva peligrosa y no debo franquear mi casa á esta hora á todos los que llamen á la puerta. Esta precaucion, ni la graduareis de ridicula ni inconsiderada, si os haceis cargo de mis palabras. En que puedo seros útil?

—Ya veis el estado de esta dama, le contestó Colemberg... Permitid que la entremos en vuestra casa.

—Es imposible, caballero. Esta casa es—
rá cerrada para todo el mundo.

—Tambien para la gran duquesa? añadió
Luitzpoldo... Mirad que es S. A. R. á quien
teneis presente, y esta señora desmayada su
amiga mas querida, la marquesa de Korvei.

—En este sitio, en la independendencia en
que vivo no conozco distinciones ni gerar—
quias... Para mí todas las personas son igua—
les... Aqui miro al hombre nada mas, no la
calidad ni el título de que está revestido.

—En fin, sea como sea, repuso impacien—
te Colemberg, prestadnos los ausilios indis—
pensables para que la marquesa vuelva y nos
podamos marchar.

—Eso es diferente... Brunon, trae á es—
tos señores agua y vino que es lo único que
poseemos para estos casos.

El criado volvió á poco con lo que le or—
denó su amo.

Conrado habia tomado la linterna á Bru—
non, y alumbraba el rostro de Sofia, la cual
colocada sobre el asiento de piedra no daba
la mas leve muestra de volver en sí.

A favor de lo que Conrado habia sumi—
nistrado, Sofia dió un suspiro y entreabrió los
ojos

La duquesa conociendo que podia contribuir en beneficio de Sofia el facilitarla que respirase libremente, alzó la cotilla de su vestido, metió la mano en su seno y sacó fuera de él la cruz de oro que llevaba pendiente del cordon de pelo.

Conrado al reparar en ella queda sorprendido estraordinariamente. Sus ojos se fijan con ahinco en aquel signo sagrado, y olvidándose de todo coge la cruz y se pone á examinarla.

—Sí... sí... ella es!! esclama con un acento de dolor y desconsuelo y cae tambien sin sentido en los brazos de Brunon que se halla detrás de él.

El criado, afligido sobremanera de ver á su amo asi, se dió prisa á apartarlo de aquel sitio, y metiéndolo en la casa, cerró otra vez la puerta.

Aquella escena fue tan rápida como intempestiva.

La duquesa, Colemberg y Luitzpoldo no podian descifrar lo que acababa de pasar.

El baron, como mas curioso, iba á examinar la cruz, pero la duquesa le contuvo diciéndole:

—No seais imprudente, Colemberg..... Cualquiera que sea el significado de esa cruz, cuyo poder ha influido tanto en ese anciano, debemos no ocuparnos de él. Cada cual tiene sus secretos... y estos deben ser respetados por toda persona sensata y comedida.

En seguida ocultó la cruz en el seno de la marquesa.

Esta acabó de recobrar sus sentidos y prorumpiendo en un copioso llanto, pudo así desahogar su oprimido espíritu.

Las lágrimas de la marquesa no tenían otro fundamento, que el no quedarle duda de que Ludomilia había atropellado lo único que resta á una muger honrada.

El pudor, y el respeto debido á su marido, cuando no su amor.

De Ludomilia podia ya esperarse todo.

La duquesa la abrazó procurando consolarla... pero los brazos de Ludomilia le causaron el estremecimiento terrible... la impresion horrorosa de si se hubiera enroscado á su cuello una serpiente.

Los halagos de la duquesa hacian ya daño á Sofia. Los brazos que la ceñian eran los mismos que acababan de estrechar á Luitzpoldo.

La trompeta de caza de dejó oír mas cerca, y en el momento se vió aquel sitio lleno de monteros y cazadores.

Colemberg dió la órden de partir, y todos se pusieron en marcha para el palacio de Ravensberg.



XVII.

Dos decisiones.

La partida de caza de que hemos hecho menciou fué proyectada por Colemberg, primero para inaugurar su nuevo destino y segundo, porque la consultó con Luitzpoldo, para buscar en ella una ocasion en que este pudiera disuadir á Ludomilia de las sospechas que en la tertulia la hizo concebir la marquesa de Korvei.

Esta ocasion la habia tenido y aprovecha.

do Luitzpoldo perfectamente durante la batida, y aun aventuró palabras y acciones, que la duquesa admitió con un placer disimulado y satisfactorio para el jóven capitan.

Colemberg conoció desde luego el intento de Sofia en la falsa anecdota que contó, referente á los amores de Luitzpoldo, y vió claramente que la perspicacia de ella habia penetrado la inclinacion de él hacia Ludomilia; inclinacion que esta no recibia con desvio, y que esa era la razon porque Sofia se propuso realizar sus conjeturas inventando un cuento en que, atacando el interés del uno y el amor propio de la otra, ambos se declarasen mudamente como lo hicieron.

Tan lejos de aclararle Colemberg esto á Luitzpoldo, se lamentó con él de la imprudencia de la marquesa que, como muger, habia dado á un chisme llegado á sus oidos una importancia tal. Pero el baron se propuso aquel dia ver á Sofia y participarle el conocimiento que tenia de esas relaciones, empezadas ya hace tiempo en la inclinacion de ambos amantes, lisongeadas el dia de la batida, y cimentadas á la entrada de aquella noche misma como la marquesa lo justificó sorprendiéndolos.

Aunque el baron ignoraba esta circunstancia, pues hasta Luitzpoldo se la calló, no dejaba de sospechar que algo habia visto Sofia, cuando los encontró solos en medio de un bosque y á aquella hora.

Por lo que advirtió que era preciso declararse á la marquesa para no perder su gracia.

Colemberg, habia anudado fuertemente el lazo de su ambicion. Confidente de unos amores clandestinos de tanta importancia tenian que comprar su silencio á toda costa.

De modo que él habia sabido venderse por muy caro precio... Era un negociador, un chalan cortesano, harto hábil para traficar con su pundonor, su decoro y las cualidades mas dignas y estimables para todo hombre de honor.

El interes vence á la vergüenza, la moralidad, la piedad y á los mas caros afectos. El interes es una hidra sanguinaria y ponzoñosa que destruye, mata, se reproduce y crece entre sacrificios de todo género y especie.

Colemberg descendió á uno de los estrechos mas bajos, no para un caballero, sino para un hombre. Rebajò infamemente su dig-

nidad de tal, cimentando en el corazon de un jóven inconsiderado una pasion, que era su deber, como noble y como súbdito, haber combatido y desbaratado. El con sus consejos y artificios la dió pábulo y la cimentó como se ha visto, hasta ponerla en un punto ya indestructible á costa de mil humillaciones para elevarse y medrar.

Hasta su ambicion le cerraba los ojos en unos términos, que lo tornaba en ciertos casos en torpe é imbécil. La marquesa lo odiaba atrozmente, y él se imaginaba que lo quería, sin conocer que ella lo lisongeaba vanamente en estilo falso y satírico.

Ludomilia en cuanto llegaron á palacio, de vuelta de la caza, despues de quedarse sola en su cámara pasó á ver á Sofia. La duquesa en la entrevista secreta que tuvo con ella, no le ocultó sus relaciones con Luitzpoldo... porque no era posible ya. Hizo mas; le habló de su inclinacion á este con orgullo y altaneria: hizo alarde de un derecho justo que le asistia y cuya procedencia dimanaba del desvio de su marido... Le manifestó, por último, que aquel amor era un favor de la providencia pues haria mas dulces y llevade-

ros los momentos con que Othon amargaba su existencia, y que gozaria de un corazon amante como el de Luitzpoldo, en quien depositaria los efectos renacidos en su pecho, amortiguados y casi muertos en lo mejor de su vida por haberla entregado inhumanamente á un hombre como su esposo, que ni aun compasion tenia de verla, hija sin ventura y muger desgraciada.

Sofia, con su acostumbrado tino, deploró dulcemente el estado á que Ludomilia se habia visto obligada á entregarse... No le hizo reflexiones sobre este grave deslíz aun mayor que el de Ferrara, porque conocia que para la duquesa ya no habia remedio.

Esta le confesó tambien el tiempo que hacia ya de su inclinacion á Luitzpoldo, y que en la batida de aquel dia él se habia declarado abiertamente.

La marquesa ya lo que deseaba era que se retirase la duquesa.

Esto lo consiguió al fin, despues de haber estado Ludomilia con ella largo tiempo.

Sofia en el momento que quedó sola se dirigió al crucifijo de metal, y arrodillándose delante de él empezó á llorar sin consuelo.

Lo que aquel hermoso corazon padecia en tal momento ya lo comprenderá el lector mas adelante.

—Oh, madre mía! exclamó, mirándolo con los ojos arrasados en lágrimas. Desde la presencia de ese ser de misericordia donde estas, iluminanse, dá á mis pensamientos es el acierto necesario, y á mis ideas el giro prudente que deben tomar en este cruel trance. Mi corazon se decide á odiar ya á esta muger... A esta muger que tu sabes he amado, á pesar de habernos sido tan funesta, porque mi alma se inclinaba mas al cariño que al aborrecimiento... Pero ella por una fatalidad del destino, por un decreto tuyo, Dios mio... porque habrá convenido así á tu sabia providencia, ha roto hoy de una vez ese lazo fraternal que nos ligaba... Ha puesto entre ella y yo un espacio inmenso,... una valla insuperable que nada ya puede unir ni salvar.

Yo me siento animada en este momento por tí, mi Dios, para pensar así... Mi fé en tí es ardiente, mi entusiasmo ciego... Cúmplase tu soberano decreto. Ya desde aqui en adelante miraré mis actos hacia esa muger como determinaciones tuyas... Me conside-

raré un instrumento de tu brazo.

Sofia enjugó de repente su llanto. Parecía que su corazón á par de sus ojos habia quedado enjuto y seco de todo sentimiento tierno hácia Ludomilia.

Se levantó prontamente serena y sosegada... Aquella faz hermosa, antes triste y acongojada, habia cobrado subitamente todo su esplendor y lozania. Radiante de satisfacción y esperanza, parecia iba ostentar su influjo poderoso sobre lo que su vista midiese, sobre todo lo que su pensamiento alcanzase.

La guerra entre la gran duquesa y la marquesa de Korvei, se acababa de declarar en aquel momento.

Un poderoso auxilio recibió Sofia con la llegada de la persona que le anunciaron.

Richsa entró, entregándole la targeta de Pedro, el ughier del castillo del Aguila Negra.

—Que pase prontamente; le contestó la marquesa.

Este, embozado en su capa, como tenia por costumbre presentarse en palacio, fué introducido por la doncella en la habitacion de su hermana.

Cuando quedaron solos, Pedro se quitó la

capa y el sombrero y se arrojó á abrazar á Sofia.

—Ya están cumplidos tus deseos, hermana mia. El hijo de Leonelo está en mi poder, con el cofrecito de marfil y oro que me encargastes

—Cómo!... exclamò Sofia gozosa... ¿No me engañas, Pedro? Es posible que hayas podido conseguir realizar nuestro preyecto á satisfaccion?

Pedro refirió á su hermana todos los pormenores del hecho.

—Bendigo á la providencia, prorrumpió Sofia por lo propicia que se nos muestra en tal momento. Y ese infeliz jóven, dónde lo has conducido?

—Se halla en el castillo del Aguila Negra.

—En qué sitio de él?...

—En una de mis habitaciones. Le acompaña el ama de gobierno que tenia Leonelo, que no quiere separarse un punto de él.

—Lo vió alguno entrar?

—Solo el escudero que guarda el portillo por donde salgo yo de noche, y ese sabes que es harto y callado.

—Bien... pero no os observaría detenidamente porque tu procurarías...

—Le hice retirar de la puerta para que pasaran... Sabe que entraron dos personas conmigo pero ignora quienes son.

—Está bien. Y es hermoso el mancebo?

—Como su madre.

—Hijo desgraciado!..., No necesito recomendarte precaucion, reserva y silencio... Que nada le falte... Cuida de que sea tratado como se merece... Ese jóven, sisus cualidades no desmienten mis esperanzas, ya que su madre le ha hecho desventurado yo procuraré que sea feliz.

—Tú?

—Sí, tengo mis ideas formadas sobre ese mancebo... Mas adelante te las manifestaré. Por eso te encargo que mires por él.

—Lo haré así...

—Y el cofrecito ¿dónde lo has depositado? Te advierto que es preciso guardarlo con sumo cuidado... Debe tener dentro documentos interesantes... Los has leído?

—Ni aun he querido abrirlo... Lo he escondido en el secreto que hay en la sala del Aguila, del castillo. Sabes que allí, á no ser

tú, el duque ó yo, nadie podrá hallarlo... Seria preciso para eso que derribasen la fortaleza.

—Y el mariscal Otocaro ¿cómo se ha portado en estos dias?

—En las pocas horas que he estado en el castillo me ha manifestado un aprecio entrañable. No dudes lo que os he dicho á tí y á Othon. Ese hombre conocia á nuestra familia cuando era molinero, y nos ha reconocido ahora; solo que disimula hasta ver si yo me esplico mas con él. Sus preguntas y el afecto que me profesa me lo han dado á entender muy claro.

—Sin embargo, es un sugeto recomendable.

—Oh! en cuanto á eso te aseguro que no he tratado ninguno con el corazon tan puro... con unas ideas mas sanas... con un carácter mas enérgico y una honradez á toda prueba... Te aconsejo que si algun dia te ves obligada á fiar nuestros secretos á alguno que lo prefieras á él.

—Hay otro de quien hacerlo tambien, que puede servirnos tanto ó mas que el mariscal.. Y cuenta que tu consejo no lo desecha-

ré, porque... yo debo verme en el caso de necesitar de algunos. Pero no calculas, Pedro, cual puede ser el otro que te indico ahora?

—No...

—¿Cuál es el hombre cuyo corazón habrás herido hoy mortalmente, cuando haya llegado y visto á la casa que has destruido en la calle de Ratz-Bogen?

—Mastropetro?

—No, Leonelo... No será á Mastropetro á quien yo me dirija, será á Leonelo, conde de Polesino... A un caballero, á un noble ofendido en lo mas sensible y lo mas caro... Un hombre que ha perdido su hijo... y que deseará hallarlo, verlo feliz y estrecharlo contra su corazón.

—Y qué, le vas á declarar su paradero? Entonces para que yo esta noche pasada?..

—No abrigues ese error... Cuando yo le diga á Leonelo «He aquí vuestro hijo,» será porque ya me habrá dado pruebas sobradas que acrediten ser digno de ello... Niaun Ludomilia ha de saber que existe... Ese niño, para todo el mundo, ha perecido en el incendio de la calle de Ratz-Bogen.

—Ah! con que tú quieres?...

—Que viva solamente para nosotros.... para mis proyectos... para asegurar el écsito, de lo que estamos trabajando hace tantos años... Por eso al contarme tú el resultado de tus planes de anoche, he dado gracias à la providencia... porque he conocido que nos favorece demasiado. Anoche me ha proporcionado por tí medios seguros à nuestro favor, y esta tarde en la caza acaba de arrancar de mis ojos el velo que le tenian puesto aun, la consideracion, el miramiento... y lo confieso, Pedro, el cariño que todavia conservaba à Ludomilia.

Y añadió lo que habia visto entre Luitz-poldo y la duquesa.

Pedro quedó mudo de admiracion y asombro... porque amaba à Othon lo mismo que Sofia.

—Tú sabrás como manejarle en el negocio, dijo à su hermana. Pero yo, puesto en este caso se lo declaraba todo al duque.

—Y con qué pruebas? Por mi simple referencia? Aun dando por cierto que Othon fiando en mi cariño me creyese, como lo haria. ¿Cómo se acusaba à Ludomilia de su falta? No consideras que un cargo tan grave necesi-

ta ir poderosamente apoyado?

—Es cierto. Pero avisado Othon, pondría medios secretos para sorprender á la duquesa y á su amante, y entonces...

—Oh! no, no, Pedro; eso es muy aventurado, y en un hombre como Othon mucho mas... El ridículo que ya pesa sobre él, sería un torcedor para su alma, y quien sabe si un estímulo fatal que, obrando en él como esposo y soberano, le conduciría á un extremo violento y de tristes consecuencias. Este es un cariño de corte, un amor palaciego.. Bien, yo vengará á Othon diplomáticamente... Yo tomo sobre mí cargo la lucha y quiero llevarme sola la victoria. ¿Y sabes cuál es el medio mas seguro de conseguirla? Protegiendo el tráfico indigno de Ludomilia y su amante.

—Tú? ¿Y descenderás...

—A qué?... Dado caso que en la corte se sepa, arrostraré la severidad de la sátira, á trueque de levantar un dia la cabeza, triunfante y orgullosa, confundir á mis detractores y vengar á Othon... vengarnos á nosotros mismos.

—Si lo consigues...

—Te lo aseguro... No te negaré que me

falten sinsabores, inquietudes... pero no importa.. Cuento contigo que serás un muro colocado en la puerta del Aguila... En la puerta donde está mi esperanza, mi apoyo, el propiñáculo de mi poder.

—Bien sabes que esa la defenderé hasta con mi vida.

—No será necesario... Retrocediendo á lo que estábamos antes..... El mariscal Othocaró sabes tú si ha deseado en tu ausencia penetrar por la puerta del Aguila?

—No se ha acercado á aquel paraje, en cumplimiento de las órdenes soberanas. Su vigilancia y cuidado se estendia solo á las personas que entraban y salian en el castillo, menos conmigo, porque sabia la escepcion particular que le recomendó el duque mismo.

Y de las personas que tú introducistes anoche en la fortaleza, sabe algo?

—Nada, porque Warlock el escudero, que es el centinela nocturno y diario del portillo, es demasiado fiel á mis proceptos, y sabe que mis determinaciones en la fortaleza son superiores á las del nuevo gobernador.

—Y hoy las podrás ejercer mas ámpliamente...

—¿Cómo!

—Ya lo oirás decir... Retírate y no vengas nunca mas á verme, sinque un motivo muy grave te obligue á ello.

Los hermanos volvieron á abrazarse, y Pedro obedeció á Sofia volviéndose al castillo del Aguila Negra.

XVIII.

Otra entrevista.

El día despues de la batida en la selva de Roden, el baron de Colemberg no se olvidó de ir á visitar á Sofia, y participarle la inclinacion mútua que reinaba entre Luitzpoldo y la gran duquesa. Sofia aparentó sorprenderse, y aun se manifestó quejosa de que Ludomilia no se lo hubiese confiado con el tiempo oportuno como su cariño hácia ella lo ecsigia,

El baron, luego de que Sofia le hubo satisfecho, con una disculpa, sobre su desmayo en el bosque, le hizo presente, con cierto énfasis, que era necesario patrocinar las relaciones de Ludomilia y el capitan, porque el gran duque en cierto modo se habia hecho acreedor á aquel comportamiento de su esposa. Que á esta, no eran ellos los que debian juzgarla, y que en Luitzpoldo aunque habia atrevimiento y audacia, esto merecia disculpa porque el corazon de un jóven es susceptible de contraer pasiones que no están en la mano del hombre evitar ni contener.

La filosofia del baron fue comprendida demasiado por la marquesa. Se juraron los dos un secreto inviolable sobre el particular que trataban, y Colemberg se separó tan satischo y orgulloso de los adelantos de su obra.

Sofia, á pesar del interes tan grande que llevaba en proteger esos amores y precipitar á Ludomilia, no podia convenir, en ello sin una insufrible repugnancia. La marquesa tenia harta virtud, sus principios eran tan rígidos y recomendables, que salir de la senda que habia surcado desde sus primeros años, le costaba un trabajo inmenso. Aunque cono-

ció la utilidad de lo practicado por su hermano en la calle de Ratz-Bogen, no apartaba un punto de su memoria la amargura de Leonelo, á la vista de su casa, presa de un incendio horroroso, creyendo que el hijo que tanto adoraba habia perecido en él.

Este pensamiento le ocupaba sin cesar y deseaba consolar á Leonelo en parte.

Pero aunque este instante lo ansiaba por un lado, lo temia por otro. Para ello era fuerza comunicarle un secreto que iba á despadazar nuevamente su corazon. Que Ludomilia era infiel á su marido, y no con él, siendo asi que tanto la amaba aun.

Golpes tan repetidos para un hombre que no lo merecia, modelo de generosidad, amor y nobleza, era una crueldad. Mas Sofia queria unir á su interes la venganza de Leonelo... Hacerlo participe, cómplice de sus maquinaciones, porque Leonelo desearia vengarse como noble y ofendido, pero para ello era fuerza hacerlo sabedor de lo mas esencial.

Ya hacia dias que Leonelo no parecia en palacio y se ignoraba su paradero. La marquesa habia mandado hacer averiguaciones y nadie le satisfacía. Dió orden á sus pages que

en el momento que Mastropetro se presentate en la corte, lo condujesen á su presencia.

Muchos notaron su falta, en particular Colemberg. Pero á la ausencia de una persona así en palacio se le dá poco valor. Monseñor, Nobourg-Packteim, mayordomo mayor y bajo cuya autoridad se encontraba Leonelo, no se habia cuidado mucho tampoco de la falta del escudero.

Los cortesanos distraídos tambien con los infinitos rumores que circulaban en aquellos dias, no se ocupaban en una cosa tan insignificante cual era la falta de un escudero. La duquesa era la única que lo extrañaba, pero no se lo comunicó mas que á Sofia. Mientras tanto á la sombra de lo que se hablaba y de las atenciones del gran duque, Ludomilia daba pábulo á el amor que profesaba á Luitzpoldo.

La partida del gran duque á Aguisgran era ya cosa decidida y quedaban pocos dias para efectuarla. Se decia tambien que el mariscal Othocaró, relevado de su empleo interino de gobernador del castillo del Aguila Negra, debiaacompañarlo, y se designaba para ejercer el gobierno supremo, en union de

la gran duquesa, al príncipe de Marck y al consejero Biling.

Pero lo que mas alarmó á la corte, fue el decreto de Othon, nombrando á madama Sofia de Korvei, condesa del Aguila Negra, con posesion del castillo y sus dependencias.

Yo no se dudó que entre Sofia y el gran duque ecsistia el secreto que se guarecia en el castillo.

La nueva condesa pasó á tomar posesion, y la primera determinacion suya fué hacer á Pedro el ugier alcaide de la fortaleza.

A Colemberg no se le escapó esta preferencia.

Othon partiò al fin, acompañado del mariscal y de varios nobles de su corte.

Aunque la ausencia del duque era momentánea, el pueblo no dejó de sentir su falta. Othon, como se sabe, era dueño del corazon de sus vasallos. Pocos principes habia en Alemania que fuesen tan amados como él pues, como se ha dicho, su gobierno no era un yugo, era una administracion franca, legal y benéfica de la justicia y la piedad. Asi al pasar el poder á otras manos, sus súbditos temian algun trastorno que les hiciese mas

amarga la ausencia de su soberano.

Los conservadores fueron los que, mas al alcance de la política, auguraron con mas certidumbre y temor. Othon no les merecia toda la confianza que ellos desearan, pero fiaban en la bondad de su corazon y en el aprecio que tenia á sus vasallos. Por otra parte, la falta entre ellos del mariscal Otocaro, era de suma gravedad, pues entre los gefes del partido gozaba de una primacia justa y merecida. Los asuntos del estado, bajo la direccion de la gran duquesa, iban á sufrir un trastorno extraordinario, porque no se fiaban tampoco mucho del príncipe de Marck; y el consejero Biling, aunque de buenas ideas, era muy anciano, y ademas solo, para luchar contra dos opositores tan poderosos como Ludomilia y el príncipe.

Los temores de los conservadores no carecian de fundamento, y pronto se vieron realizados en parte.

Lo primero que el príncipe de Marck le hizo hacer á la duquesa, fue publicar el decreto del subsidio, que el consejo, por dictámen del príncipe, habia hecho firmar á Othon, solo que este demoraba cuanto podia participárselo al pueblo.

En seguida otro de la regente, en que se mandaba levantar un cuerpo de tropas considerable á espensas de los súbditos del gran ducado.

El consejero Biling se opuso abiertamente, pero nada consiguió. En vano hizo un elocuente y enérgico discurso al consejo. La voluntad del príncipe de Marck, apoyada por la duquesa, fué la que impero en él.

A los oídos de Sofia llegaban estas decisiones, pero ni quiso ocuparse de ellas, ni decir una palabra á Ludomilia sobre otro particular mas que el de sus nuevos amores. La duquesa embriagada del placer que estos le proporcionaban, admitia solo á Luitzpolde en su cámara sin rebozo ni miramiento.

Sofia á todo callaba y no salia ya de sus labios una espresion que esta fuese dirigida en pro ni en contra de Ludomilia.

Un día que se hallaba sola en su cuarto, la duquesa la mandó llamar.

—Ven, mi Sofia, le dijo con suma amabilidad, cogiéndola por la mano... Siéntate á mi lado... Tengo un recelo de tí... y quiero participártelo para que me satisfagas... si quieres.

La marquesa miró atentamente á la duquesa de un modo extraño.

—Recelos de mí! .. Ignoro la causa: contestó con cierto desden.

—La conducta de Othon conmigo he reflexionado, y el príncipe de Marck conviene en ello, que no ha podido proceder sino de un motivo ecsistente. El granduque es jóven, no solo para no sentir por mí la menor sensacion, pero niaun notársele inclinacion á muger ninguna en palacio. Esto, visto asi sin prevencion, pareceria maravilloso á primera vista, pero con los entecedentes que poseo no puedo creer que su corazon esté libre de una pasion.

—Y bien... ¿qué quieres de mí en eso? preguntò Sofia con frialdad.

—No, no creas que yo abrigo celos ni resentimientos ya... Bien sabes que ni debo ni puedo alimentarlos... Tengo ya un objeto en quien ocuparme; objeto que al presentármese delante, mi esposo me ha impelido hácia él diciéndome: «ámale, piensa en él porque yo no pienso en tí» y lo ha conseguido. Pero he sospechado que Othon tiene un amor reservado, misterioso, que ecsiste en el cas-

tillo del Aguila Negra... que tú lo sabes y eres la confidente de él.

—Yo?... Y quién ha podido hacértelo creer?

—Ciertas reflexiones que me ha hecho el principe de Marck, basadas en el nuevo título que Othon te ha concedido.

—Y sin duda al hacértelas no se habrá descuidado en recomendarme favorablemente... haciendo que dude y vacile el afecto que me profesas... Es natural.

—Mal le juzgas... Habla de tí con respeto y entusiasmo.

—Sí, pero entretanto ha sembrado la desconfianza en tu pecho... los recelos!... y estos, de una persona que se aprecia, son siempre mucho mas dolorosos!... Está bien!... El príncipe se desliza hácia tu corazon, como la sierpe entre las ramas en busca del viajero dormido en la floresta... que se aprocsima á él... y como su contacto es suave y delicado lejos de despetarlo lo halaga... pero llega á su corazon, pica, deja en él la ponzoña y en seguida desaparece por entre las flores sin que el incauto viajero advierta que está herido de muerte... hasta que ya no tiene remedio...

Yo siento que este símil sea exacto... Lo siento por tu vida, amiga mía, pero no puedo ocultártelo.

—Ah, ¿Conque tú crees que el príncipe haya podido hacer disminuir la estimación que te profeso?

—No, pero procura enervarla cuando menos.

—Te equivocas. Tu amor y el de Luitzpoldo es lo único que me queda en el mundo. El tuyo porque me has dado repetidas pruebas de él... porque ha sido mi único consuelo... Sin él tal vez me hubiera muerto de abandono y pesar... El de Luitzpoldo, porque me estimula el agradecimiento, hacia una atención que le he merecido, cuando joven, con prendas apreciables pudiera haber aspirado á belleza de menos años y mas valor... porque ¿piensas que Luitzpoldo ha visto en mí á la duquesa soberana de Ravensberg?... No lo creas. Solo ha visto la triste y desgraciada muger, abandonada y despreciada injustamente. Su amor es puro, desinteresado, sincero... porque al ofrecerle yo ahora elevarlo, lo ha rehusado noblemente con una energía tal que admira y entusiasma... Se

contenta solo con mi corazon. . y yo considero cuanto no deberé querer á un jóven tan generoso y apreciable.

—Es verdad...

—Los dos sois mi dicha, mi ventura.... así la menor contradiccion que apareciese en vuestro afecto me afligiria en extremo. Esa ha sido la razon de lo que te he demostrado aqui... del recelo que hácia tí he concebido... Porque las probabilidades son ciertas... y yo considero que tú callas ese secreto por deber y por honor.

—Lo crees de ese modo?

—Oh! Eso sí... Te hago toda la justicia que mereces.

—Entonces dejemos ya la conversacion... pasemos á otra.

—Luego mis sospechas hácia Othon han sido justas?

—No sé.... Yo te hablo de mi afecto solamente... Este, ¿dudas de él?

—No; te repito que creo en él...

—¿Te basta la seguridad que doy, que cualquiera que sea el secreto que ecsista en el castillo del Aguila Negra, no ha menoscado en nada la voluntad que te profeso?

—Me basta porque me la das tú Sofia.

—Bien; ese secreto no es de tu tiempo, Ludomilia... El poseerlo me ha costado muchas lágrimas y sinsabores... El sacrificio de lo mejor de mi vida... Ahogar los sentimientos mas dulces y bellos para una mujer... Tú has sufrido en tu juventud, es verdad, Pero siquiera puedes decir: «He gozado!» pero yo. infeliz de mí, tan lejos de disfrutar ninguna de aquellas delicias lisonjeras que deleitan el corazon de una jóven, que ec-sijen la edad, y nuestra organizacion inspiran, he padecido y padezco sin haber gozado... He perdido todo cuanto tenia de mas caro... padres, familia!... mas aun; vivo sin tener esperanza de gozar en el mundo.

Sofia recordando sus padecimientos, las causas y los efectos, sintió tan oprimida su alma, que tuvo que dar curso á sullanto para obtener algun consuelo.

Ludomilia deslizó tambien por sus mejillas una lágrima de sensacion.

—Sí, duquesa, continuó, te llamas infeliz, desgraciada, y es porque no miras mas que tus males... Al oirte, mil veces he contenido mi llanto porque he considerado que mis

infortunios los debo sentir sola. Tú al menos, mal ò bien logras compensacion, pero á mí parece que el cielo me ha destinado para víctima triste de sus rigores. Despues de sujetar y oprimir inhumanamente los estímulos gratos del corazon, hácia el amor y sus delicias; los afectos fraternales, únicos de que creo disponer, los combate y mortifica tambien, en aquellos que me los inspiran. En uno, me hace ver un infeliz, víctima inocente de las circunstancias: en otro, un capricho de la fatalidad: en aquel, un precursor mudo, pero fatídico, de males terribles... y todos los que trato, en fin, los que me rodean y á quienes hablo... con mirarlos solamente ya son infelices... ya tengo que sentir el verlos padecer alguna desgracia.

—Tú? ¿Tú que no procuras mal á nadie!... Que tienes un corazon tan hermoso y compasivo!... Que haces bien á todos!..

—Ah! que algun dia me obligarán á hacer mal... y tendré que hacerlo, porque el destino, que dispone de los hombres, me lo prescribe con un poder tal, que serán en vano todos mis esfuerzos para resistirme!.

—No te entiendo, Sofia.

—Ni lo desees nunca... Volviendo al secreto de que me hablas, bástete saber que lo callo y respeto... como respetaré y callaré los tuyos á Othon... Ambos me inspirais igual estimacion, ambos teneis arcanos que reservar uno del otro, yo los poseo todos y seré igual para los dos. Nada os debeis en eso... Solo si debe bastar á tranquilizarte, que él no te ha ofendido... Othon te entregó una mano de que podia disponer... Si su corazon estaba en otra parte, en lo único que erró fué en no decírtelo. Othon era libre... lo es aun... y lo será, yo te lo aseguro.

—Entiendo, dijo Lumilia con sentimiento. Harto me has dicho marquesa. En pocas palabras me has demostrado que he faltado á mi deber. Esa reconvencion embozada no la esperaba de tu boca, y me es harto mas sensible en este momento...

—Porque te procuro satisfacer sobre lo que me preguntas?... Injusta eres conmigo, Ludomilia! Tomar por reconvencion lo que solo es una referencia amistosa... una prueba justificativa!... Gracias te doy. Yo no puedo echarte en cara tu proceder, porque no es á mí á quien toca juzgarlo... No debo ha-

cerlo, porque en nada me ofendes... Mi misión solo es lamentar y sentir interiormente los resultados funestos que puedan sobrevenirte.

—No los temo... y si acaso los arrostraré con serenidad. . Además, que yo procuraré conjurarlos anticipadamente.

—Ojalá lo consigas.

—Lo dudas?

—No tengo mucha confianza...

—Por qué?

—Puede saber el mortal para que lo ha destinado la providencia? Cuál será su término? ¿Qué practicará el día de mañana?... Todo lo mas que haremos es calcular... Formar una conjetura mas ó menos cierta... y nada mas.

—Es verdad...

La duquesa quedó algo pensativa. Las palabras de la marquesa las escuchaba siempre con una atención extraordinaria... y las respetaba, porque sabia el valor que encerraban aun las mas sencillas.

Sofia procuró con sutileza desvanecer los escrupulosos temores que conoció iban despertándose en su corazón, aconsejándole de

paso que no confiase sus asuntos privados al príncipe de Marck, y si solo á Colemberg, porque al primero lo denominó desde entonces, el cocodrilo palaciego, y el segundo esperaba ponerlo todavía mas bajo su absoluta dependencia en términos que nada le pudiese ocultar.

—En cuanto al modo de conducirse en tal asunto, le dijo á Ludomilia, te repito, si quieres tomar en cuenta mis palabras, que nada digas al príncipe de Marck. Ese hombre nos odia á todos en el fondo de su alma, por lo mismo que aparenta no aborrecer á nadie. El que todo lo niega, todo lo concede; y el que lo concede todo ó no obra consinceridad y buena fé, ò es un ignorante; y el príncipe no lo es. Si opino, que es un tigre zolapado que asomará en su día la garra cuando tenga reunidas á su gusto todas las víctimas para saciar su veracidad oculta y sanguinaria.

Por lo demas, si mi parecer es aun de valor para ti, por medio del baron de Colemberg te participaré lo que crea que es útil, si es en momento que no podamos vernos á solas. La tertulia la iré retirando poco á poco. Los ojos escudriñadores de los cortesanos son

muy perspicaces... La malicia los tiene continuamente abiertos.

La ausencia del duque me servirá de disculpa. Pretestaré que tú no puedes asistir porque los asuntos del gobierno te lo impiden.

Sofia se separó de la duquesa sin pesar, pues desde la ocurrencia del bosque sentia ponerse en su presencia.

XIX.

La carta.

No quedó tan satisfecha Ludomilia en la entrevista que acababa de tener con Sofia como ella se esperaba. Habia observado que esta se manifestó algo fria y no con tanto interres y calor como otras veces. La duquesa fundaba estos temores en su misma falta, porque todo el que tiene la conciencia abrumada cree hallar, aun en los ojos del que ino-

centemente lo mira, una reconvención, una sospecha, una delacion de su delito.

Con justo motivo Ludomilia receló de Sofia, porque notó que no era ya aquella amiga tan ocupada de su afecto como antes. Y en verdad no le faltaba razon. La marquesa, á pesar de su talento, de compimir el sentimiento acervo que la atormentaba; en algunos momentos de descuido asomaban á su rostro las señales de lo que sentia su corazon.

Porque para revestir el exterior de una serenidad, disimulo é indiferencia total, habiendo en lo profundo del alma un gran pesar ó el peso de un crimen, es fuerza ser demasiado malvado, ó estar muy avezado al disimulo y la hipocresia.

Lo que mas impresion le causó á la duquesa fue la participacion que Sofia tenia en el secreteo de Othon. Pocos dias antes de su casamiento se habia presentado Sofia en palacio, con el título de marquesa de Korvei, sin que ninguno de los cortesanos supiese de donde era tan noble dama. Unos la hacian procedente del Osnabruck, otros de Munster, de Stroberg y otros principados inmediatos...

Pero nadie lo sabia de cierto, ni podia formar otra conjetura. Solamente lo esacto, era su favor con el duque y despues con la gran duquesa.

El misterio del castillo del Aguila Negra ecsistia antes del matrimonio de Othon: luego Sofia si tenia parte en él lo sabia antes de presentarse en el palacio de Ravensberg.

Estas reflexiones las habia hecho el principe de Marek á Ludomilia, en las conversaciones privadas que tenia con ella; pero con tanta maña y sutileza, que encomiando sin cesar á Sofia, patentizó á la duquesa que aquella habia correspondido mal á la distinguida privanza y al amor que Ludomilia la manifestaba.

El objeto del principe está entendido. Alejar del lado de la duquesa á todo el mundo, dejándola aislada y al arbitrio de él.

Pero ignoraba que Ludomilia, si bien se resintió algo de Sofia, ni podia arrojarla tan súbitamente del corazon, ni menos romper con ella tan fácilmente tampoco.

Persuadida de la prudencia de la marquesa, casi bastó á convencerla de que, en callar el secreto de Othon, cumplia con su deber, y

era además una garantía que debía tranquilizarla, pues así ocultaría los que tenía de ella, y que de tanta importancia eran.

Aunque la curiosidad de la duquesa estuviese interesada en ver lo que guardaba el castillo del Aguila Negra, su amor propio estaba satisfecho en algun tanto con la correspondencia de Luitzpoldo. En cuanto á saber el arcano del castillo, esperaba con el tiempo penetrarlo sin que Sofia ni nadie se lo revelara.

Esta no dejaba pasar un dia sin que tuviese una conferencia con Colemberg, y en la que el bueno del baron, loco por ella de entusiasmo y esperanzas, no se ofreciese á ser ciego instrumento de sus preceptos... Porque como él decia, lo unian con la marquesa ya, lazos tan respetables, secretos tan poderosos, que solo la muerte podia desatar.

Sofia, oculta detras del cuadro secreto que daba paso á las habitaciones de la duquesa, escuchaba las conversaciones íntimas de Luitzpoldo y Ludomilia... y en las cuales sufría su alma lo que no es fácil describir. Algunas veces, al traves del tupido lienzo, tuvo que oír espresiones que le despedazaban el corazon de un modo inaudito.

Leonelo entretanto no parecia y esta falta contribuia mas á contristar á la marquesa. Habia mandado á Pedro que se informase de él en el arrabal de los Saboyanos, y todo lo este pudo averiguar, fue que un hombre embozado en una capa negra, habia caido sin sentido sobre los escombros del incendio, y que luego el burgo-maestre lo mandó recoger por sus dependientes, sin saber donde lo habian conducido.

Entretanto los dias transcurrían rápidamente para Sofia, aun mas que para Ludomilia y Luitzpoldo, que enagenados en su passion no se acordaban que la coronacion del emperador se habia efectuado, y que Othon debia retornar á Ravensberg,

Este recuerdo era para la marquesa temible y funesto.

Mas se agravó aun con lo que vamos á referir.

Algunos dias habian pasado, desde la memorable batida en la selva de Roden.

Luitzpoldo fué introducido algunas noches en la cámara de la duquesa, por Colemberg, que con pretesto de asuntos de

estado entraba con el capitan. El baron salia á poco y el capitan quedaba.

Sofia, enterada por el baron de estas visitas nocturnas, habia una noche llegado un poco antes detras del cuadro, desde donde, á favor de una abertura pequeña disimulada en la pintura, podia tambien ver algo de lo que pasaba en la habitacion.

Ludomilia estaba sentada en su bufete escribiendo, y precisamente enfrente de Sofia. Al menor ruido volvia la cabeza con recelo, y su fisionomia y ademanes indicaban que era el contenido de la carta sumamente importante.

—Sí, quiero tranquilizar de este modo mi conciencia... Mi tio lo sabrá y desde el vaticano me concederá lo absolucion de una falta que si yo la he cometido, no soy la principal delincuente... Luitzpoldo ignorará este paso, porque pensaria quizá que estaba arrepentida de amarlo... y eso me afligiria en extremo... Lo demas lo sabrá pronto... porque ya no hay remedio... y no lo ha de ignorar al fin.

No habia acabado de firmar el pliego cuando anunciaron á Luitzpoldo y al baron.

Escondió el pliego entre los papeles del bufete y se preparó á recibirlos.

La conversacion de aquella noche fue en extremo prolija y cansada para Sofia, pues deseaba su término... Esperaba este con ansia, para realizar una idea que le habia ocurrido.

Para llevarla mas pronto á cabo y con mayor seguridad, se retira de su escondite, y escribe prontamente este billete.

«Querida Ludomilia: ven al momento pues tengo que darte una noticia importantísima de tu hijo. No paso á verte porque sé que no puedes recibirme á estas horas.»

TU SOFIA.

Cerró el billete, y dándoselo á Guarco se volvió á observar desde el cuadro.

A poco entró el page y lo puso en las manos de la duquesa.

Esta lo abrió y manifestó en el rostro la impresion de su contenido, guardándolo en seguida.

Luitzpoldo le preguntó lo que encerraba y Ludomilia le satisfizo con que era un aviso secreto que acababan de darle sobre negocios del estado.

El capitán se despidió, y la duquesa volvió á leer el billete.

—«Tengo que darte una noticia importantísima de tu hijo»... Me dice . ¿Cómo habrá sabido!... Se interesa por mí.... no hay duda... Y le hago la ofensa de dudar de ella!.. No, no: su corazón no puede engañarme... Mi recelo era infundado... Este ha sido una ilusión que pasó vagamente por mi mente... Sofia es la misma que era para mí.

Ludomilia cerró por dentro la puerta de su cámara y entrando en su camarín, abrió la secreta que daba al pasadizo que conducía á las habitaciones de Sofia.

Al ruido que hizo la duquesa al cerrar tras sí, salió la marquesa por el cuadro... Busca con ansia entre los papeles del bufete, halla el pliego, lo recorre de una rápida mirada, y dando un grito ahogado, lo dobla, se lo guarda y en seguida pega fuego á los papeles que habia sobre el bufete para disimular su rapto.

Entra por el cuadro, cierra y se traslada á su habitacion, cuando la duquesa habia llamado ya algunas veces á la puerta que estaba junto al lecho de Sofia.

—No te esperaba todavía, Ludomilia, le dice disimulando; así es que estaba descuidada..... En la habitación de Richsa me hablaba oyéndola disputar aun con Margarita. Pronto has concluido tu conversacion de esta noche, pues hace poco que el baron de Colemberg se separó de aqui, diciéndome que pasaba á verte con Luitzpoldo.

—Y te parece que podia permanecer mucho tiempo tranquila despues de lo que me dices en tu billete? Cuando me anuncias una cosa que anhelo saber?

—Pues yo creia que ya...

—No lo deseaba?... Oh! si... aunque no fuera mas que para poder combinar los inconvenientes que amargan la felicidad que estoy disfrutando. Te aseguro que la memoria de Leonelo me aterra mas que la de mi marido.

—Entonces, tranquilízate, porque Leonelo ya no podrá nada contra tí.

—Ha muerto?

—Quizá lo hubiera él apreciado mas.

—Por qué?

—Porque ha perdido en un momento todas las pruebas pue podia presentar contra tí.

—¿Què me dices!!

—La verdad!.

—Estás cierta, Sofia?

—Como que no te lo he revelado antes porque he estado tomando informes esactos que lo acrediten.

La duquesa gozosa no acertaba á creer lo que le decia la marquesa.

—Habla, querida Sofia, cuéntamelo... deseo saberlo todo.

—No sé si habrá llegado á tu noticia un incendio ocurrido en la calle de Ratz-Bogen.

—Sí... algo se ha dicho en palacio.

—Pues á él debes la ventura de quedar libre del yugo de Leonelo.

—Sí?...

—Uno de los agentas que puse para espiar sus pasos, descubrió que todas las noches se dirigia á esa casa, con misterio y precaucion, á cierta hora... Sin duda cuando salia de aqui... Estaba poco tiempo y despues se volvía á palacio. Una noche que mi dependiente rondaba la casa, para ver si hallaba un medio de introducirse en ella, vé salir á Leonelo algo mas tarde... Impelido por su valor y audacia, con un pretesto que inventó, engañó la vigi-

lancia y malicia del guardian de ella... un tal Frugoni...

—Frugoni!... No, no me es desconocido tal apellido... Ese debe ser un genoves... un desalmado que Leonelo vió en Ferrara y que colocó á su lado, sin duda para agente mercenario de sus decisiones.

—Todo lo indica así... Mi espia entró por fin, pero no pudo pasar de la habitacion del genoves. Mas no perdió el tiempo. Con sutileza, y ayudado del vino, pudo hacerle confesar las personas que habia en la casa... Estas eran una anciana, y un jóven como de doce años.

—Un jóven? Sí... Sí, él es! me lo dice el corazon en este momento... Ese es el hijo de mi desgracia.

—La anciana, se llamaba la señora Faledro...

—Faledro!... Esa era una honrada dueña de la familia de Leonelo... Ella fue tercera en nuestros amores... Me llevaba á palacio los billetes de él.

—Pero cuando estaba en lo mejor de sus averiguaciones, un horroroso incendio vino á interrumpirlas. Las habitaciones altas de la ca-

sa eran presa de las llamas.

—Dios mio!!

—Frugoni sube precipitado la escalera seguido de su huesped... Lllaman á la puerta con repetidos golpes y nadie abria... Baján al patio de la casa y todas las ventanas altas se hallaban cerradas... No habia medio de entrar á arriba y las llamas, impulsadas por un viento fuertísimo, se iban posesionando del edificio. La desesperacion de Frugoni era tal, que coge un hacha, una escalera y echa abajo la puerta de una de las ventanas... El desconocido le sigue... Se dirige á una habitacion y tiene que fracturar la puerta tambien... Va á entrar pero un cuadro horroso hiere su vista... El genoves dá un grito de horror al ver los progresos del fuego por aquella parte. «Han perecido!!» esclama, y á pesar del incendio se arroja frenético á la habitacion.... Abre un armario que las llamas habian casi destruido y saca un cofrecito medio quemado tambien. «Maldicion!! dice arrojándolo en el suelo... Todo debia haber perecido... hasta yo mismo... menos estos papeles... Su hijo... la dueña... el mundo entero!... Ya está perdido!... Y no habrá consuelo para él!...

Y el desgraciado va á morir de dolor y sentimiento!! Pues yo quiero morir tambien.... Vale menos que verlo padecer....»

Iba á arrojarse al fuego, pero el otro lo detuvo sacándolo de allí... El genoves lloraba amargamente, á pesar de su aspecto feroz. «Sí, todo ha acabado para él: añadía. Su hijo? su hijo querido!!... En el que se miraba porque era una copia fiel de su madre!... ¿Cómo le he de decir yo cuando vuelva..... Vuestro hijo ha perecido! Ha muerto abrasado, y yo... yo no he podido salvarle!!....»

La duquesa se sobrecogió en términos, que estuvo á punto de desmayarse... Sus labios casi lívidos no podían proferir una palabra... En un momento se penetró de la gravedad de aquella catástrofe... Conoció demasiado la atroz responsabilidad que pesaba sobre ella, pues aunque el destino lo habia dispuesto así... ella era la que debia ser acusada como causa principal de la muerte de su hijo.

—Y qué... ¿no fue posible la salvacion de ese inocente? preguntò.

—No... Porque precisamente el fuego empezó, segun conjeturan, en la misma al-
coba donde él dormia con la Faledro, de mc-

do que cuando despertaron estarían ya aficiados y no les fue posible levantarse á huir, ni á abrir... y entretanto las llamas hicieron el progreso que te he referido.

Ludomilia guardó otra vez silencio. Con la cabeza baja reflexionaba sobre lo que había escuchado á Sofia.

—Y de Leonelo, qué se ha sabido? preguntó con marcado sentimiento.

—Que volvió al amanecer, y al informarse de lo ocurrido cayó sin sentido sobre los escombros de la casa.

—Infeliz!!...

Esta palabra se le escapó á la duquesa, pronunciada con profundo dolor.

—Fue conducido á casa del Burgo—maestre. Cual haya sido su suerte despues lo ignoro... No se ha podido averiguar mas.

Ludomilia, parecia como ocupada de una idea importante segun su estado de meditacion. Sofia la miraba sin proferir una palabra.

—Pero el hombre que te ha contado eso, dijo la duquesa al cabo de unos minutos, es persona de crédito? No podrás temer que te haya engañado?... Advierte, marquesa, que tú no conoces á Leonelo... Si él ha penetrado

que le espiaban, habrásido capaz de pegar fuego á la casa, y fingir que su hijo ha perecido en ella... Los papeles los habrá sacado de antemano, y el cofrecito lo dejaría para representar por su criado la farsa que me has contado. Te repito que á ese hombre le temo mas que á Othon.

—Conoces esta letra?...

La preguntó Sofia, mostrándole una carta, de poco valor en su contenido, pero que la marquesa habia cuidado de quemar un poco uno de sus extremos, y la cual habia sacado del cofrecito.

—Es mia! le contestó Ludomilia.

—Tuya á Leonelo... pero que no espresa mas que unos amores sencillos y lícitos... La firma, ya la ves, es tuya tambien. Pues esta carta tuvo maña el hombre mandado por mí á la calle de Ratz-Bogen, para cogerla entre los papeles quemados que contenia el cofrecito, cuando lo arrojó al suelo Frugoni. Fue un pensamiento que le ocurrió, por si ella podia acreditar su celo, y mostrarme que habia cumplido sobradamente, llevando mi encargo hasta el extremo indicado. Este, hombre de valor, audacia y serenidad, es digno

de ser creído, además que le conozco demasiado para saber que no me ha mentido.

—Y quién es?

—Un ugiar del castillo del Aguila Negra... y al cual, este hecho le ha valido el destino de alcaide de la fortaleza.

—Se llama Pedro, según he oído decir.

—Sí, Pedro.

—Con que ese hombre sabe ya el secreto de mis amores con Leonelo?

—A medias, pues ignora quién es Leonelo, ni donde se halla, ni la época de esos amores... Lo que menos se imagina él es que Mastropetro sea el antiguo amante de Ludomilia de Médicis.

—Eso me tranquiliza algún tanto.

—Sí, y todo también, porque ya tienes á Leonelo desarmado y puesto á tus pies.... Ya el noble orgulloso, el amante ofendido, el hombre vengativo, está preso entre tus lazos, como la fiera que lucha y ruge por desasirse y romperlos... Ya puedes por último levantar la cabeza ante él, y decirle con faz serena y frente tranquila. «Leonelo, no te temo ya...»

—Es verdad!... respondió la duquesa

dejando ver en su fisonomia una muestra de satisfaccion.

—Te dí mi palabra y la he cumplido, si bien mas pronto que creía, y con grave pesarmio... Habia concebido el pensamiento de apoderarme de tu hijo y el cofrecito; pero la suerte lo ha dispuesto de otro modo. No ha puerido darnos, á tí la satisfaccion cumplida, ni á mí la victoria: A tí te cuesta perder á tu hijo y á mí poder decirte al ponértelo en los brazos: «Ahí lo tienes, ya eres feliz porque ahora sí que eres madre... Hasta aqui no lo has sido; pero en adelante sabrás lo que es amar y vivir para un objeto tan querido é interesante!! ..

Sofia, á estas palabras, dichas con todo el interes de la intencion oculta que la animaba, miraba atentamente á la duquesa

Con efecto, el semblante de esta sufrió alguna alteracion.

—Mas vale que haya quedado asi este asunto, dijo Ludomilia aparentando serenidad... El modo de terminar que has tenido es triste para mí.. pero tambien mas seguro. Aunque yo me hubiese apoderado de mi hijo y las cartas, Leonelo al saberlo ó presumirlo, hubie-

ra, en su cólera, reclamado el testimonio de los duques de Ferrara, y este, que no podían negárselo, habría sido un arma favorable para él y fatal para mí. En vez que ahora, habiendo desaparecido todo por un medio que la suerte ha dispuesto, y del cual no puede quejarse mas que á la fatalidad, yo quedo libre del peligro que me amagaba, recobro mis derechos de muger y soberana, arranco de las manos de ese hombre aborrecible el cetro de hierro con que me oprimia, y á la menor palabra, á el amago mas sencillo, le sepulto en una mazmorra, y como no tiene pruebas inmediatas para defenderse, podrá ser juzgado y haré ahogar sus voces entre los muros de una prision... Es verdad... Tu lo has dicho mil veces.... La providencia es mas sabia que los hombres... y detras del mal está el bien...

—Efectivamente, añadió la marquesa, disimulando, que la muerte de ese hijo, no puede serte muy sensible por cuanto que tú no lo conocias... Y aunque me digiste en cierta ocasion que lo amabas y no podias olvidar que lo tuvistes nueve meses en tus entrañas, los impulsos de la naturaleza han cedido en tí á razones de mayor peso... su voz ha sido ahoga-

da por otro grito mayor. Una muger cualquiera todo lo hubiera arrostrado por poseer á su hijo; pero la duquesa soberana de Ravensberg se somete á consideraciones mas poderosas... á la razon de estado... á su posicion... á su rango... porque los reyes, mejor que padres, deben acordarse que son soberanos.... Sí, sí.... Los preceptos de la sociedad son tan exigentes en ciertas clases, que no hay afecto, consideracion ni deber que no se subyugue á ellos.

El doble sentido que tenian las palabras de la marquesa no fue comprendido por Ludomilla.

Richsa sonó la campanilla, y entró, anunciando que S. A. el príncipe de Marck, esperaba en la misma antecámara de S. A. R. la gran duquesa, que esta se dignase escucharlo pues urgia á los intereses del estado; porque el príncipe sospechando, viendo la cámara de S. A. R. cerrada, que estaria en la de madama de Korvei, se habia tomado la libertad de hacerse anunciar así.

La duquesa se despidió de Sofia y pasó en seguida á sus habitaciones.

El príncipe fue introducido en la presen-

cia de su amada sobrina, como la denominaba casi siempre.

La duquesa lo recibió con una afabilidad ilimitada, mandándolo sentar en un escaño á su lado. El sagaz cortesano habia conseguido dominar tanto su corazon, que pronto se advertirán los efectos de su detestable obra.

XX.

Los conservadores.

Numerosos grupos del pueblo se advertían una noche en la plaza de Adeltorfen, punto principal de la capital de Ravensberg. La población se encontraba en una completa agitación. Varios hombres recorrían las calles, hablando á todos los que hallaban al paso, é incitándolos al parecer á una empresa que se ignoraba su fundamento.

Un hombre embozado en su capa, y acompañado de otro igual, se acercó á los grupos de la plaza á informarse de la causa de aquel movimiento popular.

En el primer grupo donde se paró el embozado, creyó advertir una persona que no le era desconocida, y la cual embozada tambien en su capa, no dejaba distinguir mas que los ojos por encima del embozo.

—No lo dudeis, decía este... disfrazando al parecer la voz... Ernesto de Brunswick se ha posesionado ya del principado de Hesse-Delmont... y pronto le tendremos hasta las puertas de Ravensberg. Se nos ha sacado el subsidio... pero para qué? para dilapidaciones y gastos supérfluos... Para que el gran duque se presente en Aquisgran con la pompa de un emperador, entretanto que entre la gran duquesa y madama Sofia de Korvei se disipa el resto en tratos y galanteos con los cortesanos... Dígalo el baron de Colemanberg, elevado á la calidad de montero mayor. El capitan Luitzpoldo Witch gozando de un alto favor, mientras que los negocios del estado se desatienden por la regente... Ya lo creo, cuando se tiene la cabeza ocupada en

frivolidades... en pasatiempos... el pueblo sufre entretanto que sus intereses padezcan, que sus bienes se arruinen, y que su sangre y tesoros sirvan para sostener orgias y deleites infames, en los que lo gobiernan y debían pensar mas en él... Señores, si no nos armamos de resolucion vamos á ser víctimas de una mala administración.

—Y qué hacemos, preguntaron varios.

—Qué? Ampararnos de los conservadores... Ese partido es el que ha de salvar la patria... El que ha de combatir y desbaratar á los enemigos interiores y exteriores.

—Los conservadores! murmuraron otros. Los que solo quieren mandar para repartírselo todo!...

—Haced lo que queráis, prosiguió el embozado; pero os advierto que en no adoptando mi consejo lo vais á pasar mal... Id... ellos tienen ahora su reunion en la calle de Kem-Linn. Allí van á deliberar en esta noche misma la reforma que debe hacerse en el gobierno. Esta es pedir mañana á voces la caida de la regente... depositad el gobierno en las manos del príncipe de Marck, y desterrar á la marquesa de Korvei como muger sospechosa

y que se cree tiene una influencia perniciosa con los soberanos de nuestra frontera, por lo cual se ignora su confusa y oscura procedencia.

—Sí... sí .. á ver los conservadores: gritaron todos.

Y los grupos salieron de la plaza por diferentes calles, con precipitacion, y rodoblando la griteria.

—Gracias á Dios que los arranqué!... decia el embozado.. Ahora sigámoslos que no conviene perderlos de vista.

Y se marchó detras del populacho.

La plaza quedó desierta, solo con los dos embozados primeros.

El que demostraba ser el principal, dijo secamente al otro.

—Esto no puede ser... Esa gente está seducida... Ese hombre que los alarma es un infame mercenario... La marquesa de Korvei es blanco de alguna calumnia siniestra y yo debo salvarla... porque lo merece... Una voz secreta me habla en favor de esa muger singular y me manda conservarla en el palacio de Ravensberg. Sígueme.

Todos en palacio estaban aun ignorantes

de semejante conmoción en la ciudad, porque los grupos acababan de precipitarse en la plaza y no habia noticia alguna anticipada de ello.

La marquesa se hallaba sola en su cámara meditando en sus planes, despues de haberse fastidiado completamente con una visita de Colemberg, escuchando sus insulsos y repetidos galanteos.

Ludomilia por el contrario, pesarosa de la llegada próxima de Othon, se ocupaba en redactar otro pliego igual al que le cogió la marquesa, y que no dudó que un descuido habia quemado con los papeles de su bufete, para remitírselo á Leon X.

Richsa se presentó á Sofia, anunciándole al señor Mastropetro.

—Mastropetro!... Que entre, que entre al punto, dijo la marquesa.

—Perdonad, señora, prorrumpió Leonelo azorado, sin poder apenas respirar de agitacion. Os amenaza un gran peligro... Que digo á vos? A Ludomilia, al consejero Biling... Vengo de la plaza de Adeltorfen donde he visto al pueblo amotinado. Un hombre, cuya voz quise conocer, á pesar que salia debajo

del embozo de su capa, instaba al populacho á la rebelion. Los ha hecho dirigirse á la calle de Kem-Linn donde tienen su junta los conservadores, para que estos tomando en consideracion la causa que creen les asiste, vengán mañana á palacio á pedir vuestro destierro, la destitucion de la regente y entregar el gobierno del ducado, hasta la llegada de Othon, al príncipe de Marck.

Sofia, sin contestar una palabra, hizo entrar á Guarco.

—Está el consejero Biling en palacio?

—Si señora, respondió el page.. Hay consejo esta noche, y se encuentra ahora en su despacho.

—Y el baron de Colemberg?

—En la cámara de la gran duquesa.

—Bien. Dí al consejero que venga al momento, y manda poner mi coche.

El page salió.

—Con que decís, amigo mio, añadió sonriéndose la marquesa, que el pueblo pide mi destierro y la destitucion de Ludomilia... Risa da, por mi vida, contemplar al inocente pueblo ser instrumento ciego de amaños y combinaciones infames... Verlo, cual inocen-

te é incauto, corre deslumbrado y ciego tras las persuaciones de un egoista ó de un traïdor... Pocas veces dá el pueblo aprecio á lo que le conviene... Rara vez escucha la voz de la verdad con aquel interes y afecto que debiera, como tan interesado en su propio bien. Siempre se engaña él mismo... dejando que lo engañen... Por lo regular acoge lo malo creyendo adoptar lo mejor!... Conque el príncipe de Marck para regente esclusivo?... Puede!... Mas, trabajo le ha de costar al que ha proyectado eso llegar á realizar los sueños de su ambicion... No se quien es el hombre que visteis en Adeltorfen, pero lo presumo.. Si fia en el pueblo el cumplimiento de su vil trama. . lo ha errado en esta ocasion.

—Señora... La muchedumbre la he notado muy obcecada...

—Por lo mismo espera, y se debe confiar en que desee la contenten. Lo dudais, Mastropetro?

—Recelo al menos que sea infructuoso.

—La marquesa volvió á sonreirse... y levantándose abrió su escritorio, tomó una carta y la guardó.

El page anunció al consejero.

—Que pase al punto. Y el coche?

—Ya está, respondió Guarco.

—Siento incomodaros, mi apreciable Biling... y mucho mas en momentos que estaríais seriamente ocupado... porque la política es muy seria... pero tengo que hacer ahora mismo una visita indispensable, precisa... y necesito que me acompañeis.

—Yo, madama?

—No hay remedio. Es de aquellas cosas que no pueden demorarse... y vos sabeis que mis asuntos son tan apremiantes como ecstingentes, querido consejero.

Las últimas frases la recargó Sofia, acompañándolas de una mirada tan penetrante, que Biling conoció lo árduo del negocio, y que no habia mas que obedecer.

Leonelo miraba á Sofia, admirando cada vez mas su seductora perspicacia. Contemplaba cuan dichoso seria el mortal que poseyese el corazon de muger tan hechicera.

—Vaya, en qué quedamos, mi amado Biling... Sois mi caballero ó no?... Vos el modelo de la prudencia y la cordura, no podeis rehusar acompañar á una dama.... ni ella debe temer ir sola en un coche con vos.

—Vamos donde queraís, señora...

—Ya yo contaba con tan favorable condescendencia... Mastropetro, necesito hablaros esta misma noche sobre un asunto que os interesa mucho. . Sobre la calle de Ratz-Bo-gen.

Leonelo miró á la marquesa con una sorpresa tal que su rostro no pudo ocultar la profunda sensacion que le causó el oirla... Pálido y consternado creyó que la voz de la duquesa no era cierta, sino el eco lejano del infortunio y desventura que le perseguia.

Sofia fingió no advertir el estado de Leonelo, y dijo con donaire al consejero.

—Marchemos.

Llegaron á el atrio de palacio, y al preguntar los lacayos á la marquesa donde se dirigian, Leonelo, que habia bajado detras para seguir el coche por un presentimiento oculto, oyó con admiracion que Sofia les contestó:

—A la calle de Kem-Linn.

—Y qué, señora, arrostrareis? . . esclamó Leonelo...

—Silencio; le repuso Sofia, subiendo al coche.

Leonelo acabó de conocer el gran cora-

zon de la marquesa de Korvei y no dudó que valia algo mas que el de Ludomilia.

Sofia por el camino, participó al consejero el objeto que la encaminaba á la calle de Kem-Linn. Biling escuchó con asombro la determinacion de la marquesa, y aun empleó su prudente elocuencia en persuadirla y convencerla para que volviese á palacio. Mas Sofia, fiada en la pureza de sus acciones, y en aquella esperanza constante y poderosa de todo el que obra bien, iba tranquila; y antes al contrario, deseaba hallarse entre las masas del pueblo... lanzarse entre las olas de aquel océano tumultuoso y turbulento que la amenazaba con su poder.

La calle Kem-Linn estaba situada en un extremo de la ciudad. Al principio de la noche se habia visto mucho mas frecuentada que otras veces, por personas que entraban y salian en un edificio de ella, y el cual, aunque la fachada no presentaba buen aspecto, el interior era demasiado á propósito para el objeto que se encerraba entonces en él.

Poco á poco fue ocupada la calle por varios grupos de hombres, y últimamente por una multitud que la obstruia toda.

La agitación, la efervescencia y el furor, reinaban indistintamente en el ánimo y en las palabras de todos.

La puerta del local á que nos referimos, era la que estaba mas embarazada que lo demas de la calle, porque todos, apiñados á ella, ansiaban entrar á participar de lo que dentro se estaba tratando.

Cuando mas ocupados se hallaban en su deseo, el ruido de un coche que intentaba penetrar en la calle, los puso en espectacion.

Varios se adelantaron, gritando á la vez:

—Atras, cochero... por aquí no se pasa... Esta calle es ahora sagrada y pertenece al pueblo... Al pueblo que no va en suntuosos carruages, ni tiene lacayos con ricas libreas.

—Al pueblo que paga: dijeron otros.

—Al que es el amo... prorrumpieron los demas.

—Atras!... Atras!... gritaron todos ...

El cochero en cuanto pudo hacerse entender, gritó con voz campunada y fuerte.

—Pues bien si no ha de seguir el coche, abrid paso al consejero Biling y á la marquesa de Korvei, que se dirigen á la asamblea de los conservadores.

A estos dos nombres, un respecto profundo reinó en la agitada multitud.

Un hombre que venia al lado del estrivo, subiendo prontamente junto al cochero, para hacerse visible, exclamó altamente.

—Señores, la virtuosa marquesa de Korvai se dirige á los conservadores, porque tiene que comunicarles noticias importantes al bien de la patria... La inculpacion que se le ha hecho es falsa, y la prueba mas cierta de su pureza, es que, lejos de ocultarse y sustraerse, se coloca espontáneamente entre vosotros para que la juzgueis... Si no por sus virtudes y su rango, oídla al menos porque es muger, es dama... y se acoge á vosotros.

La energia del desconocido, conmovió é impuso respeto á los circunstantes.

—Sí... Sí... que pase... que pase... prorrumpieron todos...

—Lo veis, consejero? dijo Sofia con ironia... ¿Veis lo que es el pueblo? El que poco antes pedia mi destierro!... Pues casi siempre es igual. Juzga de pronto, ejecuta lo mismo y se convence fácilmente, sin refieccionar las mas veces que cede á la malicia, el miedo ó á la inteligencia de sus adversarios.

El carruaje, aunque con bastante dificultad, llegó á la puerta de la casa.

La marquesa y el consejero se apearon al fin.

Sofia se habia presentado muy pocas veces en público, así no era conocida del pueblo mas que de nombre. Pero en el momento que fue vista y ecsaminada por los que se hallaban próximos á ella, se grangeó las simpatias de todos sin abrir sus labios.

Infinidad de hachas encendidas, que se agitaban por encima de las cabezas de la muchedumbre, dejaron sobradamente ver su hermoso rostro y hechicera persona. Una sonrisa de bondad y dulzura que les prodigó al pasar, acabó de entusiasmar y disponerlos en favor suyo.

Penetraron en la casa, cuyo local era espacioso. Subieron á las habitaciones altas y quedaron detenidos á la puerta de un salón al parecer espacioso, porque las personas agolpadas á ella, y ocupadas en oír lo que se trataba en él, no permitian la entrada.

Pero una voz que salió de entre los que iban detras de Sofia y pronunció:

—Paso á la marquesa de Korvei y al consejero Biling.

Hizo que los que obstruían la entrada, se apartasen, apresuradamente, y dejaran paso á los nombrados.

Al presentarse la marquesa en el salon todos enmudecieron, y poniéndose de pié se descubrieron; pero ella con la gracia, y amabilidad que le eran peculiares:

—Sentarse, señores... les dijo.. Nada de etiquetas conmigo... Aqui no rigen las vanas é insoportables fórmulas palaciegas. Esta es una reunion del pueblo, de ciudadanos... Del pueblo á quien considero representais, y que aprecia al hombre por lo que verdaderamente es, no por el exterior falso de que se halla adornado. Vuestras ideas coinciden con las mias... porque yo he sido hija del pueblo antes de ser marquesa de Korvei y condesa del Aguila Negra... Como vosotros me he mecido en una cuna humilde, aunque honrada: como vosotros aprecio y venero las prerrogativas de aquel de quien procedo... y pues soy del pueblo me coloco aqui entre él para que me juzgue.

Y dirigiéndose á uno de los escaños mas humildes del salon, se sentó entre los demas con tanto donaire como atractivo.

Un murmullo sordo de aprobacion se escuchó en los presentes.

—Ahora bien, señores, prosiguió Sofia, levantándose con desembarazo y serenidad. No debeis ignorar el motivo de mi venida á aqui. Sé que han circulado esta noche rumores que me ofenden... quese trataba de pedir mi destierro... Ignoro por qué... ni cual sea mi culpa... Si es la preferencia que me conceden vuestros soberanos, ni la he solicitado, ni grangeado por los medios viles de la lisonja, la adulacion ni los vicios cortesanos... Mis acciones, tanto públicas como privadas, están patentes y manifiestas, y si hay algo de que se me acuse, ha sido de inclinar siempre el ánimo del gran duque hácia vuestro bien... y procurar hacer todo el que he podido á los que han necesitado de él.

—Señores, dijo un viejo muy grave, levantándose y dirigiéndose al que parecía presidente de la reunion, pido que vista la honra que su escelencia la señora marquesa nos hace de estar entre nosotros, esta sesion sea secreta, pues no ignorais que en ella deben tratarse asuntos importantes y delicados.

—Crefeldi tiene razon, prorrumpió otro

que estaba enfrente. Y yo añadiría que se hiciese venir ante nosotros, ante el pueblo aquí reunido en sus representantes, á la gran duquesa á responder de los cargos que tenemos que hacerle, por la mala administracion de su gobierno, y su conducta privada, segun la acusacion secreta que obra en poder de esta junta soberana.

—Opinamos como Crefeldí, exclamaron.

Crefeldi era un fabricante de paños, y el que apoyó su dictámen se llamaba Stetin, y era lapidario.

—Despacio, señores, dijo el señor Balkan, recto y respetable negociante, que presidia la reunion... Meditemos con calma y deliberemos con pulso... Nosotros no debemos procurar jamas rebajar la dignidad del gefe del estado. La duquesa lo es, y si tratáramos de denigrarla en público, lo haríamos con nosotros mismos. Mando; (y esta palabra la pronunció con un tono en extremo solemne,) mando, repitiò, que se retiren todos los que no pertenecen á nuestra asamblea directiva.

Al momento, y sin replicar ninguno, la sala quedó solo con trece personas incluso el presidente. Las puertas se cerraron en seguida.

Faltan dos de nosotros, dijo Balkan: uno es el mariscal Othocaró que está ausente. Pero donde su sienta el ciudadano Lotario Marck, puede hacerlo el digno y benemérito consejero Biling.

--Me considero sumamente favorecido, señores, añadió el consejero, ocupando el asiento que le designaron.

Sofia al oír nombrar al príncipe de Marck, sintió un movimiento convulsivo en todos sus miembros.

--Antes de pasar á la gravísima cuestion de qué deberemos ocuparnos luego, es de nuestro deber satisfacer á la señora marquesa de Korvei... Tened la bondad, señora, de pasar por la vista estos breves informes que nos han transmitido de vos.

«Matilde, bajo el nombre de Sofia de Korvei, se ignora aun quienes fueron sus padres... pero se averiguará. En cuanto á su carácter, es dulce, benéfico y compasivo. Dotada de un talento privilegiado, de perspicacia en extremo sutil, de una malicia estremada, no hace sin embargo uso de estas facultades sino en pró de sus semejantes. Es amada de los duques de Ravensberg, por deber; de los pa-

la ciegos por necesidad... del pueblo por justicia. Es una verdadera hija del pueblo y amiga por lo tanto de los conservadores.»

La marquesa al oírse nombrar Matilde se sobrecogió un poco.

—Ya veis, señora, dijo el presidente, cuán lejos podíamos estar nosotros de pretender no solo vuestro destierro, pero ni aun tolerarlo tampoco. Esos rumores que han circulado tienen su fundamento en lo siguiente.

Buscó entre los papeles y entregó á la marquesa otro manuscrito.

Leed para vos, señora, pues lo que nos dicen ahí no debíamos oírlo ni aun nosotros mismos.

Sofía leyó para sí.

«Ludomilia de Médicis, muger orgullosa, airada, y vengativa. Su carácter versátil é inconstante le hace guardar poca consideración á los afectos y deberes mas sagrados. Antes de unirse á Othon de Ravensberg nuestro soberano, engañó á su padre Pedro de Médicis, y despues á su marido .. Ludomilia era madre ya por un trato clandestino que sostuvo en Ferrara con el conde de Polesino. Aun esto podria olvidarse, si en la actualidad su

conducta bastase á borrar estos delitos... pero hay quien asegura que tiene relaciones criminales con Luitzpoldo With, capitán de su guardia... Por consiguiente una adúltera, no puede ni debe regir el cetro de Ravensberg.»

—¡Está perdida!! Esclamò la duquesa interiormente.. Está perdida sin remedio! Oh! si yo pudiese hacer desaparecer este escrito entre mis manos!... **Palverizarlo!** **Queno** quedase la menor señal!... **Perdida**, y sin concluir mi obra!... Sin asegurar el écsito de ella!... Esto no puede quedar así... no es posible.

La marquesa al interrumpir su lectura palideció de tal modo que todos lo advirtieron.

—**Proseguid**, señora, le dijo Balkan.

—«Su intimidad con la marquesa de Korvei debe tenerse por sospechosa en suma grado, por cuanto que es sabido que estas grandes señoras siempre necesitan de una amiga fiel, una consultora ó consejera, que creyendo ocupar en la sociedad un puesto distinguido con semejante privanza, no son otra cosa que unos agentes miseros y despreciables de tráficos ilegales y en extremo repugnan-

tes: unas encubridoras viles para asesinar la reputacion, el honor, el decoro y los mas caros deberes...»

La marquesa no pudo continuar. La vista iba desapareciendo de sus ojos y tuvo que sentarse porque no acertaba sostenerse en pié.

—No os aflijais, madama, añadió Balkan, conociendo el efecto que le habia hecho á la marquesa la lectura. Vuestro sentimiento es justo, pero descansad en la rectitud y justicia de esta asamblea. Aqui para decidir en juicio, se abandona: el acaloramiento, el dolo y las insidias... Si en el segundo escrito os juzgan con demasiada severidad, tambien habreis visto en el primero que hay quien os hace el honor que mereceis... El lema de los conservadores es: «Imparcialidad y justicia.» Con esta os han juzgado, y os califican por lo primero no por lo segundo... Vos podreis poseer secretos de la duquesa y no por eso serán de vuestra aprobacion... Vos podreis hacerle un servicio secreto, y la necesidad de conservar vuestra posicion en palacio os obligue á ello.

—Mi posicion!... exclamó la marquesa... Mi posicion, la detesto... Sabeis si hay rango,

favor ni fortuna, que pueda ser grata, adquirida por el dolor, los sinsabores, el infortunio, y sostenida á costa de zozobras, padecimientos internos y lágrimas tan azarosas como amargas? Pues sí. He ahí mi posición actual. Mas un deber sagrado, imprescindible, imperioso me detiene en palacio. A su poder lo he sometido todo; tranquilidad, reposo, goces, afectos... hasta la vida si fuera preciso... porque bien sabeis, señores, que hay obligaciones en el triste mortal que no es posible ni desatenderlas ni olvidarlas. Ellas son las que me han hecho someterme á Othon, á la duquesa... á los preceptos de uno y á los caprichos de la otra. Mi posición!.. Mi posición no es hija de mis ideas... No es la concepción de una ambición infundada y extraña de mi cuna... No es el deseo natural que nos incita y estimula á ser, ó desear mas. No es el cumplimiento de un sueño, de una enagenación mental producida por el orgullo, realizada por la suerte y halagada por la casualidad... Es... ¿qué se yo? Un decreto fatal del destino para que yo no viviese feliz... Para que no disfrute un momento de paz ni tranquilidad en mi vida.

Si señores; continuó, con un tono y dulzura que conmovia y encantaba. Mi posicion no puede ser mas equívoca, mas rara... mas incompatible con el curso natural de las cosas. Yo tengo que aparentar lo que no siento, fingir lo que no es, y demostrar lo que no existe. Yo tengo que reir cuando llora mi corazon... Manifestar satisfaccion, placer y confianza, cuando el temor, los recelos y la tristeza me devoran el alma... Sostener una lucha, superior á mis fuerzas, al poder de una flaca muger... á su talento, á sus facultades físicas é intelectuales, y verme sola, abandonada en medio de una corte, para la que no he nacido, cuyos usos me son aun desconocidos, sus vicios odiosos, y sus intrigas incomprendibles. La marquesa de Korvei, en fin, á par que se afana para cumplir la fé de un precepto, que todo lo pospone á él... todo lo olvida por él, os hace saber aqui, jurándolo solemnemente, que al interes que defiende hace doce años está íntimamente unida la suerte de su pais. Su porvenir, el interes sacrosanto que os anima y que tan noble y dignamente defendeis... En una palabra, que ella á par que trabaja para sí, lo hace tambien para es-

ta patria querida á quien no puedo ni debe desatender... porque ha nacido en ella y la ama con filial ternura.

Un rumor de aprobacion circuló entre los conservadores.

—Vos sabeis que son ciertas mis palabras, querido Biling. La alta y justa reputacion que gozais en todas las clases del pueblo, os ha granjeado un crédito merecido y que podrá servir de testimonio á mis razones. A vos os consta la verdad de ellas, cuales son mis intenciones y la grave responsabilidad que he contraido con mi pais hasta lograr mi objeto.

—Objeto laudable, añadió el consejero Biling... Fin santo, y digno solo de un corazon magnánimo, de un alma como la que alienta á la marquesa de Korvei. Algun dia, y ojalá mis ojos alcancen á verlo, se comprenderá el valor de esta hija benemérita de Ravensderg, de esta muger sublime, cuando ha aclarado el misterio que encubre otra tan grande, se admire y considere como imposible una constancia y teson tan imperturbables. Si, señores; el asunto que os ha indicado la marquesa es tan escelso en sí, que la fuerza

de su valor ha engendrado la magnánima resistencia con que su valiente espíritu ha sostenido este arcano por espacio de doce años... Ha sofocado en ella aquellos efectos sensitivos, que su juventud, su seso y belleza debieran haber sentido á impulsos de la solicitud, la instancia y el ruego.... La marquesa no ha vivido para sí ni para nadie... Solo para su objeto. Ha dominado las ecsigencias del corazon, los estímulos de la sangre... Ha sometido á su fin hasta á la misma naturaleza, porque, decidida y ciega, su ecsistencia hasta ahora ha girado sobre un solo eje.... llegar felizmente al término de su afan. Y esta pertinaz idea es tan apreciable, como inmensos los sacrificios que esta herona ha sobrevellado para ello con tanta paciencia como sufrimiento, porque... de una vez, señores... la mision confiada á la marquesa es un asunto de estado, gravísimo... Es la cuestion futura en que está interesada hasta la corona de Ravensberg, la patria y la fortuna ó la desgracia que debe pesar sobre esta en lo sucesivo.

Un ruido lejano y casi imperceptible, se oyó al concluir de hablar Bilin... Despues se

sintió mas claro en la puerta del salon... y detras de otra puerta que estaba á la espalda del presidente Balkan.

Los conservadores ocupados seriamente de las palabras interesantes del consejero, no dieron importancia á semejante rumor.

—En cuanto á la acusacion de la gran duquesa, prorrumpió Sofia, la creo falsa en todas sus partes. No digo que la vida privada de los gefes del estado no deba ser observada, porque influye harto en el bien ó desgracia del pais, por cuanto que de la corrupcion en sus costumbres, de sus vicios y debilidades se resiente, el sistema administrativo, las leyes se atropellan y los abusos se estienden y dominan todas las clases. Pero antes de formular unos cargos tan graves, deben ecsibirse pruebas terminantes y poderosas que quiten á la acriminacion el carácter de calumniosa ó parcial. La gran duquesa no ha prostituido tanto ninguno de los actos de su gobierno que merezca por una mera acusacion causarle el sentimiento, el sonrojo de ser públicamente separada de él por una fraccion del pueblo, cual la que se ve en vosotros aquí.

—Os engañais, señora, es la voluntad u—

nánime y compacta del pueblo la que veis ahora reunida. Tenemos pruebas suficientes para proceder como os hemos manifestado, y os aseguro que no levantaremos mano hasta deponer á la gran duquesa.

—Meditad os ruego, lo que haceis. Ved una carta que me dirige el gran duque, y en que, despues de otras cosas, manifiesta su beneplácito en que su esposa continúe hasta su vuelta, que está prócsima, en el gobierno.

—Porque el gran duque ignora quien es su esposa.

—¿Y sereis vosotros quien se lo diga?... preguntò Ludomilia presentándose.

Las puertas de la sala se abrieron, lo mismo que la que estaba detras del presidente Balkan, y el salon fué, ocupado por la guardia de la gran duquesa á cuyo frente venian Luitzpoldo y Colemberg.

Ludomilia entró por la puerta de la presidencia acompañada de este último.

Las palabras que esta dijo al entrar sorprendieron á todos menos á Balkan.

—No seremos nosotros, señora, le dijo este con voz enérgica y decision admirable. Será la voz de la justicia y la verdad, pronta

y fácil siempre en los labios de los conservadores. Cuando las vemos atropelladas, acudimos prontamente á su socorro sin que nos intimiden aparatos belicos, ni sorpresas tiránicas y despóticas, hijas de la traicion y de las pocas simpatias que goza el que dispone de ellos. Mandar, ser obedecido por la fuerza brutal, por la influencia del terror, y no por la estimacion y aprecio de los gobernados, es muy triste, señora. Y pensais que sellais nuestros labios de este modo? Os engañais. Mil voces se alzarán publicando nuestra razon y vuestra injusticia... Qué, ¿quereis ahogar con sangre el grito acusador de un pueblo, que no se somete sumiso y resignado á servir de pasto á vuestros estravios y debilidades?... De un partido grande y escelente, que os jura desde este momento guerra á muerte por el atropello que acabais de perpetrar en sus principales gefes y representantes?

—Basta; exclamó ciega de cólera, Ludomilia. General Luitzpoldo, prended á esos rebeldes; ya sabeis mis órdenes... Mariscal Colemberg, nombrado gobernador de la ciudad, á vuestro cargo queda la tranquili-

dad pública. Vos marquesa de Korvei, torpemente infamada como yo, este ha sido un nuevo nudo que han echado á la cadena de nuestra amistad... Os he escuchado al traves de esa puerta defenderme ante un tribunal el cual, ni tiene autoridad para juzgarnos, ni vos debisteis descender á comparecer en él. Pero no lo extraño, porque vuestro sistema de reconciliacion y fraternidad impera en todo... Es un error en ciertos casos como el de ahora... pero estimable y merece disculpa. Mañana en celebridad de lo ocurrido esta noche, tendremos un dia de solaz en nuestra quinta del Recuerdo. Marquesa, apoderaos de esos papeles...

Sofia recogió, ayudada del consejero, los que habia sobre la mesa

—No temais, dijo disimuladamente á Balkan.

—Nada se ha perdido aun: prorrumpió éste en voz alta, contestando con estas frases de doble sentido á la marquesa.

De allí á poco estaban los miembros de la asamblea de los conservadores sepultados en profundos calabozos en las cárceles de Ravensberg.

XXI.

A un mismo fin.

De antemano sabia el príncipe de Marck lo que iba á pasar aquella noche en la reunion de los conservadores y en las calles de la ciudad. El plan lo habia combinado bien el astuto ex-fraile. Forjó dos declaraciones que puso dias antes en manos de los conservadores. La de Sofia, como era favorable á la marquesa, la llevó el mismo. La de la duquesa

fue anónima y bajo tal carácter la remitió á ellos.

Su objeto era dar un golpe de mano á aquel partido, quitando de enmedio un coloso que le atemorizaba con solo su nombre, al mismo tiempo que encendiendo la guerra civil esperaba sacar un buen resultado á su favor.

Sus proyectos no se concretaron á esto solo. Al mismo tiempo que llamaba la atención de los conservadores sobre la marquesa de Korvei recomendándola; en la delacion anónima que hacia de Ludomilia, la denigraba como hemos visto y la calificaba de sospechosa en extremo.

Su objeto era divagase la opinion justa y favorable que disfrutaba la marquesa. No se atrevia á hacerle la guerra cara á cara, porque la intachable conducta de Sofia no daba lugar á ello... Pero ocultamente lo hacia, y lo primero que practicó fue llamar la atención del pueblo sobre ella, porque sabia demasiado que el vulgo es ecsagerado, inconsecuente y necio la mas veces.

Mas adelante llevó el perverso príncipe sus planes. Creó y fomento en secreto duran-

te la regencia de Ludomilia un segundo partido que con el título de *Ludomistas* contrarrestase á los conservadores. Demasiado sabia que de esta variacion de opiniones, de esta division en los ánimos, iba á coger frutos saludables para sus miras. En él afilió algunos nobles de mediana alcurnia como al baron de Colemberg, Luitzpoldo, Eberten, Bevern, Hasbourg y otros .. Pero su objeto principal fue reunir á la aristocracia media, esa parte del pueblo que se dice privilegiada ó distinguida, como ricos negociantes, altos agiotistas... personas en fin, que no fuesen animadas del santo fin de querer lo mejor para su patria, sino sacar de ella todo el partido posible lisonjeando su orgullo y nezia avaricia, porque la fortuna se ha mostrado con ellos menos ingrata que con los demas.

A la cabeza de este partido colocó al baron de Colemberg, que como sabemos era enemigo mortal del mariscal Othocaro, gefe de los conservadores.

El aumento que tomó esta comunión política en el tiempo que Ludomilia dirigió el gran ducado, era admirable. Razon porque

apoyada así la gran duquesa, se presentó en la asamblea de los conservadores como lo hizo, y les declaró la guerra abiertamente.

El príncipe, después de preparar el movimiento popular de aquella noche por sí y sus agentes y dejarlo ya fomentado, sin darse á conocer, se fue á palacio y pidió audiencia á la duquesa. Este fue el aviso que á ella le pasó Richsa, en la cámara de Sofia. Se presentó sobresaltado á su sobrina y le pintó el estado de agitacion en que se hallaba la poblacion, que los conservadores pensaban arrancarla la regencia, y que quizá el pueblo, seducido y halagado por ellos, atentaria soezmente á la mansion real... Que claro se manifestaba en las voces que él acababa de escuchar en la plaza de Adeltorfen, las cuales pedian el destierro de la marquesa de Korvei como persona sospechosa en palacio y culpable en los pasos desacertados que la gran duquesa habia dado en su gobierno.

Ludomilia quedó anonadada sin saber qué determinacion tomar. Esto era lo que el príncipe deseaba para caer sobre los conservadores. Le pidió su poder á la duquesa en aquellos momentos, y concedido por

esta, espidió en el acto, dos reales órdenes, nombrando á Colemberg mariscal del gran ducado, y gobernador de la capital; y otra haciendo á Luitzpoldo coronel de la guardia real con grado de general porque sabía que en esto lisonjeaba á Ludomilia.

En el momento los hizo comparecer, y sin participarle sus ascensos, se dirigió á Colemberg estas palabras:

—La capital del gran ducado está en efervescencia y necesita un gefe activo y de energia que restablezca la tranquilidad pública. Perpleja S. A. R. me ha consultado, y mi parecer adoptado por S. A. R. es que vos, baron de Colemberg, mariscal del gran ducado y gobernador de la capital, partais en el momento á la calle de Kem-Linn, desahagais la asamblea de los conservadores, causa del alboroto, prendais á sus gefes y efectueis una sorpresa acertada que desconcierte las miras de los conspiradores, al mismo tiempo que restablezcáis la tranquilidad alterada. Para el efecto S. A. R. os espide la competente autorizacion. Tomadla.

Despues, dirigiéndose á Luitzpoldo, le dijo:

S. A. R. la gran duquesa, necesita estar rodeada de servidores fieles que merezcan su confianza. Va á encaminarse ahora mismo en persona á la reunion de los conservadores porque conviene que lo haga asi... y precisa que la acompañe con toda su guardia real S. E. monseñor Luitzpoldo With, coronel de ella y general de las armas del gran ducado.

Lodemas, hasta la presentacion de la duquesa entre los conservadores, fue tan rápido y secreto, que ninguno tuvo tiempo ni aun de avisarles nada.

Colemberg efectivamente, consiguió deshacer los grupos y que se retirasen entrando por sorpresa en la casa de los conservadores, con tanto sigilo y silencio que estos no se apercibieron de ello, y la gran duquesa tuvo lugar de escuchar las últimas palabras de Sofia.

Esta, ignorante de todo, se sorprendió al ver el aparato bélico que desplegó Ludomilia alli. Desde luego conjeturó que aquello no era obra suya y auguró muy funestos resultados de tal violencia. Los conservadores eran un partido poderoso, todos no podian caer

en las manos de la gran duquesa, y los que quedasen libres harian saber á Othon, á su llegada, la esposa que tenia y la regente que les habia dejado.

Esto la hizo temblar en términos que en cuanto llegó á palacio se lo hizo saber á Ludomilia.

La duquesa quedó un momento pensativa... pero al cabo saliendo de repente de aquella suspension aparente, dijo con decision.

—No importa... ya se lo que debo hacer. Suspenderemos hasta la venida del duque la fiesta que pensaba dar en la quinta del Recuerdo: con eso será mas plausible y á propósito. En cuanto á los conservadores ya los pondré yo de modo que no osen levantar mas lo cabeza... Partido salido de la plebe, de la hez del pueblo, que, no contento con reclamar ò defender los derechos vanos de que se cree revestido, osa atacar hasta la vida privada de sus soberanos... Tan inaudito descaro, audacia tan descomedida merece un escarmiento severo, un desengaño fuerte... y yo se lo daré. Entretanto averiguaré quien es el traidor que ha forjado tan infame acusacion ante un tribunal escandaloso, con el

vil objeto de amenguar nuestra opinion y denigrarnos bajamente... y harto será que no le cueste le cabeza. Desde hoy voy á acordarme de que soy soberana.

La duquesa dijo esto último, con una decision y energia, nunca usadas hasta entonces.

A Sofia le llamó la atencion la importancia que dió á sus palabras Ludomilia, y sospechó algo extraño en ellas. Por otra parte, la tormenta que rugia sobre su cabeza á la llegada de Othon, era preciso que la duquesa la conjurara.

Su carácter orgulloso era harto conocido, y si cuando Leonelo temblaba y se estremecía, ¿qué seria temiendo contra sí parte de un pueblo irritado por su atropellamiento y arbitrariedad?

Desde luego sospechó que el príncipe de Marek era el que la habia precipitado destruyendo las intenciones que Sofia formó de grangearse, como lo consiguió, el aprecio de los conservadores, y procurar por este medio que estos no hiciesen pública la detestable acusacion que pesaba sobre Ludomilia.

Cada vez se iban complicando mas las circunstancias y aumentándose los cuidados de

la marquesa, Aunque es cierto que la duquesa no le interesaba ya, antes al contrario la haria la guerra, Sofia queria vencerla sola, sin ruido ni escándalo, y siendo el juez solamente, Othon y el consejo de estado. Deseaba derrotar á la duquesa pero con decoro, y que su reputacion en público no apareciese con los feos colores que ya se empezaba á revestir y que pronto circularian por Alemania y quizá en la Europa.

Embebida en estas reflexiones entró en su cámara, cuando Richsa le anunció que el señor Mastropetro hacia ya tiempo que esperaba sus órdenes, en cumplimiento de lo que S. E. le habia ofrecido aquella misma noche.

—Ah! si... es verdad, contestó saliendo de su estado... Dile que pase adelante.

Sofia, al entrar Leonelo, cerró las puertas de su cámara.

—La noche ha de ser completa, monseñor Leoncio, dijo la marquesa. Sentaos: Esta noche deben desaparecer los misterios y los disfraces de ciertas personas... El de Ludomilia ante los conservadores, el vuestro ante mí... Y el mio ante vos algun dia, si lo que vamos á tratar aqui lo adoptais y cumplis como noble y caballero.

—Pues ya sabeis quien soy, no dudeis jamas de mi honor.

—Tengo en él toda la confianza que mereceis.... y ademas mi aprecio por vuestra conducta. Y para que veais si son ciertas mis palabras os voy á dar este noche pruebas de verdadera estimacion... Segun demuestra vuestro semblante habeis estado enfermo los dias que faltais de palacio.

—Si, señora... He visto la muerte muy cerca.. pero me ha respetado..... sin duda porque el destino quiere conservarme para sufrir mas.

—O para gozar aun, Leonelo... Desconfiar de la providencia es una de las faltas mas grandes del hombre.

—He esperado tanto. . y en vano hasta ahora!

—Y si yo os doy una muestra de que no os ha olvidado?... Que aun os tiende una mano de consuelo?

—Ah! Solo á vuestro hechicero labio podia estar reservado el anunciarle alguna ventura.

—Pues sí, no lo dudeis... Pero quiero antes por mí probar vuestra resigna-

cion, acrisolando el sufrimiento que hasta aqui habeis tenido. Es decir, que á trueque de un pesar que debe ser momentáneo, os daré una alegría permanente y pura.

—Os escucho ya, señora.

—Juradme antes que lo que os voy á confiar, ni cediendo al resentimiento, á la venganza, la violencia ni á ninguno de los extremos que pueden combatiros, lo revelareis á nadie... porque despues os diré el precio de vuestro silencio... y vereis cuan caro es para vos, conde de Polesino.

Leonelo se puso de pié, y con acerto enérgico y arrogancia, pronunció:

—Soy noble, marquesa de Korvei.

—Está bien... me basta; contestó esta. **Preparaos**, porque voy á herir primero vuestro corazon... Despues derramaré sobre él el bálsamo del consuelo,

—Mas despadazado que está ya!...

—Si, porque vos amais todavía á una mujer, con amor tan fino que este no os hace esperar el desengaño que vais á oir por mi boca.

Leonelo miró sorprendido á Sofia.

—Su aborrecimiento, prosiguió, la marquesa podriais sobrellevarlo, porque aunque

es sensible para el que ama se aprecia á veces por ser cosa que viene del objeto amado... Su desvio se puede tolerar tambien; pero un olvido total de los mas sagrados vínculos... eso no es posible que sea soportable por un noble que quiere como vos.

—Acabad!... Acabad!...

—Ludomilia es una adúltera... Ludomilia se ha entregado á otro hombre que no es su esposo.

—Ah! Y quién... quién es el infame?... Decídmelo, señora... ¿Quién es el hombre vil que la ha hecho atropellar los deberes mas respetables... romperlos... destruirlos inhumanamente?... Nombrádmelo, por favor... Debaos al menos esta gracia!... Quiero beber su sangre!... Vengarme... vengar á Othon... á Ravensberg... al mundo que ha alimentado á un monstruo tal, como esa odiosa mujer.

Leonelo al decir esto, apretaba convulsivamente la empuñadura de su daga.

—Todo lo he perdido ya, continuó.... nada me queda mas que mi desesperacion y mi venganza!...

—Bien, pero esta para conseguirla no es

el camino mas seguro un acaloramiento imprudente. ¡Ignorais, conde, como se venga uno en la corte?... El escándalo está prohibido en estos casos... y con razon.... Yo se bien que en tal momento, el celeso furor que os domina os hace proponer un medio que luego, cuando mediteis con calma, hallareis despreciable por lo comun y bajo. El noble se ha de vengar como quien es... Por medios grandes y singulares... Una puñalada la dá á otro cualquier villano de la plebe.. Cualquier tahur... ó maton desalmado.

El conde conoció la fuerza que tenian las razones de la marquesa.

—Vamos á ver, continuó esta... Vuestra venganza se reducía solo á matar á un rival, á un hombre, y luego cuando os fuesen á juzgar por asesino... ¡por asesino!... ¿no os estremece ese nombre?... todo lo que os restaba, para mas satisfaccion, seria decir que era el amante de la duquesa ¿Y con qué pruebas justificábais esto, ni con qué carácter os presentábais á decir que habiais tomado tal venganza?

—No lo sé.

—Leonelo, hay algunos crímenes que en

si llevan el castigo, y el de la duquesa es uno de ellos. Y para convencerlos del importante papel que hago en este caos aparente, y que á su tiempo comprendereis... tomad y leed.

Esto lo dijo levantándose, y sacando un pliego de su papelera, se lo entregó.

Leonelo vió que decia asi.

—«Santísimo padre, mi muy amado tio y señor. Las culpas son obra de los míseros mortales, y yo, indigna pecadora, no de las menos culpadas. Pero al mismo tiempo que nuestra flaqueza no arrastra á ellas, la mano del Señor ha colocado en la tierra la fuente de su gracia omnipotente, por medio de su digno vicario y representante, entre sus hijos.»

«Aunque revestida del esplendor real, mi carne es flaca como la del mas mísero y pobre de mis súbditos... Ella ha sido susceptible de una impresion, esta escitó el estímulo, me llevo al pecado y.. pequé. Llevo en mi seno el fruto de mi flaqueza... y pues he sido criminal, recurro humilde penitente alraudal inagotable de la divina misericordia, depositada en vuestras manos.»

«Pero como este desliz, por mi posicion

y mi rango, no hallo prudente confiárselo á nadie, lo hago á vuestra santidad para que me absuelva en secreto de él.»

«Espedidme una de esas cartas de indulgencia, que Tetzel y los comisionados de la santa sede, otorgan en Alemania, á trueque de cantidades, para la continuacion de la basílica de San Pedro en Roma. Mis vasallos acaban de entregarme un subsidio cuantioso, que les he pedido para las atenciones de estado, y sino bastase á cubrir las ecsigencias de mi culpa, diamantes tiene mi corona... y minas en el Harz que puedo enagenar ò explotar. Mis súbditos lo darán gustosos por mí, y yo debo hacerlo para comprar la paz de mi alma y mi eterna salvacion.» (1)

(1) No parecerá estraña esta peticion de la duquesa si tenemos en cuenta los supersticiosos errores introducidos en Alemania en el siglo XVI por Tetzel y sus compañeros, en el tráfico de las indulgencias. Estos eran tan escandalosos y repugnantes, que casi parecen increíbles. Entre otras cosas decian para cimentarlos:

Cualquiera que compra cartas de indulgencias, puede tener tranquila el alma sobre su salvacion. Las almas encerradas en el purgatorio, y por cuya redencion se adquieren las indulgencias, se escapan

«Espero en vos, santísimo padre, el remedio de todos mis males, con aquel afán que me inspira la necesidad de obtener gracia tan especial. Rubricado y sellado en mi palacio de Ravensberg, á 12 de Octubre de 1520. Ludomilia de Médicis. A los paternales pies de S. S. nuestro muy querido tio y señor Leon X».

—Perjura antes de casarme!... y adúltera despues!!... exclamó Leonelo, entregando el pliego á la marquesa. Sí... Sí... la conozco por mi mal.... Conozco que esa muger detestable se ha perdido... y á mi tambien.

—A vos... no... Eso es lo que yo no quiero, y lo conseguiré. Vuestros sacrificios, vuestra generosidad, los se por ella misma que me los ha confiado, y para mí teneis un derecho, tan admitido como legal, á toda consideracion. Si ella no os lo guarda, porquesu ingratitud sea tanta, yo, que no os debo nada, quiero mostrarme generosa. Pero esta generosidad tiene una ecsigencia, Leonelo... No mia, si-

de esta mansion de tormento, y suben en derecha al cielo, al instante que el dinero suena en el cofre. Historia de Carlos V. Tomo II, página 97.

no de otra persona. Este es Othon á quien vamos á defender, y el que me debe todo el respeto y cariño de un hermano.

—De un hermano!!

—Sí... Ningun rencor debeis abrigar contra él, porque ha sido engañado por Ludomilia como vos... Como vos, vendido inicuaamente á una creencia falsa... á una persuacion que no ecsistia. Por lo tanto vuestra causa es la suya desde hoy... Yo la defiendiendo hace doce años, pero aun no está concluida la obra... Al contrario, en la actualidad se van presentando escollos mayores. Ese hijo del crimen que Ludomilia guarda en sus entrañas, procurarán hacerle creer á Othon que es suyo, para algun dia sentarlo en el trono de Ravensberg.

—Oh! Eso nunca... jamas. Antes perderia yo mil vidas que tuviera.

—Al contrario, debeis conservar la vuestra para ayudarme á que ese solio lo ocupe en vez de ese bastardo vuestro hijo.

—Mi hijo!!! pues que, ¿vive?

—Sí... vive.

—Quién lo salvó del incendio?

—Una mano benéfica dirigida por mí...

—¿Por vos, señora!!... Ah! no me engañeis por piedad!... Aseguradme que existe mi hijo... mi querido César!... Que no es un sueño... una ilusion... un vago delirio.... y despues dejadme morir de placer y de alegria.

—Pues sí, os aseguro que se ha salvado... Vuestro hijo abandonó la casa con la señora Falestro al principio del incendio, y como nadie los vió salir todos creen que ha perecido.

—Bendito, seais, Dios mio... bendito seais que me concedeis un sosiego tan dulce para el corazon de un padre. Pero dónde se halla? decidmelo.

—Oh! Esa es una peticion que no os será concedida hasta que esté yo cierta de vuestra prudencia y fidelidad... porque, conde, necesito tenerlos á todos metidos aquí... Dentro de mi mano cerrada para que ninguno se me pueda escapar.... Me faltábais vos y ya lo he conseguido.

—Me confundis, señora...

—Vuestro hijo era la prenda que yo habia elegido en seguridad de lo que pensaba escribir de vos... Mas al verlo, lo he colocado en una posicion tal, que tambien voy á trabajar para él... y lo que antes era una inte-

ligencia, ahora se ha trocado en desecò... No me entendeis?... Al ecsaminar su fisonomía, sus disposiciones y talento, lo he elegido para que lleve en su dia la corona de Ravensberg sobre la cabeza... y os aseguro que la llevará.

—Ah! mis sueños lisonjeros de esperanza...

—Se realizarán.

—Pero á vos, marquesa, ¿qué interés os mueve?

—Uno que conocereis como os he dicho, cuando pueda revelároslo.. Mas claro, cuando merezcáis mi confianza ; y yo la espero, porque el padre querrá que el hijo sea duque soberano de Ravensberg. Hasta entonces vuestro hijo estará oculto para vos y para todo el mundo, siendo vanas todas las tentativas que hagais para saber de él.

—Sin esa condicion mi vida es vuestra, señora. Habeis salvado al hijo de mi amor, y su padre consagra desde este dia la ecsistencia á su salvadora.

—Sus esfuerzos son los que yo necesito. nada mas.

—Hablad... decid.

—Vuestro hijo, tened presente que, para los que sabian su ecsistencia, ha perecido en el incendio, y que los papeles que estaban en el cõfrecito de marfil y oro han sido abrasados.

—Estos últimos con grave pesar mio!...

—Los papeles están intactos tambien y al lado de vuestro hijo.

—Ah! ¿Es posible! exclamó gozoso Leonelo... ¿Quién los libró del incendio?

—Yo.

—Siempre vos, señora?... Sois un hada benéfica, un espíritu bienhechor... ò un ángel de consuelo para mi?

—No soy nada... aun... y podré ser mucho... Volvamos á lo que decíamos. La muerte de vuestro hijo y la desaparicion de esos papeles debe prevalecer... Vos seguireis en palacio bajo el mismo disfraz de Mastropetro, y sostendreis la confianza de Colemberg, á quien halago por conveniencia. Espiad al príncipe de Marck y mirad sin odio al general improvisado Luitzpoldo With, que por su elegante figura y atractivos ha llegado á ser para Ludomilia lo que vos en Ferrara.

—¿Luitzpoldo es...

—Nadie para vos ni para mí... Ese hombre es un autómatas bello, y engalanado con algunos atractivos para su amante. El príncipe de Marck y el baron de Colemberg, en union de Ludomilia, son los tres enemigos con quien tendremos que luchar... Digo, esto es si quereis abrazar á vuestro hijo, y mas adelante verlo elevado á la altura que os he indicado.

La marquesa hizo algunas leves esplicaciones mas á Leonelo, y este salió de su cámara algo tarde, cosa que no dejó de llamar la atencion de las damas de honor de Sofia; aunque estaban convencidas de que serian asuntos de estado y no otra cosa lo dilatado de la conversacion.

XXII.

La quinta del Recuerdo.

Todos los conservadores cogidos en la asamblea, y algunos mas que fueron presos aquella noche por Colemberg, permanecian en las prisiones de estado. Se hablaba al dia siguiente de un castigo ejemplar, en Balkan, Crefeldi, Stetin, Brun y otros de los principales del partido, hasta creer que se les cortaria la cabeza en la plaza de Adeltorfen, para

público escarmiento al crimen proyectado cual fue pretender quitar á la regente.

La capital del gran ducado hervia de indignacion á estas noticias. Se lamentaba mucho la falta de Othon, y mas que nada la del mariscal Otocaro. Aseguraban demasiado los conservadores que si el mariscal hubiese estado en la junta, no se hubiera perpetrado paso tan arbitrario y escandaloso.

Mientras Ernesto de Brunswick era ya dueño del principado de Hesse-Delmont, y amenazaba al mismo ducado de Ravensberg. Othon sabedor de esta invasion trató de apresurar su retorno á la corte, pero no podia creer jamás que la regencia no hubiese tomado alguna medida enérgica para contener, hasta su llegada, los progresos de Ernesto.

El condestable Erardo de Gotinga se consumia de impaciencia, y habia representado varias veces al consejo el estado de las tropas de Ravensberg, y que era preciso atajar á Ernesto de Brunswick. Pero el príncipe de Marck, dilataba con pretestos tomar ninguna determinacion, para dar lugar á su aliado Ernesto á que se posesionase perfectamente del principado, guarneciese bien las principales

plazas de él, siendo así despues mucho mas difícil, y casi inútil, arrojarlo de sus posesiones.

El condestable se cansó de representar y esperó la llegada del duque para sincerarse de tal abandono.

Entretanto, no se pensaba en palacio mas que en saraos y fiestas que proyectaba la gran duquesa con sus damas y favoritos. En ellos se embriagaba con sus impuros amores cuando el pueblo gemia en la mayor consternacion y abatimiento. A las prisiones hechas en los conservadores, se habian añadido la deportacion de muchos de ellos, la fuga, las vejaciones y otros extremos que son inherentes á una administracion tiránica y desacertada.

Sofia observaba todo esto... todo lo sabia, y procuraba el remedio que le era fácil á aquellos que acudian á su bondadoso corazon. Mas de una vez habia visitado en la cárcel al presidente Balkan y á sus compañeros, dándole consuelos y diciéndoles que esperasen en la magnanimidad del gran duque, la que impetrada por ella á su llegada, no podia menos de producir un feliz resultado.

Habia parado tambien el golpe terrible que trataba el príncipe de Marck descargar

sobre Balkan y los suyos. El príncipe los hizo juzgar como reos de estado, con una premura increíble y fueron condenados á ser decapitados. Esta noticia consternó á todo Ravensberg... Pero por suerte llegó á oídos de Sofia antes que Ludomilia firmase la sentencia, de modo que cuando el príncipe la presentó á la gran duquesa esta no quiso sancionarla de ningun modo.

La gracia conseguida por Sofia, se divulgó por la capital, y la marquesa de Korvei se hizo objeto de veneracion, amor y respeto. No se oia su nombre en los labios de todos mas que para una perpétua y unánime alabanza.

Sofia calculando siempre lo mejor, tanto para evitar motivos de escándalo y murmuracion, como para separar á Ludomilia del lado del principe de Marck, le propuso á esta, en una conversacion secreta que tuvo con ella, trasladarse á la quinta *del Recuerdo*, con la servidumbre indispensable nada mas, y permanecer alli aun despues que llegase Othon, porque aquel retiro ofrecia mas disimulo y reserva para su trato con Luitzpoldo, que no el palacio de Ravensberg.

La gran duquesa aprobó el dictámen de Sofia y esta y Ludomilia se trasladaron al nuevo domicilio.

La quinta del *Recuerdo* era, como ya se ha dicho en otro lugar, un edificio magnífico, reedificado, ó con mas razón, magnífico, reedificado el gusto y grandeza alemana. El conde duque habia gastado en ella sumas crecidas para hacerlo una posesion que en nada desmereciese de las mejores del imperio.

Como que su objeto era regalarlo algun dia á cierta persona, en memoria de su constante é inestimable sufrimiento.

Cual es sabido, la quinta del *Recuerdo* la habia mandado construir Othon donde estaba la granja de la familia Martelo. Describir sus galerias, salones, cámaras corredores y demas dependencias, seria difuso y distraeria á nuestros lectores del curso de esta historia.

Pero en medio de tanta grandeza regia, de una magnificencia casi oriental, se advertian dos cosas, que por estrañas é indebidas á aquel lugar llamaban la atencion de cualquiera, y eran los objetos de mas estimacion y respeto que ecsistian en ella para Othon y la marquesa de Korvei.

Despues las daremos á conocer.

En todo lo que llevamos dicho en este capítulo, hemos retrocedido, pues ya hacia algunos años, que la noche de las ocurrencias populares, que la gran duquesa y Ludomilia habitaban la quinta *del Recuerdo*.

La duquesa ocupaba las habitaciones de la izquierda... Sofia alli estaba distante de Ludomilia, pues nada bastò á hacerla abandonar el ángulo derecho del palacio, ni situar su cama sino junto á una habitacion que estaba cerrada y cuyas puertas, rústicas y humildes, eran un lunar en tan bello edificio y al lado de las demas.

Ludomilia, aunque al principio extrañó esta pertinacia de la marquesa, luego lo atribuyó á capricho ó gusto en habitar en aquella parte... Sofia la disuadió tambien con disculpas y ficciones, y la duquesa no volvió á ocuparse mas que en gozar las dulzuras que su amor y aquel retiro le ofrecian.

Estas fueron interrumpidas por la llegada de un correo que anunciaba para el dia siguiente la entrada del gran duque en la capital.

Ludomilia se lo participó á Sofia y al momento se pusieron en marcha para el palacio de Ravensberg, llegando á él la noche antes.

El pueblo y la corte esperaban con ansia el nuevo dia, el que vino al fin, para consuelo de muchos y amargura de otros. El pueblo recorria las calles, gozoso y entusiasmado, dándose parabienes y enhorabuenas unos á otros de que cesaria aquel estado de opresion y terror en que estaban sumergidos, volviendo á respirar libres y felices como antes, con el gobierno de su soberano.

El príncipe de Marck, al llegar á sus oídos estas felicitaciones, reía para sí satánicamente. Demasiado sabia él cual encontraria Othon los asuntos gubernativos del gran ducado, lo mucho que le costaria organizarlos, y el enemigo doméstico, que oculto, lo acechaba para combatirlo y ponerlo en disposicion de no poder cuidarse ni aun de sí mismo.

Las calles de la capital las engalanaron con vistosas colgaduras. Las campanas, desde que asomó el dia, anunciaban el regocijo popular... Todo en fin daba una idea esacta del espíritu público.

Othon compareció al cabo entre sus súbditos, victoreado con las aclamaciones de un pueblo que le adoraba... Circunstancia que acredita ó desmiente el amor y afecto que debe un soberano á sus vasallos... Una aclamación unánime es la espresion del deseo, del interes, del amor... Forzada ó mercenaria, es la violencia fatal de la necesidad, el temor ó el compromiso.

Othon poseia lo primero.

El gran duque así que llegó á palacio abrevió cuanto le fué posible las etiquetas de la corte. Lo primero que hizo fué convocar el consejo de regencia, pedirle cuenta, con severidad, del estado en que se hallaban sus pueblos y de las determinaciones que se habian tomado.

Advertiremos de paso, que Othon habia antes de su retorno recibido una carta de Sofia en que le enteraba de las infamias cometidas por el príncipe de Mack, y aun le insinuaba lo que debia hacer á su llegada.

Ludomilia y el príncipe se sorprendieron al interrogatorio de Othon, y mucho mas cuando enterado de sus excusas, prorumpió:

—Sí, ya veo que no se ha pensado mas que en oprimir y vejar al pueblo... En alimentar á sus enemigos, en halagar á vuestros amigos, en dar impulso á notabilidades inmerecidas y crear generales improvisados. De este modo no es extraño que Ernesto de Brunswick haya invadido parte de mis dominios.... Pero no importa... Estoy demasiado convencido de donde procede esto.. y me sobran arbitrios para atajar aun, males tan trascendentales.

Ludomilia temblaba y el principe de Marck estaba pensativo.

—Con respecto á los conservadores, prosiguió Othon....

La voz de uno que disputaba con el uquier que estaba á la puerta del salon del consejo, interrumpió al duque.

—Yo puedo entrar, os digo, exclamaba el mariscal Otocaro en vos alta... Aunque esté quien esté, y sea la hora que sea.

—Pero si está con el consejo....

—No importa.... Tomad, anunciadme, y mostrad eso á S. A. R.

El uquier se presentó en el salon, anunciando al mariscal Otocaro.

—No puede ser ahora : contestaron la duquesa y el príncipe de Marck, á un mismo tiempo.

—Dice que este anillo le abre paso hasta S. A. R. por difícil que sea hablarle.

—Es cierto, contestó Othon. Decid al mariscal que entre.

El príncipe y Ludomilia se miraron á la vez.

—Señor, dice el mariscal, dirigiéndose al duque y con voz alterada por el cansancio y la zozobra. Me acaban de pasar un aviso, del cual me he estremecido, y el corazón de V. A. R. no podrá menos de resentirse á impulsos de la compasion, el horror y el furor unidos. Os suplico que paseis por la vista este anónimo que ahora mismo un hombre embozado hasta los ojos en una capa, me acaba de entregar, sin decirme una palabra, en la primera meseta de la escalera de este palacio, de donde no ha querido pasar.. temeroso sin duda de ser reconocido.

Othon leyó:

«Mariscal, pues sois el gefe mas decidido de los conservadores, evitar un homi-

cidio que vá á perpetrarse esta noche en la cárcel del crimen. Balkan, Brun, Cre-
 rati, Stetin y demas miembros de la asam-
 blea que fueron arrestados, deben ser aho-
 gados en la prision, y sus cadáveres arro-
 jados al Ems, con tanto misterio y secreto,
 que no quede el menor indicio. Despues
 se esparcirá la voz de que se han fugado.
 Con este crimen no se pretende castigar
 un delito que no han cometido, sino apa-
 gar sus voces, sobre revelaciones de grave
 peso para una persona de alta categoría.
 Pues teneis influjo para inutilizar tan in-
 fame trama, volad á los pies de S. A. R.
 el gran duque, y no os levanteis de ellos,
 hasta asegurar las vidas de unos infelices
 que no han cometido otra culpa, que amar
 á su soberano y ser idólatras de su patria.

Othon quedó sorprendido, sin acertar
 á creer lo que habia leído.

—Está bien, dice al mariscal... Esta
 es una acusacion marcada contra vosotros,
 señores, dirigiéndose al consejo de regen-
 cia... Yo no puedo darla crédito, pero tam-
 poco desatenderla.... Es mi deber.

Tomad, mariscal, añadió despues de es-

cribir. Marchad á la cárcel del crimen y cumplid el tenor de esa orden.

Otocaro se inclinó, y salió con precipitacion.

—He estado reflexionando, querido sobrino, prorrumpió el príncipe, que es á nosotros solos á quien alude ese anónimo. Pero si es así, no tenemos en eso, si se mira con detencion, la influencia maléfica que se supone, indebidamente, por ti. La regente tuvo aviso de que la tranquilidad pública estaba alterada; de que trataban de atentar á su persona, y que la asamblea de los conservadores era el foco de la rebellion. Llega, los sorprende y escucha sus palabras. Los prende y los entrega á los jueces para que la ley falle y decida de sus personas... No hay una cosa mas sencilla. En eso nada tenemos que ver nosotros.... Y si acaso pretenden ahogarlos, como dicen... creo que será en tal caso el castigo que hayan impuesto á su delito, y el cual sea de ese modo por no conmover al pueblo con el espectáculo de la decapitacion... O mas bien, una calumnia para denigrar al consejo... porque, añadió sonriéndose,) nin-

guno tiene mas émulos y enemigos encubiertos que aquel que está en el poder. Es tanta la tendencia que hay á difamarlo, á acriminar sus actos mas inocentes y sencillos, que bien se puede decir con razon, que el que gobierna *no tiene un amigo mas verdadero que su propia conciencia.*

—Pero no me negareis, le contestò Othon, que la vil traicion se esconde bajo el manto de una apariencia laudable, revistiéndose de la faz lisongera de la probidad, el bien público y la justicia. No fijaré un juicio aventurado sobre lo que acabo de saber por este billete, mas os aseguro que no descansaré hasta descubrir la verdad.

El príncipe frunció las cejas, y Ludomilia volvió á mirarlo.

—Lo creo muy justo, dijo el príncipe con indiferencia... Es tu deber y en ello no harás nada que te se debatachar... Pero eso... no corre tanta prisa... Ya supongo que por medio de la órden que distes al mariscal, habrás puesto á los presos á buen recado, y por consiguiente ahora debes descansar y entregarte á las delicias domésticas. Aquí tie-

nes á tu esposa, á este ángel de bondad y de ternura... Contempla su rostro pálido (1) por las vigiliass que ha pasado en tu ausencia.... porque, sobrino mio, hastaahora no he conocido yo lo que te ama mi querida sobrina.

La duquesa bajó los ojos, enjugándose algunas lágrimas, que el fingimiento le hizo derramar, y que el inocente Othon creyó efectivamente que eran de cariño hácia él.

El consejo terminó, y el príncipe pidió permiso para retirarse.

La duquesa hizo lo mismo en seguida, y Othon la prometió ir á hacerla una visita á su cámara despues.

En cuanto el duque quedó solo con el consejero Biling, fué informado del pormenor de los acontecimientos que habian pasado durante su permanencia en Aquisgran. Biling con su acostumbrada prudencia culpó de todo al príncipe de Marck, á quien conocia demasiado; porque no era fácil que el

(1) Estará por demas advertir, que hallándose la duquesa en el mes primero de su ocupacion, no es extraño que su semblante no tuviese muy buen color.

príncipe engañase al consejero, que estaba luchando con su ambicion desde el tiempo que se ha mencionado.

Othon le pidió su parecer á Biling, y este se lo dió sin rebozo como acostumbraba á hacerlo con su discípulo. Lo que si se escapó á la esperiencia del consejero, fué el trato clandestino de Luitzpoldo con Ludomilia, por lo cual aconsejó al duque, que aquella noche debia vencer su repugnancia, y responder á el afecto que su esposa le profesaba.

El consejero se marchó despues de dejar decidido con Othon el destino del príncipe de Marck.

Este y Ludomilia estaban tambien conferenciando entretanto sobre lo que debian hacer.

Sofia y Leonelo, hablaban de la direccion que habian de dar á sus planes.

De modo que aquella noche, y casi á una misma hora, se estaba tratando en palacio del porvenir de las personas de mas alta categoria que tenia la corte de Ravensberg.

Othon, en cuanto se separó del consejero, entró en su cámara y abriendo una puerta

se encontró en las habitaciones de Ludomilia.

—Me habeis ahorrado ese trabajo, señor, le dice esta con una amabilidad hechicera... Habeis abierto por vuestra mano una puerta, que la indiferencia y el abandono, hace tiempo que tenían cerrada á vuestra esposa. A vuestra esposa que os ama, porque conoce lo que valeis, y le consta que el mortal desvío que la mostrais es producido, no por los hermosos sentimientos que abriga vuestra alma, sino por motivos estraños que jamás os habeis dignado confiarle.

—No me habéis de eso, Ludomilia.

—Sí, sé que os molesta, y he ahí la causa porque sospecho que hacen violencia á vuestra voluntad. Pero ese misterio, cuyos efectos padecéis y yo sufro, ¿es posible, Othon, que otra ha de ser mas digna de saberlo que vuestra esposa? Puede haber en el mundo una persona que os ame como os amo? ¿Que pueda consolaros y participar con mas sinceridad y placer de vuestros pesares? ¿Que os consuele con mayor ternura y amor que yo? ¿Tendreis un seno mas amante, un regazo mas dulce que el que os ofrece esta desdichada

muger, que pide sin cesar al cielo, no una accion ni una palabra... una sola mirada vuestra de amor para considerarse feliz, para delirar de ventura y de placer... Ah, Othon!... Sois bien cruel con quien os adora como á su vida... y vuestro corazon no ha sido formado para hacer derramar lágrimas, ni causar tan acervos dolores como sufro por vos!

La duquesa terminó sus quejas con un suspiro tiernísimo.

No Othon... no el incauto duque de Ravensberg.. el mismo Leonelo cierto de la infidelidad de Ludomilia, hubiera vacilado y creído, que esta muger estaba, cuando menos arrepentida de sus estravios.

La duquesa, por dictámen del príncipe de Marck, debia poner en juego aquella noche todas las seducciones y artes que posee una muger hermosa, para hacer caer á Othon.

No fue muy difícil, porque el corazon del duque era sensible. Ludomilia orgullosa en demasia jamas habia usado este recurso, pero en la actualidad el estado en que se hallaba, y que tuvo la imprudencia de confiar al

príncipe de Marck, le obligaba á ello.

Othon escuchando á su esposa, permanecía con los ojos bajos sin osar mirarla. Al cabo prorrumpió:

—Y quién os dado á entender que hay otra que ha merecido mi confianza mas que vos?...

—Ella misma.

—Ella!... dijo el duque admirado y fijando en Ludomilia una mirada severa ¡Y quién es ella?...

—La marquesa de Korvei.

—Pero la marquesa, qué os puede haber contado?...

—Nada. Ella nada me ha confiado, pero yo lo he conocido. Sofia es el tipo perfecto de la cordura y el talento, pero vuestra conducta y la suya guardan una analogia perfecta y esacta. La que ama como yo, tiene la vista demasiado perspicaz... Yo no me quejo de la desconfianza que me manifestais porque esté resentida, sino que ella me acarrea vuestro desamor, Othon... Amadme y todo lo demas es nada para mí... Os parece que mi vida será muy grata y lisonjera, sumergida en un tormento continuo, en un deseo constan-

tante y vehemente, que en vano procuro satisfacer?...

—Y quién os ha dicho que no os amo?

—Me amais? Ah! ¿me amais, duque mio!...

Repetídmelo otra vez... Hacedme oír esa palabra hechicera y entusiasta... Esa palabra que sale de vuestros labios por primera vez... y que me parece una ilusión que ha penetrado por mis oídos... Esa palabra mágica, benéfica., y casi divina, pues tiene la virtud de dulcificar mis penas, de calmar todos mis dolores... Othon! Othon!... (añadió con un acento casi desesperado), por qué no la habeis pronunciado antes de hora!... mucho antes!!!...

Ludomilia reclinó su cabeza sobre el pecho del duque derramando un copioso llanto. Othon la estrechó contra su corazón...

—Sí, te amo Ludomilia, dijo Othon; y estampó un beso en su alba frente.

—Ah!! exclamó la duquesa con un grito desgarrador... ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

—Darte una prueba de mis palabras.

—Ay! que ese beso ha sido una herida de muerte para mi corazón!... Un dardo emponzoñado con que me has atravesado el alma!...

El duque no podía comprender el verdadero sentido de las palabras de Ludomilia.

Los dos estaban sentados en un cómodo escaño. El duque ceñía con el brazo derecho el cuello de su esposa y esta tenía cogido á Othon por la cintura.

Noche de entusiasmo y amor para el duque de Ravensberg... pero de ilusión perniciosas... de goces mortíferos... Lazo infernal, detestable é indigno que tendieron á su bondad, y bellos sentimientos... A esa natural amabilidad que poseemos por nuestra desgracia, y con la cual juega á su placer el malvado, para envolvernos y hacer en ella un tráfico horrendo é inicuo!!

El pensamiento del príncipe de Marck se había cumplido perfectamente. Al día siguiente se decía en palacio, divulgado á intento por Inmegarda y las camaristas de Ludomilia, que el gran duque había pasado aquella noche en el dormitorio de su esposa.

Lo que sintió Sofia al saberlo debe imaginarse.

Todo respiraba placer y júbilo en palacio aquella mañana. Desde el cortesano mas encumbrado, al mas humilde criado de la servi-

dumbre habia alcanzado la satisfaccion de Othon.. Se habia de trasladarse la gran duquesa otra vez á la quinta del Recuerdo y que pasaria en ella algunos dias en compa^ñia de Othon.

A Sofia no se le ocultó la intencion de Ludomilia, en haber conseguido del duque el que pasase con ella la noche... Su profundo sentimiento se cifraba únicamente en que lo engañasen tan vilmente, abusando de su bello carácter, y ridiculizándolo á los ojos de todos aquellos que estaban enterados de los amores de Ludomilia.

Hablò con Othon, pocas horas antes de salir para la quinta del Recuerdo, y ni aun demostró á este el pesar acerbo que la ocupaba.

El mariscal Otocaro recibió órden del duque para acompañarle, y de notificarle antes al príncipe de Marck que se retirase de la corte y fuese desterrado á su castillo de Coimberk, lo mismo que la deposicion de sus nuevos grados al baron de Colemberg y á Luitzpoldo With.

Estas tres soberanas disposiciones hicieron en la corte un ruido estremado, ofreciendo materia las dos últimas para infinitos epí-

gramas, sátiras y sarcasmos. Ludomilia era la que ardia en despecho, tanto por el desaire que el duque hizo á Luitzpoldo, cuanto porque habiéndole ella conferido tal nombramiento, participaba tambien de esa desaprobacion repentina.

Pero el consejero Biling lo habia dispuesto asi, y Othon no contrariaba jamás ningun parecer de su maestro, porque sabia que iba fundado en la rectitud y la justicia.

Aquella noche en la quinta del Recuerdo hubo una lucida tertulia á que asistiò, toda la corte y el mismo duque, solo que este estuvo poco, abandonándola al momento.

Su ausencia no fué notada de la duquesa hasta que pasó algun tiempo, la cual pretestando que sentia una leve indisposicion en la cabeza se retiró al salon de descanso.

Sofia seguia con la vista los movimientos de Ludomilia, asi en el momento que vió su salida la siguió, dando otra disculpa á la tertulia.

La duquesa se informó del ughier que estaba en la puerta de la cámara de Othon; pero este contestó que el gran duque se habia dirigido al salir de alli hácia las habitaciones de madama Sofia.

Ludomilia sola, y por uno de aquellos presentimientos tan naturales como incomprendibles, se fue hácia donde le indicó el ugier. Guarco que guardaba la entrada de la cámara de Sofia, le dice que el duque ha entrado por alli, á pesar de haberle él dicho que la marquesa estaba en la tertulia.

La curiosidad de la duquesa se avivó mas con esta noticia. Recorre rápidamente todas las habitaciones y llega al mismo dormitorio de Sofia. Este estaba situado en la última alcoba de aquel lado y solo una puerta rústica, y en mal estado, era la que se advertia, como para dar paso á alguna otra habitacion.

La vista de tal puerta, en un camarín de tanto lujo, no dejó de llamar la atencion de la duquesa. Algo de misterioso y extraño tenia aquello; pero á no ser el gran duque, nadie podia, á su entender, explicarle que causa habia asistido, al construir la quinta, para dejar un objeto antiguo en aquel sitio, y que tanto distaba de la magnificencia que se encerraba en ella.

Ludomilia; por un impulso superior, se aprosimó á la puerta, y levemente la

agitó. Pero estaba cerrada al parecer por dentro, y por lo tanto imposible el ver lo que allí había.

Casi desesperada iba á retirarse, cuando un ruidosordo que oyó al través de la puerta despertó su cuidado.

Se aprocsima á ella.... pone atencion... aplica el oido, y oye unos suspiros, en estremo ahogados, y que demostraban que la persona que los daba estaba posesionada de un pesar profundo.

La ansiedad de la duquesa se multiplicaba. El eco es como de hombre... La incertidumbre de Ludomilia es cruel... la justificacion de sus temores fatal... la persuacion de sus recelos un dardo agudo para el corazon de aquella muger orgullosa y despreciada... Habia procurado con su nuevo amor curarse de la indiferencia de Othon, pero era aparente esta calma, adquirida por medio de un crimen... El amor propio volvió á brotar, con tanto vigor como un viento fuerte activa una hoguera apagada en la apariencia.

Ludomilia hubiera querido con su agitada respiracion reducir á cenizas la puerta,

para ver quien era el que esta le encubria y lo que estaba pasando en aquel cuarto.

Pero cuando su deseo era mayor y mas vehemente, cuando su impaciencia tocaba el último estremo, escucha, entre sollozos y profundos suspiros, estas mortales palabras.

—Beatriz... Beatriz adorada!... perdóname!... Tu conoces mi corazon y estaras persuadida de que jamas puede ofenderte,... En lo que he hecho con esa muger esta noche pasada, tu sabes que no existe mas que una obligacion forzada, y un cumplimiento involuntario....

—Ah! prorrumpió la duquesa dando un agudo grito. y fuera de sí empezó á golpear la puerta con las manos.

La voz que habia proferido estas frases era la del Duque.

Ludomiliia habia sentido repentinamente el influjo de aquel vértigo cruel producido por el desprecio y los celos.... Las últimas palabras fueron crueles....

—*Una obligacion forzada! esclamaba... Un cumplimiento involuntario!... He aquí patentizado su abatimiento... su desprecio é indiferencia... Y yo no he de conocer á es-*

ta muger enemiga de mi felicidad... A esta muger odiosa causa de mi eterna desventura!... Sí .. porque esa muger me roba el corazon Othon, que habria sido mio... mio solo!.. Othon es bueno, sensible, y me hubiera amado si esa pérfida rival no se hubiese interpuesto entre mi esposo y yó!...

Y agitaba furiosa la puerta pidiendo que abriesen.

Pero sus voces eran contestadas con un profundo silencio.

—Ah!... Todos me veuden... todos. No hay uno solo que se haya compadecido de mí! Hasta Sofia es una ingrata!... Ella me aseguró que el corazon de Othon estaba libre... y no es verdad!... Sofia me ha mentido inicua-mente.

Este recuerdo le hizo derramar lágrimas de sentimiento y despecho á la duquesa.

—Sofia no te ha engañado, jamas, dijo la marquesa, presentándose, abriendo las puertas del cuarto y dejando á la duquesa admirada. Aqui me tienes atraida por tus voces... Ves?... Esta habitacion tiene otra puerta que da salida á esa galeria... Por ella acaba de salir un hombre... Un marido inocente, que

estaba en este cuarto y el cual me ha dicho al pasar... «marquesa, Ludomilia me ha oído desde vuestro camarín... La desdichada acaba de ser víctima de la casualidad... Mis palabras deben haber herido su corazón y yo le he causado este atroz pesar, ignorante y descuidado... Yo no tengo valor para consolarla... Hacedlo vos por mí... que sabéis nunca la he ofendido... porque soy caballero y soberano...» El hombre que ha dicho esto, es Othon de Ravensberg... La muger que le escucha, se queja, lamenta y profiere en imprecaciones, es Ludomilia de Médicis... Y entre Ludomilia y Othon... entre la conducta pasada de este y la actual de ella hay una enorme distancia... Entre la confirmacion de un crimen detestable, y la persuacion de otro aparente, hay una desproporcion marcada... Othon es culpable en la apariencia... Ludomilia lo es en realidad. La flaqueza triste del marido, la ha descubierto la muger... pero la mancha horrible de la esposa no la conoce... ni conocerá el esposo, porque con razon dije antes que era un inocente... y no advierte, ni advertirá, que su esposa, el fruto que lleva en su seno, es la concepcion del

adulterio... y pasará por una produccion estimada de la fé conyugal y del cumplimiento de los preceptos mas respetables... porque la naturaleza ha dispuesto, que la esposa impura pueda guarnecerse en la sombra de su repugnante delito, sin que al momento de perpetrarlo, una señal de reprobacion, una marca de ignominia no apareciese en su frente, para que su inocente consorte no ria en la desconfianza, y desee y quiera despues á un objeto, que le cubre á los ojos del mundo del ridículo, la ignominia y el sarcasmo mas inaudito.

—Sofia!! Sofia!! prorrumpió la duquesa, sin saber donde estaba..

—No te acongojes. Entre nosotras la verdad ha de aparecer ya sin disfraz. He aqui la causa porque Sofia no te ha mentado... á pesar que debió hacerlo. ¿Othon, á su casamiento contigo, solo conservaba una memoria, un triste recuerdo!... Por lo demas ¿quieres conocer á la muger á quien acusas injustamente? Acércate.

Y cogiéndola por la mano le mostró el retrato de una aldeana como de quince años, colgado en una de las paredes de la habitacion.

—Ahí la tienes, añadió la marquesa... A la que crees te ha ofendido... A la que juzgas tu rival... Contra quien deseas verter todo el veneno de tus celos. ¿La conoces? ¿La conoces ya?... Pues yo misma te la entrego.

—Esa? dijo la duquesa mirándola con horror.

—Sí... esa...

—Mas dónde está?... dónde mora?

—Dónde? En el cielo. Esa mártir desgraciada tú la has asesinado.

—¿Yo!!...

—Sí.

—Cuándo?

—Hace doce años.

—Pero su familia... Su procedencia.... el fundamento de esto, Sofia.

—Ludomilia, ya no es posible. El adulterio se ha interpuesto entre la memoria de esa muger y tú. Pídele al cielo que Othon lo ignore siempre.

A estas terribles palabras la duquesa cayó en un abatimiento profundo.

No se sabe el fin que hubiera tenido esta escena, á no haber aumentado su importancia un nuevo personaje.

Esté fué el mariscal Otocaro que seguía á Richsa.

—Perdone V. A. R.... y vos madama Sofia... dijo la doncella; pero monseñor el mariscal tenia que hablar con vos, señora marquesa... y habiendo entrado en vuestra cámara y no encontrándoos... creyó que habriais vuelto á la tertulia... y deseando ver esta parte de la quinta, os hemos hallado y...

—Suplico, señora, que me perdoneis tal libertad. Es verdad que tengo en ello un interes poderoso... y ahora que veo esta puerta rústica... esa mesa de nogal y esas sillas... todo lo que hay en este cuarto, me indica...

El mariscal quedó repentinamente callado, cuando al recorrer con la vista la habitacion reparó en el retrato de la aldeana, y en el de otra muger como de cuarenta años que estaba junto á aquel.

—Cielos!....

Esclamó de repente; y cogiendo la lámpara que habia sobre la mesa se puso á examinarlos.

—Sí. Ellas son!...prorrumpió. Esa señal me las da á conocer demasiado... Son Ana y Beatriz!!....

Sofia á estos nombres fijó los ojos en el mariscal con espresion y ternura!...

La señal á que el mariscal aludia, era una cruz que tenian pendiente del cuello las dos mugeres retratadas...

—Con que las cono-ceis?... preguntó la marquesa.

—Ah!. Si sí... Pero vos que sin duda sabreis porque se hallan esos retratos aqui... que las conocereis tambien... decidme donde podré hallarlas... decídmelo por compasion!... Cuál es la suerte de esos dos seres para mí tan interesantes! Por favor, marquesa.. No retardeis el darme una noticia que compraria con mis titulos, mis honores y mis dignidades. . A precio de toda mi sangre si es preciso.

—Con que tanto os importan esas dos desventuradas?... añadió Sofia.

—Ah! no lo sabeis!...no podeis comprenderlos bastante.

—Lo siento... pero....

—El qué?... acabad.

—Ya jamas las vereis...

—Porque?... Acaso no ecsisten?

—Sí, ecsisten, pero...

—Donde?...

—Allí.

Sofia levantó la mano señalando al cielo.

—Dios mio! Esclamò el mariscal con un grito agudo y cayó sin conocimiento.

Las tres mugeres acudieron á él.

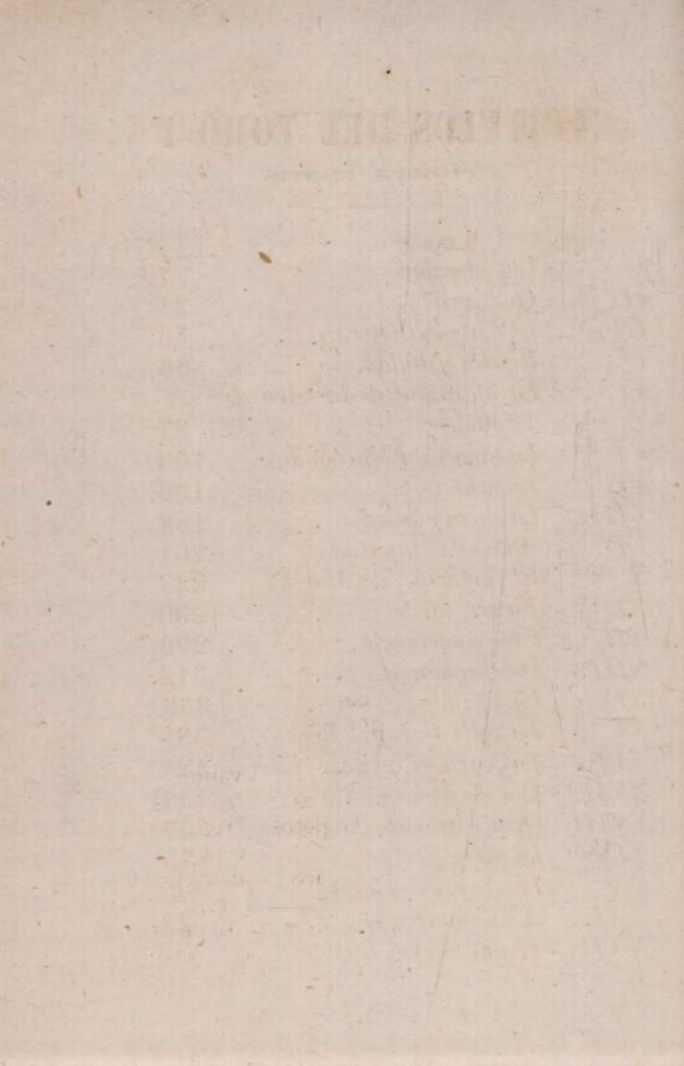
Al dia siguiente muy temprano el mariscal Otocaro estaba pidiendo una audiencia á la marquesa de Korvei.

FIN DEL TOMO I.

CAPITULOS DEL TOMO I

Primera época.

	Páginas.
I. <i>Introduccion.</i>	7.
II. <i>Qué será?</i>	31.
III. <i>El mariscal Otocaro.</i>	53.
IV. <i>Recelos y dudas.</i>	66.
V. <i>La aldeanita de la selva de</i> <i>Roden.</i>	87.
VI. <i>La targeta. El incógnito.</i> . .	108.
VII. <i>Leonelo.</i>	136.
VIII. <i>La casa rústica.</i>	168.
IV. <i>Algo sobre lo pasado.</i>	201.
X. <i>El príncipe de Marck.</i>	223.
XI. <i>Ya era tarde.</i>	250.
XII. <i>Una conferencia.</i>	290.
XIII. <i>Dos hermanos.</i>	312.
XIV. <i>La tertulia.</i>	356.
XV. <i>La calle de Ratz-Bogen.</i> . .	384.
XVI. <i>La caza el primer jueves.</i> .	424.
XVII. <i>Dos decisiones.</i>	444.
XVIII. <i>Otra entrevista.</i>	457.
XIX. <i>La carta.</i>	476.
XX. <i>Los conservadores.</i>	496.
XXI. <i>A un mismo fin.</i>	524.
XXII. <i>La quinta del Recuerdo.</i> . .	546.



ERRATAS DEL TOMO I.



PAGINAS.	LÍNEAS.	DICE.	DEBE DECIR.
1	4	ee Muns- ter.	de Munster.
19	25	Yaya.	Vaya.
51	14	le costaria.	les costaria.
54	12	á nuestro.	en nuestro.
id.	19	Este tenia.	Esta tenia.
55	6	paternal.	paternal.
id.	17	guerrero y compasivo	generoso y compasivo.
56	23	como en e- co.	como uneco.
id.	24	repetimos.	repetiremos.
57	24	los sostuvo	los obtuvo.
59	12	á su carre- ra.	en su carrera.
63	16	ni duda- ban.	no dudaban.
78	1	que me a- tormenta.	que me abru- ma.
83	25 y 26	va-on.	vano.
127	16 y 17	fanáticos religiosos.	fanáticos ir- religiosos.
143	10	crela.	creia.
171	3	desapare- cieran.	desaparecie- ron.
181	4	sumision.	sensacion.

189		13	que siente.	que siento.
243		13	de cortos.	de cortés.
276	13 y	14	á la opinion de los hom- bres.	á la censura de los hom- bres.
283		26	Cuando me fuí.	Cuando fuí.
284		24	con mis con- trarios.	son mis con- trarios.
380	2 y	3	para pueda.	para que pue- da.
387		9	baja una luz.	saca una luz.
409		4	retrocede.	retrocedo.
416		5	con los re- medios.	son los reme- dios.
434		7	visto á la casa.	visto la casa.
474		20	verreidad.	voracidad.
528		8	se dirigió.	le dirigió.
532		21	Leoncio.	Leonelo.
537		21	llevo.	llevó.
564		14	hacer en ella.	hacer de ella.
572		5	guarnecer- se.	guarecerse.



